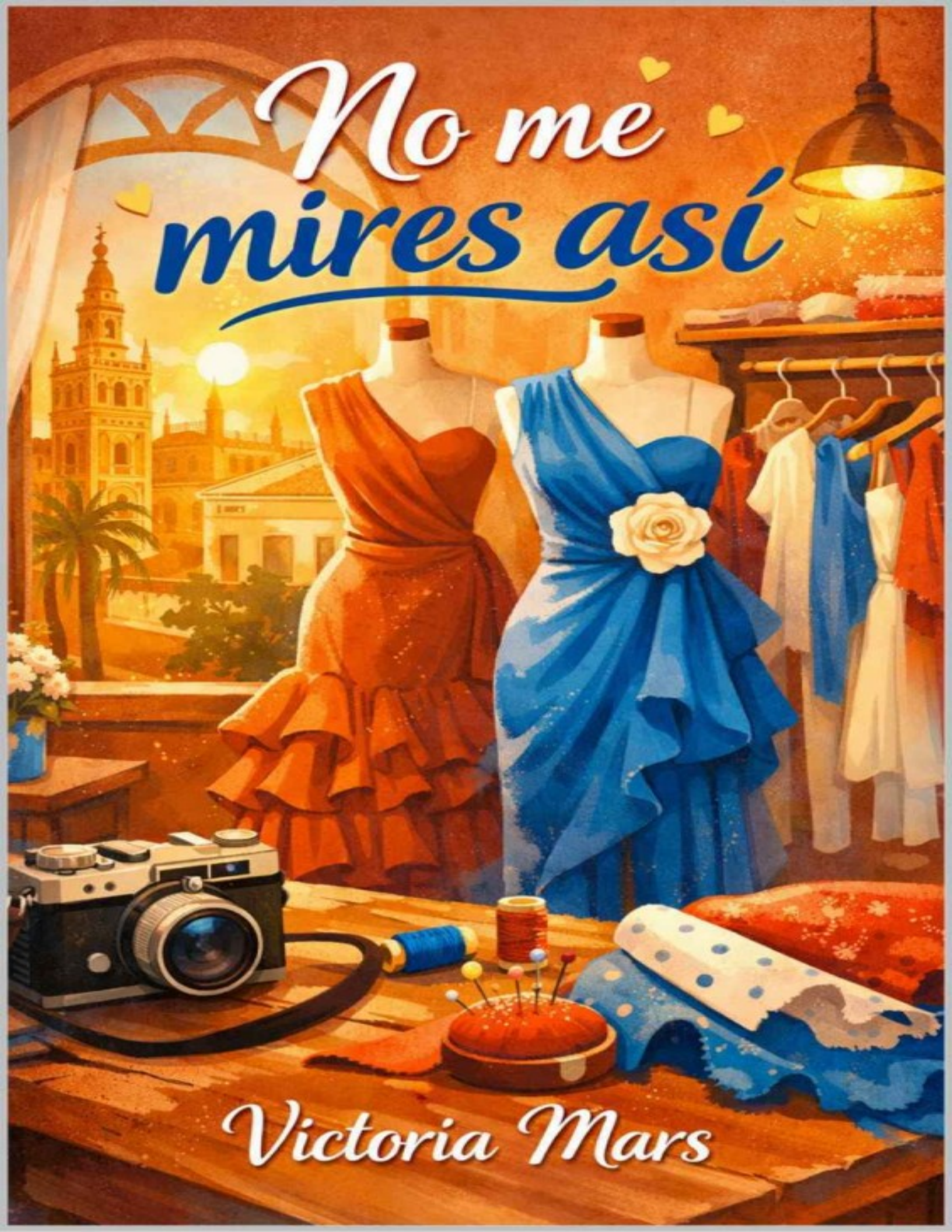

No me mires así
Victoria Mars

Victoria Mars

No me mires así

Entre flashes y tropiezos, el amor tiene su propio enfoque

© 2026 Victoria Mars

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor o se usan de forma ficticia.

Publicado de forma independiente.

Queda prohibida la reproducción total o parcial sin autorización escrita del autor.

1

La novia está llorando. Otra vez.

No es que me queje, ojo. Las novias lloran, es ley de vida. Lloran cuando se ponen el vestido, lloran cuando las maquillan, lloran cuando su padre las ve por primera vez, lloran cuando caminan hacia el altar y lloran cuando dicen «sí, quiero». Y yo estoy ahí, en cada uno de esos momentos, con mi cámara, sacando fotos de sus mocos con la mejor iluminación posible.

Lo que pasa es que esta novia en concreto no está llorando de emoción. Está llorando porque el pastel de fondant de cuatro pisos que costó seiscientos euros se ha desplomado sobre la mesa de los regalos. Hay trozos de bizcocho de limón en las cajas de Zara Home y en los sobres con billetes de los tíos del novio. Y yo, Valeria

Campos, fotógrafa de eventos profesional, llevo siete años preparándome para este momento.

Clic.

La novia con rímel corrido mirando los restos del pastel.

Clic.

El novio intentando rescatar la figura de los novios del suelo mientras se le transparenta el sudor en la camisa.

Clic.

La suegra con cara de «yo dije que mejor de merengue».

— Valeria, ¿estás sacando fotos de esto? —me dice Laura, la wedding planner, mientras intenta reconstruir algo parecido a un pastel con una espátula y pura fuerza de voluntad.

— Es mi trabajo.

— Tu trabajo es sacar fotos bonitas.

— Esto es bonito. Es caos humano. Es arte.

Laura me mira como si quisiera tirarme la espátula a la cara. Le

sonrío. Es una sonrisa que he perfeccionado durante años: dice «soy encantadora y no pienso dejar de hacer lo que estoy haciendo».

Saco tres fotos más del desastre y me retiro a la barra, donde el camarero me sirve un vaso de agua con una rodaja de limón que tiene pinta de llevar ahí desde la boda anterior. Me lo bebo igual. Llevo de pie desde las nueve de la mañana y son casi las once de la noche. Catorce horas. Mil trescientas fotos. Los pies me piden a gritos que los libere de estas zapatillas de lona que, vale, no son el calzado más profesional del mundo, pero son las únicas que me permiten sobrevivir a una boda sin acabar en el traumatólogo.

Mi móvil vibra en el bolsillo trasero del pantalón. Lo saco y veo tres mensajes de Rocío en el grupo de WhatsApp que se llama «Las insoportables» y que compartimos con Inma:

Rocío: Tía, ¿sigues viva? Rocío: Ponme una cerveza fría en tu terraza cuando acabes Rocío: Es que estoy en tu portal

Me río. Rocío Peña, mi mejor amiga desde que compartimos piso de estudiantes en la calle Pureza de Triana, tiene la costumbre de

presentarse en mi casa sin avisar y luego fingir sorpresa cuando abro la puerta. «Ah, ¿estabas aquí? Qué casualidad.»

Otro mensaje. Este de Inma:

Inma: Mercurio entra retrógrado mañana. NO firmes nada. NO aceptes nada. NO contestes mensajes de ex.

Inma Cabrera, mi otra persona favorita en este planeta, es profesora de primaria y cree firmemente que los astros rigen nuestras vidas. Me habría preocupado más por el aviso si no fuera porque Mercurio entra retrógrado cada tres meses y la última vez que «no firmé nada» perdí una oferta para fotografiar un festival de flamenco en Jerez.

Contesto rápido:

Valeria: Salgo en una hora. Comprad vino. El gato tiene hambre, la llave está debajo de la maceta de la albahaca. Valeria: Y Rocío, no le des otra vez atún de lata a Fígaro. Luego le huele el aliento tres días.

Guardo el móvil y vuelvo al salón. La catástrofe del pastel se ha reconducido hacia algo parecido a una celebración: alguien ha puesto reguetón, la pista se ha llenado y la novia está bailando con

los restos de rímel convertidos en ojeras de mapache gótico. Es, siendo honesta, la foto más bonita de la noche.

Clic.

Me muevo entre las mesas con la cámara en la mano, sacando fotos de los invitados borrachos, de los niños dormidos en las sillas, de los abuelos que llevan bailando agarrados desde la primera canción lenta y no han parado aunque ahora suene Bad Bunny. Me gusta esto. Me gusta capturar los momentos que nadie ve. Los que no posan.

Pero hay una parte de mí, la que lleva siete años haciendo bodas, bautizos y comuniones, que mira estas fotos y piensa: «Esto no es lo tuyo, Valeria.»

Lo mío es otra cosa. Lo mío es el proyecto que tengo a medias en el disco duro del portátil: retratos de mujeres trabajadoras de Sevilla. La pescadera del mercado de Triana con las manos llenas de escamas de plata. La monja del convento de Santa Inés vendiendo dulces por un torno. La flamenca del tablao de la calle Betis ajustándose las flores del pelo antes de salir al escenario. Llevo dos años sacando fotos cuando puedo, entre boda y boda, y tengo un

centenar de imágenes que creo que son buenas. Que creo que podrían ser algo.

Pero «creer» y «ser» están separados por un abismo que se llama dinero, tiempo y la voz de mi ex Marcos diciéndome que la fotografía artística es «un capricho». Marcos, que también es fotógrafo de eventos pero se considera un «profesional serio» porque tiene un estudio con su nombre en letras doradas y cobra el triple que yo por hacer exactamente lo mismo.

Marcos, al que dejé hace un año y cuya voz, maldita sea, sigue ocupando espacio en mi cabeza como un inquilino que no paga alquiler.

Sacudo la cabeza. No. Esta noche no, cerebro. Esta noche terminamos la boda, nos vamos a casa, bebemos vino con Rocío e Inma y le rascamos la barriga a Fígaro. Plan perfecto. Plan de mujer de treinta años soltera en Sevilla que tiene la vida exactamente donde quiere tenerla.

Más o menos.

Termino la cobertura a las once y media. Me despido de Laura, que ha conseguido un milagro con los restos del pastel y me regala una porción envuelta en servilleta. Recojo mi equipo, meto todo en la furgoneta que uso para los eventos y conduzco por Sevilla con las ventanillas bajadas porque es abril y huele a azahar. Siempre huele a

azahar en abril en Sevilla. Es imposible estar triste cuando el aire huele así.

Bueno. Difícil. Imposible es una palabra muy grande.

Aparco en doble fila en la calle Betis, que es lo que hacemos todos los que vivimos en Triana y sabemos que a esta hora ya no hay ni un hueco en kilómetros. Subo los tres pisos hasta mi piso, que es pequeño, viejo, tiene las paredes desconchadas y una terraza con vistas al Guadalquivir que vale cada céntimo de los seiscientos euros de alquiler que pago cada mes. Abro la puerta y me recibe el sonido

de risas, el olor a vino tinto y un gato gordo y naranja que me mira desde la encimera de la cocina con cara de «llegas tarde».

— Fígaro, baja de ahí.

No baja. Nunca baja. Es un gato. Los gatos no obedecen, simplemente coexisten contigo en un espacio que ellos consideran suyo.

— ¡Tía! —Rocío aparece desde la terraza con una copa de vino en cada mano—. Estás hecha un desastre.

— Gracias, cariño. Yo también te quiero.

— No, en serio. Tienes fondant en el pelo.

Me toco la cabeza. Efectivamente, hay un trozo de glaseado rosa pegado a mi moño caótico. Me lo quito, lo miro y me lo como. Rocío pone cara de asco.

— ¿Qué? Costó seiscientos euros. No voy a desperdiciarlo.

Inma sale de la terraza con su copa y una sonrisa que dice que lleva al menos dos vinos de ventaja.

— Valeria, Venus está en tu casa séptima. Es un momento clave

para el amor.

— Inma, el único amor de mi vida ahora mismo es esta copa de vino que me voy a servir.

Me sirvo. Nos sentamos en la terraza. Triana brilla abajo, el río refleja las luces del otro lado y se oye a alguien tocando la guitarra en algún piso cercano. Fígaro se sube a mi regazo y empieza a ronronear con la sutileza de un motor diésel.

Les cuento lo del pastel. Rocío se parte de risa. Inma dice que seguro que la pastelera es Géminis. Yo miro el cielo y pienso que treinta años no es tanto, que mi vida no está tan mal, que mañana editaré las fotos y el lunes buscaré otro evento y así otra semana y otra y otra.

Y entonces suena el teléfono.

Es un número que no conozco. Normalmente no contesto a desconocidos después de las once de la noche porque nada bueno sale de esas llamadas, pero algo me dice que coja. Inma diría que es

Mercurio todavía directo, avisándome antes de entrar en retrógrado. Yo digo que es pura curiosidad.

— ¿Sí?

— ¿Valeria Campos? —la voz es femenina, profesional, nítida. El tipo de voz de alguien que está acostumbrada a que la escuchen.

— Sí, soy yo.

— Soy Teresa Molina, directora de la Pasarela de Sevilla. Disculpe que la llame a estas horas. He conseguido su número a través de Laura Montero, la organizadora de eventos.

Me incorporo tan rápido que Fígaro sale volando de mi regazo y me clava las uñas en el muslo como represalia. Rocío e Inma me miran con los ojos como platos.

— Sí, sí, claro. Dígame.

— Estoy buscando una fotógrafa para un proyecto especial. Necesito documentar el proceso creativo de uno de nuestros diseñadores durante la preparación de su colección para la pasarela de junio. Tres meses de trabajo. Fotografía documental del día a día en el

atelier. Las fotos se usarán en el catálogo oficial y en la exposición paralela.

El corazón me late tan fuerte que estoy segura de que Teresa Molina puede oírlo al otro lado del teléfono.

— ¿Qué diseñador? —pregunto, intentando sonar profesional y no como una persona que acaba de quitarse fondant del pelo.

— Óscar Mendoza. ¿Le suena?

Me suena. Claro que me suena. Todo el mundo en Sevilla que tenga un mínimo interés en moda sabe quién es Óscar Mendoza. El diseñador que estudió en Madrid y trabajó en Milán, que volvió a Sevilla y montó su propia firma, Mendoza Atelier, y que hace vestidos inspirados en la artesanía andaluza con un corte tan moderno que las revistas de moda no saben si clasificarlo como

tradición o vanguardia. También sé que es guapísimo. Eso lo sé porque Rocío me ha enseñado su Instagram unas catorce veces.

— Sí, me suena —digo, con toda la calma que puedo fingir.

— Perfecto. El presupuesto es de cuatro mil quinientos euros por los tres meses, más los derechos de imagen para el catálogo. ¿Le interesa?

Cuatro mil quinientos euros. Tres meses. Fotografía documental de un atelier de moda. Esto no es una boda. Esto no es un bautizo.

Esto es exactamente lo que llevo años soñando que aparezca en mi vida.

— Me interesa —digo.

Y cuelgo.

Y entonces grito.

— ¡Joder! ¡Joder, joder, joder!

Rocío se levanta de un salto. Inma derrama vino en su camiseta. Fígaro sale corriendo hacia el dormitorio.

— ¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Quién era? —Rocío me agarra del brazo.

— Teresa Molina. La directora de la Pasarela de Sevilla. Quiere que documente el proceso creativo de Óscar Mendoza. Tres meses en su

atelier. Fotografía de verdad, Rocío. No bodas. No pasteles que se caen. Fotografía de verdad.

Rocío me abraza. Inma me abraza. Las tres nos abrazamos en la terraza de mi piso de Triana mientras Sevilla brilla abajo y alguien sigue tocando la guitarra y el azahar sigue flotando en el aire.

— Tía —dice Rocío, separándose y mirándome a los ojos—, ¿Óscar Mendoza? ¿El de Instagram? ¿El que tiene esas manos?

— Es un encargo profesional, Rocío.

— Ya. Profesional. Con esas manos.

— ¿Es Escorpio? —pregunta Inma.

— No tengo ni idea.

— Si es Escorpio, vas a tener problemas. Los Escorpio son muy intensos.

— Inma, me da igual su signo. Me importa que es mi primera oportunidad de hacer algo que no sea una boda.

Rocío levanta su copa.

— Por Valeria Campos, que va a dejar de sacar fotos de pasteles y

va a sacar fotos de arte.

— Y de un hombre guapísimo —añade Inma.

— Por eso también —admito.

Brindamos. Bebo. Miro el cielo de Sevilla y pienso que a lo mejor treinta años es exactamente la edad perfecta para que todo empiece a cambiar.

O para cagarla a lo grande. Con mi suerte, cualquiera de las dos.

En ese momento suena el teléfono otra vez. Número desconocido. Descuelgo.

— ¿Valeria? Soy Encarna.

Mi madre. Que me llama desde un número desconocido porque, según ella, «el móvil se ha vuelto loco y solo funciona si llamo desde el fijo de la vecina».

— Mamá, son las doce de la noche.

— Ya lo sé, hija, pero es que me he acordado de una cosa. ¿Estás

saliendo con alguien?

— Mamá...

— No, que es que tu hermana Alba me ha dicho que has puesto una foto en el Instagram con un gato y que eso es señal de soledad.

— Es MI gato. Se llama Fígaro. Lo conoces. Le mandaste un jersey de punto por Navidad.

— Bueno, pues eso. ¿Sales con alguien o no?

Miro a Rocío e Inma, que están conteniendo la risa. Respiro hondo.

— Mamá, llevo tres días trabajando y acaban de ofrecerme un encargo increíble para fotografiar a un diseñador de moda durante

tres meses.

Silencio.

— ¿Es guapo?

— Mamá.

— ¿Está soltero?

— No lo sé. No es relevante. Es un trabajo.

— Hija, eso es lo que decimos todas al principio. Tu padre y yo nos conocimos porque a mí se me rompió la cremallera de una falda y él era el único que tenía un alfiler. Mira cómo acabamos.

— Casados treinta y cinco años hasta que papá murió, sí, mamá, me lo has contado ochocientas veces.

— Pues eso. Las mejores historias empiezan con algo que se rompe.

Me despido de mi madre con la promesa de llamarla el domingo,

como siempre. Cuelgo. Rocío me mira con una ceja levantada.

— Tu madre es la mejor.

— Mi madre es un huracán con forma de mujer cordobesa.

— Ha dicho que las mejores historias empiezan con algo que se rompe —repite Inma, pensativa—. Eso es muy de Sagitario ascendente.

Me termino el vino. Recojo a Fígaro del dormitorio, donde se ha refugiado encima de mi almohada dejando un festivo manto de pelo naranja. Lo abrazo. Él me tolera durante exactamente cuatro segundos antes de morderme el pulgar y largarse.

Tres meses. Un atelier. Un diseñador del que no sé nada excepto que viste de negro y tiene unas manos que hacen que Rocío se atragante con el vino.

Puedo hacerlo.

Puedo hacer esto.

Me quito las zapatillas, me tumbo en la cama y abro el Instagram de Óscar Mendoza en el móvil. Fotos de sus diseños, de telas, de

desfiles. Ninguna de su cara. Solo manos, siluetas, espaldas. Como si no quisiera ser visto. Como si se escondiera detrás de lo que crea.

Interesante.

Cierro el teléfono. Cierro los ojos.

Mañana empieza algo nuevo. Y no tengo ni idea de lo que es.

Pero huele a azahar. Y en Sevilla, cuando huele a azahar, todo es posible.

2

El atelier de Óscar Mendoza está en una casa del barrio de Santa Cruz, en una de esas calles estrechas donde el sol solo entra a mediodía y las paredes tienen ese color amarillo albero que parece que Sevilla se lo inventó para quedar bien en las fotos. La puerta es de madera oscura, antigua, con un aldabón de hierro forjado que tiene forma de mano. Llamo. Nadie abre. Llamo otra vez. Nada.

Miro el reloj. Las diez y cuatro minutos. He llegado cuatro minutos tarde porque me he perdido en Santa Cruz, que es un laberinto diseñado expresamente para que la gente como yo, que se orienta con la misma precisión que un GPS estropeado, acabe dando vueltas como una turista alemana.

Empujo la puerta. Está abierta.

Entro y se me corta la respiración.

El atelier es un patio andaluz reconvertido en taller de moda, y es lo más bonito que he visto en mi vida. Techos altos con vigas de madera. Suelo de barro cocido. Una fuente en el centro del patio que ya no echa agua pero que tiene musgo en los azulejos y parece sacada de un cuento. Columnas de piedra. Y por todas partes, por

todas las puñeteras partes, telas. Rollos de organza, seda, algodón, lino, terciopelo colgados de las paredes, desplegados sobre mesas enormes, enrollados en estanterías que llegan hasta el techo. Hay maniquíes con vestidos a medio hacer, alfileres clavados como estrellas diminutas. Una máquina de coser industrial junto a la ventana. Bocetos pegados con cinta adhesiva en un corcho que ocupa toda una pared.

La luz entra por el patio a través de una cristalera que alguien ha dejado entreabierta, y todo tiene ese resplandor dorado que hace que las fotos se saquen solas.

Saco la cámara por instinto. Clic. El patio vacío con las telas colgando. Clic. Un maniquí con un medio vestido de seda verde musgo que parece agua congelada. Clic. Los bocetos del corcho, a mano, con trazos seguros y notas ilegibles en los márgenes.

Esto. Esto es exactamente lo que quiero fotografiar. No novias llorando por pasteles. Esto.

Paso veinte minutos recorriendo el taller. Hay una segunda sala al fondo con más máquinas de coser, una plancha industrial y una mesa de corte enorme con reglas y patrones de papel. Huele a tela nueva, a almidón y a algo que podría ser café recalentado. En una

esquina hay una cafetera italiana sobre una placa eléctrica que parece que lleva encendida desde la noche anterior.

Miro el reloj. Las diez y veinticuatro. Óscar Mendoza lleva veinticuatro minutos de retraso. O yo llevo veinticuatro minutos de espera, que es lo mismo pero suena peor.

A las diez y cuarenta me siento en un taburete junto a la mesa de corte y me como la barrita de cereales que llevo en el bolso para emergencias. A las diez y cuarenta y cinco le mando un mensaje a Rocío:

Valeria: El genio de la moda no ha aparecido. Llevo 45 min esperando. Si no viene en 10 min me voy y me llevo una tela como compensación. Rocío: ¿Cuarenta y cinco minutos? Tía, eso es una falta de respeto. ¿Quieres que le ponga un comentario venenoso en Instagram? Valeria: No. Quiero que venga, que me diga dónde me pongo y me deje trabajar. Rocío: Qué profesional eres. Yo ya le habría robado el café.

A las diez y cincuenta y dos oigo la puerta.

Pasos. Rápidos. Seguros. El sonido de alguien que camina como si el mundo le debiera algo. Y entonces lo veo.

Óscar Mendoza es más alto de lo que esperaba. Uno ochenta y cinco, al menos. Todo vestido de negro: camiseta negra, pantalón

negro, botas negras. El pelo ondulado le llega hasta la mandíbula, negro como las telas que lleva bajo el brazo. Barba cuidada. Ojos oscuros. Manos largas, elegantes, con un anillo de plata en el meñique izquierdo.

Es, y lo digo como profesional de la imagen que soy, objetivamente guapo. El tipo de guapo que haría que Rocío se atragantara con su propia saliva. El tipo de guapo que haría que Inma consultara su carta astral inmediatamente. El tipo de guapo que a mí, Valeria Campos, mujer adulta y profesional, me hace pensar cosas que no debería pensar a las diez y cincuenta y dos de un lunes.

Pero también tiene cara de pocos amigos.

Me mira. Me mira de arriba abajo con una expresión que combina sorpresa, molestia y algo parecido al desdén. Sus ojos se detienen en mis zapatillas de lona, suben por mis vaqueros gastados, pasan por mi camiseta blanca y mi cazadora vaquera y se clavan en mi moño caótico, que hoy es especialmente caótico porque he venido

en bici y el viento de la Giralda me ha convertido el pelo en un nido de cigüeña.

— ¿Quién eres? —dice.

Su voz es grave, directa, sin florituras. El tipo de voz de alguien que no pierde el tiempo en preámbulos.

— Valeria Campos. La fotógrafa. Teresa Molina me contrató para documentar tu proceso creativo. —Sonrío. Mi sonrisa profesional, la que dice «soy encantadora»—. Llevo aquí desde las diez.

Óscar deja las telas en la mesa de corte, se pasa una mano por el pelo y me mira como si le acabara de decir que le voy a extraer una muela sin anestesia.

— No quiero fotógrafa.

La sonrisa se me congela en la cara.

— Perdona, ¿cómo?

— Que no quiero fotógrafa. Se lo dije a Teresa. Le dije que no necesitaba a nadie siguiéndome con una cámara mientras trabajo. No me interesan las fotos. No las necesito. Me distraen.

Se da la vuelta y empieza a desplegar las telas en la mesa como si

yo no existiera. Como si fuera un mueble más del taller, un maniquí sin vestido, algo que se ignora porque no tiene función.

Respiro. Cuento hasta tres. Hasta cinco. Hasta diez sería lo sensato, pero no me da la vida para tanta contención.

— Ya —digo—. Pues yo no quería hacer otra boda este sábado, pero aquí estamos.

Se para. Se gira. Me mira con una ceja levantada, que es la expresión universal de «¿acabas de decirme lo que creo que me has dicho?».

— Esto no es negociable —dice—. Es mi taller y mi trabajo.

— Y es mi contrato —respondo—. Teresa Molina me ha contratado para tres meses de documentación fotográfica. Si tienes un problema con eso, habla con ella. Yo estoy aquí para trabajar.

Nos miramos. Hay un silencio de esos que se podrían cortar con las tijeras de sastre que tiene en la mesa. Él tiene los ojos más oscuros

de cerca. Casi negros. Y hay algo en ellos que no es exactamente enfado; es algo más complicado. Algo que no sé leer todavía.

— Reglas —dice por fin.

— ¿Reglas?

— Si te quedas, hay reglas. Primera: nada de fotos de mi cara.

— ¿Nada de fotos de tu cara?

— ¿Tengo que repetir todo dos veces?

— Solo cuando dices cosas absurdas.

Los ojos se le oscurecen un poco más, si es que eso es posible.

— Segunda regla: nada de interrumpir cuando estoy trabajando. Ni preguntas, ni comentarios, ni sugerencias. Tercera: nada de hablar mientras coso o corto. El ruido me desconcentra.

Lo miro. Miro sus reglas, su postura rígida, su mandíbula apretada. Y decido que este hombre necesita exactamente lo que le voy a dar:

una dosis de realidad envuelta en humor.

— De acuerdo. ¿Puedo respirar o eso también te desconcentra?

Paco, que ha aparecido en la puerta del taller como convocado por el conflicto, suelta una carcajada que intenta disimular tosiendo. Es un hombre de unos treinta y cinco, con una camisa floral que parece

un jardín tropical y los ojos más expresivos que he visto. Me cae bien al instante.

Óscar no se ríe. No sonríe. No mueve un músculo de la cara. Simplemente me da la espalda y se pone a trabajar.

— Soy Paco —dice el hombre de la camisa tropical, acercándose con una sonrisa enorme—. La mano derecha, el cerebro emocional y el único ser humano que lo aguanta. Bienvenida al infierno.

Le estrecho la mano. La tiene cálida y firme.

— Valeria. La fotógrafa que no debería estar aquí.

— Cariño, eso lo dice de todos. Me lo dijo a mí el primer día y llevo cuatro años. —Baja la voz—. Es un genio. Pero tiene la habilidad social de una piedra. Dale tiempo.

— ¿Cuánto tiempo?

Paco me mira con una sonrisa que es mitad compasión, mitad diversión.

— Unos dos años. Pero a ti te calculo menos. Tienes pinta de ser persistente.

Me río. Y decido que Paco es mi nueva persona favorita en este

taller.

Paso las siguientes tres horas haciendo lo que sé hacer: observar y fotografiar. Me mantengo en silencio, como ha pedido Óscar. Me quedo en los márgenes, como una sombra con cámara. Y lo miro trabajar.

Y joder, qué manera de trabajar.

Óscar Mendoza delante de una mesa de corte es como un cirujano en el quirófano. No, mejor: es como un director de orquesta. Sus manos se mueven con una precisión que hipnotiza. Corta tela sin medir, a ojo, con una seguridad que haría llorar a cualquier modista. Cose sin mirar, como si los dedos supieran exactamente dónde ir. Sujeta un alfiler entre los labios mientras drapeado con la otra mano, y la tela obedece, se pliega, cae exactamente donde él quiere que caiga.

Es un artista. Y un cretino. Las dos cosas. Las dos cosas al mismo tiempo, que es la combinación más peligrosa que existe.

Saco fotos de sus manos cortando seda. De las tijeras abriéndose sobre el patrón. De los alfileres clavados en el maniquí como constelaciones diminutas. Del hilo enhebrado en la máquina, tirante

como una cuerda de guitarra. De su espalda inclinada sobre la mesa, concentrado, con el pelo cayéndole sobre la cara.

No le saco fotos de la cara. No porque me lo haya pedido, sino porque descubro que no las necesito. Las manos cuentan la historia. Las manos son la historia.

A la una, Paco me trae un café con leche en un vaso de cristal y un trozo de bizcocho que, según él, ha hecho él mismo esta mañana.

— Bizcocho de naranja. La receta de mi abuela de Cádiz. Si no te gusta, mientes.

Está buenísimo. Se lo digo. Paco hace una reverencia teatral.

— ¿Él come? —pregunto, señalando a Óscar con la cabeza.

— Come cuando se acuerda de que tiene un cuerpo. O sea, poco.

Óscar no levanta la vista de la tela. No come. No bebe. No habla. Es como si hubiera entrado en una dimensión paralela donde solo existen él y el vestido que está construyendo.

Y el vestido... madre mía, el vestido. Es largo, de un azul profundo que cambia de tono según le da la luz, con un drapeado en la cintura que imita las ondas del agua y bordados geométricos en el corpiño que reconozco: son los azulejos del Real Alcázar. Los mismos

patrones islámicos que decoran los muros del palacio, traducidos a hilo de oro sobre seda azul.

Es, sin exagerar, una de las cosas más bonitas que he visto crear a un ser humano.

Clic. Clic. Clic.

A las tres de la tarde, Óscar se detiene. Se estira. Se pasa las manos por la cara. Me mira por primera vez en tres horas.

— ¿Sigues ahí?

— No, soy un holograma. Las zapatillas de lona me delataron.

Algo cruza su cara. No es una sonrisa. Es la sombra de una sombra de algo que podría haber sido una sonrisa si le hubiera dado permiso para existir. Pero lo ahoga antes de que nazca.

— Mañana a las nueve —dice—. Y no llegues tarde.

— No he llegado tarde. He llegado a las diez. Tú has llegado a las diez y cincuenta.

— A las nueve —repite, y desaparece por una puerta que lleva a la

segunda sala.

Paco me acompaña a la puerta del atelier. En la calle, el sol de mediodía de Santa Cruz me golpea como un fogonazo.

— ¿Siempre es así? —pregunto.

— Peor. Hoy estaba encantador. —Paco me guiña un ojo—. Le has caído bien.

— ¿Bien? Me ha dicho que no quiere fotógrafa, me ha puesto tres reglas absurdas y me ha ignorado tres horas.

— Exacto. Si le cayeras mal, te habría echado en el primer minuto. Conmigo tardó diez.

Me río. Me pongo las gafas de sol y empiezo a caminar por las calles de Santa Cruz con la cámara colgada del cuello y la cabeza llena de imágenes.

Sus manos cortando seda. El azul del vestido. Los alfileres como estrellas.

Y esos ojos oscuros que tienen más capas que las telas de su atelier.

Cuando llego a casa, Fígaro me está esperando en la puerta con cara de ofendido, como si mi ausencia de seis horas fuera una

afrenta personal. Lo cojo en brazos, lo llevo a la terraza y me siento con el portátil a revisar las fotos del día.

Trescientas veintidós fotos. Las voy pasando una a una. Las manos. Las telas. Los alfileres. La luz del patio. La espalda inclinada. El hilo de oro sobre la seda azul.

Son buenas. Son muy buenas. No porque yo sea especialmente talentosa, sino porque el sujeto es extraordinario. Hay algo en la manera en que Óscar Mendoza trabaja que hace que la cámara

quiera mirarle. Algo magnético, intenso, que convierte cada gesto cotidiano en algo digno de ser capturado.

Selecciono las mejores. Veintisiete fotos de las trescientas veintidós. Las edito rápido: contraste, luz, saturación suave. No necesitan mucho. La luz del atelier hace la mitad del trabajo.

Le mando un mensaje a Teresa Molina con tres fotos de muestra. Me contesta en cinco minutos:

Teresa: Exactamente lo que buscaba. Sigue así.

Sonrío. Miro a Fígaro, que se ha dormido en mi regazo con las patas al aire y la dignidad por los suelos.

— Fígaro, creo que esto va a ser bueno.

Fígaro ronca. Interpreto su ronquido como un «sí, claro, ahora ráscome la barriga».

Se la rasco.

Y pienso en Óscar Mendoza diciendo «no quiero fotógrafa» con la

misma convicción con la que yo dije «no quiero hacer más bodas».

A veces lo que no queremos es exactamente lo que necesitamos.

Le mando un mensaje a Rocío:

Valeria: Primer día. Me ha dicho que no quiere fotógrafa. Le he dicho que me da igual. Ha puesto reglas absurdas. Las he ignorado (parcialmente). Me ha ignorado 3 horas. Al final ha dicho que mis fotos son buenas. Creo que le caigo bien. O me odia. No distingo. Rocío: Tía, eso es la DEFINICIÓN de tension sexual. Valeria: Es la definición de un entorno laboral hostil. Rocío: Es lo mismo. Besos, duerme, mañana me cuentas más.

Cierro el chat. Abro el de Inma:

Inma: ¿Cómo ha ido? ¿Es Escorpio? Valeria: Ha ido raro. Y no sé si es Escorpio. ¿Importa? Inma: IMPORTA MUCHÍSIMO. Averígualo.

Cierro el móvil. Cierro los ojos.

Eso, o estoy empezando a sonar como Inma con sus horóscopos.

Cualquiera de las dos opciones me asusta un poco.

3

Llevo una semana en el atelier y he aprendido tres cosas fundamentales sobre Óscar Mendoza.

Una: trabaja como si le fuera la vida en ello. Literalmente. Se planta delante de la mesa de corte a las nueve de la mañana y no levanta la cabeza hasta las dos o las tres de la tarde, cuando Paco le pone un plato de comida delante y le dice «o comes o te lo tiro por la cabeza». A veces vuelve después de comer y sigue hasta las ocho, las nueve, las diez de la noche. Es obsesivo, meticuloso y perfeccionista hasta niveles que deberían preocupar a un profesional de la salud mental.

Dos: me ignora con una dedicación admirable. No me habla. No me mira. No reconoce mi presencia excepto cuando me interpongo accidentalmente entre él y una fuente de luz, momento en el cual me lanza una mirada que podría cortar el acero inoxidable. He empezado a moverme por el taller como un fantasma: silenciosa, invisible, captando todo sin que nadie note que estoy ahí. Es, siendo justa, la mejor formación en fotografía documental que podría tener.

Tres: es un genio. Un genio de verdad, no de los que se llaman a sí mismos genios en Instagram. Lo veo crear cosas de la nada. Coge

un trozo de tela, la mira, la toca, la arruga entre los dedos como si estuviera leyendo algo que yo no puedo ver, y luego la transforma en algo que te quita el aire. El vestido azul de los azulejos del Alcázar ya está casi terminado y cada vez que paso por delante del maniquí que lo sostiene, se me para el corazón un segundo.

Hoy es jueves y estoy fotografiando los detalles. Las cosas pequeñas. Los alfileres ordenados por tamaño en un cojín de terciopelo rojo. Los carretes de hilo alineados como un arcoíris en la estantería de la segunda sala. Las tijeras de sastre con las iniciales OM grabadas en la hoja. Un dedal de plata en un platito junto a la máquina de coser, gastado por el uso, con una abolladura en un lado. Sospecho que es antiguo. Sospecho que tiene una historia.

— Era de su madre.

Paco aparece a mi lado con dos cafés. Me ofrece uno. Lo acepto agradecida.

— ¿El dedal?

— El dedal, las tijeras grandes de la vitrina, el cojín de alfileres. Eran las herramientas de su madre. Era costurera. En el barrio de la Macarena, tenía un taller pequeño en su casa. Arreglaba ropa del

barrio entero. Óscar aprendió a coser con ella antes de saber escribir.

Miro el dedal con otros ojos. Lo fotografío de nuevo, esta vez con más cuidado. Con la luz del patio entrando desde la izquierda, proyectando una sombra diminuta sobre el platito de cerámica.

Clic.

— ¿Qué le pasó? —pregunto, aunque algo me dice que ya sé la respuesta.

Paco bebe un trago de café antes de contestar.

— Murió. Hace catorce años. Óscar tenía veinte. No habla de ello, así que tampoco habla de ello conmigo, y llevo cuatro años aquí. Pero todo lo que diseña es un homenaje a ella. Los bordados, la artesanía, la mezcla de tradición con modernidad. Es la manera que tiene de seguir hablando con ella.

Miro hacia el fondo del taller, donde Óscar está inclinado sobre la mesa de corte con una concentración que bloquea al mundo entero. Sus manos se mueven sobre la tela con una delicadeza que ahora

entiendo mejor. No está cortando. Está acariciando. Está continuando algo que su madre empezó.

Joder. Me está entrando la emoción y no son ni las once de la mañana.

— ¿Y tú? —le pregunto a Paco—. ¿Cómo acabaste aquí?

— Me presenté a una oferta de trabajo que ponía «se busca ayudante de diseñador». Pensé que sería un trabajo temporal mientras esperaba a que mi vida se ordenara. —Se ríe—. Eso fue hace cuatro años. Resulta que mi vida se ordenó aquí.

— ¿Qué hacías antes?

— Estudié diseño de moda en Granada. Trabajé tres años en una tienda de complementos en Nervión mientras esperaba mi oportunidad. Mi oportunidad fue Óscar. O sea, mi oportunidad fue un tío que me gritó el primer día porque puse los alfileres en el cojín equivocado y luego me invitó a cenar para disculparse. —Suspira

teatralmente—. Es como un gato. Te bufa, te araña y luego se tumba en tu regazo como si nada.

Me río tan fuerte que Óscar levanta la vista. Me mira. Mira a Paco. Vuelve a su tela.

— Valeria —dice sin levantar la cabeza.

Es la primera vez en una semana que pronuncia mi nombre. Me sobresalto como si me hubieran dado un calambrazo.

— ¿Sí?

— Menos ruido.

— Era una risa. Una risa humana. Las personas se ríen a veces. Es una función biológica.

Paco me da un codazo suave que dice «no le provoques». Yo le devuelvo una mirada que dice «es que me lo pone muy fácil».

Silencio. Vuelvo al trabajo. Paso las siguientes dos horas fotografiando el proceso de bordado. Óscar está trabajando en el corpiño del vestido azul, añadiendo los motivos geométricos a mano con hilo de oro. Es un trabajo de una minuciosidad absurda. Cada puntada es milimétrica. Cada línea sigue un patrón que tiene

dibujado en un boceto clavado en la pared, pero que claramente se sabe de memoria.

Lo fotografío de espaldas. Su espalda inclinada, los hombros anchos bajo la camiseta negra, el pelo cayéndole sobre la cara como una cortina. Lo fotografío desde el lateral: el perfil concentrado, la mandíbula apretada, los labios ligeramente fruncidos por la concentración. Lo fotografío desde arriba: las manos sobre la tela, los dedos sosteniendo la aguja con la misma elegancia con la que un violinista sostiene el arco.

Las fotos son espectaculares. Lo digo sin falsa modestia y sin exagerar, porque no es mérito mío en absoluto. Es que este hombre está hecho para ser fotografiado. Cada gesto, cada ángulo, cada sombra que proyecta su cuerpo sobre la tela cuenta una historia. Es como si la cámara lo quisiera. Como si la luz lo buscara.

Lo que es bastante irónico, teniendo en cuenta que él odia las cámaras.

A la una, Paco saca una fiambrera y se sienta en el patio a comer. Óscar no para. Yo me como un sándwich que he traído de casa y

reviso las fotos en la pantalla de la cámara, sentada en un taburete junto a la ventana.

— Esas fotos —dice una voz a mi lado.

Casi me caigo del taburete. Óscar está detrás de mí, mirando la pantalla de la cámara. No lo he oído llegar. Para ser un hombre de uno ochenta y cinco, se mueve como un maldito ninja.

— ¿Sí?

— Las de las manos. —Señala la pantalla—. Esas. ¿Las estás mandando a Teresa?

— Algunas, sí. Las que ella seleccione irán al catálogo.

Me mira. De cerca, sus ojos no son negros. Son marrón muy oscuro, con unas vetas de color miel que solo se ven con esta luz. Tiene pestañas largas, de esas que las mujeres pagamos fortunas por conseguir con rímel y él tiene gratis. La vida es injusta.

— Son buenas —dice.

Y se va.

Así. Sin más. «Son buenas» y se larga. Como si acabara de decirme la hora o el tiempo que hace. Como si no fuera la primera cosa

amable que me dice en siete días. Como si no supiera que esas dos palabras acaban de hacer que me tiemble un poquito el labio inferior.

Paco, que lo ha oído todo desde el patio, me mira con los ojos como platos y articula sin sonido: «Ha dicho buenas. BUENAS. Llevo cuatro años esperando ese adjetivo.»

Le lanzo un trozo de pan. Lo esquiva riendo.

El resto de la tarde pasa volando. Óscar trabaja en un segundo vestido, este de un rojo intenso que parece sangre fresca sobre la mesa de corte. Lo observa como si fuera un problema matemático, da vueltas a su alrededor, mueve la tela, la deja caer, la recoge, la corta con decisiones rápidas y certeras. Y yo lo fotografío todo.

A las seis de la tarde, la luz del patio cambia. Se vuelve dorada, cálida, con esa cualidad que los fotógrafos llamamos «hora mágica» y que en Sevilla dura más que en cualquier otro sitio porque esta ciudad tiene un acuerdo privado con el sol. La luz entra por la cristalera y baña el taller como si alguien hubiera derramado miel líquida sobre todo.

Veo la oportunidad. La tela roja bajo esa luz sería impresionante. El contraste entre el rojo y el dorado, las sombras alargadas, los

detalles del tejido brillando. Solo necesitaría mover el maniquí un metro a la izquierda para que la luz le dé de lleno.

Lo pienso. Pienso en las reglas. «Nada de tocar. Nada de hablar. Nada de interrumpir.» Pienso en que estoy aquí para documentar, no para dirigir. Pienso en que este no es mi taller.

Y luego pienso: a la mierda.

Me acerco al maniquí y lo agarro por la cintura. Pesa menos de lo que pensaba. Lo arrastro suavemente hacia la izquierda, donde la franja de luz dorada cae como una cascada.

— ¿Qué haces?

La voz de Óscar suena como el trueno antes de la tormenta. Se ha levantado de la mesa y me mira con una expresión que combina incredulidad, enfado y algo que podría ser horror puro.

— La luz —digo—. Mira la luz. Si pones el maniquí aquí, el rojo se convierte en fuego. Las fotos serán increíbles.

— No toques nada.

— Óscar, estoy intentando...

— No. Toques. Nada. —Cada palabra es un martillazo—. No es tu

taller. No son tus telas. No es tu trabajo decidir dónde van las cosas.

— Y no es tu trabajo decidir cómo hago las fotos. Pero aquí estamos, ¿no?

El silencio que sigue es tan denso que podría cortarlo con sus tijeras de sastre. Nos miramos. Él furioso, yo cabreada, los dos con la mandíbula apretada y la respiración pesada. Paco asoma la cabeza desde la otra sala, evalúa la situación en medio segundo y decide intervenir antes de que vuele una silla.

— Vaaale —dice con una voz de mediador de Naciones Unidas—. Vamos a respirar todos. Óscar, cielo, te he traído un vaso de agua. Valeria, cariño, ¿por qué no tomas un café?

— No quiero un café —digo.

— No quiero agua —dice Óscar.

Paco nos mira a los dos con la paciencia de un santo.

— Pues os jodéis y os lo bebéis. Los dos. Ahora. Sentados. En esquinas opuestas.

Algo en su tono nos hace obedecer. Yo me siento en el taburete junto a la ventana. Óscar se sienta en la silla frente a la mesa de

corte. Bebemos en silencio. Paco nos vigila como un profesor de guardería.

— Bien —dice Paco—. Ahora. Óscar, ¿has visto las fotos que saca esta mujer?

Silencio.

— ¿Las has visto?

— Sí —dice entre dientes.

— ¿Y?

Otro silencio. Más largo. Óscar mira el vaso de agua como si contuviera las respuestas del universo.

— Son buenas —admite por segunda vez hoy.

— Son muy buenas —corrige Paco—. Son las mejores fotos que alguien ha sacado de tu trabajo. Y lo sabes. Así que quizá, solo

quizá, deberías dejar que la mujer que las saca haga su trabajo como le dé la gana. ¿Eh?

Óscar no responde. Se levanta, se acerca a la mesa de corte y se pone a trabajar como si no hubiera pasado nada.

Yo recojo mi cámara, me cuelgo la correa del cuello y decido que por hoy ya ha habido suficiente drama. Me despido de Paco con un beso en la mejilla. Él me susurra al oído: «Eres mi persona favorita. No te vayas nunca.»

Recojo mis cosas y camino hacia la puerta. Antes de salir, echo un último vistazo al taller.

El maniquí con la tela roja está exactamente donde lo dejé. En la franja de luz dorada.

Óscar no lo ha movido.

No digo nada. No necesito decir nada. Salgo a la calle, respiro el aire de Santa Cruz y me permito una sonrisa que nadie ve.

Cuando llego a casa, paso las fotos al portátil y las reviso con Fígaro dormido en mis piernas. Las del día son buenas, pero hay una que me hace parar. La he sacado sin pensar, en un momento de instinto, cuando Óscar se ha estirado después de dos horas cosiendo y la luz del patio le ha dado en las manos. Las tiene levantadas, abiertas,

con los dedos extendidos, y hay hilos de oro enredados entre ellos como telarañas doradas. La luz atraviesa los hilos y proyecta sombras diminutas sobre sus muñecas.

Es la mejor foto que he sacado en años.

Y la he sacado sin que él lo supiera. Sin que posara. Sin que la pidiera.

Le doy a «guardar» y me quedo mirando la pantalla un rato. Las manos de Óscar Mendoza sosteniendo hilos de oro.

Pienso en lo que ha dicho Paco. «Todo lo que diseña es un homenaje a su madre.» Pienso en el dedal de plata. En las tijeras con sus iniciales. En la obsesión y el perfeccionismo y las reglas absurdas.

Pienso que tal vez no odia las cámaras. Tal vez odia ser visto. Que son cosas muy diferentes. Odiar las cámaras es odiar un objeto. Odiar ser visto es odiar la vulnerabilidad. Es tener miedo de que alguien mire detrás de la cortina y encuentre al hombre de verdad, el que no es perfeccionista ni arrogante ni frío, sino algo más frágil, más humano, más difícil de sostener.

Yo conozco ese miedo. Lo conozco cada vez que enseño mis fotos personales, las de «Manos de Sevilla», y espero a que alguien diga «bonitas» con esa inflexión que significa «bonitas pero no valen

nada». Es el miedo de mostrar lo que de verdad importa y que el mundo diga «meh».

Óscar y yo tenemos eso en común. Los dos creamos cosas que nos importan demasiado. Y las dos nos protegemos de formas diferentes: él con el silencio, yo con el humor.

Fígaro se despierta, bosteza mostrando unos colmillos que me recuerdan que es, en el fondo, un depredador disfrazado de cojín naranja, y se baja de mis piernas con la dignidad de un rey abdicando.

— Fígaro —le digo—, creo que Óscar Mendoza es la persona más interesante que he fotografiado nunca.

Fígaro me mira. Parpadea. Se va a comer.

No es exactamente la conversación profunda que buscaba, pero viniendo de un gato, es casi un halago.

Cierro el portátil. Me preparo una cena de supervivencia: pan con tomate, jamón, aceite y un vaso de vino tinto que saco de la botella que dejaron Rocío e Inma la otra noche. Ceno en la terraza, mirando Triana desde arriba, y pienso en que mañana volveré al atelier a las

nueve en punto, me sentaré en mi rincón con mi cámara y fotografiaré a un hombre que no quiere ser fotografiado.

Y seguiré haciéndolo hasta que entienda que mi cámara no es una amenaza. Es un espejo. Y los espejos solo muestran la verdad.

Aunque sea una verdad que dé miedo.

4

La Alameda de Hércules un viernes por la noche es el lugar donde Sevilla deja de ser una postal bonita y se convierte en lo que realmente es: un caos maravilloso de gente riendo, bares reventando, niños corriendo entre las mesas de las terrazas, perros sueltos, guitarras sonando en alguna esquina y olor a fritanga mezclado con azahar. Es mi lugar favorito del mundo. Bueno, mi lugar favorito del mundo después de mi terraza de Triana y de la cama de mi abuela en Córdoba, que tenía un colchón de lana que olía a lavanda y en el que dormí todas las Navidades de mi infancia.

Pero la Alameda un viernes por la noche con mis dos mejores amigas, tres gin-tonics y un plato de croquetas de la abuela viene muy cerca.

Pedimos las croquetas antes de sentarnos, que es lo que hacen las personas inteligentes en la Alameda, porque si esperas a la segunda ronda las croquetas se acaban y solo quedan patatas bravas, que están bien pero no son croquetas. Las croquetas de la abuela de este bar son un patrimonio cultural que debería estar protegido por la UNESCO: cremosas por dentro, crujientes por fuera, con un punto

de jamón ibérico que te hace cerrar los ojos y pensar que todo en la vida merece la pena.

— A ver, a ver, a ver —dice Rocío, que está sentada frente a mí con el móvil en la mano y la expresión de un detective a punto de resolver un caso—. ¿Óscar Mendoza? ¿El Óscar Mendoza?

— ¿Cuántos Óscar Mendoza diseñadores de moda hay en Sevilla?

— Tía. —Rocío me agarra del brazo con la intensidad de alguien que ha descubierto un cadáver—. Tía, pero si está buenísimo.

— Lo sé. Lo he visto en persona. Todos los días. Durante una semana.

— ¿Y cómo es de cerca?

— Alto. Moreno. Viste de negro. Habla poco. Tiene las manos más bonitas que he visto en mi vida y el carácter más horrible que he sufrido en mi carrera.

— O sea, perfecto —dice Rocío.

— O sea, insoportable.

— Es Escorpio —dice Inma, que ha consultado algo en su móvil con la velocidad de un rayo—. Nacido el 7 de noviembre. Sol en

Escorpio, ascendente Capricornio. Lo peor de lo peor.

— ¿Cómo sabes su fecha de nacimiento?

— Lo pone en su Wikipedia.

— ¿Tiene Wikipedia?

— Tiene un párrafo. Pero suficiente para sacarle la carta astral. — Inma me mira con solemnidad—. Valeria, los Escorpio son intensos, reservados, posesivos y transformadores. Y tú eres Aries con Luna

en Géminis. Eso es fuego y aire contra agua y tierra. Puede ser explosivo o puede ser un desastre.

— O puede ser simplemente un trabajo —sugiero.

Rocío e Inma se miran con la sonrisa cómplice de dos personas que llevan años ignorando mis intentos de ser racional.

— Claro, claro. Un trabajo —dice Rocío, bebiendo un trago de gin-tonic con los ojos brillantes—. Cuéntame más del trabajo. ¿Cómo huele?

— Rocío, por Dios.

— Es información relevante. Los hombres que huelen bien son peligrosos.

— Huele a... —Pienso. Me arrepiento de haber pensado—. A café. Y a algo más. No sé. Madera, puede ser. O sándalo. Algo cálido.

— Ajá —dice Rocío con una sonrisa de gato que ha pillado al ratón —. Te has fijado en cómo huele. Estupendo. Todo va según lo

previsto.

— ¿Según lo previsto por quién?

— Por el universo, tía. Por el universo.

Llega el segundo gin-tonic. Y las croquetas, que están tan buenas que hago un ruido indecoroso al morderlas. Rocío me enseña el

Instagram de Óscar en su móvil, pasando fotos con el dedo a la velocidad de la luz.

— Mira, mira. Estos vestidos. Esto es arte, Valeria. Y mira esta foto de sus manos. ¿Quién la ha sacado?

Miro la pantalla. Es una de las fotos que mandé a Teresa. Ha acabado en el Instagram oficial de la Pasarela de Sevilla.

— Yo —digo—. Esa la he sacado yo.

Rocío se queda mirando la foto. Luego me mira a mí. Y hay algo en sus ojos que no es la broma habitual, sino algo más serio, más profundo.

— Tía. Esto es otra liga. Esto no son fotos de bodas. Esto es fotografía de verdad.

— Lo sé —digo, y la voz me sale más baja de lo que pretendo.

— Pues a por ello —dice Rocío, y choca su copa contra la mía.

Inma levanta la suya también.

— Por Valeria. Y por Óscar Escorpio ascendente Capricornio, que no

sabe lo que le viene encima.

Nos reímos. Bebemos. Comemos más croquetas. Rocío me cuenta que tiene un nuevo cliente para su trabajo de community manager: una clínica dental en Nervión que quiere «contenido viral» y que su primer post fue un vídeo de un dentista bailando con una fresa en la mano que ha llegado a las doscientas mil visualizaciones.

— ¿Doscientas mil? —pregunto, incrédula.

— Tía, la gente es rara. Les encanta. El dentista está encantado. Me ha subido la tarifa. La vida es bella.

Inma nos cuenta que tiene un niño nuevo en clase que se llama Gael y que el primer día le dijo que quería ser «astronauta de los mares» y que ella casi llora.

— ¿Astronauta de los mares?

— Es que es adorable. Quiere explorar lo que hay debajo del océano como si fuera el espacio. Tiene seis años y ya tiene más claridad vocacional que yo.

Me río. Adoro a estas mujeres. Las adoro con todo lo que tengo. Rocío, que dice «tía» cada tres palabras y tiene la capacidad de encontrar el lado positivo de un terremoto. Inma, que cree que las estrellas nos guían y que tiene el corazón más grande que he

conocido. Son mi familia elegida. Mi red de seguridad. Las personas que me sostienen cuando me caigo y me empujan cuando me paro.

Mi móvil suena. Lo miro. Mamá.

— Ah, no —digo.

— Cógelo —dice Rocío—. Si no lo coges, llama al fijo de tu casa y asusta a Fígaro.

Tiene razón. Una vez mi madre llamó tantas veces que Fígaro tiró el teléfono de la mesilla y lo rompió. Desde entonces, cojo siempre.

— Hola, mamá.

— Hija, ¿estás cenando? He probado a llamarte hace media hora y no cogías.

— Estoy con Rocío e Inma en la Alameda.

— Ah, qué bien. Saluda a las niñas de mi parte. Oye, ¿qué tal ese

trabajo nuevo? ¿El del diseñador?

— Bien, mamá. Todo bien.

— ¿Es majo?

— Es profesional.

— ¿Es guapo?

— Mamá...

— Que me lo diga Rocío, que ella no me miente.

Le paso el teléfono a Rocío, que lo coge encantada.

— Encarna, es guapísimo. Alto, moreno, manos de artista. Y tu hija se ha fijado en cómo huele. Esto tiene pinta de...

Le quito el teléfono de las manos antes de que termine la frase.

— Mamá, tengo que colgar.

— Hija, ¿estás saliendo con alguien?

La pregunta de siempre. La eterna pregunta de Encarna Campos, viuda de Francisco Campos, modista de profesión y metementodo

por vocación. Mi madre, que me quiere más que a nada en este mundo y que canaliza ese amor a través de la preocupación constante por mi vida sentimental, como si estar soltera a los treinta fuera una enfermedad terminal que solo se cura con una boda.

— No, mamá. No estoy saliendo con nadie.

— Tu hermana se casó a los veintiocho.

— Lo sé, mamá. Y tiene dos niños, una hipoteca y ojeras permanentes. No sé si es el mejor argumento a tu favor.

— Alba es muy feliz.

— Alba está agotada. Pero sí, es feliz. Y yo también soy feliz, mamá. Soltera y feliz. Las dos cosas son compatibles.

— Ya, hija. Pero es que a tu padre le habría gustado verte...

— Mamá —la corto con suavidad, porque sé adónde va esta frase y no quiero llegar ahí esta noche—. Papá habría querido que fuera feliz. Y lo soy. Te lo prometo.

Silencio.

— Bueno —dice mi madre con esa voz que significa «no estoy convencida pero te quiero demasiado para discutir»—. Pues saluda

al diseñador ese de mi parte. Y dile que si necesita una buena modista para los arreglos, que aquí estoy yo.

Me río.

— Adiós, mamá.

— Adiós, hija. Come algo, que estás muy flaca.

No estoy flaca. Tengo unas curvas generosas de las que estoy orgullosa, pero para mi madre, todo el mundo está «muy flaco» o «muy gordo» y no hay término medio. Cuelgo.

— Tu madre es un tesoro —dice Inma.

— Mi madre es un terremoto.

— Es lo mismo —dice Rocío—. Los tesoros siempre vienen después de los terremotos.

Inma nos mira con ojos brillantes.

— Eso es muy profundo, Rocío.

— Lo he leído en una taza de Primark, pero vale igual.

Me quedo pensando en esa frase mientras me como la última

croqueta. Pienso en mi madre cosiendo en su taller de Córdoba, sola desde que papá murió hace cinco años, con la radio puesta y el dedal en el dedo, remendando faldas y acortando pantalones para las vecinas del barrio. Pienso en Óscar Mendoza y en el dedal de plata de su madre. Dos costureras. Dos hijos que llevan la costura en la sangre.

Es una coincidencia rara. O es el universo, como diría Inma.

Rocío pide otra ronda de croquetas. Inma saca su baraja de tarot del bolso, que siempre lleva encima «por si surge una emergencia

espiritual», y me hace una tirada rápida en la mesa del bar, entre los vasos y las servilletas arrugadas.

— El Mago —dice, señalando la primera carta—. Creatividad, habilidad, nuevos comienzos. Es tu carta ahora mismo.

— ¿Y esa? —pregunto, señalando la segunda.

— El Emperador invertido. Un hombre con problemas de control que necesita soltarse.

— Óscar —dice Rocío sin dudar.

— Tía, ni se os ocurra emparejarme con un tío por una carta de tarot.

— No te emparejo. El tarot te informa. Tú decides.

— Lo que decido es otra croqueta.

Rocío se ríe. Inma guarda las cartas con una sonrisa que dice «ya lo verás». Y yo pienso que, tenga razón o no el tarot, el Emperador invertido es una descripción bastante precisa de Óscar Mendoza: un hombre con problemas de control que necesita soltarse.

La conversación deriva hacia los desastres sentimentales de cada una. Rocío nos cuenta que el chico con el que ligó la semana pasada

en un evento de networking resultó ser community manager de una marca de comida para gatos, lo cual, según ella, «es como descubrir que tu cita trabaja para la competencia directa de tu gato».

— ¿Fígaro tiene competencia? —pregunto.

— Fígaro ES la competencia. No necesita community manager. Se gestiona solo.

Inma suspira y dice que ella no liga desde hace cuatro meses porque «Neptuno está en cuadratura con su Venus» y que prefiere esperar a que se alineen los planetas antes de abrir Tinder.

— Inma, cielo —dice Rocío—, los planetas no se van a alinear nunca en Tinder. En Tinder no se alinea nada.

Nos reímos. Pedimos la cuenta. Pagamos a escote. Rocío quiere ir a un bar de copas en la calle Feria, pero yo estoy agotada. Llevo toda la semana levantándome a las siete para estar en el atelier a las nueve y editar fotos hasta medianoche. Le doy un beso a cada una y camino sola por la Alameda hacia Triana.

Sevilla de noche es otra ciudad. Más suave, más lenta, más dulce. La Sevilla del día es una ciudad que grita: turistas, tráfico, el calor rebotando en las paredes. Pero la Sevilla de noche susurra. Te cuenta cosas al oído mientras caminas por sus calles estrechas, cosas sobre la gente que ha vivido aquí durante siglos, sobre los

patios escondidos detrás de las puertas, sobre los ríos que fluyen debajo de todo. Las farolas de la Alameda proyectan sombras largas sobre el suelo empedrado. Hay parejas sentadas en los bancos, chavales con cervezas, un hombre mayor paseando un galgo que parece más elegante que la mayoría de personas que conozco. Cruzo el puente de Triana con el Guadalquivir negro y brillante debajo, reflejando las luces de la Torre del Oro.

En la puerta de mi edificio, me detengo un momento. Miro el cielo. Hay estrellas, pocas, las que consiguen competir con la contaminación lumínica de la ciudad. Pienso en Inma y sus astros. Pienso en Venus en mi casa séptima, sea lo que sea eso. Pienso en Mercurio retrógrado.

Y pienso en un hombre vestido de negro que me ha dicho «son buenas» como si fuera lo más difícil que ha hecho en su vida.

Subo las escaleras. Abro la puerta. Fígaro me espera en el pasillo con su cara de «te has ido demasiado tiempo y voy a castigarte ignorándote tres horas».

— Hola, guapo.

Me ignora. Se va a la cocina. Me siento en el sofá, me quito las zapatillas y miro el techo. Mañana es sábado. Tengo una boda a las once en un cortijo de Carmona. Doscientas fotos de novios

besándose, suegras llorando y cuñados borrachos. El lunes volveré al atelier.

Y aunque sé que no debería, aunque sé que es un trabajo y nada más que un trabajo, una parte de mí está deseando que llegue el lunes.

No por él. No exactamente por él.

Por las fotos. Por las manos sobre la tela. Por la luz del patio a las seis de la tarde. Por el vestido azul de los azulejos y el rojo que parece fuego. Por la sensación de que, por primera vez en siete años, estoy haciendo algo que importa.

Por eso.

Solo por eso.

Me levanto del sofá. Voy al portátil. Abro la carpeta de fotos del día. Selecciono las mejores y las paso a una carpeta que he llamado «Proyecto Mendoza». Hay cuarenta y siete fotos seleccionadas en diez días. Cuarenta y siete imágenes que cuentan la historia de un hombre creando algo extraordinario.

Abro también la carpeta de «Manos de Sevilla». Mi proyecto. Mis fotos. Las miro una a una: Dolores con sus flores, Carmen con sus

doradas, Esperanza con sus yemas. Cien imágenes de mujeres que trabajan con las manos.

Y pienso que hay un hilo invisible que conecta estas dos carpetas. Las manos de las mujeres de Sevilla y las manos de Óscar cortando seda. La artesanía como forma de estar en el mundo. De existir a través de lo que creas.

Cierro el portátil. Me quito las zapatillas. Me tumbo en la cama. Fígaro salta a mis pies como una bola de pelo caliente y empieza a ronronear con la sutileza acostumbrada de un motor diésel.

Mañana es sábado. Tengo una boda en Carmona. Doscientas fotos de novios. El lunes, el atelier.

Me duermo pensando en hilos de oro y manos que se mueven como música.

No le cuento eso a nadie.

5

Segunda semana. Martes. Sesión de pruebas de tela.

Óscar ha recibido una entrega de tejidos de un proveedor de Valencia: metros y metros de seda salvaje, organza, crepé de lana, raso de algodón y algo que Paco llama «mikado» y que yo llamo «la tela más cara que he visto en mi vida, por favor que no se me caiga el café encima». Están desplegados sobre la mesa de corte, la mesa auxiliar, los maniquíes y el suelo del patio, convirtiendo el atelier en algo parecido a un bazar persa de lujo.

Óscar los está examinando uno por uno. Los toca, los arruga, los sostiene contra la luz, los deja caer desde distintas alturas para ver cómo se mueven. Es un proceso fascinante y completamente silencioso. No habla. No pide opinión. No mira a nadie. Es él y las telas, y el resto del mundo no existe.

Yo fotografío. Como siempre. Desde mi rincón, con el teleobjetivo que me permite capturar detalles desde lejos sin molestar. He aprendido a moverme por el taller como una corriente de aire: sin ruido, sin peso, sin interferir. Es una disciplina que me ha costado

aprender porque mi estado natural es el de una persona que habla, opina y se tropieza con los muebles.

Pero estoy aprendiendo.

Lo que no estoy aprendiendo es a ignorar la luz.

Son las cinco y media de la tarde y la luz del patio ha empezado a cambiar. La cristalera está abierta y los rayos del sol entran en un ángulo que convierte todo lo que tocan en oro. Es la misma luz que vi el jueves pasado, la que me hizo mover el maniquí y provocar la tercera guerra mundial. Pero hoy es más intensa. Más perfecta. El tipo de luz que aparece una vez cada mil tardes y que un fotógrafo reconoce como reconoce un músico la nota perfecta.

Y Óscar está trabajando en la zona equivocada del taller. En la esquina más oscura, junto a la pared, donde la luz no llega. Tiene un maniquí con un prototipo nuevo: un vestido de organza blanca con un bordado de flores de azahar en el bajo que es tan delicado que parece pintado con aliento. Si ese vestido estuviera en la franja de luz del patio, las fotos serían... no sé ni cómo describirlo. Serían

de esas fotos que hacen que la gente se pare. De esas que se comparten cien mil veces.

Pero está en la oscuridad. Y yo me he prometido no tocar nada.

Me muerdo el labio. Miro la luz. Miro el vestido. Miro a Óscar, que está de espaldas, concentrado en los bordados.

Decido probar algo distinto.

— Óscar.

No se gira.

— Óscar.

— ¿Qué?

— La luz del patio a las seis de la tarde es perfecta para las fotos. Si movieras el maniquí medio metro hacia la izquierda, la organza

captaría la luz de una forma que haría llorar a Teresa Molina de felicidad.

Se gira lentamente. Me mira. La expresión de «¿acabas de decir lo que creo que has dicho?» ya empieza a ser familiar entre nosotros.

— No voy a reorganizar mi taller para que tú saques fotos bonitas.

— No te estoy pidiendo que reorganices nada. Te estoy pidiendo que muevas un maniquí medio metro. Medio metro. Es menos distancia de la que tú recorres para ir a por café.

— El maniquí está donde tiene que estar.

— Está en la sombra. Y ese vestido merece luz.

— El vestido está donde yo lo he puesto.

— Y las fotos que saque van a estar oscuras, planas y aburridas. Pero tú sabrás.

Nos miramos. Es nuestro deporte favorito: mirarnos con intensidad mientras las palabras que no decimos flotan entre los dos como humo. Óscar tiene esa cosa de mirar fijamente sin parpadear que

debería ser ilegal. Sus ojos oscuros se clavan en los míos con una intensidad que me hace sentir como si estuviera debajo de un foco.

— No —dice.

— Vale —digo.

— Vale —dice.

— Perfecto —digo.

— Estupendo —dice.

Paco, que está en la puerta de la segunda sala con una taza de té y una expresión de pura diversión, nos mira como si fuéramos un partido de tenis.

Me doy la vuelta. Vuelvo a mi rincón. Saco más fotos del taller con la luz que hay, que no es mala pero no es la que quiero. Fotografío las telas de Valencia desplegadas en la mesa, los carretes de hilo, los

patrones de papel. Cosas bonitas. Cosas correctas. Pero no la foto que podría haber sido.

A las seis y cuarto, Paco se acerca a mi rincón con un café y un trozo de su bizcocho de naranja, que se ha convertido en nuestro ritual de la tarde.

— No te lo tomes a pecho —me dice en voz baja—. Tiene sus razones.

— ¿Para trabajar en la oscuridad como un vampiro?

Paco se ríe.

— Para no dejar que nadie le diga cómo hacer las cosas. Es su mecanismo. Lleva toda la vida demostrando que puede hacerlo solo.

Desde que su madre murió, desde Milán, desde todo. Aceptar una sugerencia es como admitir que necesita ayuda. Y eso le aterra.

Lo miro. Paco tiene esa forma de decir las cosas que te hace sentir que entiendes algo que antes era opaco. Es como un traductor de Óscar Mendoza al español comprensible.

— ¿Qué pasó en Milán? —pregunto.

Paco duda. Bebe un trago de té. Mira hacia Óscar, que sigue de espaldas, inclinado sobre el maniquí.

— No me corresponde contarlo. Solo te digo que Milán le rompió algo. Y que volvió a Sevilla para recomponerlo. Este taller, esta colección, la pasarela... es su forma de demostrar que volvió por algo, no huyendo de algo. —Me mira—. Dale tiempo, Valeria. Debajo de todo eso hay un buen tío. Solo que está enterrado bajo capas y

capas de autoprotección. Como un maniquí con demasiados vestidos encima.

Sonrío.

— Esa es una buena metáfora para un taller de moda.

— Lo sé. Llevo cuatro años trabajando en ella.

A las seis y media recojo mis cosas. Me despido de Paco con nuestro beso habitual. Paso por delante de Óscar, que sigue trabajando y no levanta la vista.

— Hasta mañana —digo.

— Mmm —dice él.

«Mmm.» Eso es todo lo que consigo. Una onomatopeya. Ni siquiera una palabra de verdad. Un sonido gutural que podría significar «hasta mañana» o «vete ya» o «hay una mosca en mi oído». Con Óscar Mendoza, cualquier interpretación es válida.

Salgo a la calle. Santa Cruz huele a jazmín y a cena ajena. Las calles estrechas empiezan a llenarse de turistas con cámara en mano y sevillanos que vuelven del trabajo. Camino hacia Triana pensando en

la luz del patio, en el vestido de organza, en las flores de azahar bordadas en el bajo.

Y entonces me paro.

Porque acabo de recordar algo. Una imagen que he captado con el rabillo del ojo al salir del taller y que mi cerebro ha tardado tres calles en procesar.

El maniquí.

El maniquí con el vestido de organza.

Estaba en un sitio diferente. No donde Óscar lo tenía cuando discutimos. No en la esquina oscura junto a la pared.

Estaba medio metro a la izquierda. En la franja de luz dorada.

Óscar lo ha movido.

Me quedo parada en medio de la calle Mateos Gago con una sonrisa idiota en la cara. Un turista americano me pide indicaciones para

llegar a la catedral y tengo que parpadear tres veces para volver a la realidad.

— Por ahí —señalo vagamente.

El turista se va. Yo sigo sonriendo.

Lo ha movido. El muy imbécil lo ha movido. Después de decirme que no, después de mirarme con esos ojos de «no me digas cómo hacer mi trabajo», después de toda la discusión, ha esperado a que yo me fuera y ha movido el maldito maniquí a la luz.

Porque sabe que tengo razón. Porque sabe que la luz a las seis de la tarde es perfecta para la organza. Porque, debajo de toda esa coraza de perfeccionista arrogante, hay alguien que escucha.

Que escucha pero que se moriría antes de admitirlo.

Saco el móvil y le mando un mensaje a Paco:

Valeria: Ha movido el maniquí. Paco: LO SÉ. Estoy llorando. Son las 6:38 de la tarde y Óscar Mendoza ha aceptado una sugerencia de otra persona. Este día queda registrado en la historia. Valeria: Jajajajaja Paco: No te rías. Esto es SERIO. Voy a comprar champán.

Llego a casa riendo. Cruzo el puente de Triana con la brisa del río acariciándome la cara y el sol poniéndose detrás del barrio, tiñendo

las fachadas de un rosa que parece sacado de un cuadro de Turner. Hay una pareja sentada en el pretil del puente besándose con la Giralda de fondo, y un chaval con una guitarra tocando una rumba que suena a libertad.

Pienso en la primera vez que crucé este puente, con dieciocho años y una maleta enorme, viniendo de Córdoba para estudiar Bellas Artes en la facultad de Sevilla. Mi madre me dejó en la estación de autobuses llorando como si me fuera a la guerra. Mi padre, que todavía vivía, me dijo: «Hija, Sevilla te va a comer. Pero tú eres de Córdoba. Te la comes tú primero.»

Tenía razón. Sevilla me comió. Me enamoré de esta ciudad como se enamoró uno de las cosas grandes: sin remedio, sin condiciones, para siempre. De su luz absurda, de sus calles que huelen a azahar, de sus patios escondidos, de su forma de vivir como si cada día fuera una fiesta que nadie ha organizado pero todo el mundo celebra.

Dejé Bellas Artes después de dos años porque no podía pagármela. Empecé a hacer fotos de bodas para ganar dinero «mientras tanto».

Y ese «mientras tanto» duró siete años. Siete años de «mientras tanto» que se comen tu vida si no tienes cuidado.

Pero ahora. Ahora hay un atelier en Santa Cruz con luz de patio andaluz y un hombre que crea vestidos que quitan el aire. Ahora hay una oportunidad que huele a verdad.

Subo las escaleras de mi edificio con una energía que no debería tener después de diez horas de pie. Fígaro me recibe en la puerta con un maullido que interpreto como «trae comida o muere». Le pongo su lata de atún, que cojo con cuidado porque la última vez que le di la marca que no era me dejó un ratón de peluche destripado en la almohada como venganza.

Me ducho con agua tibia porque el calentador de mi piso tiene la costumbre de funcionar cuando le da la gana. Me pongo el pijama, que es una camiseta vieja de un festival de música y unos pantalones de cuadros que compré en un mercadillo por tres euros. Glamur puro. Me siento en la terraza con el portátil y un cuenco de aceitunas gordas de las que venden en el mercado de Triana y que son tan buenas que podrían ser un motivo suficiente para vivir en este barrio. Abro las fotos del día y las reviso.

Son buenas. Las telas de Valencia han quedado espectaculares: los colores brillan contra el fondo del atelier, y la textura de cada tejido se puede casi tocar a través de la pantalla. Hay una serie de Óscar trabajando que me gusta especialmente: lo he pillado en el

momento en que sostiene una pieza de seda salvaje contra el pecho, mirándola con una concentración tan profunda que parece que está escuchando lo que la tela le dice.

Pero sé que mañana, cuando llegue al atelier, el vestido de organza estará en la luz. Y las fotos de mañana serán las mejores.

Le mando las fotos del día a Teresa.

Teresa: Excelente trabajo, Valeria. La serie de las telas es magnífica. ¿Cómo va la relación con Óscar? Valeria: Progresa. Despacio. Muy despacio. Pero progresa. Teresa: Con Óscar, despacio es buena señal. Si fuera rápido, sería sospechoso.

Sonrío. Le mando las fotos también a Rocío, que me contesta con catorce emoticonos de fuego y un «tía, esto es nivel National Geographic pero de moda».

Abro Instagram. El perfil oficial de la Pasarela de Sevilla ha subido tres de mis fotos de la semana pasada con un pie de foto que dice «El proceso creativo de Óscar Mendoza, documentado por la fotógrafa Valeria Campos». Tiene doscientos likes y treinta comentarios. Uno dice: «Las manos de este hombre merecen un

museo.» Otro: «¿Quién es la fotógrafa? Es increíble.» Y otro, más escueto: «Quiero ese vestido azul ya.»

Leo los comentarios tres veces. No porque sea vanidosa, sino porque necesito creerlo. Necesito que alguien que no sea Rocío ni Inma ni mi madre me diga que lo que hago importa. Que mis fotos significan algo para alguien que no me conoce. Que esto no es un capricho, como decía Marcos. Que esto es real.

Cierro Instagram antes de que se me suba a la cabeza. Cierro el portátil.

Miro el cielo de Sevilla desde mi terraza. Está despejado, con un puñado de estrellas que brillan como los alfileres de Óscar en el cojín de terciopelo rojo. Pienso en él solo en su taller, probablemente trabajando todavía, con el vestido de organza bañado en la última luz de la tarde.

Pienso que hay algo profundamente triste en un hombre que trabaja tanto. Algo que huele a soledad vestida de productividad. A dolor disfrazado de disciplina.

Pienso que no debería estar pensando tanto en él.

Pero la verdad es que no puedo evitarlo. No porque sea guapo, que lo es. No porque sea misterioso, que también. Sino porque hay algo en la manera en que trabaja que me recuerda a mí misma. Esa

obsesión por crear algo que importa. Esa sensación de que lo que haces define quién eres. Esa necesidad desesperada de demostrar que mereces estar donde estás.

Yo lo siento con la fotografía. Él lo siente con la moda. Somos dos personas intentando probar algo que nadie nos ha pedido que probemos. Y eso crea una conexión que no puedo ignorar, aunque él me ignore a mí el noventa por ciento del tiempo.

Fígaro sale a la terraza, salta a mi regazo y se tumba con la barriga al aire. Le rasco detrás de las orejas. Ronronea.

— Mañana va a ser un buen día, Fígaro.

Ronronea más fuerte. Que, en idioma gato, probablemente significa «me da igual, sigue rascando».

Sigo rascando. Miro el río. Respiro el azahar.

Y pienso en un maniquí que se ha movido medio metro a la izquierda, en silencio, sin que nadie lo viera.

Excepto yo.

Que para eso tengo la cámara. Para ver lo que los demás no ven.

Incluso lo que alguien no quiere que vea.

6

Son las dos de la madrugada y no puedo dormir.

No es insomnio. Es algo peor. Es que mi cabeza no se calla. Lleva horas dando vueltas sobre el corte del vestido número tres, el de crepé negro que debería ser sencillo y se ha convertido en un problema que no consigo resolver. El drapeado no cae bien. El cuello no funciona. Cada vez que creo que lo tengo, algo se desajusta y vuelvo al punto de partida.

Me levanto de la cama. Mi piso es pequeño, un ático en Santa Cruz con paredes blancas, suelos de cerámica y poco más que lo esencial: una cama, un escritorio lleno de bocetos, una estantería con libros de moda y de arquitectura islámica, y una cocina que apenas uso. No necesito más. Las cosas me agobian. Siempre me han agobiado.

Prefiero el espacio vacío. Prefiero que la cabeza tenga sitio para pensar.

Pero esta noche la cabeza no coopera.

Voy al escritorio. Enciendo la lámpara. No abro los bocetos del vestido. Abro el portátil.

Las fotos de Valeria están en una carpeta que Teresa me mandó la semana pasada. «Para que las revises y des tu visto bueno.» No las he revisado. No he querido. Las fotos y yo tenemos una relación

complicada que empezó hace cuatro años en Milán y que todavía no he resuelto.

Giulia.

El nombre aparece en mi cabeza como una piedra en un estanque. Intentando no mirar la onda que expande, abro la carpeta.

Ciento setenta fotos. Las paso una a una. Telas, maniquíes, bocetos, detalles del taller. Están bien encuadradas, bien iluminadas, con buen ojo para la composición. Son fotos profesionales. Correctas.

Y entonces llego a las de mis manos.

Me paro.

Es una serie de nueve fotos. Mis manos cortando seda. Mis manos sujetando alfileres. Mis manos enhilando la aguja. Mis manos sosteniendo un trozo de organza contra la luz. Mis manos con hilos de oro enredados entre los dedos.

Nunca nadie me había fotografiado así.

He posado para revistas. He salido en reportajes de moda. Fotógrafos profesionales me han sacado fotos en el atelier, en desfiles, en eventos. Y en todas esas fotos yo soy un accesorio: el diseñador detrás de los vestidos, la cara que ponerle a la marca.

Fotos de mi cara, de mi perfil, de mi cuerpo. Fotos en las que yo soy el envoltorio.

Pero estas fotos son diferentes. Estas fotos no me muestran a mí. Muestran lo que hago. Lo que importa. Las manos que cortan, cosen, crean. Como si Valeria hubiera entendido, sin que nadie se lo explicara, que mis manos son la parte más honesta de mí. La única parte que no miente.

Paso la foto de los hilos de oro. La amplío. Los hilos atrapan la luz del patio y proyectan sombras diminutas sobre mis muñecas. Es una foto extraordinaria. No digo «buena». No digo «bonita». Digo extraordinaria. Porque captura algo que yo no sabía que estaba ahí: la relación entre mis manos y la materia. El diálogo silencioso entre el artesano y el material.

Mi madre habría visto esta foto y habría dicho: «Mira, hijo, esas son mis manos. Las mismas manos.»

Cierro el portátil. Me paso las manos por la cara. No quiero sentir lo que estoy sintiendo.

Giulia. Milán. El fotógrafo.

El recuerdo viene como siempre: violento, sin pedir permiso. La puerta del apartamento de la Vía Tortona. El sonido antes de la imagen. Las risas. La voz de ella diciendo algo en italiano que no

recuerdo. La puerta abierta. La cámara en la mesilla de noche, la Nikon profesional que él usaba para sus editoriales de moda. Y Giulia en la cama con él. Desnuda. Riendo. Sin saber que yo estaba ahí.

Cuatro años de relación. Cuatro años con una modelo milanesa que era inteligente, divertida y que me hacía sentir que pertenecía a un mundo que no era el mío. Y un fotógrafo. Un maldito fotógrafo de moda que la retrataba para Vogue y que, al parecer, también la retrataba sin ropa en mi apartamento.

Desde entonces, las cámaras me producen algo que no sé nombrar. No es miedo. No es asco. Es una especie de alarma interna, como si cada objetivo que me apunta fuera un ojo que va a descubrir algo que prefiero mantener oculto. Como si ser fotografiado fuera exponerse. Y exponerse fuera peligroso.

Sacudo la cabeza. Abro el portátil otra vez.

Las manos.

Valeria ha fotografiado mis manos. No mi cara. No mi cuerpo. No lo que el mundo quiere ver. Lo que yo quiero que vean.

Y eso me jode, porque significa que esta mujer que habla demasiado, que se ríe demasiado alto, que lleva zapatillas de lona a un atelier de moda y que tiene un moño que parece un nido de

pájaros, esta mujer me ve. De verdad. No la superficie. No la imagen. Me ve.

Y no sé qué hacer con eso.

Me levanto. Voy a la cocina. Me preparo un café que no debería tomarme a las dos de la madrugada pero que necesito como necesito respirar. Me lo llevo al escritorio y abro el boceto del vestido número tres.

El drapeado no funciona porque lo estoy pensando como una estructura rígida. Necesita fluir. Necesita movimiento. Necesita...

Los ojos de Valeria mirando la tela cuando le expliqué el vestido azul.

No. Joder. No.

Cierro el boceto. Abro las fotos otra vez. Paso las de las manos. Busco algo. No sé qué busco hasta que lo encuentro.

Es una foto del taller. No sale nadie. Solo la mesa de corte con las tijeras, los alfileres, un trozo de seda azul y, al fondo, la ventana del patio con la luz de la tarde entrando. Es una foto silenciosa. Quieta.

Como un cuadro de Vermeer trasladado a un taller de moda del siglo veintiuno.

Es la foto de alguien que entiende la belleza. No la belleza obvia, no la que se pone en un anuncio o en una portada. La belleza que existe en los rincones, en los detalles que nadie mira, en la luz que cae sobre una mesa vacía y la convierte en algo que merece ser recordado.

Valeria Campos no es una fotógrafa de bodas que ha tenido suerte con un encargo. Es una artista que ha estado haciendo bodas porque nadie le ha dado la oportunidad de hacer lo que realmente sabe hacer.

Y eso me cabrea. Me cabrea porque la reconozco. Porque yo fui ella hace diez años: un chaval del barrio de la Macarena que sabía coser mejor que nadie pero que no tenía a nadie que le dijera «esto es lo tuyo, ve a por ello». Hasta que mi madre, con su dedal de plata y sus manos gastadas, me agarró de los hombros y me dijo: «Hijo, tú

no estás hecho para arreglar cremalleras. Tú estás hecho para hacer vestidos que la gente recuerde.»

Y me mandó al IED de Madrid con el dinero que había ahorrado durante quince años cosiendo para las vecinas del barrio.

Cierro el portátil. Esta vez de verdad.

Me acabo el café. Me meto en la cama. Miro el techo.

Mañana Valeria llegará a las nueve con sus zapatillas de lona y su moño caótico y su cámara colgada del cuello. Se sentará en su rincón como un gato paciente y me fotografiará las manos mientras yo trabajo. No dirá nada porque he sido un cretino con las reglas. Pero pensará cosas. Le veo los pensamientos en los ojos, claros como agua, transparentes como la organza que acabo de mover a la franja de luz del patio.

Porque sí. He movido el maldito maniquí. A las seis y media, cuando ella se ha ido, me he levantado y lo he movido medio metro a la izquierda, exactamente donde ella dijo. Porque tenía razón. Porque

la organza necesita luz. Porque el vestido merece ser visto como ella lo ve.

No voy a decírselo. No voy a admitirlo. Antes me corto la mano con las tijeras de sastre.

Pero lo he hecho. Y mientras movía el maniquí, mientras lo colocaba exactamente donde ella había dicho, sentí algo que no sentía desde hace mucho tiempo: la satisfacción de escuchar. De reconocer que alguien sabe algo que yo no sé. De aceptar que la luz es su territorio como la tela es el mío, y que quizá, solo quizá, juntos podemos crear algo mejor que lo que hacemos por separado.

Es una idea peligrosa. Porque «juntos» implica necesitar a alguien. Y yo he pasado cuatro años demostrándome que no necesito a nadie.

Paco, que lo ha visto todo con su sonrisa de «te conozco mejor que tú mismo», no ha dicho nada. Solo ha tarareado algo mientras guardaba las telas. Creo que era una canción de Chet Baker. «I Fall in Love Too Easily.»

Paco es un dramático de primera. Tiene el don de encontrar la banda sonora perfecta para cada momento. Cuando estoy estresado, pone a Miles Davis. Cuando estoy trabajando bien, pone flamenco

instrumental. Cuando me cabreo, pone algo de Chet Baker que es tan triste que me obliga a calmarme por puro contraste emocional.

Es un hijo de puta con buen oído. Y probablemente la mejor persona que conozco.

Me levanto otra vez. Voy al taller, que está a cinco minutos andando porque vivo en el mismo barrio, en un ático de Santa Cruz que elegí porque desde la terraza se ve el patio del atelier. A estas horas está vacío, oscuro, con las sombras de los maniquíes recortándose contra las ventanas como fantasmas elegantes.

Enciendo la luz de la mesa de corte. El vestido azul está ahí, esperándome. Los bordados del Alcázar brillan bajo la bombilla con un destello que es prometedor. Lo toco. La seda es fría y suave y responde al tacto como algo vivo.

Cojo la aguja. Empiezo a bordar. Es lo que hago cuando no puedo dormir: vengo al taller y coso. Es mi meditación, mi terapia, mi forma de callarle la cabeza. Cada puntada es un pensamiento que clavo en la tela en vez de dejarlo suelto.

Puntada. No pienso en el moño caótico. Puntada. No pienso en la risa demasiado alta. Puntada. No pienso en las zapatillas de lona. Puntada. No pienso en cómo me miró cuando dije «son buenas».

Puntada. No pienso en el olor a nardos y a algo cítrico que tiene y que se queda en el atelier cuando se va.

No pienso en nada de eso.

Coso durante dos horas. Cuando levanto la cabeza, el bordado ha avanzado cuatro centímetros y mi cabeza ha retrocedido cuatro kilómetros, hasta un punto en el que ya no sé dónde acaba el trabajo y empieza algo que no quiero nombrar.

Apago la luz. Vuelvo al piso. Me meto en la cama.

Cierro los ojos. Intento dormir. No pienso en Valeria Campos.

Pienso en sus fotos. Que no es lo mismo.

No es lo mismo.

¿Verdad?

La semana siguiente va a ser complicada. La colección necesita avanzar más rápido. Teresa quiere un avance para el comité de la Pasarela a finales de abril, lo que significa que necesito al menos seis piezas terminadas en tres semanas. Seis piezas. Tres de ellas ni siquiera tienen patrón definitivo. El vestido número tres sigue siendo

un desastre. Y tengo a una fotógrafa en mi taller que me distrae sin hacer absolutamente nada distractivo.

Ese es el problema. Que no hace nada distractivo. No habla cuando trabajo, no se mueve ruidosamente, no interrumpe el proceso. Se sienta en su taburete como una estatua con objetivo, silenciosa, paciente, con esos ojos color avellana que lo absorben todo. Simplemente está ahí, con su cámara, mirándome. Y ese silencio suyo, ese silencio de observadora, es peor que cualquier ruido. Porque sé que está captando cosas. Que me está leyendo. Que cada foto que saca es una frase que dice algo sobre mí que yo no he dicho.

Mi padre me llamó ayer. Manolo Mendoza, mecánico jubilado del barrio de la Macarena, manos enormes que arreglaban coches y que

ahora se dedican a regar geranios en una terraza de veinte metros cuadrados.

— Hijo, ¿cómo va lo de la pasarela?

— Va, papá.

— ¿Comes bien?

— Sí, papá.

— Paco me ha dicho que tienes una fotógrafa nueva.

Paco. Maldito Paco. Mi padre y él se llaman una vez a la semana como si fueran amigos de toda la vida. Manolo lo adora porque Paco

le pregunta por sus geranios y le manda fotos de las flores del atelier.

— Es un encargo de Teresa Molina. Para el catálogo de la Pasarela.

— ¿Y es maja?

— Es profesional.

— Paco dice que es muy graciosa.

— Paco dice muchas cosas.

— También dice que es guapa. Y que hace unas fotos que quitan el hipo.

— Papá, ¿has llamado para preguntarme por la fotógrafa o por la colección?

Silencio. Mi padre tiene la sutileza de un mazo, pero el corazón más grande que conozco. Después de que mi madre muriera, crió a un hijo de veinte años solo, sin saber nada de diseño de moda, sin entender por qué su hijo quería hacer vestidos en vez de arreglar

coches. Pero me apoyó. Cada día. Sin preguntar por qué. Solo preguntando si comía bien.

— Hijo, me alegro de que tengas gente a tu alrededor. Siempre estás muy solo.

— No estoy solo, papá. Tengo a Paco.

— Paco es tu ayudante. No es lo mismo. Necesitas... —Duda. Mi padre, que no duda nunca, duda—. Tu madre siempre decía que la tela sola no hace nada. Que necesita unas manos que la toquen para convertirse en algo.

Lo dice sin saber lo que está diciendo. O quizá lo dice sabiéndolo perfectamente, porque mi padre es más listo de lo que parece.

Cuelgo con la promesa de ir a comer el domingo. Iré a la Macarena, al piso donde crecí, donde mi padre tiene los geranios más grandes del barrio y una colección de fotos de mi madre en la estantería del salón que no mueve desde hace catorce años. Comeremos paella de pollo, que es lo único que sabe cocinar, y veremos el fútbol en la tele aunque a ninguno de los dos nos gusta el fútbol, porque es lo que

hacíamos cuando mi madre vivía y las costumbres son el pegamento que sostiene una familia rota.

Me quedo mirando el teléfono.

«La tela sola no hace nada. Necesita unas manos que la toquen.»

Pienso en las fotos de mis manos.

Pienso en la mujer que las ha sacado.

No duermo hasta las cuatro. Y cuando duermo, sueño con un moño caótico y una risa demasiado alta y unas zapatillas de lona que no deberían pisar un atelier de moda.

Pero que, de alguna forma que no comprendo, hacen que el atelier se sienta menos vacío.

7

Los sábados por la mañana, cuando no tengo boda, son míos. Son las horas que dedico a mi proyecto personal, el que llevo dos años construyendo a trompicones entre encargos, facturas y la realidad aplastante de que pagar el alquiler en Triana no es compatible con la fotografía artística.

Hoy estoy en el puente de Isabel II, el de Triana, a las nueve de la mañana. Es pronto para un sábado, pero la luz a esta hora es suave, difusa, con esa bruma que sube del río y envuelve todo en una neblina que hace que Triana parezca un cuadro impresionista. Llevo la cámara colgada del cuello y la mochila con el equipo en la espalda. Vaqueros, camiseta de rayas, zapatillas de lona. Mi uniforme de siempre.

Busco a Dolores.

Dolores tiene setenta y ocho años, vende flores en el puente de Triana desde que su marido murió hace quince, y tiene las manos más fotografiables que he visto después de las de Óscar Mendoza. Son manos de trabajo: nudosas, fuertes, con las uñas cortas y restos

de tierra entre los pliegues de la piel. Cada arruga es un mapa. Cada mancha de sol, una historia.

La encuentro en su sitio de siempre, al lado del quiosco, con su cubo de plástico lleno de ramos de claveles, margaritas y nardos. Lleva un delantal de flores estampadas y un sombrero de paja que le queda dos tallas grande.

— ¡Dolores! ¿Puedo hacerte unas fotos hoy?

— Ay, niña, otra vez con la cámara. Que yo estoy muy fea.

— Tú eres la mujer más guapa de Triana.

— Eso se lo dirás a todas.

— Se lo digo a todas. Pero contigo lo pienso de verdad.

Dolores se ríe con una carcajada que suena a cascabel oxidado. Me deja sacarle fotos mientras arregla los ramos, corta tallos con una

tijera de podar que tiene más años que yo, y regatea con un turista alemán que quiere un ramo de claveles por un euro.

— Tres euros el ramo, cariño. Y es un regalo, que en la floristería te cobran seis.

El turista paga. Dolores me guiña un ojo.

La fotografío durante media hora. Sus manos separando tallos. Su cara concentrada mientras envuelve un ramo en papel de periódico. La sombra del sombrero sobre sus ojos, que son pequeños, oscuros y brillantes como aceitunas. La sonrisa que le sale cuando una niña le señala las margaritas y dice «bonitas».

Estas fotos son diferentes de las del atelier. Son más crudas, más directas, con menos producción y más verdad. No hay maniquíes ni seda ni luz de patio andaluz. Hay una mujer vieja vendiendo flores en un puente y la belleza salvaje de una vida vivida con las manos.

Es mi proyecto. Se llama «Manos de Sevilla» y es una colección de retratos de mujeres trabajadoras de la ciudad. Tengo a Dolores, la florista. A Carmen, la pescadera del mercado de Triana que filetea una dorada con la precisión de un cirujano. A Esperanza, la monja del convento de Santa Inés que vende yemas a través de un torno con las manos más suaves que he tocado. A Luisa, la flamenca del tablao de la calle Betis que se clava las flores en el pelo con alfileres como si fueran puñales. A María, la anciana que vende abanicos

pintados a mano en la plaza de España y que me contó que su abuela pintaba abanicos para la reina.

Cien fotos. Dos años. Y ningún sitio donde mostrarlas.

Cada vez que pienso en enseñárselas a alguien, oigo la voz de Marcos: «La fotografía artística es un capricho, Valeria. No paga facturas. Céntrate en las bodas.» Y me encojo. Me hago pequeña. Me digo que tiene razón, que soy una soñadora, que debería conformarme con lo que tengo.

Pero luego miro las fotos y sé que no tiene razón. Sé que estas imágenes valen algo. Sé que hay una historia aquí, en estas manos de mujeres que trabajan, que crean, que sostienen una ciudad sin que nadie les saque una foto.

Excepto yo.

Termino con Dolores, le compro un ramo de nardos que me cuesta dos euros porque me ha hecho descuento de «eres mi fotógrafa favorita» y camino por el puente hacia el lado de Triana. El mercado está abierto y huele a fruta madura, a pescado fresco y a café recién hecho. Entro a comprar tomates para la cena y me entretengo

sacando fotos del puesto de especias, que tiene bolsas de azafrán, pimentón y comino ordenadas como un mosaico de colores.

Salgo del mercado con los tomates en una bolsa y la cámara en la mano, y lo veo.

Óscar Mendoza. En Triana. Un sábado por la mañana.

Está al otro lado de la calle, saliendo de una mercería que se llama «Hilos de María» y que lleva ahí desde que yo era niña. Lleva una bolsa grande de papel del que sobresalen rollos de cinta y lo que parecen muestras de encaje. Viste de negro, como siempre, pero hoy se ha recogido el pelo en una coleta baja que le deja la cara descubierta.

Está guapo. Está injustamente, desproporcionadamente, absurdamente guapo. Y estoy mirándolo como una idiota desde la puerta del mercado de Triana con un ramo de nardos en una mano y una bolsa de tomates en la otra.

No me ha visto.

Levanto la cámara por instinto. Es lo que hago: veo algo que merece ser capturado y disparo antes de pensar. Clic. Óscar saliendo de la mercería, con la luz de la mañana dándole en la cara, la bolsa de

papel en la mano, el pelo recogido, una expresión relajada que nunca le he visto en el atelier.

Clic. Óscar caminando por la acera, mirando un escaparate de telas, con una medio sonrisa en los labios que me deja temporalmente sin oxígeno.

Y entonces me ve.

Se para. Me mira. Mira mi cámara. Mira los nardos. Mira los tomates. Mira mi pelo, que hoy está suelto y rizado y probablemente parece que me he peleado con un secador y he perdido.

— Valeria.

— Óscar.

Silencio. El mercado de Triana bulle a nuestro alrededor, pero entre nosotros hay un paréntesis de quietud.

— ¿Qué haces aquí? —pregunto.

— Comprar encajes. María tiene los mejores encajes de Sevilla. Llevo viniendo aquí desde que era niño. Mi madre compraba aquí.

— Mi madre también compraba aquí —digo sin pensar—. Es modista. En Córdoba. Pero cuando venía a Sevilla siempre compraba

los hilos en la mercería de María.

Algo cambia en sus ojos. No sé qué es. Una chispa, un destello, algo que aparece y desaparece tan rápido que no estoy segura de haberlo visto.

— ¿Tu madre es modista?

— Era. Bueno, es. Sigue cosiendo, pero ya solo para las vecinas. Arreglos, dobladillos, cremalleras. —Me encojo de hombros—. No es diseño de moda, pero para ella es lo mismo. Cada prenda que le llega tiene una historia y ella la escucha antes de meter la aguja.

Óscar me mira con esa intensidad suya que me hace sentir como si me estuviera radiografiando. Como si estuviera buscando algo debajo de mis palabras, debajo de mi sonrisa, debajo de todo.

— ¿Estabas sacando fotos? —pregunta, señalando mi cámara.

— Es mi proyecto personal. Retratos de mujeres trabajadoras de Sevilla. —Le enseño la cámara sin pensar—. Mira. Esta es Dolores, la florista del puente.

Le paso la cámara. Óscar la sostiene con cuidado, con las mismas manos que manejan seda y tijeras, y mira la pantalla. Pasa las fotos. Una. Dos. Cinco. Diez. No dice nada. Su cara no cambia de expresión. Pero sus ojos sí. Sus ojos se suavizan. Es algo tan sutil

que cualquier persona normal no lo vería, pero yo soy fotógrafa y mi trabajo es ver lo que otros no ven.

— Buenas fotos, las de ayer —dice, devolviéndome la cámara.

Las de ayer. Las del atelier. No las que acaba de ver. Me está haciendo un cumplido pero lo disfraza de comentario sobre otro día para no tener que admitir que las de Dolores le han emocionado.

Este hombre es un caso.

— Gracias —digo.

Se queda un momento parado, como si quisiera decir algo más. Lo veo en su mandíbula, que se tensa y se destensa. En sus ojos, que me miran y luego miran la calle. En sus manos, que aprietan la bolsa de papel.

Pero no dice nada más. Asiente, da media vuelta y se va caminando por la acera de Triana con sus pasos largos y su ropa negra y su

coleta y la bolsa de encajes que compra en la misma mercería donde su madre compraba hace treinta años.

Me quedo ahí, de pie, con los nardos y los tomates y la cámara y el corazón latiendo a un ritmo que no es normal.

Joder.

No.

No me hagas esto.

No me hagas sentir cosas por un hombre que me dice «buenas fotos» como si le costara la vida y que se va sin despedirse. No me hagas querer entender por qué sus ojos se suavizan cuando mira fotos de manos de mujeres trabajadoras. No me hagas pensar que debajo de todo ese negro y ese silencio y esas reglas hay alguien que siente más de lo que muestra.

No me hagas esto, Valeria. No te lo hagas.

Camino a casa por las calles de Triana, que a media mañana de un sábado están llenas de gente haciendo la compra, de abuelas arrastrando carritos, de niños corriendo entre las macetas de los balcones. Me cruzo con la panadera que me vende el pan cada mañana y me grita desde la puerta: «¡Valeria, guapa, te he guardado un bollo de manteca!» Me cruzo con el del quiosco, que

siempre me guarda una copia de la revista de fotografía que compro cada mes. Me cruzo con la vecina del segundo, que tiene tres gatos y un perro y que una vez me pidió que le hiciera un retrato de familia con todos sus animales.

Esto es Triana. Esto es mi barrio. Una red invisible de personas que se conocen, que se saludan, que se preguntan cómo estás y se paran a escuchar la respuesta. Es lo contrario de la soledad que intuyo en Óscar, ese hombre que vive en un ático de Santa Cruz rodeado de telas y silencio.

Subo las escaleras cargada con los nardos, los tomates, el bollo de manteca que me ha regalado la panadera y la revista de fotografía que me ha guardado el quiosquero. Abro la puerta. Dejo los nardos en un jarrón de la terraza y los tomates en la nevera. Fígaro me mira desde el sofá con cara de «¿dónde está mi desayuno?».

— Fígaro, he visto a Óscar en Triana. Comprando encajes. Con una coleta. Y me ha dicho «buenas fotos» y me he quedado como una imbécil en medio de la calle.

Fígaro bosteza.

— Gracias por tu apoyo emocional.

Le pongo el desayuno. Me preparo un café. Me siento en la terraza con las fotos de Dolores y las paso al portátil. Las edito con cuidado:

solo ajustes de luz y contraste, nada que cambie la verdad de lo que he capturado. Dolores con sus flores. Sus manos con la tierra. Su risa de cascabel.

Y entre las fotos de Dolores, encuentro las dos que le he sacado a Óscar sin que me viera. Óscar saliendo de la mercería. Óscar mirando el escaparate con esa medio sonrisa.

Son fotos robadas. No debería haberlas sacado. Él odia las cámaras. Él me ha puesto reglas. «Nada de fotos de mi cara.»

Pero están ahí. Y son buenas. Son tan buenas que me duele. Porque muestran algo que no he visto nunca en él: calma. Suavidad. Un hombre que no sabe que lo están mirando y que, por una vez, no tiene la guardia levantada.

Las guardo en una carpeta aparte. No las mandaré a Teresa. No las enseñaré a nadie. Son mías. Son una imagen que solo yo he visto.

Me pregunto si esto es lo que hacía el fotógrafo de Milán. Sacar fotos sin permiso. Guardarlas en carpetas privadas. Cruzar la línea entre documentar y poseer. Y me detengo. Porque no soy ese fotógrafo. No conozco su historia pero conozco la mía. Y en la mía, estas fotos no son un trofeo. Son un regalo. Un regalo que me ha hecho el azar, o la luz de Triana, o el hecho de estar en el sitio

correcto con la cámara en la mano en el momento en que Óscar Mendoza ha bajado la guardia.

No las usaré. No las publicaré. Pero las tendré. Como se tiene un recuerdo. Como se tiene la certeza de que algo bonito existió durante tres segundos en una calle de Triana un sábado por la mañana.

Y quizá eso es lo que hace que valgan tanto.

Paso una hora más editando. Ajusto el brillo de las fotos de Dolores. Corrijo el balance de blancos de las del mercado. Ordeno las imágenes del día en carpetas: «Manos de Sevilla», «Proyecto Mendoza», «Personales». La carpeta de «Personales» contiene exactamente dos fotos. Las de Óscar en Triana.

Le mando las fotos de Dolores a mi madre por WhatsApp. Mi madre contesta en treinta segundos, que es su velocidad habitual cuando no está cosiendo:

Mamá: ¡Hija, qué manos más bonitas! Me recuerdan a las de doña Carmen, la del tercero, que en paz descanse. ¿Es de Triana? Valeria: Sí, mamá. Se llama Dolores. Vende flores en el puente. Mamá: Pues dile de mi parte que el ramo de claveles del fondo está mal atado. Se le van a caer. Que lo apriete por el tallo, como te enseñé a ti de pequeña. Valeria: Mamá, es una foto. No puedo darle consejos de floristería a través de una foto. Mamá: Pues la próxima vez que la

veas, se lo dices. Las flores hay que atarlas bien. Como los hombres: bien sujetos o se escapan.

Le mando un corazón y cierro el chat antes de que empiece con el tema de los hombres.

Cierro el portátil. Miro los nardos en el jarrón, que llenan la terraza de un olor dulce y pesado. Miro el río. Miro el cielo de Sevilla, que a mediodía es de un azul tan limpio que parece recién pintado.

Pienso en «buenas fotos, las de ayer». En cómo lo ha dicho. En el esfuerzo que le ha costado. En la pequeña grieta que se ha abierto en su coraza, durante medio segundo, antes de volver a cerrarse.

Y pienso que a lo mejor Inma tiene razón. A lo mejor Venus está en mi casa séptima. A lo mejor los astros saben algo que yo todavía no sé.

O a lo mejor simplemente estoy empezando a enamorarme de un hombre que viste de negro, odia las cámaras y dice «buenas fotos» como si fueran las dos palabras más difíciles del idioma castellano.

Cualquiera de las dos opciones me aterroriza por igual.

8

Lunes, once y cuarto de la mañana. Llevo dos horas sacando fotos del proceso de patronaje, que es la parte menos glamurosa del diseño de moda: Óscar inclinado sobre la mesa con reglas, escuadras, papel de seda y un lápiz que muerde cuando piensa. Es fascinante si te gusta la geometría y soporífero si no, pero las fotos están quedando bien: las líneas del patrón sobre el papel blanco

tienen una belleza matemática que me recuerda a los azulejos del Alcázar.

Y entonces, crisis en el atelier.

Paco entra por la puerta con cara de funeral y el móvil en la mano como si acabara de recibir la noticia de un meteorito dirigido hacia Sevilla.

— Carmen ha cancelado —dice.

Óscar levanta la vista de la mesa de corte con la expresión de alguien al que le acaban de decir que el café se ha acabado.

— ¿Qué?

— Carmen. La modelo. La que tenía que venir hoy a probarse el vestido verde. Ha llamado hace cinco minutos. Tiene faringitis. No puede hablar, ni tragar, ni venir.

— Joder.

— Sí.

Óscar se pasa la mano por el pelo. Conozco ese gesto: lo hace cuando algo le saca de su plan y su cerebro de perfeccionista tiene

que reorganizar toda la arquitectura mental del día.

— Necesito ver cómo cae ese vestido en un cuerpo —dice, más para sí mismo que para nadie—. En el maniquí no es lo mismo. Necesito ver el movimiento, la caída, cómo se ajusta el drapeado a las caderas.

— Puedo llamar a la agencia —dice Paco—. Pero un lunes a estas horas...

— No va a venir nadie en menos de dos horas. Y no tengo dos horas. Teresa quiere las fotos del avance esta semana.

Silencio. Los dos se miran. Paco con cara de «no se me ocurre nada». Óscar con cara de «me voy a comer este vestido a tiras».

Y yo pienso algo que no debería pensar.

Miro el vestido. Está en el maniquí junto a la ventana: seda verde musgo, largo hasta los tobillos, con un escote en V, un drapeado en la cintura y una falda que cae en capas suaves. Es precioso. Es el tipo de vestido que te pones y sientes que el mundo debería arrodillarse.

Miro el maniquí. Tiene más o menos mi talla. Bueno, quizá medio centímetro menos de cadera, porque los maniquíes son una

conspiración de la industria para que las mujeres reales nos sintamos como hipopótamos, pero en general...

— Puedo ponérmelo yo.

Las palabras salen de mi boca antes de que mi cerebro tenga tiempo de vetarlas. Es lo que pasa cuando eres impulsiva: tu boca va cuatro segundos por delante de tu sentido común.

Óscar me mira. Paco me mira. Los dos me miran como si acabara de ofrecer un riñón.

— ¿Tú? —dice Óscar.

— Sí, yo. Tengo un cuerpo. Tiene curvas. El vestido necesita un cuerpo con curvas para ver cómo cae el drapeado. No soy modelo, pero tengo caderas y hombros y toda la estructura básica que necesitas. —Me encojo de hombros—. Es eso o el maniquí. Y ya has dicho que el maniquí no sirve.

Óscar me mira de arriba abajo. No con desdén, como el primer día. Con otra cosa. Con ojo profesional, evaluando proporciones, midiendo mentalmente como haría con cualquier cuerpo que fuera a

vestir. Pero hay algo más en su mirada, algo que no es del todo profesional y que hace que el estómago me dé un vuelco.

— Paco —dice sin dejar de mirarme—, prepara el probador.

Paco me agarra del brazo y me lleva hacia la segunda sala con una sonrisa enorme.

— Eres mi heroína —me susurra.

— Estoy empezando a arrepentirme.

— Tarde.

El probador es una esquina de la segunda sala separada por un biombo de madera tallada. Paco me pasa el vestido con una reverencia que sería teatral si no fuera completamente sincera.

— Verde oscuro. Tu color. Te va a quedar de infarto.

— Paco, es una prueba técnica. No es una sesión de glamur.

— Cariño, en este atelier todo es glamur. Incluso las catástrofes.

Me quedo sola detrás del biombo. Me quito la camiseta, los vaqueros, las zapatillas de lona. Me quedo en ropa interior, que hoy, gracias a Dios, es negra y decente, porque hay días en los que llevo

unas bragas de Snoopy que tienen más años que mi carrera profesional.

Cojo el vestido. La seda es fría y suave y se desliza entre mis dedos como agua. Lo paso por la cabeza. Cae sobre mi cuerpo como si hubiera sido diseñado para mí.

Me miro en el espejo que hay detrás del biombo.

Madre mía.

El verde oscuro contra mi piel olivácea. El escote en V que enmarca el cuello sin enseñar demasiado pero sin esconder nada. El drapeado en la cintura que abraza mis curvas como si la tela supiera exactamente dónde ir. La falda que cae en capas suaves sobre mis

caderas y mis muslos y llega hasta los tobillos con un movimiento que es líquido, vivo, como si el vestido respirara.

Parezco otra persona. No. Parezco yo misma, pero la versión de mí que siempre he querido ser: la que sabe que es guapa y no necesita que nadie se lo confirme.

— ¿Estás lista? —dice Paco desde fuera.

— Un segundo.

Me suelto el moño. El pelo cae en rizos sobre mis hombros. No sé

por qué lo hago. Instinto. El vestido pide pelo suelto. Pide libertad.

Salgo de detrás del biombo.

Paco se lleva las manos a la boca.

— Por Dios. Quiero llorar.

— Paco, no llores.

— ¡Es que estás espectacular! Óscar, ven. Ven ahora mismo.

Los pasos de Óscar. Lentos. Se detienen.

Lo miro.

Me mira.

Y el mundo se para un segundo. Uno solo. Un segundo en el que sus ojos recorren el vestido, la tela, la caída, el drapeado, y luego suben

a mi cara y se quedan ahí, clavados, como si estuviera viendo algo que no esperaba encontrar.

Trago saliva. El aire del taller es espeso, cargado de algo que no sé nombrar pero que se siente en la piel como electricidad estática.

— El drapeado cae bien —dice por fin, con una voz que es profesional pero que tiene un temblor casi imperceptible en los bordes—. Pero necesito ajustar el costado izquierdo. Hay demasiada tela en la cadera.

Se acerca. Lleva alfileres en la mano. Se arrodilla a mi lado, junto a mi cadera izquierda, y empieza a trabajar.

Sus dedos sobre la tela. Sobre mi cuerpo. Separados de mi piel por una capa de seda tan fina que puedo sentir el calor de sus manos a través de ella. Toma la tela entre los dedos, la ajusta, la pliega. Clava un alfiler. Sus nudillos rozan mi cadera. No es intencionado. Es técnico, profesional, el gesto de un diseñador que ajusta un vestido.

Pero mi cuerpo no distingue entre «profesional» y «otra cosa». Mi cuerpo solo sabe que Óscar Mendoza está de rodillas junto a mi cadera, con las manos sobre mi cuerpo, tan cerca que puedo oler su colonia, esa mezcla de café, madera y sándalo que Rocío me

preguntó y que ahora mismo me está nublando la capacidad de formar pensamientos coherentes.

— No te muevas —dice.

— No me muevo —digo, y mi voz sale más aguda de lo normal, lo cual es humillante.

— El drapeado necesita más recogido aquí. —Sus dedos se mueven a mi cintura. Ajustan la tela. Clavan otro alfiler—. La seda tiene buena caída, pero con movimiento va a soltarse en esta zona. Necesito un punto de anclaje.

Está hablando de telas. Está hablando de estructura. Es completamente técnico. Y yo estoy aquí de pie, con el corazón bombeando como si acabara de correr una maratón, intentando no temblar mientras sus manos me rodean la cintura.

Valeria, eres una profesional. Eres una adulta. Puedes aguantar esto.

Sus dedos suben por mi costado derecho, siguiendo la costura del escote. Ajusta la caída de la tela sobre mi hombro. Sus nudillos

rozan mi clavícula. Un roce mínimo, de medio segundo, y siento una descarga que me recorre la columna vertebral como un rayo.

— Respira —dice.

— No respiro. Ya es bastante.

Algo cruza su cara. No es una sonrisa. Es la sombra de algo que podría haber sido una sonrisa si las circunstancias fueran otras. Si no estuviera de rodillas ajustando un vestido sobre mi cuerpo. Si no hubiera una tensión en el aire que se podría cortar con sus tijeras de sastre.

Casi sonríe. Casi.

Y ese «casi» me mata más que cualquier sonrisa completa.

— Gira —dice—. Despacio.

Giro. La falda se mueve conmigo, ondulándose, y Óscar observa cómo la tela responde al movimiento. Su mirada es clínica, analítica, la de un profesional evaluando su trabajo. Pero hay momentos, segundos fugaces, en los que su mirada sube de la tela a mi cara y

algo cambia en sus ojos. Algo que no es profesional. Algo que es oscuro y cálido y peligroso.

— Camina —dice—. Hasta la ventana y vuelve.

Camino. La seda susurra contra mis piernas. La luz del patio me atrapa a mitad de camino y el vestido brilla como un bosque después de la lluvia. Oigo a Paco decir «madre mía» en voz baja.

Vuelvo. Me paro delante de Óscar. Estamos a menos de un metro de distancia. Puedo ver las vetas de miel en sus ojos oscuros. Puedo ver una cicatriz diminuta en su ceja izquierda que nunca he notado. Puedo ver el pulso que late en su cuello, rápido, más rápido de lo que debería.

— El escote funciona —dice, y su voz ha bajado medio tono, como si la estuviera controlando—. La caída de la falda también. Solo necesito reajustar el cierre de la espalda.

Se mueve detrás de mí. Sus manos en mi espalda. Los dedos sobre la cremallera, que la baja un centímetro para comprobar el ajuste. El aire frío en mi piel donde la tela se separa. Y luego la sube otra vez.

Sus dedos rozándome la nuca cuando aparta mi pelo para ver la costura del cuello.

— Listo —dice.

Se aparta. Da un paso atrás. Y cuando lo miro, tiene la mandíbula apretada y los ojos fijos en un punto indeterminado de la pared, como si necesitara un segundo para recomponerse.

— ¿Puedo cambiarme? —pregunto.

— Sí. Gracias. Has sido... útil.

«Útil.» Me ha llamado «útil». Acabo de meterme en un vestido de seda verde que vale más que mi alquiler mensual, me ha tocado

todo el cuerpo con sus manos de artista durante quince minutos y la palabra que elige es «útil».

Paco me acompaña al probador con la expresión de alguien que acaba de presenciar un incendio.

— Cariño —me susurra cuando estamos detrás del biombo—, ¿estás bien?

— Perfectamente.

— Estás temblando.

— Hace frío.

— Estamos en abril en Sevilla. Hace veinticuatro grados.

— Es un frío interior.

Paco me mira con infinita ternura.

— Ay, niña. Lo que te ha caído encima.

Me cambio de ropa con manos que no cooperan. Me pongo los vaqueros, la camiseta, las zapatillas. Me recojo el pelo en el moño de siempre. Respiro. Me miro en el espejo. Soy yo otra vez. Valeria Campos, fotógrafa de eventos. No la mujer del vestido verde. No la

mujer a la que Óscar Mendoza ha tocado la cintura como si fuera una de sus telas.

Cuando salgo, Óscar está en la mesa de corte, trabajando como si los últimos veinte minutos no hubieran existido. No me mira. No dice nada. Es como si se hubiera tragado el momento entero y lo hubiera sepultado debajo de capas y capas de profesionalismo.

Recojo mi cámara. Me doy cuenta de que no he sacado ni una foto de la prueba. Ni una. He estado tan ocupada intentando no desmayarme que se me ha olvidado hacer mi trabajo.

Paco, bendito sea, sí que ha sacado fotos con su móvil. Me las manda por WhatsApp esa tarde. Son fotos de aficionado, sin encuadre ni composición, pero capturan algo: yo con el vestido verde, Óscar de rodillas ajustando el costado, sus manos sobre la

tela, la luz del patio, mi cara mirándolo desde arriba con una expresión que yo no sabía que podía tener.

Me quedo mirando esas fotos en la terraza de mi piso con Fígaro en el regazo y un nudo en la garganta.

Llamo a Rocío.

— Tía, me ha puesto un vestido.

— ¿Quién? ¿El diseñador? ¿Óscar?

— La modelo canceló y me ofrecí como sustituta. Me ha ajustado el vestido con alfileres. En mi cuerpo. Con sus manos.

Silencio.

— Rocío, ¿sigues ahí?

— Estoy procesando. Dame un segundo. —Otro silencio—. ¿Te ha tocado?

— Me ha ajustado un vestido. Es profesional.

— Valeria, cielo, profesional es cuando un dentista te toca la boca. Un hombre que te ajusta un vestido de seda verde con alfileres

mientras está de rodillas junto a tu cadera no es profesional. Es una escena de película para mayores de dieciocho años.

— Rocío.

— ¿Te ha dicho algo?

— Me ha dicho que no me moviera. Y que he sido útil.

— ¿Útil? ¿Te ha dicho ÚTIL después de tocarte todo el cuerpo? Tía, ese hombre necesita un diccionario de sinónimos. O un psicólogo. O las dos cosas.

Me río. Me río tanto que Fígaro se asusta y me clava las uñas.

— ¿Le gustas? —pregunta Rocío.

— No lo sé. No sé leerlo. Es como intentar leer un libro en chino: sé que dice algo importante pero no entiendo ni una palabra.

— Pues aprende chino, tía. Porque lo que me estás contando tiene todas las señales de que ese hombre está tan jodido como tú pero es demasiado orgulloso para admitirlo.

Cuelgo con la promesa de mantenerla informada. Me quedo en la terraza viendo cómo el sol se pone sobre Triana y el cielo se tiñe de

naranja y rosa.

Pienso en las manos de Óscar sobre la seda verde. En el roce de sus nudillos en mi cadera. En la cremallera bajando un centímetro en mi espalda. En sus ojos mirándome con algo que no era profesional, que no era clínico, que era oscuro y cálido y me ha dejado las piernas temblando.

Pienso en la palabra «útil».

Y me echo a reír sola, en la terraza, con el atardecer de Sevilla de fondo y un gato naranja dormido en mis pies.

Útil.

Joder, Óscar. Útil.

Me como la porción de bizcocho de naranja de Paco que me había guardado para la merienda. Me la como entera, sin respirar, porque el azúcar es la respuesta a todo cuando el cerebro no funciona. Fígaro me mira desde el suelo con su cara de «¿no compartes?». No comparto. Esto es una emergencia emocional y las emergencias emocionales requieren bizcocho entero.

Luego me lavo los dientes, me pongo el pijama y me meto en la cama con el móvil. Abro las fotos que Paco me ha mandado. Las

miro otra vez. Yo en el vestido verde. Óscar de rodillas. Sus manos en mi cintura.

Las borro.

No. Las recupero de la papelera.

Las meto en una carpeta que llamo «NO ABRIR». La abro dos veces más antes de dormirme.

Esto va a ser un problema.

9

El Real Alcázar a las nueve de la mañana de un miércoles es otro planeta.

No hay turistas, o casi. Solo los jardineros regando los setos, el sonido del agua cayendo en las fuentes y una luz que entra por los arcos como si alguien la hubiera diseñado expresamente para que yo pierda la cabeza con la cámara.

Óscar me ha dicho que necesita venir aquí para buscar referencias. La colección se inspira en la geometría islámica, en los patrones que decoran los muros y los techos del Alcázar, y necesita estudiar los originales para afinar los bordados del vestido azul y el diseño de tres piezas nuevas. Me lo ha dicho ayer, al final del día, con su tono habitual de «te informo pero no te invito», que yo he interpretado correctamente como «ven conmigo pero no pienso pedírtelo».

Así que aquí estoy. Caminando por los jardines del Real Alcázar con Óscar Mendoza, que lleva un cuaderno de bocetos bajo el brazo y una expresión de concentración que le oscurece los ojos.

No hablamos. Hemos desarrollado una especie de lenguaje silencioso en estas semanas: él camina, yo lo sigo; él se para, yo

fotografío; él señala algo, yo miro. Es un sistema que funciona porque ninguno de los dos necesita explicar nada. Dos artistas ante la belleza no necesitan palabras. La belleza habla sola.

Y el Alcázar es una conversación interminable.

Óscar se detiene delante de un panel de azulejos en el Patio de las Doncellas. Se arrodilla. Saca el cuaderno y empieza a dibujar. Sus manos se mueven rápido, seguras, trazando las líneas geométricas que se repiten en el azulejo: estrellas de ocho puntas, lazos que se entrelazan, colores que se funden.

Lo fotografío. A él y a los azulejos. Las manos sobre el cuaderno con el muro de fondo. El reflejo en el estanque del patio. La sombra de los arcos sobre su espalda.

— ¿Sabes cómo se llama este patrón? —dice sin levantar la vista del cuaderno.

Me sorprende. No porque hable, que ya es raro, sino porque me hace una pregunta. Óscar Mendoza no hace preguntas. Óscar

Mendoza afirma, ordena y, en sus días buenos, informa. Pero no pregunta.

— No —admito.

— Lazo de ocho. Es una de las formas geométricas básicas del arte islámico. Se repite infinitamente, sin principio ni final. Cada línea se conecta con las demás. Nada existe solo. —Traza una línea en el cuaderno—. Mi madre los copiaba. Tenía un cuaderno lleno de estos patrones. Los calcaba de los azulejos del Alcázar con papel de cebolla y luego los bordaba en manteles.

Se me para el corazón. No literalmente, pero casi. Es la primera vez que me habla de su madre por voluntad propia. Sin que Paco me lo cuente. Sin que yo pregunte. Él solo, ofreciéndome un trozo de su historia como quien ofrece un trozo de pan.

No saco fotos. Bajo la cámara. Escucho.

— Me traía aquí de niño —continúa, y su voz ha cambiado. Es más suave, más baja, como si viniera de un sitio profundo que no abre a menudo—. Los domingos, cuando cerraba el taller. Pasábamos horas. Ella tocaba los azulejos y me decía: «Mira, hijo, esto es lo que yo coso. Solo que ellos lo hacen con barro.»

La imagen me golpea con una fuerza que no espero. Una mujer costurera del barrio de la Macarena trayendo a su hijo pequeño al

Real Alcázar, enseñándole que el arte no tiene fronteras, que la misma geometría que decora un palacio puede vivir en un mantel bordado por unas manos humildes.

Se me humedecen los ojos. No lloro. No soy de llorar. Pero me acerco peligrosamente.

— Suena a una mujer increíble —digo.

— Lo era.

Silencio. Óscar cierra el cuaderno. Se levanta. Me mira y en sus ojos hay algo que reconozco: la fragilidad de alguien que acaba de abrirse más de lo que pretendía y no sabe cómo cerrarse.

— Vamos —dice—. Quiero ver el Salón de Embajadores.

Caminamos. Entramos en el salón y la cúpula dorada nos aplasta con su belleza. Miles de estrellas talladas en madera, pintadas de rojo, verde y oro, dispuestas en un patrón que se expande como un universo en miniatura. Óscar levanta la vista y se queda quieto. Yo levanto la cámara y lo fotografío mirando la cúpula: su cara

levantada, la luz dorada reflejada en sus ojos, la mandíbula relajada por una vez, sin tensión, sin coraza.

Es la primera foto que le saco de la cara.

No porque rompa sus reglas. Sino porque no puedo evitarlo. Porque este hombre mirando una cúpula de estrellas doradas con los ojos de un niño que volvía aquí los domingos con su madre es una imagen que necesita existir.

No se da cuenta. O si se da cuenta, no dice nada.

Recorremos el resto del Alcázar en un silencio que ya no es incómodo sino compartido. Los jardines con sus naranjos y fuentes. Los pasillos con azulejos de colores que cambian según la luz. Los

patios donde el sonido del agua convierte el ruido del mundo en un susurro.

A media mañana, nos sentamos en un banco del Jardín de la Danza. El sol ya calienta y el aire huele a naranjo amargo. Óscar dibuja. Yo reviso las fotos en la cámara.

— ¿Por qué fotografía? —pregunta de repente.

Lo miro. Tiene los ojos fijos en el cuaderno, pero sé que me está escuchando con todo el cuerpo.

— ¿La fotografía en general o la artística?

— Tú. ¿Por qué fotografías tú?

Pienso. Es una pregunta que me han hecho muchas veces, pero que nadie me ha hecho así. Con esa curiosidad genuina que no busca una respuesta bonita sino una verdad.

— Porque las cámaras ven lo que la gente no ve —digo—. O lo que la gente no quiere ver. Hay una versión de cada persona que solo existe durante una fracción de segundo: un gesto, una mirada, una

forma de sostener las manos. Esa versión es la más real. Y solo una cámara puede atraparla.

Óscar deja de dibujar. Me mira. Y hay algo en su mirada que me dice que acabo de decir exactamente lo que necesitaba oír.

— Mi madre decía algo parecido de la costura —dice—. Que cada persona tiene un cuerpo que cuenta una historia. Y que el trabajo de la modista es escuchar esa historia y vestirla.

— Tu madre y yo nos habríamos llevado bien.

Algo cruza su cara. Algo que podría ser una sonrisa si le diera permiso. Algo cálido que aparece y desaparece como un pez en el agua.

— Sí —dice—. Creo que sí.

Nos quedamos en el jardín una hora más. Óscar llena tres páginas de bocetos. Yo saco cuarenta fotos de los detalles del Alcázar: un pájaro posado en una fuente, la sombra de un arco sobre el suelo, un azulejo roto que deja ver el barro debajo del esmalte, como una herida que muestra lo que hay debajo de la superficie.

Cuando salimos a la calle, el contraste es brutal. El ruido de Sevilla nos golpea: coches, turistas, el sonido de una guitarra flamenca saliendo de un bar, el claxon de un autobús, un repartidor gritando

algo incomprensible. Después del silencio del Alcázar, la ciudad parece un concierto de rock.

Hay un momento, mientras pasamos por los Baños de Doña María de Padilla, los sótanos subterráneos con el techo abovedado y el agua inmóvil reflejando los arcos como un espejo negro, en el que Óscar se para y me dice:

— ¿Puedes sacar una foto de esto? Para los bocetos. Necesito este reflejo.

Es la primera vez que me pide una foto. La primera vez que reconoce que mi cámara puede servirle para algo más que el catálogo de Teresa. Lo dice con naturalidad, como si no fuera un

momento importante. Pero lo es. Lo es porque este hombre que odia las cámaras acaba de pedirme que use la mía.

Saco la foto. El agua negra reflejando los arcos dorados. La oscuridad del sótano contra la luz que entra por una rendija. Es una imagen que parece sacada de otro siglo.

— Perfecta —dice al verla en la pantalla. Y hay algo en su voz que no es solo aprobación profesional. Es gratitud.

Salimos a los jardines. El contraste con la oscuridad del sótano hace que la luz parezca más intensa, más viva. Los naranjos brillan. Las fuentes cantan. El cielo de Sevilla es de un azul insultante.

— ¿Comemos? —digo sin pensar.

Óscar me mira. Hay un momento de duda, como si la idea de comer conmigo fuera un territorio desconocido que no tiene mapeado.

— Tengo que volver al atelier —dice.

— Tienes que comer —replico—. Lo dice Paco. Lo dice la ciencia. Lo dice el sentido común.

— Paco exagera.

— Paco tiene razón. Te he visto trabajar ocho horas con un café y

medio bizcocho. Eso no es alimentación, es supervivencia.

Me mira con esa intensidad suya que ya debería haberme acostumbrado a soportar pero que todavía me deja sin aire.

— Hay un bar aquí al lado —dice por fin—. Hacen buen salmorejo.

Sonrío.

— El salmorejo me vale.

Comemos en un bar diminuto de la calle Agua, con tres mesas en la acera y un camarero que conoce a Óscar por su nombre.

— ¡Óscar, hijo! ¿Cuánto tiempo sin verte? ¿Qué va a ser?

— Dos salmorejos. Y agua.

— ¿Tu novia? —dice el camarero señalándome con el trapo.

— Mi fotógrafa —corrige Óscar con una rapidez que me habría dolido si no hubiera pillado el mínimo rubor que le sube por el cuello.

El camarero se va riendo. Nos quedamos solos en la mesa. El salmorejo llega en cinco minutos: cremoso, naranja, con virutas de jamón y huevo duro. Está increíble. Me lo como haciendo ruidos que probablemente son inapropiados para una primera comida juntos,

pero es que está tan bueno que mi cuerpo necesita expresarlo vocalmente.

Óscar me mira comer con una expresión que no sé descifrar. Puede ser horror, puede ser fascinación, puede ser las dos cosas.

— ¿Siempre comes así? —pregunta.

— ¿Así cómo?

— Con... entusiasmo.

— Me gusta comer. Me gusta todo lo que tiene que ver con los sentidos. Comer, oler, tocar, mirar. —Me encojo de hombros—. Soy fotógrafa. Mi trabajo es sentir las cosas.

— ¿Y la gente no te mira raro?

— La gente me mira raro constantemente. Voy a bodas con zapatillas de lona. Me como el fondant que se cae de las tartas. Una vez le saqué una foto a una novia mientras se tiraba a la piscina con

el vestido puesto y la wedding planner quiso matarme. —Sonrío—. La novia me mandó un jamón de agradecimiento.

Óscar hace algo que no le he visto hacer nunca.

Se ríe.

Bueno. No se ríe. Emite un sonido que está a medio camino entre una risa y una tos, como si su cuerpo quisiera reírse pero no recordara cómo. Es breve, rasposo, contenido. Pero es una risa.

Y es el sonido más bonito que he oído en mucho tiempo.

No digo nada. No quiero asustarlo. Es como cuando ves un pájaro posarse en tu mano: no te mueves, no respiras, no haces nada que pueda espantarlo.

Terminamos de comer. Óscar paga antes de que pueda protestar.

— Es por las fotos del Alcázar —dice, como si necesitara una justificación profesional para el gesto amable de pagar un salmorejo de cuatro euros.

— Las fotos son mi trabajo. No necesitas compensarme con un

salmorejo.

— Entonces es por ponerte el vestido ayer. Ya te dije que fuiste útil.

Ahí está otra vez. «Útil.» Su palabra favorita para todo lo que no sabe nombrar.

— Óscar —digo, y algo en mi tono le hace mirarme—. La próxima vez que quieras decir «gracias», prueba a decir «gracias». Funciona sorprendentemente bien.

Me mira. Largo. Fijo. Con esos ojos oscuros que tienen capas y capas y capas.

— Gracias —dice.

Y el mundo se inclina un poco.

Solo un poco. Pero lo suficiente para que sepa que algo ha cambiado entre nosotros. Algo que no tiene nombre todavía pero que existe,

que flota en el aire como el olor a azahar, que se siente en la piel como la brisa que sube del Guadalquivir.

Caminamos de vuelta al atelier en silencio. El silencio de siempre, pero diferente. Más cálido. Más compartido. Como si el Alcázar nos hubiera abierto algo que no sabíamos que estaba cerrado.

En la puerta del atelier, se para.

— Mañana voy a trabajar en los bordados del vestido azul —dice—. La luz del patio a las seis.

No dice «ven a las seis a sacar fotos». No dice «la luz de las seis es perfecta, como dijiste tú». No dice nada de eso. Simplemente me da la información y me deja decidir.

Es lo más parecido a una invitación que Óscar Mendoza sabe hacer.

— A las seis estaré aquí —digo.

Asiente. Entra. La puerta se cierra.

Me quedo en la calle de Santa Cruz con el cuaderno del Alcázar todavía caliente en mi memoria y el sabor del salmorejo en los

labios.

Saco el móvil. Abro el grupo de WhatsApp.

Valeria: Me ha contado cosas de su madre. Me ha invitado a comer salmorejo. Se ha reído. Óscar Mendoza se ha reído. Rocío: PERDONA ¿QUÉ? Rocío: ¿SE HA REÍDO? Rocío: Tía, ¿estás segura de que no ha sido un estornudo? Inma: Ha sido Venus. Os lo dije. Venus en la séptima. Valeria: Ha sido un salmorejo muy bueno. Nada más. Rocío: Ya. Un salmorejo. Con un hombre guapísimo. En una callejuela de Santa Cruz. Después de pasear por el Alcázar. Valeria, eso es una cita. Valeria: No es una cita. Es una reunión de trabajo. Rocío: Las reuniones de trabajo no incluyen salmorejos. Incluyen PowerPoints y café de máquina. Inma: Mañana a las seis de la tarde

la Luna entra en Piscis. Es un momento perfecto para los sentimientos. Ten cuidado.

Guardo el móvil. Camino hacia Triana riendo sola por la calle.

Cuando llego a casa, Fígaro me espera con su cara de emperador romano al que acaban de hacer esperar demasiado. Le pongo la cena. Me siento en la terraza.

Abro el portátil y busco la foto. La del Salón de Embajadores. La que le he sacado de la cara.

Óscar mirando la cúpula de estrellas doradas. La luz dorada reflejada en sus ojos. La mandíbula relajada. Sin coraza. Sin reglas. Sin muros.

La guardo en la carpeta de fotos que no enseñaré a nadie. La misma carpeta donde están las de Triana.

Fotos que son solo mías.

Fotos que cuentan una historia que todavía no sé cómo acaba.

Pero que quiero seguir contando.

10

Rocío tiene un talento que debería estar regulado por ley: la investigación digital. Dale un nombre, un apellido, una red social, y en cuarenta y cinco minutos te entrega un dosier completo que haría palidecer al CNI.

Es viernes por la tarde. Estamos en mi piso de Triana, las tres sentadas en el sofá con vino tinto y Fígaro repartido entre las piernas de Inma como una alfombra con ronroneo. Rocío tiene el portátil abierto y la mirada de un halcón que acaba de divisar un conejo.

— Óscar Mendoza Vega —lee en voz alta—. Nacido en Sevilla el 7 de noviembre de 1991. Estudió en el IED de Madrid. Trabajó tres años en Milán, en el atelier de Marco Visconti. Volvió a Sevilla en 2020 y fundó Mendoza Atelier. Premio Joven Diseñador Andaluz en 2022. Colecciones presentadas en la Pasarela Cibeles de Madrid y la Fashion Week de Florencia.

— Eso ya lo sé —digo—. Está en su web.

— Espera, espera. Eso es lo oficial. Ahora viene lo bueno. —Rocío baja la voz como si estuviéramos en una película de espías—. He

encontrado su Instagram personal. No el de la marca. El suyo. Está abandonado desde hace tres años, pero tiene fotos antiguas.

Me acerca el portátil. El Instagram es @oscarmenvel y tiene trescientos cuarenta seguidores. Las fotos son pocas: vistas de Milán, un café en una terraza, un primer plano de unas manos cosiendo, y... una foto con una mujer.

Es guapa. Muy guapa. Pelo oscuro, ojos claros, pómulos de modelo. Está apoyada en él, sonriendo a la cámara, y él la mira con una expresión que me aprieta algo en el pecho. Una expresión de felicidad total, sin filtro, sin protección. La clase de felicidad que solo se tiene cuando crees que va a durar para siempre.

— Giulia Marchetti —dice Rocío—. Modelo italiana. Trabajaba con Marco Visconti, el mismo atelier donde estaba Óscar. Estuvieron

juntos cuatro años. —Hace una pausa dramática—. Y ella le puso los cuernos con un fotógrafo.

Se me cae el estómago al suelo.

— ¿Qué?

— Un fotógrafo de moda. Andrea Ferri. Hacía editoriales para Vogue Italia. Fotografiaba a Giulia para las campañas de Visconti. Y al parecer también la fotografiaba sin ropa en el apartamento de Óscar.

— ¿Cómo sabes eso?

— Un artículo de un blog italiano de moda. Era cotilleo de la industria. «Modelo y fotógrafo de Visconti, pillados juntos mientras el diseñador español no estaba.» —Rocío me mira—. Óscar se enteró,

dejó Milán y volvió a Sevilla. No hay más fotos de Giulia después de esa fecha.

Me quedo mirando la pantalla. La foto de Óscar sonriendo con Giulia. La versión de él que existía antes de que alguien rompiera algo dentro.

Un fotógrafo. Le fue infiel con un fotógrafo.

Y ahora entiendo todo. Todo.

Por qué odia las cámaras. Por qué me puso esas reglas el primer día. Por qué «nada de fotos de mi cara» no es un capricho de artista sino un mecanismo de defensa. Porque la última persona que le sacó

fotos era el hombre que le quitó a la mujer que amaba. Porque en su cabeza, cámara es igual a traición. Fotografía es igual a dolor.

— Joder —digo en voz baja.

— Sí —dice Rocío—. Joder.

Inma, que ha estado escuchando en silencio mientras le rascaba las orejas a Fígaro, dice:

— Por eso te trata así. No es que no le gustes. Es que le asusta que le gustes. Porque eres fotógrafa. Porque llevas una cámara. Porque represitas exactamente lo que más le duele.

La miro. A veces Inma dice cosas que parecen sacadas de un

horóscopo y resultan ser psicología pura.

— Representas —corrijo suavemente.

— Eso he dicho.

Rocío cierra el portátil.

— ¿Qué vas a hacer?

— ¿Hacer?

— Con esta información. ¿Se lo dices? ¿Le preguntas?

— No. —Lo digo sin dudar—. No es asunto mío. Él no me lo ha contado. Si algún día quiere contármelo, lo escucharé. Pero no voy a entrar con una foto de su ex diciendo «oye, ya sé por qué odias las cámaras». Eso sería...

— Una violación de su intimidad —completa Rocío.

— Exacto.

— Pero ahora lo sabes. Y eso cambia cómo lo ves.

Tiene razón. Cambia todo. Cambia el primer día, cuando dijo «no quiero fotógrafa» con la mandíbula apretada. Cambia las reglas

absurdas, que no son absurdas sino necesarias. Cambia el silencio, que no es frialdad sino protección. Cambia cada gesto, cada mirada, cada palabra medida como si fueran alfileres que clavar en un sitio exacto.

Óscar Mendoza no es un cretino arrogante. Es un hombre herido que ha construido un muro y que no sabe cómo derribarlo sin derrumbarse.

Y yo estoy al otro lado del muro con una cámara. La peor combinación posible.

O la mejor.

— Voy a seguir haciendo mi trabajo —digo—. Voy a seguir fotografiándolo como hasta ahora. Sin forzar. Sin invadir. Sin pedir

nada que no me dé. Y si en algún momento se fía lo suficiente para contarme la verdad, la escucharé. Pero no antes.

Rocío me mira con una expresión que conozco bien. Es la expresión de «estoy orgullosa de ti pero no lo voy a decir porque me da vergüenza».

— Me parece bien —dice.

Inma asiente.

— Saturno en tu casa décima. Es momento de paciencia y estructura. Los cimientos se ponen despacio.

— Gracias, Inma. Eso es exactamente lo que necesitaba oír.

— ¿El horóscopo o el consejo?

— Las dos cosas. Aunque sea lo mismo.

Nos reímos. Abrimos otra botella de vino. Rocío pone a Rosalía en su móvil y empezamos a cantar «Malamente» con una coordinación vocal que haría llorar de pena a cualquier jurado musical. Fígaro se

baja del sofá ofendido porque el volumen interfiere con su siesta y se refugia en el dormitorio con la dignidad de un rey en el exilio.

Rocío se queda pensativa de repente.

— ¿Sabes lo que me parece más fuerte de todo? —dice—. Que ese tío llevara cuatro años sin superar una infidelidad. Cuatro años, Valeria. Eso es mucho dolor.

— Es mucho dolor —confirmo.

— Y tú llevas un año sin superar a Marcos, que ni siquiera te fue infiel. Solo era un imbécil que te hacía sentir pequeña.

Me quedo mirando el vino en la copa. Rocío tiene razón. Marcos no me fue infiel, no me maltrató, no hizo nada dramáticamente horrible. Simplemente me dijo durante tres años que mis sueños eran «caprichos» y que debería «ser realista». Y yo me lo creí. Me lo creí porque cuando alguien que supuestamente te quiere te dice algo, lo crees. Aunque sea mentira. Aunque te haga daño. Aunque te convierta en una versión más pequeña de ti misma.

— La diferencia —digo— es que yo sé que Marcos estaba equivocado. Ahora lo sé. Mirando las fotos del atelier, mirando cómo

la luz transforma las cosas, cómo un vestido puede quitar el aire, sé que lo que hago vale. Que no es un capricho. Que nunca lo fue.

— Eso es un gran avance —dice Inma con solemnidad.

— Es un avance de la hostia —dice Rocío—. Brindemos por ello.

Brindamos. Bebemos. Rocío empieza a imitar a Óscar diciendo «no quiero fotógrafa» con una voz grave que no se parece en nada a la suya pero que nos hace reír hasta que nos duelen las costillas. Inma intenta explicarnos la diferencia entre un Escorpio Sol y un Escorpio Ascendente y se pierde en su propia explicación. Yo las escucho y pienso que estas dos mujeres son lo mejor que tengo. Que sin ellas, probablemente seguiría con Marcos, haciendo bodas y creyendo que mis fotos no valían nada.

Las amigas son así. No te rescatan. Te recuerdan que puedes rescatarte sola. Son el espejo que te dice la verdad cuando tú estás demasiado ocupada mintiéndote. Son la mano que te empuja cuando estás parada en el borde del trampolín mirando el agua con cara de terror.

Me acuerdo del día que dejé a Marcos. Fue en este sofá, con estas dos mujeres, con una botella de vino y un discurso de Rocío que empezaba con «tía, esto no es amor, esto es costumbre» y acababa

con «haz la maleta o la hago yo». Inma no dijo nada. Solo me cogió la mano y me la apretó. Y al día siguiente, hice la maleta.

Esa noche, cuando Rocío e Inma se han ido y el piso está en silencio, me siento en la terraza con el portátil. Abro la carpeta de fotos del atelier. Las paso una a una.

Las manos. Las telas. Los alfileres. La espalda inclinada. La luz del patio. El dedal de plata.

Y ahora veo más. Veo a un hombre que cose porque coser es la forma que tiene de estar cerca de su madre. Que viste de negro porque el color le recuerda a la traición y prefiere no usarlo en su ropa, solo en sus telas. Que odia las cámaras porque una cámara fue el arma que destruyó su vida.

Veo a Óscar.

De verdad.

No la superficie. No la imagen. Lo que hay debajo.

Y decido algo. Decido que voy a fotografiarlo como nadie lo ha fotografiado nunca. No como un sujeto. No como un artista. No

como un hombre guapo con buenas manos. Voy a fotografiarlo como lo que es: alguien que construye belleza desde el dolor.

Porque eso es lo que hace un buen fotógrafo. No saca fotos bonitas. Saca la verdad.

Y la verdad de Óscar Mendoza es que es extraordinario. Y que está roto. Y que las dos cosas no se anulan. Se potencian.

Cierro el portátil. Lo abro otra vez. Abro la carpeta de «Manos de Sevilla». Mis fotos. Las de Dolores, las de Carmen, las de Esperanza. Las miro con ojos nuevos.

Y entonces hago algo que no he hecho nunca. Abro un documento de texto y escribo una propuesta. «Manos de Sevilla: una serie de retratos de mujeres trabajadoras. Propuesta de exposición fotográfica.» Escribo un párrafo. Dos. Tres. Describo el proyecto, las fotos, la intención. Lo que quiero decir con estas imágenes: que la belleza está en las manos que trabajan, que la artesanía es arte, que las mujeres que sostienen una ciudad con su esfuerzo merecen ser vistas.

No sé si algún día mandaré esta propuesta a alguien. No sé si alguna galería la leerá, si algún museo le prestará atención, si

alguna persona con poder decidirá que mis fotos merecen un hueco en una pared.

Pero la escribo. Porque Marcos me dijo que era un capricho. Y porque Óscar Mendoza, sin saberlo, me está enseñando que el arte que duele es el que importa. Que crear algo desde el dolor, desde la necesidad, desde ese sitio profundo donde viven las cosas que nos importan de verdad, es lo contrario de un capricho. Es lo más serio que existe.

Guardo el documento. Cierro el portátil. Ahora sí.

Las semanas siguientes son distintas. No cambio nada externamente. Sigo llegando a las nueve, sigo sentándome en mi rincón, sigo fotografiando en silencio. Pero por dentro algo se ha movido. Algo como un objetivo que se ajusta, que enfoca, que de pronto ve con nitidez lo que antes era borroso.

Óscar no sabe qué ha cambiado, pero lo nota. Me mira más. Me mira con esa expresión de «estás haciendo algo diferente y no sé qué es». A veces, cuando revisa las fotos que le mando a Teresa, se queda un rato más de la cuenta mirando una imagen, como si buscara algo en ella que no encuentra pero que intuye.

Lo que ha cambiado es que ya no tengo miedo de mirarlo. Ya no miro a un hombre que podría gustarme y que eso me asusta. Miro a una persona que está haciendo lo mismo que yo: intentar crear algo

que importe, intentar demostrar que merece su sitio, intentar que el dolor no gane.

Un martes de la semana siguiente, estamos los dos solos en el atelier a última hora. Paco se ha ido pronto porque tiene una cita que, según él, «puede ser el amor de mi vida o el mayor error de mi semana, pero cualquiera de las dos opciones es más interesante que quedarme aquí viendo cómo vosotros dos fingís que no os miráis».

Óscar trabaja en el vestido rojo. Yo fotografío los detalles del taller: la pared de bocetos que ha crecido hasta cubrir todo el corcho y parte de la pared de al lado, las muestras de tela clavadas con alfileres formando un arcoíris, una taza de café vacía con un cerco marrón que lleva ahí tres días y que nadie se atreve a mover porque

Óscar la ha colocado encima de un boceto como si fuera un pisapapeles artístico.

— Las fotos que mandaste ayer a Teresa —dice sin levantar la vista.

— ¿Sí?

— La de la luz en la fuente del patio.

— ¿Qué pasa con ella?

— Nada. Que es buena.

Otra vez. «Buena.» La palabra favorita de Óscar Mendoza para todo lo que le emociona pero no sabe expresar. Pero esta vez no me frustra. Esta vez entiendo que «buena» en su vocabulario es un

cumplido enorme. Es su forma de decir que una foto le ha llegado. Que la ha mirado más tiempo del necesario. Que ha sentido algo.

— Gracias —digo.

— La fuente no echa agua desde que monté el taller —dice—. Pero en tu foto parece que sí. Parece que la luz es el agua.

Me quedo mirándolo. Es lo más poético que me ha dicho nunca. Y lo ha dicho con la misma naturalidad con la que diría «pásame las tijeras».

— Eso es exactamente lo que quería —digo—. Que la luz fuera el agua.

Me mira un segundo. Solo un segundo. Pero en ese segundo hay más conversación que en una hora de palabras.

— Entiendes las cosas —dice.

No sé si se refiere a la fotografía, al atelier, a él o a todo junto. Pero asiento. Porque es verdad. Entiendo las cosas. Entiendo este lugar,

estas telas, este hombre. Los entiendo con la cámara, que es mi forma de entender el mundo.

Y eso, en vez de asustarme, me da calma.

Porque sé quién soy. Sé que mi cámara no es un arma. Sé que mis fotos no son una traición. Sé que lo que veo cuando lo miro no tiene nada que ver con lo que vio el fotógrafo de Milán.

Soy Valeria Campos. Hago bodas y sueño con algo más. Y cuando miro a Óscar Mendoza, lo que veo es la foto más bonita que he intentado sacar nunca.

Una foto que él todavía no sabe que existe.

Pero que algún día, cuando esté preparado, le enseñaré.

Y espero que cuando la vea, entienda.

Que mi cámara no roba. Mi cámara quiere.

Y querer a alguien a través de un objetivo no es menos real que quererlo con las manos. Es simplemente otra forma de tocar.

11

Si hay algo que demuestra que Sevilla no es una ciudad normal sino un estado de ánimo con código postal, es la Feria de Abril. Una semana entera en la que la ciudad se transforma, se viste de lunares y se dedica a hacer lo que mejor sabe hacer: vivir como si no existiera el lunes.

La Feria de Abril es la prueba de que Sevilla no necesita una excusa para montar una fiesta, pero si la tiene, la convierte en el evento más grande, más ruidoso, más colorido y más absurdamente maravilloso del universo conocido.

El Real de la Feria es un mar de casetas, farolillos de colores, mujeres con trajes de flamenca que cuestan más que mi alquiler mensual, caballos que pasean como si fueran dueños del mundo y hombres con sombrero cordobés bebiendo manzanilla como si el hígado fuera inmortal. Huele a pescaíto frito, a rebujito, a flores y a una cosa indefinible que solo puede ser felicidad concentrada.

Rocío, Inma y yo hemos venido juntas, como cada año. Rocío lleva un traje de flamenca rojo con lunares blancos que le queda espectacular. Inma va de verde agua, con el pelo recogido en un moño bajo y flores de jazmín. Yo llevo uno azul oscuro que me

compré el año pasado en las rebajas de una tienda de la calle Sierpes y que me queda ajustado porque las croquetas de este invierno han dejado huella en mis caderas.

— Estás guapísima —dice Rocío.

— Estoy apretada.

— Estás guapísima y apretada. Las dos cosas. Es la combinación ganadora.

Entramos en la caseta de un amigo de Rocío que tiene barra libre de rebujito, que es la forma más eficiente de emborracharse en Sevilla. El rebujito entra suave, como si fuera agua con limón, y cuando te das cuenta estás bailando sevillanas con un desconocido y preguntándote cómo has llegado ahí.

Llevo dos rebujitos cuando los veo.

Óscar. Paco. Y un hombre mayor que tiene las manos más grandes que he visto en mi vida.

Están en la caseta de al lado. Paco lleva una camisa floral que parece un jardín botánico en una fiesta de luces de neón. Óscar, por primera vez desde que lo conozco, no va de negro. Lleva una camisa blanca, arremangada hasta los codos, y unos pantalones oscuros. El

pelo suelto. Está tan guapo que podría provocar un accidente de tráfico.

Y el hombre mayor, que mide más o menos lo mismo que Óscar pero con el doble de anchura, tiene una cara redonda, morena, surcada de arrugas profundas, y sonríe con toda la cara como si sonreír fuera su estado natural.

— Tía —Rocío me agarra del brazo—. Es él. Óscar. En la Feria. Con camisa blanca.

— Ya lo veo.

— ¿Quién es el señor mayor?

— Creo que es su padre.

Paco nos ve primero. Su cara se ilumina como un farolillo y cruza la caseta en tres zancadas.

— ¡Mis favoritas! —Nos abraza a las tres como si fuéramos familia—. Valeria, estás espectacular. Azul oscuro. Tu color. Rocío, esos lunares

son un escándalo. E Inma, el verde agua con tu pelo, por Dios, eres una sirena de Triana.

Inma se ruboriza. Rocío se ríe. Yo miro hacia donde está Óscar, que ya nos ha visto y está caminando hacia nosotras con su padre.

— Valeria —dice cuando llega.

— Óscar.

Nuestro saludo habitual. Nombres. Solo nombres. Como si fueran contraseñas.

— Este es mi padre, Manolo.

Manolo Mendoza me mira de arriba abajo con una sonrisa que es todo dientes y arrugas y bondad. Me coge la mano con las suyas,

que son enormes, callosas, manos de mecánico que han desmontado motores durante cuarenta años.

— ¿Tú eres la fotógrafa?

— Sí, señor. Valeria.

— Mi hijo dice que eres insoportable.

Se me congela la sonrisa. Miro a Óscar, que mira al suelo con una expresión que podría ser vergüenza si un hombre como él fuera capaz de avergonzarse.

Manolo se ríe.

— Eso es buena señal, niña. A su madre también la llamaba insoportable las primeras semanas. Y mira: treinta y dos años casados.

— Papá —dice Óscar con voz de «trágame tierra».

— ¿Qué? Si es verdad. Tu madre me sacaba de quicio y yo no podía vivir sin ella. Las mejores parejas empiezan así.

Rocío, a mi espalda, está haciendo un esfuerzo sobrehumano por no

estallar de risa. Lo sé porque le oigo la respiración entrecortada.

Manolo me suelta la mano y me mira con esa franqueza que solo tienen las personas que no saben ser de otra manera.

— Mi hijo trabaja mucho. Come poco. Sale menos. Y desde que tú llegas por las mañanas, Paco me dice que hasta tararea. Así que gracias, niña. Gracias por sacarle las costuras de encima.

— Papá, por favor —dice Óscar.

— Déjame hablar, hijo, que para eso me has traído a la Feria.

Me río. No puedo evitarlo. Manolo Mendoza es exactamente lo que imaginaba: un hombre bueno, directo, sin dobleces, que adora a su hijo y lo demuestra de la forma más embarazosa posible.

Como mi madre.

— Es un placer, Manolo —digo—. Y le prometo que sigo sacándole las costuras.

Manolo me guiña un ojo.

Las dos casetas se fusionan en una especie de fiesta improvisada. Paco se hace amigo de Rocío en catorce segundos, lo cual era inevitable porque los dos tienen la misma energía de persona que

habla con todo el mundo y se ríe de todo. Inma y Manolo acaban sentados juntos en un rincón hablando de plantas, porque resulta que Manolo es un apasionado de la jardinería y a Inma le entusiasma cualquier cosa que tenga que ver con la naturaleza.

Y Óscar y yo nos quedamos solos. Relativamente solos, en medio de una Feria con cuarenta mil personas, pero solos en el sentido de que nadie nos está prestando atención.

— Tu padre es encantador —digo.

— Mi padre es un bocazas.

— Es encantador y un bocazas. Las dos cosas.

— Como tú —dice.

Me quedo sin palabras durante exactamente tres segundos, que es un récord personal.

— ¿Acabas de llamarme encantadora?

— He dicho bocazas.

— Has dicho «como tú». Y yo he dicho que tu padre es encantador y

bocazas. Así que me has llamado las dos cosas.

Óscar me mira con esos ojos oscuros y, por una vez, hay un destello de algo que se parece peligrosamente al humor.

— Interpretas demasiado —dice.

— Soy fotógrafa. Interpretar es mi trabajo.

Suena una sevillana por los altavoces de la caseta. Es de esas sevillanas clásicas, de las de toda la vida, con palmas y guitarra y una voz rasgada que suena a Sevilla antigua.

— ¿Bailas? —pregunto.

— No.

— ¿No bailas sevillanas?

— No bailo.

— Óscar, eres sevillano. Tienes la obligación moral y cultural de bailar sevillanas. Es como ser de Cádiz y no saber lo que es un

carnaval.

— Nunca aprendí.

— ¿Tu madre no te enseñó?

Algo cruza su cara. Algo suave, triste, luminoso a la vez.

— No le dio tiempo.

Se me encoge el corazón. Pero no me detengo. Porque esto no es un momento triste. Esto es la Feria de Abril y la música suena y la noche huele a azahar y él lleva una camisa blanca y yo un vestido azul y la vida es demasiado corta para quedarse quieto.

— Pues te enseño yo.

— ¿Tú?

— No soy experta, pero conozco los pasos básicos. Mi madre me obligó a ir a clases de sevillanas los veranos en Córdoba de los ocho a los quince años. No te voy a enseñar a competir. Te voy a enseñar a no hacer el ridículo. Que ya es bastante.

Me mira como si le hubiera propuesto saltar de un avión. Pero hay algo en sus ojos, algo nuevo, algo que no he visto antes: curiosidad.

Curiosidad mezclada con miedo, que es la combinación más humana que existe.

— Un baile —dice—. Uno solo.

— Uno solo —prometo.

Lo llevo a la pista de la caseta, que es un cuadrado de metro y medio entre mesas de rebujito y gente que habla a gritos. Le pongo las manos en posición: una en mi cintura, la otra sosteniendo la mía en alto.

— Primer paso: tú vas hacia atrás y yo hacia delante. Luego al revés. Es simple. Como caminar, pero con gracia.

— No tengo gracia.

— Tienes las manos más elegantes de Sevilla. La gracia está ahí dentro. Solo hay que dejarla salir.

Empezamos. Es un desastre. Óscar se mueve como un robot al que le han dado instrucciones contradictorias. Pisa el sitio donde mi pie

debería estar. Gira cuando debería quedarse quieto. Levanta el brazo cuando debería bajarlo.

Y yo me río. Me río tanto que me duele el estómago.

— Para, para —digo entre carcajadas—. No me pises.

— Estoy intentando no pisarte.

— Pues lo estás consiguiendo fatal.

— Esto es ridículo.

— Es la Feria. Todo es ridículo. Esa es la gracia.

Me mira. Yo lo miro. Estamos a veinte centímetros de distancia, con las manos unidas y la música sonando y el olor a flores y rebujito y la noche de Sevilla envolviéndonos como una tela de esas suyas.

Y entonces pasa algo.

Se ríe.

De verdad. No la media risa del bar del Alcázar. No la sombra de sonrisa del atelier. Una risa de verdad, que le sale del pecho, que le

arruga los ojos, que le transforma la cara en algo que no he visto nunca. Una cara sin muros. Sin coraza. Sin reglas.

Es la cara más bonita del mundo. Y no porque sea guapo, que lo es, sino porque es real. Es la cara de alguien que se ha permitido sentir algo que llevaba tiempo sin sentir. La cara de un hombre que ha bajado el puente levadizo y ha salido al mundo y ha descubierto que el mundo no muerde.

O si muerde, al menos tiene buena música y rebujito.

Nos reímos los dos. En medio de la pista, con la sevillana sonando y la gente bailando a nuestro alrededor, nos reímos como dos críos que acaban de descubrir que la vida puede ser divertida.

— Otra vez —dice.

— ¿Otra vez?

— Otra sevillana. Esta vez no te piso.

Mentira. Me pisa tres veces más. Pero cada vez menos. Y en la tercera sevillana, algo hace clic. Su cuerpo se relaja. Sus manos encuentran el ritmo. Sus pies dejan de luchar contra la música y

empiezan a seguirla. No baila bien, no baila con técnica, pero baila con algo que es mejor que la técnica: baila con alegría.

Y yo me olvido de todo. De las fotos, del trabajo, de las reglas, de Giulia, de mi ex, de todo. Solo estamos nosotros y la música y el aire caliente de la Feria y una sensación en el estómago que se parece

mucho a caer desde un sitio muy alto sin saber dónde vas a aterrizar.

La sevillana termina. Nos quedamos parados, con las manos todavía juntas y la respiración agitada.

— ¿Ves? —digo—. No ha sido tan terrible.

— Ha sido terrible —dice, pero lo dice sonriendo. Sonriendo de verdad, con los ojos y la boca y toda la maldita cara.

— Mentiroso.

— Bocazas.

— Encantador.

Nos miramos. Y ahí está otra vez: el paréntesis. Ese momento entre nosotros en el que el mundo se calla y solo quedamos él y yo y todo lo que no decimos.

— ¡Hijo! —grita Manolo desde una mesa—. ¡Trae rebujito!

El paréntesis se rompe. Óscar suelta mi mano como si quemara. Da un paso atrás. Se recompone. La coraza vuelve a su sitio, pieza a

pieza, como un vestido que se va abrochando.

— Voy —dice a su padre, y se va a la barra.

Me quedo en la pista con el corazón desbocado y las palmas sudando.

Rocío aparece a mi lado como invocada por la crisis.

— Tía —dice—. Le gustas.

— No lo sabes.

— Lo sé. Te ha sonreído. Ha bailado contigo. Ha bailado sevillanas, Valeria. Un hombre que odia bailar ha bailado contigo en la Feria de Abril. Eso en Sevilla es prácticamente una declaración de amor.

— Es la Feria. Todo el mundo baila en la Feria.

— Él no. Paco me ha dicho que no baila nunca. Que el año pasado estuvo toda la Feria sentado en una esquina con una copa de manzanilla y cara de entierro. —Me agarra de los hombros—. Le gustas. Y tú estás coladita. No me lo niegues.

No se lo niego. No puedo. Porque tiene razón. Porque cuando Óscar Mendoza se ha reído en la pista de la Feria con la camisa blanca y los ojos brillantes y la mano en mi cintura, algo se ha roto dentro de

mí. Algo que llevaba un año cerrado desde Marcos, algo que creía que nunca volvería a abrirse.

La capacidad de sentir. De verdad. Sin ironía, sin humor, sin la coraza que me pongo yo también todos los días para que nadie vea que debajo de la risa hay una mujer que tiene miedo de querer.

— Sí —admito—. Estoy jodida.

— Estás enamorándote —corrige Rocío.

— Es lo mismo.

Nos abrazamos. Inma aparece con tres rebujitos.

— Manolo me ha invitado al cortijo de su amigo a ver los geranios el mes que viene. ¿Eso es normal?

— Inma, cariño, eso es lo más normal que te ha pasado este año.

Bebemos. Reímos. Bailamos las tres juntas. Paco se une. Manolo aplaude desde su mesa con una manzanilla en la mano y la sonrisa

de un hombre que ha vivido mucho y que sabe que los mejores momentos son los que no se planifican.

Y Óscar, desde la barra, me mira.

Me mira como no me ha mirado nunca. Sin evaluar. Sin protegerse. Solo mirando.

Y yo le devuelvo la mirada. Y en ese intercambio silencioso, en medio de la Feria más ruidosa del mundo, nos decimos todo lo que todavía no sabemos decir con palabras.

La noche acaba tarde. Muy tarde. Nos despedimos en la puerta de la Feria. Manolo me da un abrazo que casi me rompe las costillas. Paco

me besa en las dos mejillas. Y Óscar se queda a un metro de distancia, con las manos en los bolsillos, mirándome.

— Buenas noches, Valeria.

— Buenas noches, Óscar.

Una pausa. Larga. Llena de todo.

— Gracias por las sevillanas —dice.

— Gracias por no pisarme demasiado.

Casi sonríe. Casi.

Y se va con su padre y con Paco, caminando por la noche de Sevilla con su camisa blanca y su pelo suelto, y yo me quedo mirándolo hasta que desaparece entre la multitud.

— Estás perdida —dice Inma.

— Lo sé —digo.

Y no sé si es un problema o una bendición.

Pero esta noche, en la Feria de Abril, con el azahar en el aire y la música sonando y la risa de Óscar Mendoza grabada en algún sitio

dentro de mi pecho, me inclino por la bendición.

12

No puedo dejar de pensar en ella.

Son las tres de la madrugada. Estoy en mi piso de Santa Cruz, sentado en el escritorio, con un boceto delante que debería ser el vestido número cinco y que se ha convertido en otra cosa. En algo que no pretendía dibujar.

La Feria ha sido hace cuatro días y todavía tengo su risa en la cabeza. Rebotando. Como una sevillana que no termina.

Me levanto. Me preparo un café. Tercero de la noche. Sé que mañana lo pagaré con ojeras y un humor de perros, pero mi cerebro no se calla y necesito algo caliente entre las manos para no volverme loco.

Vuelvo al escritorio. Miro el boceto.

Es un vestido. Largo, con un escote que baja por la espalda en V, drapeado asimétrico en la cintura, falda que se abre en capas que caen como ondas. Lo he dibujado sin pensar, con trazos rápidos,

instintivos, sin patrón previo ni referencia. Ha salido solo. De mis manos al papel, sin pasar por el plan.

Y es para ella.

No es que le haya puesto nombre. No es que haya escrito «Valeria» en el margen. Pero lo sé. Lo sé porque las proporciones del boceto son las suyas. Los hombros, las caderas, la cintura que ajusté con alfileres hace diez días en el probador del atelier. Lo sé porque la caída de la falda está diseñada para moverse como ella se mueve: con energía, con vida, con esa forma que tiene de ocupar el espacio como si el espacio la estuviera esperando.

Lo sé porque cuando cierro los ojos y pienso en este vestido, la veo a ella dentro. La veo girando, con la falda abriéndose como una flor negra, con la espalda descubierta y los rizos cayéndole por los hombros, y esa risa suya, esa risa que suena a algo que se enciende.

Joder.

Miro por la ventana. Santa Cruz a las tres de la madrugada es un pueblo fantasma elegante: calles vacías, farolas amarillas, el sonido de algún gato peleándose en un tejado. Mi piso está a tres calles del atelier y a veces, por las noches, veo la luz del patio encendida y me pregunto si he dejado algo abierto o si es que el fantasma de mi

madre está ahí, cosiendo a escondidas como hacía cuando yo era niño y no podía dormir.

Mi madre cosía de noche. Cuando las clientas se iban y la casa se quedaba en silencio, ella sacaba sus telas y cosía cosas que nadie le había encargado. Vestidos que inventaba, faldas que soñaba, blusas que nacían de su cabeza directamente a la máquina de coser. «Es mi hora», me decía cuando yo aparecía en la puerta del taller con los ojos pegados de sueño. «Por el día coso para los demás. Por la noche coso para mí.»

Y ahora estoy yo aquí. A las tres de la madrugada. Dibujando un vestido que nadie me ha encargado. Para una mujer que no me lo ha pedido.

Somos más parecidos de lo que ella habría admitido. Mi madre y yo. Los dos obsesivos, los dos nocturnos, los dos incapaces de separar lo que sentimos de lo que creamos.

La Feria. Las sevillanas. Su mano en la mía, pequeña y firme, guiándome por una pista de baile como si guiar fuera la cosa más natural del mundo. Su risa cuando le pisé el pie. Su cara a veinte centímetros de la mía, con los ojos color avellana brillando bajo los

farolillos y el pelo escapándose del moño en rizos que le caían por el cuello.

No he bailado en mi vida. Nunca. Mi madre quería enseñarme sevillanas pero se puso enferma antes de que pudiéramos empezar. Era una de esas cosas que íbamos a hacer «el próximo año» y el próximo año no llegó. Se murió un martes de noviembre, en la cama del Hospital Virgen del Rocío, con el dedal de plata puesto porque se negó a quitárselo hasta el final.

Y el sábado pasado, en la Feria, bailé. Bailé fatal, como un tronco con zapatos, pero bailé. Porque Valeria me agarró de las manos y me dijo «te enseño yo» con esa seguridad que tiene, esa forma de decir las cosas como si el mundo fuera un problema sencillo que se resuelve con acción y humor.

Y me dejé. Me dejé llevar. Me dejé guiar. Me dejé tocar las manos por una mujer que lleva una cámara y que debería activar todas mis

alarmas pero que, en vez de eso, las desactiva una por una, como quien quita alfileres de un vestido hasta que la tela cae libre.

Miro el boceto otra vez.

Las curvas del vestido. El movimiento de la falda. El escote que deja la espalda al descubierto.

Lo estoy diseñando pensando en cómo se ríe. En cómo se mueve cuando camina. En cómo ladeó la cabeza cuando le dije «bocazas» y sus ojos brillaron con esa chispa que es humor y desafío y algo más.

En cómo olía cuando bailábamos. A nardos. A algo cítrico. A algo que era simplemente ella y que se me metió debajo de la piel como un hilo de seda que no puedo sacar.

Joder.

Cierro el cuaderno. Lo abro. Lo cierro otra vez.

Esto no estaba en el plan. La colección tiene diez piezas planificadas, cada una con su concepto, su tela, su patrón. No hay sitio para un vestido que he dibujado a las tres de la madrugada pensando en

una fotógrafa que lleva zapatillas de lona y que tiene un gato que se llama Fígaro.

Pero es el mejor vestido que he dibujado en años.

Es el que más se parece a lo que quiero hacer. No moda para una pasarela. No moda para una revista. Moda para una persona. Para un cuerpo específico, una forma de moverse específica, una manera de reír específica.

Mi madre habría entendido esto. Ella cosía para personas, no para perchas. Cada vez que le llegaba una clienta al taller, la miraba durante un rato largo antes de coger las tijeras. «Primero miro cómo

se mueve. Cómo anda, cómo se sienta, cómo gesticula. La tela tiene que adaptarse a la persona, hijo. No al revés.»

Valeria se mueve como si el aire estuviera de su parte. Como si cada paso fuera una decisión consciente de existir. No anda: avanza. No gesticula: dibuja en el aire. No se ríe: ilumina.

Y yo estoy aquí, a las tres de la madrugada, diseñando un vestido para una mujer que no me lo ha pedido.

Mi padre me dijo algo en la Feria, cuando Valeria estaba bailando con sus amigas y yo estaba en la barra intentando no mirarla.

— Es buena gente, hijo.

— Es mi fotógrafa, papá. Nada más.

— Ya. Tu fotógrafa que te saca a bailar. Tu fotógrafa que se ríe contigo. Tu fotógrafa que te mira como te miraba tu madre a mí: como si vieras algo que los demás no ven.

— Papá...

— Solo digo una cosa. —Me puso la mano en el hombro. Su mano enorme, gastada, con callos que parecen mapas de todos los

motores que ha tocado—. No dejes que lo que pasó en Milán te quite lo que puede pasar aquí.

Giulia.

No he pensado en Giulia en semanas. Eso es nuevo. Normalmente el recuerdo viene al menos una vez al día: la puerta abierta, la cámara en la mesilla, la traición que se sentó en mi pecho como una piedra y que he cargado durante cuatro años.

Pero últimamente, cuando debería pensar en Giulia, pienso en otra cosa. Pienso en unas manos que sostienen una cámara con la misma delicadeza con la que yo sostengo las tijeras. Pienso en unos ojos que me miran sin querer nada de mí excepto la verdad. Pienso en una voz que me dice «entonces deja de trabajar en la oscuridad como un vampiro» y que, en vez de ofenderme, me hace querer sonreír.

Abro el cuaderno.

Miro el vestido.

Pienso en lo que me dijo Giulia la última vez que hablamos. Fue por teléfono, dos meses después de que me fuera de Milán. Me llamó llorando. Dijo que lo sentía, que había sido un error, que el fotógrafo no significaba nada. Le dije que la creía. Y la creía. Pero no importaba. Porque lo que se rompió no fue la confianza en ella; fue

la confianza en mí. En mi capacidad de ver la realidad, de entender lo que pasa a mi alrededor, de detectar la mentira antes de que me explote en la cara.

Soy diseñador. Mi trabajo es ver. Ver la tela, ver la forma, ver el color, ver el movimiento. Y no vi nada. No vi que la mujer con la que dormía cada noche se acostaba con otro. No vi que las sonrisas eran mentira. No vi que las fotos que el fotógrafo le sacaba para las campañas eran el principio de algo que me destruiría.

Desde entonces, no me fío de lo que veo. No me fío de las imágenes. No me fío de las cámaras.

Pero las fotos de Valeria... las fotos de Valeria son diferentes. No mienten. No manipulan. No buscan una versión de mí que no existe. Buscan la verdad. La verdad de mis manos cortando tela. La verdad del taller vacío con la luz de la tarde. La verdad de un hombre que cose porque es lo único que sabe hacer.

Y la Feria. La maldita Feria.

Valeria bailando con sus amigas, con el vestido azul moviéndose como agua, la cabeza echada hacia atrás riendo, los rizos sueltos volando. Y luego cogiéndome las manos y diciendo «te enseño yo»

como si fuera la cosa más sencilla del mundo, como si no supiera que nadie me había cogido las manos así desde mi madre.

Me pasé toda la noche intentando no mirarla. Y me pasé toda la noche mirándola. Porque es imposible no mirar a Valeria Campos cuando entra en una habitación. Ocupa el espacio con una energía que no es ruidosa ni agresiva sino simplemente viva. Tan viva que todo lo demás parece apagado.

Es bueno. Es muy bueno. Es una pieza que podría ser el centro de la colección, el vestido que cierra el desfile, el que hace que la gente se levante de las sillas.

Pero no es para la colección. Es para ella.

Y no sé cuándo se lo daré. Ni si se lo daré. Ni qué significa que lo haya dibujado.

Solo sé que mis manos querían dibujar este vestido y que, cuando las dejo hacer lo que quieren, siempre aciertan. Mi madre me enseñó eso. «Las manos saben antes que la cabeza, hijo. Fíate de ellas.»

Me fío.

Dibujo dos variantes más del vestido. La primera con el escote más cerrado. La segunda con la falda más larga. Ninguna me convence

tanto como la original. Porque la original es la que ha salido sin filtro, directamente de lo que siento, y lo que siento no tiene variantes. Es una cosa sola, clara, aterradora y sin nombre.

O con nombre. Pero no estoy preparado para decirlo.

Me acabo el café. Abro el cuaderno otra vez. No puedo dejarlo. Es como esas canciones que se te meten en la cabeza y no se van: el vestido está ahí, pidiendo ser terminado, pidiendo que le dé forma y nombre y tejido.

Lo dibujo desde otro ángulo. De espaldas. El escote en V que baja por la espalda, mostrando la columna, la línea de los omóplatos, esa zona del cuerpo que es tan vulnerable y tan fuerte al mismo tiempo. Pienso en la espalda de Valeria cuando se probó el vestido verde. En cómo la piel de su nuca se erizó cuando le aparté el pelo para ver la costura. En el calor que irradiaba su cuerpo a través de la seda, como si tuviera un fuego dentro que la tela no conseguía contener.

Paso dos horas más dibujando. El cuaderno se llena de variantes, detalles, notas técnicas. «Seda duchesse negro con bordados de azahar en oro. Drapeado asimétrico cintura. Falda capas movimiento natural. Espalda descubierta hasta lumbar.» Escribo las

especificaciones como si fuera un encargo real, porque a estas horas de la madrugada mi cerebro ya no distingue entre fantasía y trabajo.

Cierro el cuaderno. Me meto en la cama.

El lunes volveré al atelier. Ella llegará a las nueve con su moño caótico y sus zapatillas y su cámara. Se sentará en su rincón. Me fotografiará las manos. Y yo trabajaré fingiendo que no la veo, fingiendo que su presencia no cambia la temperatura del taller, fingiendo que no he dibujado un vestido a las tres de la madrugada pensando en la curva de su cuello.

Soy un cobarde. Lo sé. Paco me lo dice cada día con los ojos, sin necesidad de palabras. Mi padre me lo ha dicho con las manos, en ese gesto de agarrarme el hombro que significa «estoy aquí pero tienes que dar el paso tú».

Pero es que el último paso que di me llevó a una puerta abierta y a una cama que no era la mía y a un dolor que todavía me pesa.

¿Y si esta vez es diferente?

¿Y si esta mujer que me saca fotos de las manos y me enseña a bailar sevillanas y me dice «gracias funciona sorprendentemente bien» con una sonrisa que me desordena por dentro, y si esta mujer

no es Giulia? ¿Y si es otra cosa? ¿Y si es lo que mi padre dice, lo que mi madre habría visto, lo que Paco ve desde el primer día?

¿Y si es bueno?

No lo sé.

Pero el vestido es bueno. Eso sí lo sé. Y mis manos, que saben antes que mi cabeza, lo han dibujado para ella.

Algo tendrá que significar.

Me levanto una última vez. Voy al baño. Me miro en el espejo. Pelo despeinado, ojeras, barba de dos días. Parezco un loco. Parezco un artista. Parezco un hombre de treinta y cuatro años que lleva cuatro

sin dormir bien y que acaba de descubrir que todavía puede sentir algo que no sea trabajo.

«Cobarde», me digo al espejo. Y el espejo me lo devuelve con la mirada oscura y el pelo cayéndome en la cara como una cortina.

No soy cobarde. Soy prudente. Son cosas distintas. ¿Verdad?

Vuelvo a la cama. Cierro los ojos. Intento dormir. Pienso en una pista de baile en la Feria y en una mujer con un vestido azul que me tomó las manos sin pedir permiso.

Sin pedir permiso.

Como si tocarme fuera lo más natural del mundo.

Como si yo no fuera alguien que se rompe.

Duermo. Y por primera vez en mucho tiempo, no sueño con puertas abiertas ni con cámaras en mesillas de noche. Sueño con sevillanas y con una risa que suena a luz.

13

Son las ocho de la noche y el atelier está vacío. Paco se ha ido hace una hora, después de despedirse con su habitual «buenas noches, tortolitos», que Óscar ha fingido no oír y yo he fingido no ruborizarme. La calle de Santa Cruz está en silencio, ese silencio que tiene Sevilla al final de la tarde cuando el calor afloja y la ciudad respira. Se oye el goteo de una fuente en algún patio cercano, el canto de un mirlo tardío, el eco de unos pasos alejándose por la callejuela.

El atelier sin Paco es diferente. Más grande. Más íntimo. Como si las paredes se expandieran para darnos espacio, o como si el aire se espesara para que cada gesto pesara más.

Óscar y yo estamos solos.

No es la primera vez. Hay tardes en las que Paco se va antes y nosotros nos quedamos trabajando: él en sus telas, yo en mis fotos. Pero hoy es diferente. Hoy hay algo en el aire que no sé nombrar,

una electricidad baja, constante, como la corriente de un río que parece tranquilo pero que te arrastra si te metes.

Llevamos una semana desde la Feria. Una semana de trabajo normal, de rutina, de silencio profesional. Pero el silencio ha cambiado. Ahora está lleno de cosas. Lleno de la risa de la pista de

baile, del roce de sus manos cuando me enseñaba los pasos, de la mirada que nos lanzamos al despedirnos.

Lleno de todo lo que no hemos dicho.

Estoy revisando las fotos del día en la pantalla de la cámara, sentada en mi taburete habitual, cuando Óscar se acerca. Se para a un metro de mí. Me mira.

— Necesito hablar contigo de algo.

Levanto la vista. Su expresión es seria, concentrada, con esa intensidad que tiene cuando está a punto de hacer algo que le cuesta.

— Dime.

— Teresa quiere una foto de mi cara para la documentación. Para el catálogo de la Pasarela.

Se me detiene la mano en la cámara.

— Ya.

— Le he dicho que no. Pero insiste. Dice que el catálogo necesita un

retrato del diseñador. Que es protocolo.

— Es protocolo —confirmo—. Todos los diseñadores tienen un retrato en el catálogo.

— Ya lo sé. Pero...

No termina la frase. No necesita hacerlo. Sé lo que hay detrás de ese «pero». Sé lo de Giulia, lo del fotógrafo, lo de las cámaras como armas. Lo sé y él no sabe que lo sé.

Respiro. Elijo las palabras con cuidado, como quien elige los alfileres que va a clavar en una tela delicada.

— Puedo intentarlo —digo—. Si no te gusta, la borro. La borro delante de ti, de tu pantalla. Sin copias, sin archivos, sin nada. Tienes el control total.

Me mira. Largo. Fijo. Buscando algo en mis ojos. La mentira, supongo. El engaño. La trampa. Porque en su experiencia, las personas que sostienen cámaras mienten.

Pero yo no miento. Y algo en mi cara se lo dice, porque la tensión de

su mandíbula se afloja medio milímetro.

— ¿Cómo lo harías? —pregunta.

— Sin que poses. Sin que mires a la cámara. Sin que sepas cuándo disparo. Te pongo a trabajar, enciendo la luz del patio, y saco fotos mientras haces lo que haces siempre. Si alguna sale bien, te la enseño. Si no, no pasa nada.

Silencio. Óscar se pasa la mano por el pelo. Es su gesto de cuando piensa. De cuando su cerebro libra una batalla entre lo que quiere hacer y lo que le da miedo hacer.

— De acuerdo —dice.

Esas dos palabras le cuestan más que una colección entera.

Me levanto del taburete. Preparo la cámara: ISO alto para la luz nocturna del atelier, apertura abierta para un bokeh suave, enfoque manual. Enciendo las luces del patio, que a esta hora proyectan sombras cálidas contra las paredes de piedra.

— Trabaja —le digo—. Haz lo que estuvieras haciendo.

Óscar vuelve a la mesa de corte. Tiene el vestido azul extendido, casi terminado, con los bordados de los azulejos del Alcázar brillando

bajo la luz. Coge las tijeras. Empieza a recortar un borde de tela sobrante.

Yo me muevo en silencio. Me coloco a un ángulo que me permite captar su perfil contra la ventana del patio. La luz nocturna crea un claroscuro que le esculpe la cara: la línea de la mandíbula, el arco de la ceja, la curva de los labios concentrados.

Clic.

Se tensa un segundo. Solo un segundo. Luego se relaja. Sigue trabajando.

Clic. Clic.

Me muevo. Otro ángulo. Esta vez desde el lateral, más cerca. Puedo ver la barba de tres días que le oscurece la mandíbula, las pestañas que le hacen sombra en las mejillas, la arruga de concentración entre las cejas.

Clic.

No me mira. No levanta la vista. Trabaja como si yo no estuviera, pero sé que sabe que estoy aquí. Lo sé porque sus hombros están más rectos de lo normal, porque sus manos se mueven con una deliberación extra, porque hay una conciencia de mi presencia que

vibra en el aire como la cuerda de una guitarra después de ser pulsada.

— Relájate —digo en voz baja—. Estás trabajando. No estás posando.

— Es difícil —dice.

— Lo sé. Pero confía en mí.

Me mira. Un segundo. Medio segundo. Sus ojos oscuros encuentran los míos y hay algo ahí, algo que no es miedo ni desconfianza sino algo mucho más complicado. Algo que se parece a la esperanza de alguien que lleva mucho tiempo sin esperar nada.

Vuelve al trabajo. Sus manos cogen la aguja. Empieza a bordar. Y poco a poco, centímetro a centímetro, se olvida de mí. Se olvida de la cámara. Se pierde en la tela, en el hilo, en el patrón de azulejos que reproduce con una precisión que me quita el aire.

Y entonces saco las mejores fotos de mi vida.

Óscar Mendoza trabajando de noche. La luz del patio dibujando contornos dorados en su cara. Las manos moviéndose sobre la seda azul. El pelo cayéndole sobre los ojos. La boca entreabierta, concentrada, murmurando algo que no oigo. La belleza absoluta de

un hombre que crea algo extraordinario y que no sabe que está siendo visto.

Saco cincuenta y siete fotos en quince minutos. Cada una es una pequeña victoria contra su miedo y contra el mío. Porque yo también tengo miedo. Miedo de que estas fotos sean demasiado buenas. Miedo de que muestren algo que no debería verse. Miedo de que, al

capturar a Óscar Mendoza con la guardia bajada, esté creando algo que pueda hacer daño.

Pero la cámara no miente. Y lo que veo a través del objetivo no es un hombre expuesto. Es un hombre libre. Libre de la pose, de la imagen, del control. Un hombre que simplemente es.

Cuando paro, las manos me tiemblan. No por el esfuerzo físico sino por la emoción. Por la certeza de haber capturado algo que importa.

— Listo —digo.

Óscar deja la aguja. Me mira.

— ¿Ya?

— Ya.

Se levanta. Se acerca. Está a medio metro de mí y puedo oler su colonia, el café, la madera, y algo más que es simplemente él.

— ¿Puedo verlas? —pregunta.

Giro la cámara hacia él. Paso las fotos una a una en la pantalla pequeña. No digo nada. Dejo que las imágenes hablen.

Óscar las mira. Su cara no cambia de expresión. Las pasa despacio,

deteniéndose en cada una, con la misma atención que pone cuando examina una tela.

Se para en una. La amplía. Es una foto de su cara de perfil, con la luz del patio creando una línea dorada desde la frente hasta la barbilla, las manos en primer plano sosteniendo la aguja, y el vestido azul de fondo como un mar de seda.

— ¿Así me ves? —dice.

Su voz es baja. Casi un susurro. Y hay algo roto en ella, algo frágil que se asoma como la luz por una grieta.

— Así eres —digo.

Me mira. Me mira con esos ojos que tienen capas y capas de cosas que nunca dice. Y veo el momento exacto en que algo se rompe dentro de él. No algo malo. Algo bueno. Un muro. Una barrera. Una de esas capas de protección que lleva puestas como lleva el negro: para que nada le toque.

Se inclina.

Y me besa.

Es suave. Breve. Con sabor a café. Sus labios tocan los míos durante tres segundos, quizá cuatro, con una delicadeza que me deja

temblando. Una mano me roza la mejilla, apenas un toque, los dedos acariciando mi pómulo con la misma precisión con la que acaricia las telas.

Se separa. Un centímetro. Su frente casi toca la mía. Su respiración es irregular, como si el beso le hubiera costado todo el aire que tenía.

— Llevo semanas queriendo hacer eso —dice.

— Llevas semanas siendo un cretino que apenas me habla —digo, y mi voz suena temblorosa y ronca y nada parecida a la voz de una mujer profesional que controla la situación.

— Las dos cosas no se excluyen.

Me río. Es una risa nerviosa, húmeda, que me sale del pecho como un suspiro.

— Eso es verdad.

Nos miramos. Estamos en el atelier, rodeados de telas y maniquíes y bocetos, con la luz del patio bañándolo todo en oro. Y el mundo está

muy quieto. Como si Sevilla entera hubiera contenido la respiración para este momento.

Óscar da un paso atrás. Se pasa la mano por el pelo. La mandíbula se le tensa. Reconozco el gesto: es el de alguien que acaba de saltar al vacío y está intentando calcular a qué velocidad va a caer.

— No sé hacer esto —dice.

— ¿El qué?

— Esto. —Señala el espacio entre nosotros—. Tú. Yo. No sé.

Lo miro. Veo al hombre que ha besado. Al hombre que odia las cámaras y que acaba de dejarme fotografiarle la cara. Al hombre que lleva una coraza de negro y silencio y reglas pero que, cuando

se la quita, es tan vulnerable que dan ganas de abrazarlo y no soltarlo nunca.

— No tienes que saberlo —digo—. No hay un manual.

— Me gustan los manuales. Me gustan las instrucciones. Me gusta saber cómo van a salir las cosas antes de empezarlas.

— Ya. Pues esto no funciona así. Esto es como la tela. Tienes que dejarla caer y ver qué forma toma.

Algo cruza su cara. Una sonrisa. Pequeña, contenida, pero real.

— Acabas de usar una metáfora de costura para hablar de sentimientos.

— Estoy aprendiendo tu idioma.

Nos miramos. El silencio entre nosotros ya no es incómodo ni profesional ni tenso. Es algo nuevo. Algo cálido que se parece a un principio. A la primera página de un libro que todavía no sabes si es una comedia o un drama pero que quieres seguir leyendo.

Le miro las manos, que cuelgan a los costados de su cuerpo. Las mismas manos que he fotografiado cien veces. Las mismas manos que acaban de rozarme la mejilla como si fuera de cristal. Las

mismas manos que cortan seda y bordan azulejos y que, hace un minuto, me han sostenido la cara mientras me besaba.

Quiero que me toque otra vez. Quiero que esas manos vuelvan a mi cara, a mi cuello, a mi cintura. Quiero que me toque con la misma dedicación con la que toca sus telas.

Pero no ahora. No esta noche. Esta noche ha sido suficiente. Un beso. Una grieta en el muro. Una foto de su cara mirando estrellas doradas.

— Debería irme —digo—. Son casi las nueve.

— Sí.

Pero no me muevo. Y él no se mueve. Y la luz del patio sigue cayendo dorada sobre las telas y los maniquíes y sobre nosotros,

que estamos de pie en medio del atelier como dos personas que acaban de descubrir que el suelo bajo sus pies es nuevo.

— Las fotos —dice—. ¿Puedes mandar las buenas a Teresa?

— ¿Todas?

— Las que tú elijas. Confío en ti.

«Confío en ti.» Tres palabras que, viniendo de Óscar Mendoza, pesan más que cualquier «te quiero». Porque este hombre no confía. No deja que nadie entre. No baja la guardia. Y acaba de decirme que confía en mí con la misma naturalidad con la que respira.

— De acuerdo —digo.

Recojo la cámara. La mochila. Las zapatillas que me he quitado porque el suelo del atelier es fresco y me gusta sentir el barro cocido bajo los pies. Me las pongo. Camino hacia la puerta.

— Valeria.

Me giro.

Está donde lo he dejado, de pie en medio del taller, con las manos en los bolsillos y la luz dorada dibujándole el contorno del cuerpo. Es

la foto más bonita que nunca podré sacar porque está en mi cabeza, no en mi cámara.

— Mañana a las nueve —dice.

— Mañana a las nueve.

Salgo. La calle de Santa Cruz me recibe con su frescor nocturno, su olor a jazmín, el sonido lejano de una guitarra. Camino hacia Triana con las piernas temblorosas y una sonrisa que no consigo borrar.

Saco el móvil. Rocío primero. Siempre Rocío primero.

Valeria: Me ha besado.

Tres segundos.

Rocío: PERDÓN???? Rocío: ¿¿¿QUEEEE??? Rocío: LLAMÁNDOTE AHORA MISMO

El teléfono suena. Contesto.

— Cuéntamelo todo —dice Rocío—. Todo. Cada segundo. Cada detalle. Cómo ha sido. Cómo sabía. Dónde ha puesto las manos.

Todo.

— Ha sido suave. Breve. Con sabor a café.

— Madre mía.

— Me ha tocado la mejilla. Con los dedos. Como si estuviera tocando una tela.

— Me muero. Estoy muerta. Inma, ven, que Valeria nos ha matado.

Oigo a Inma al fondo: «¡Venus! ¡Lo sabía!»

Me río. Camino por el puente de Triana riendo, con el teléfono en una oreja y la otra llena del sonido de Sevilla de noche, y pienso en un beso que ha sabido a café y en unas palabras que han sabido a esperanza.

«¿Así me ves?»

«Así eres.»

Y es verdad. Así lo veo. Como el hombre más difícil, más complejo, más roto y más extraordinario que he conocido. Como alguien que

crea belleza desde el dolor y que acaba de dejar que yo vea las dos cosas.

Cuando llego a casa, Fígaro me espera en la puerta con cara de hambre.

— Fígaro —le digo—, Óscar Mendoza me ha besado.

Fígaro maúlla. Que en idioma gato significa «me alegro mucho, ahora dame de cenar».

Le doy de cenar. Me siento en la terraza. Miro el río. Miro las estrellas. Me toco los labios, que todavía sienten el fantasma de los suyos.

Un beso. Uno solo. Suave, breve, con sabor a café.

Y con él, todo ha cambiado.

Todo.

14

Tres días después del beso y Óscar Mendoza actúa como si no hubiera pasado nada.

Nada. Absolutamente nada. Como si sus labios no hubieran tocado los míos en el atelier a las ocho de la noche con la luz dorada y el vestido azul de fondo y toda la puñetera escenografía perfecta que el universo nos montó para que el momento fuera memorable. Como si no me hubiera dicho «llevo semanas queriendo hacer eso» con una voz que todavía me da escalofríos cuando la recuerdo.

No.

Óscar Mendoza ha vuelto al modo profesional, al modo piedra, al modo «existo en un plano dimensional donde las emociones humanas no aplican». Llego a las nueve, me dice «buenos días» sin mirarme a los ojos, se pone a trabajar y no levanta la cabeza hasta

las tres de la tarde. Es como si alguien hubiera pulsado un botón de reset y hubiera borrado el beso de su sistema operativo.

Pero no del mío. El mío lo tiene grabado en alta definición con sonido envolvente.

Es miércoles. Llevo tres días esperando un gesto, una palabra, una mirada que me diga que no lo he soñado. Que de verdad pasó. Que de verdad Óscar Mendoza, el vampiro del atelier, el hombre que odia las cámaras, el diseñador que me ha puesto tres reglas absurdas, me besó.

Nada.

Estoy furiosa. No furiosa gritando. Furiosa por dentro, que es peor, porque la furia por dentro se convierte en acidez de estómago y en ganas de clavar alfileres en cosas que no sean vestidos.

Trabajo en silencio. Él trabaja en silencio. El atelier está tan silencioso que se oye el vuelo de una mosca que lleva dos horas dando vueltas por el patio como si ella también estuviera nerviosa.

Paco, que tiene el instinto emocional de un perro de rescate, ha notado que algo no va bien. Me mira. Lo mira a él. Nos mira a los

dos. Su cara es un poema que dice «¿qué coño ha pasado aquí y por qué nadie me lo cuenta?».

A las doce, Paco se acerca a mi rincón con el café habitual. Me lo da. Me mira con las cejas levantadas.

— ¿Qué os pasa? —susurra.

— Nada.

— Eso he visto. Lleváis tres días con una tensión que se podría usar para tender ropa. ¿Os habéis peleado?

— No.

— ¿Se ha muerto alguien?

— No.

— ¿Entonces?

Lo miro. Miro a Óscar, que está al otro lado del taller inclinado sobre la máquina de coser como si la máquina de coser fuera la cosa más

fascinante del universo. Miro a Paco.

— Me besó —digo en voz muy, muy baja.

Los ojos de Paco se abren tanto que parecen platos de café.

— ¿Que te qué?

— Shh. El viernes por la noche. Después de que tú te fueras. Le saqué las fotos de la cara para Teresa. Y me besó.

— Madre mía. —Paco se sienta en el taburete de al lado como si le fallaran las piernas—. Madre mía. Madre mía.

— Y ahora actúa como si no hubiera pasado.

— Claro. Porque es Óscar. Óscar no sabe procesar emociones como una persona normal. Las procesa como un diseñador: las guarda en

una carpeta, las etiqueta como «problema pendiente» y no las abre hasta que le estalla el armario.

Me río. No quiero, pero me río.

— ¿Qué hago? —pregunto.

— Esperar. O no. Depende de quién seas. Yo esperaría. Pero tú no eres de las que esperan, ¿verdad?

Tiene razón. No soy de las que esperan. Soy de las que actúan, las que hablan, las que dicen lo que piensan antes de pensarlo. Soy una bocazas con cámara y esta situación me está comiendo viva.

Pero también soy la persona que ha aprendido a respetar los ritmos de Óscar. Que ha aprendido que con él las cosas funcionan despacio, sin presión, sin forzar. Que ha aprendido que cada paso que da es una victoria contra algo que lleva dentro y que no le deja avanzar.

Así que espero.

Espero todo el miércoles. Trabajo en silencio, saco fotos en silencio, me como el bizcocho de Paco en silencio. Las fotos del día son buenas, técnicamente impecables, pero les falta algo. Les falta la

chispa que tenían las anteriores. Les falta la conexión. Porque no puedo conectar con un sujeto que me está evitando activamente.

El jueves es peor. Óscar se pasa el día en la segunda sala trabajando con las modelos que han venido para las pruebas de ajuste, y yo me quedo en el patio fotografiando detalles que ya he fotografiado cien veces. El dedal de plata. Las tijeras. Los carretes de hilo. Fotos correctas. Fotos vacías.

Paco me trae un café a las cuatro de la tarde.

— Dale tiempo —me susurra.

— Le estoy dando tiempo. Llevo dándole tiempo desde que lo conozco. Mi vida entera con este hombre es un ejercicio de paciencia.

— Lo sé, cariño. Pero piénsalo así: ha tardado cuatro años en abrirse conmigo, y a ti te ha besado en un mes. Eso, en tiempo de Óscar, es la velocidad de la luz.

Tiene un punto. Un punto microscópico, pero un punto.

Espero el viernes.

El viernes a las seis de la tarde, estoy recogiendo mi equipo para irme cuando Óscar se levanta de la mesa de corte. Camina hacia mí.

Se para en la puerta del taller, entre yo y la salida, con esa forma que tiene de ocupar el espacio como si el espacio le perteneciera.

— Valeria.

— ¿Qué?

Mi voz suena más seca de lo que pretendo. Bueno. No. Suena exactamente como pretendo. Estoy cabreada.

— ¿Puedo hablar contigo un momento?

— Llevas una semana pudiendo hablar conmigo. No lo has hecho.

Lo miro. Él me mira. La tensión entre nosotros es tan densa que podría embotellarla y venderla como perfume caro.

— Sé que estás enfadada —dice.

— No estoy enfadada. Estoy... confundida. Me besaste. Me besaste y luego has pasado una semana tratándome como si fuera un maniquí

con cámara. Y no sé qué pensar. No sé si fue un impulso, un error, un momento de debilidad, o si realmente...

— No fue un error —dice.

Su voz es firme. Clara. Sin dudas. Y me corta en seco.

— ¿Entonces qué fue?

— Fue... —Se pasa la mano por el pelo. Se la pasa dos veces. Tres —. No sé hacer esto.

— ¿El qué?

— Esto. Tú. Yo. No sé.

— Ya me dijiste eso el otro día. Antes de que me besaras.

— Lo sé.

— Y después de besarme, has decidido que la mejor estrategia es

fingir que no ha pasado.

— Sí.

— ¿Y cómo te ha ido esa estrategia?

Silencio. Óscar me mira con una expresión que es mitad frustración, mitad algo que se parece al dolor. La mandíbula apretada, los ojos brillantes, las manos tensas a los costados.

— Fatal —admite—. Me ha ido fatal.

Y hay algo en cómo lo dice, algo tan honesto, tan desnudo, tan completamente desprovisto de la coraza que lleva siempre, que la furia se me derrite como un helado al sol sevillano.

— Óscar —digo, y mi voz se ha suavizado sin que yo le dé permiso —. No te estoy pidiendo que sepas hacer esto. No te estoy pidiendo que tengas un plan o un manual o un patrón. Te estoy pidiendo que no me ignores. Que no finjas que no ha pasado. Que no me hagas sentir que lo que fue importante para mí no lo fue para ti.

— Fue importante para mí —dice, y las palabras le salen como si las arrancara con las manos del fondo de algo profundo—. Fue... más

importante de lo que puedo decir. Y eso me asusta. Porque la última vez que algo fue importante para mí así, acabé...

Se calla. Aprieta la mandíbula. Mira al suelo.

Giulia. Está pensando en Giulia. No lo dice, pero lo sé. Lo sé como sé la diferencia entre luz natural y artificial, como sé cuándo una foto está bien enfocada y cuándo no.

— Óscar —digo, y doy un paso hacia él—. No sé qué te pasó antes. No me lo has contado y no te lo voy a preguntar. Pero sí sé una cosa: estoy aquí. No voy a ningún sitio. Y cuando estés listo para contarme lo que sea que te da tanto miedo, estaré aquí para escucharlo.

Me mira. Y algo cambia en sus ojos. Algo se abre, despacio, como una puerta que lleva años cerrada y que por fin cede.

— No sé hacer esto —repite.

— Pues aprende —digo—. Aprende conmigo.

El silencio que sigue no es como los otros. No es tenso, no es incómodo, no es profesional. Es un silencio que se parece al

momento justo antes del amanecer: oscuro todavía, pero con la promesa de la luz asomando.

Óscar da un paso hacia mí. Estamos a medio metro. Puedo oler su colonia. Puedo ver el pulso en su cuello.

— ¿Mañana? —dice.

— ¿Mañana qué?

— Cena. Conmigo. En mi piso. Cocino.

— ¿Cocinas?

— Mi madre me enseñó a hacer cuatro cosas. Las cuatro me salen bien.

— ¿A las ocho?

— A las ocho.

Asiento. Él asiente. Nos quedamos asintiendo como dos muñecos con la cabeza en un salpicadero, que es la forma más ridícula de

acabar una conversación profunda pero que, de alguna manera, es perfecta para nosotros.

— Buenas noches, Óscar.

— Buenas noches, Valeria.

Salgo del atelier. La calle de Santa Cruz me recibe con su brisa nocturna. Camino tres pasos. Cuatro. Cinco. Y entonces me apoyo en la pared y me tapo la cara con las manos.

Me ha invitado a cenar.

En su casa.

Cocina.

Madre mía.

Saco el móvil con dedos que no cooperan.

Valeria: Me ha invitado a cenar mañana en su casa. Cocina él. Rocío: NO Rocío: SÍ Rocío: ¿QUÉ? Rocío: TÍA Rocío: ESTOY HIPERVENTILANDO Inma: La Luna entra en Escorpio mañana. Es literalmente la noche perfecta. El universo está de tu parte. Rocío: ¿Qué te vas a poner? Esto es URGENTE. Necesitamos reunión de emergencia AHORA. Valeria: Rocío, no necesito una reunión de

emergencia para elegir ropa. Rocío: Valeria Campos, si apareces en la cena de un hombre que te ha besado en un atelier de moda con tus zapatillas de lona y una camiseta de rayas, te mato. Te juro que te mato.

Tiene razón. Necesito una reunión de emergencia.

Media hora después, Rocío e Inma están en mi piso vaciando mi armario con la eficiencia de un equipo SWAT.

— Esto no —dice Rocío, descartando mi vestido negro—. Demasiado funeral.

— Esto tampoco —dice Inma, tirando mis vaqueros buenos a la cama—. Demasiado casual.

— ¿Y esto? —Saco un vestido verde que me compré para una boda y que no he vuelto a usar.

Rocío me mira. Inma me mira.

— El vestido verde es bonito —dice Rocío—, pero tienes que ir como tú. Él se ha enamorado de ti con zapatillas de lona y moño caótico.

Si apareces disfrazada de otra persona, se va a asustar.

— No se ha enamorado de mí. Me ha besado una vez.

— Valeria, un hombre que te besa después de que le saques fotos de la cara, un hombre que odia las cámaras, un hombre que te dice «confío en ti»... ese hombre no te ha besado por impulso. Te ha besado porque no podía aguantar un segundo más sin hacerlo.

Me quedo callada. Me miro en el espejo de la entrada, donde todavía están colgadas las fotos que he impreso para decorar: una de Dolores con sus flores, una del Guadalquivir al atardecer, una de Fígaro dormido en la terraza con cara de emperador romano. No hay

ninguna foto de Óscar. No las he impreso. No las necesito. Las tengo grabadas en un sitio donde no hace falta papel ni tinta.

Porque Rocío tiene razón. Lo sé. Lo siento en los huesos, en las fotos que le he sacado, en las miradas que intercambiamos, en todo lo que hemos construido sin palabras durante estas semanas.

Al final, elegimos los vaqueros negros, una blusa de seda color crema que Rocío dice que «suaviza y da misterio», y mis botines de tacón bajo, que son lo más elegante que tengo sin dejar de ser yo.

— El pelo suelto —dice Inma.

— El pelo suelto —confirma Rocío.

— El pelo suelto da calor.

— Valeria. El pelo suelto.

Me rindo. Siempre me rindo con ellas. No porque sean autoritarias, sino porque tienen razón. Conozco mis tendencias: si me dejan a mi aire, aparezco en cualquier evento con los vaqueros de siempre, la camiseta de siempre y las zapatillas de siempre. No es dejadez. Es comodidad. Es que mi cuerpo está acostumbrado a trabajar, a

moverme, a agacharme para sacar fotos, y la ropa elegante me hace sentir como si llevara un disfraz.

Pero mañana no voy a trabajar. Mañana voy a cenar con un hombre que me ha besado en un atelier lleno de telas hermosas. Y aunque no quiero ser otra persona, quiero ser la mejor versión de mí misma. La versión que se pone una blusa de seda y se suelta el pelo y dice «esta soy yo, pero en bonito».

Rocío me maquilla. Suave: rímel, un poco de colorete, brillo de labios. Inma me pone un perfume suyo que huele a nardos y vainilla.

— Hueles a ti misma pero mejor —dice Inma.

— Eso no tiene sentido.

— Tiene todo el sentido. Hueles a Valeria con intención.

Me miro en el espejo. Los rizos sueltos, la blusa de seda, los vaqueros negros, los botines. Parezco yo. Pero una yo que ha decidido que esta noche importa.

Esa noche, en la cama, con Fígaro dormido en mi almohada y la brisa de Triana entrando por la ventana, pienso en mañana. En la

cena. En lo que puede pasar y lo que no puede pasar y lo que quiero que pase.

Pienso en Óscar diciendo «no sé hacer esto» con la voz rota.

Pienso en mí diciendo «pues aprende».

Somos dos personas que no saben hacer esto. Dos personas rotas de formas diferentes que están intentando encajar sus pedazos. Él, roto por una traición que le enseñó que las cámaras mienten. Yo, rota por un hombre que me enseñó que mis sueños no valían nada. Los dos con cicatrices que no se ven pero que están ahí, debajo de la piel, debajo de las bromas, debajo de todo.

Y a lo mejor eso es lo más bonito que se puede hacer: no encontrar a alguien que está entero, sino encontrar a alguien que también está roto y construir algo nuevo con los dos.

O a lo mejor estoy romanticizando demasiado y mañana simplemente cenaremos y nos atraganteremos con la conversación y será un desastre precioso.

Con nosotros, cualquiera de las dos opciones es probable.

Me duermo sonriendo. Fígaro ronca. Sevilla respira fuera.

Mañana.

15

La cena no es en casa de Óscar. La cena es en la mía.

A las siete y media, cuando estoy terminando de arreglarme con los vaqueros negros, la blusa de seda crema y el pelo suelto que me ha costado media hora domar con la plancha, me llega un mensaje:

Óscar: Problema con el horno. ¿Puedo ir a tu casa? Llevo la comida.

Miro a Fígaro, que está tumbado en el sofá como un monarca gordo y pelirrojo.

— Fígaro, viene Óscar. Compórtate.

Fígaro bosteza.

Valeria: Calle Betis 47, tercero B. El portal no tiene portero. Pulsa el telefonillo de Campos.

Paso los siguientes treinta minutos limpiando a toda velocidad. Recojo los platos del desayuno. Escondo las bragas de Snoopy que están secándose en el tendedero de la terraza. Meto debajo de la cama la pila de revistas de fotografía que lleva tres semanas en el

suelo. Enciendo una vela que huele a canela y que compré en un mercadillo de Triana hace un año y que no he encendido nunca porque estaba «guardándola para una ocasión especial».

Esta es la ocasión especial. Esto es lo más especial que me ha pasado desde que Teresa Molina me llamó un viernes a medianoche.

El telefonillo suena a las ocho y tres minutos.

— ¿Sí?

— Soy yo.

Su voz suena diferente por el telefonillo. Más grave. Más íntima. Como si el altavoz comprimiera todo lo superfluo y dejara solo lo esencial.

Abro. Espero. Oigo sus pasos subiendo tres pisos. Abro la puerta.

Óscar Mendoza está en mi descansillo con una bolsa de tela en una mano, una botella de vino en la otra, y una camisa azul oscuro que es la primera prenda que le veo que no sea negra desde la Feria. Lleva el pelo recogido en una coleta baja. Tiene una expresión que

combina determinación y terror, como la de un paracaidista justo antes de saltar.

— Hola —dice.

— Hola.

Se queda ahí un segundo, mirándome. Mirando el pelo suelto, la blusa de seda, los vaqueros negros, los pies descalzos porque me he quitado los botines hace diez minutos al darme cuenta de que en mi propia casa puedo ir como me dé la gana.

— Estás... —empieza.

— ¿Diferente sin el moño?

— Guapa.

Lo dice como dice todas las cosas difíciles: rápido, directo, como arrancándose una tirita.

— Pasa —digo, porque si sigo en esta puerta mirándolo con cara de tonta vamos a estar aquí hasta medianoche.

Entra. Mira mi piso con esos ojos de diseñador que evalúan todo: el espacio, la luz, los colores, la distribución. Es pequeño, mi piso. Una entrada que es pasillo y salón al mismo tiempo, una cocina abierta

que cabe en tres metros cuadrados, un dormitorio, un baño y la terraza, que es lo único grande y lo único que importa.

— Me gusta —dice—. Tiene luz.

— Es lo único que tiene. Luz y vistas. Y un gato.

Como si lo hubiera invocado, Fígaro aparece de detrás del sofá. Mira a Óscar. Óscar mira a Fígaro. Se evalúan mutuamente con la solemnidad de dos líderes mundiales en una cumbre diplomática.

Fígaro camina hacia Óscar. Le huele los zapatos. Le huele los pantalones. Y luego, con la gracia de un animal que sabe exactamente lo que hace, se restriega contra sus piernas y ronronea.

— Fígaro no hace eso con nadie —digo, genuinamente sorprendida —. A Rocío la ignoró tres meses. A mi ex le bufaba.

— Los gatos saben —dice Óscar, agachándose para rascarlo detrás de las orejas. Fígaro cierra los ojos de placer.

Traidor.

Óscar saca de la bolsa los ingredientes: tomates maduros, pan del día, ajo, aceite de oliva, un trozo de jamón ibérico, queso curado,

una lata de anchoas y algo envuelto en papel de aluminio que resulta ser un salmorejo casero en un táper.

— Has hecho salmorejo —digo.

— Me dijiste que te gustó el del bar de Santa Cruz. Este es el de mi madre. La receta original.

Algo se me aprieta en el pecho. No es dolor. Es algo más grande, más cálido, algo que se parece al agradecimiento de que alguien se haya acordado de algo que dije en una mesa de plástico de una calle estrecha y haya decidido que merecía replicarlo.

— Ponemos la mesa en la terraza —digo.

Sacamos los platos. Dos cuencos para el salmorejo, una tabla de madera para el jamón y el queso, pan cortado, aceite en un platito para mojar. La botella de vino es un tinto de Ronda que, según Óscar, «es el único vino que mi padre bebe y por lo tanto el único que conozco». Lo abrimos. Servimos. Nos sentamos en la terraza con Triana brillando debajo, el Guadalquivir reflejando las luces y el cielo de mayo convertido en un degradado de naranja y violeta.

— Esto es muy bonito —dice Óscar, mirando las vistas.

— Por esto pago seiscientos euros al mes. Por las vistas y por la libertad de estar aquí arriba, por encima de todo, con el río y el cielo

y nada más.

Me mira con una intensidad que me resulta familiar pero que esta noche tiene un matiz diferente. Más abierta. Más suave. Como si la cena en mi casa, en mi terraza, rodeado de mis cosas, le quitara una capa de rigidez que en el atelier siempre está presente.

Cenamos. El salmorejo está increíble: espeso, cremoso, con un punto de ajo que le da carácter. El jamón es del bueno, cortado a cuchillo con la torpeza encantadora de alguien que no es cortador profesional pero que lo intenta.

Hablamos. De todo y de nada. Me cuenta que su padre le enseñó a arreglar motores de niño y que todavía sabe cambiar una bujía con los ojos cerrados. Yo le cuento que mi madre me enseñó a coser un botón a los seis años y que es lo único que sé hacer con una aguja. Me habla de Milán: el frío, la velocidad, la moda como industria en vez de como arte. Le hablo de Córdoba: la Mezquita, el patio de mi abuela con sus macetas de geranios, las tardes de verano con mi hermana Alba saltando por los aspersores del jardín.

No hablamos del beso. No hablamos de lo que somos o lo que no somos. Simplemente estamos aquí, cenando en mi terraza, con Fígaro dormido entre nuestras sillas y Sevilla de fondo, y es tan

sencillo y tan perfecto que me dan ganas de fotografiarlo para que no se pierda.

Pero no tengo la cámara. Y no la necesito. Porque hay momentos que se guardan mejor en la memoria que en una tarjeta SD.

— ¿Más vino? —pregunto.

— Un poco.

Sirvo. Nuestros dedos se rozan al pasarle la copa. Un roce mínimo que dura medio segundo y que me recorre el cuerpo entero como una corriente eléctrica.

— Valeria —dice.

— ¿Sí?

— Siento lo de esta semana. Lo de ignorarte. Lo de fingir que...

— Ya lo hemos hablado.

— Lo sé. Pero quiero que entiendas que no fue porque no sintiera nada. Fue porque sentí demasiado. Y no supe qué hacer con ello.

Le miro. La luz de la vela le ilumina la cara desde abajo, creando sombras que le suavizan los rasgos. Tiene los ojos oscuros y

brillantes y la boca ligeramente abierta y es tan guapo que duele, pero no del guapo de revista, sino del guapo de verdad, del que viene con arrugas de expresión y cicatrices y vulnerabilidad.

— Yo tampoco sé qué hacer con lo que siento —admito—. Pero prefiero no saber qué hacer y estar aquí contigo que saber perfectamente qué hacer y estar sola.

Me mira. Y esta vez no aparta los ojos. No se cierra. No se protege. Me mira como me miraba cuando bailábamos sevillanas en la Feria: abierto, sin filtro, sin la coraza.

Se levanta. Da la vuelta a la mesa. Se para delante de mí. Me tiende la mano.

La cojo.

Me levanta de la silla. Estamos de pie en la terraza, con el cielo nocturno arriba y el río abajo y la vela parpadeando entre los restos de la cena.

Me besa.

No como la primera vez. No suave, no breve, no con sabor a café. Este beso es lento, profundo, caliente. Su boca se abre sobre la mía y su lengua me roza el labio inferior con una lentitud deliberada que me afloja las rodillas. Sus manos me rodean la cintura, los dedos

extendidos sobre mi espalda, atrayéndome hacia él hasta que no queda espacio entre nuestros cuerpos.

Le agarro la camiseta. Le paso las manos por el pecho. Noto los músculos debajo de la tela, tensos, calientes. Subo las manos hasta su cuello, hasta su pelo, y le deshago la coleta. El pelo le cae sobre los hombros y mis dedos se enredan en él, tirando suave, atrayéndolo más cerca.

— Dentro —digo contra su boca.

— Sí —dice contra la mía.

Entramos tropezando. Fígaro, que estaba dormido entre las sillas, abre un ojo, evalúa la situación y decide que el sofá es más seguro. Salta de la terraza al salón con la dignidad de quien ha visto estas cosas antes y no le impresionan.

El dormitorio. Mi dormitorio, que es pequeño, con una cama de metro cincuenta, sábanas blancas, una mesilla con una lámpara y tres libros de fotografía apilados, y las fotos que más me gustan enmarcadas en la pared. Enciendo la lámpara. La habitación se llena de una luz cálida y suave.

Óscar me mira. Sus ojos recorren la habitación, las fotos, la cama, y vuelven a mí. Hay una pregunta en su mirada. Un «¿estás segura?»

que no dice con palabras pero que veo tan claro como una foto bien enfocada.

— Estoy segura —digo.

Le quito la camisa. Botón a botón, despacio, con manos que tiemblan un poco porque estoy nerviosa y eso es ridículo porque tengo treinta años y he hecho esto antes, pero nunca con alguien que me mire como me mira él. Con alguien que me hace sentir que cada centímetro de piel que descubro es un regalo que no se merecía.

La camisa cae. Su torso es exactamente lo que esperaba y nada de lo que esperaba: moreno, definido sin exagerar, con una línea de vello oscuro que baja desde el ombligo. Tiene un lunar en el costado izquierdo y una cicatriz fina en el hombro que parece antigua.

— Tijeras —dice cuando sigo la cicatriz con el dedo—. A los quince. No miraba dónde cortaba.

Me río. Él me mira reírse y algo cambia en su cara: se suaviza, se abre, como si mi risa fuera el permiso que necesitaba para dejar de ser el hombre serio.

Me quita la blusa de seda. Sus manos son lentas, respetuosas, pero firmes. La tela se desliza por mis hombros como agua. Me mira con

la misma atención con la que mira sus telas: evaluando, admirando, encontrando la belleza en lo real.

— No me mires así —digo, porque de repente soy muy consciente de que estoy en sujetador delante de un hombre que diseña ropa para modelos y yo no soy una modelo.

— ¿Así cómo? —dice.

— Como si fuera una de tus telas.

— No eres una de mis telas. Eres mejor. Las telas no se ríen. Ni hablan demasiado. Ni llevan zapatillas de lona.

Me besa. Me besa el cuello, la clavícula, el hombro. Sus labios trazan un camino que es preciso y caliente y que me hace cerrar los ojos y dejar de pensar.

Caemos en la cama. Se pone encima de mí, apoyándose en los codos para no aplastarme, y me mira desde arriba con una expresión que es mitad deseo, mitad ternura, mitad algo que no

tiene nombre pero que se siente en cada punto donde su piel toca la mía.

— Demasiada ropa —digo.

— Estoy de acuerdo.

Nos desvestimos entre risas y torpezas y un momento en el que me engancho el cierre del sujetador con el pelo y él tiene que desengancharlo con la concentración de un cirujano, que es la

situación menos sexy del mundo pero que nos hace reírnos tanto que Fígaro maúlla desde el salón en protesta.

— Tu gato nos está juzgando —dice Óscar.

— Mi gato juzga todo. Es su deporte favorito.

— Me identifico con tu gato.

Le doy un golpe suave en el hombro. Él me atrapa la mano, me la besa y me mira con una intensidad que corta la risa en seco.

Nos miramos. Desnudos. Sin ropa, sin cámara, sin telas, sin nada entre nosotros. Solo piel y respiración y la luz cálida de la lámpara y el sonido del río que entra por la ventana abierta.

Sus manos. Esas manos que he fotografiado cien veces, que cortan seda y bordan azulejos y clavan alfileres con la precisión de un relojero. Esas manos sobre mi cuerpo son otra cosa. Son lentas y seguras y saben exactamente dónde ir, como si mi cuerpo fuera una tela que han estudiado durante semanas y ahora por fin pueden tocar.

Me recorre con los dedos. La cintura, las caderas, los muslos. Me besa el estómago, la curva de la cadera, el interior del muslo. Cada

beso es deliberado, como cada puntada de sus bordados: colocado en el sitio exacto para crear el máximo efecto.

— Óscar —digo, y mi voz sale como un suspiro que no pretendía.

— Dime.

— Eres muy bueno con las manos.

Se ríe contra mi piel. Su risa es una vibración cálida que me recorre el cuerpo.

— Me lo han dicho antes. Pero siempre hablaban de costura.

— No hablo de costura.

Levanta la cabeza. Me mira. Los ojos negros, el pelo cayéndole por la cara, la boca brillante. Es la imagen más erótica que he visto y no tengo cámara para capturarla y no me importa porque este momento es solo mío.

Lo que sigue es intenso y tierno y divertido y caliente y todo a la vez. Óscar es un amante como es un diseñador: atento al detalle, paciente, preciso, con una capacidad de concentración que debería ser ilegal en la cama. Y debajo de esa precisión hay algo más: una

pasión contenida que se desborda por los bordes, como una tela que se drapeaba perfectamente y de pronto se suelta y cae libre.

Fígaro nos interrumpe una primera vez saltando sobre la cama y aterrizando exactamente entre nuestras cabezas. Lo sacamos entre risas y cierro la puerta del dormitorio.

Nos interrumpe una segunda vez maullando al otro lado de la puerta con la insistencia de un niño que quiere entrar.

— ¿Siempre hace esto? —pregunta Óscar.

— Solo cuando intento tener vida propia.

— Es un gato celoso.

— Es un gato que cree que la cama es suya. Y técnicamente tiene razón. Duerme en ella más que yo.

Nos reímos. Y esa risa, en medio del sexo, con nuestros cuerpos enredados y las sábanas revueltas y un gato maullando fuera, es lo más real que he sentido en mucho tiempo. Porque esto no es perfecto. No es de película. Es un hombre y una mujer que se gustan mucho y que se ríen en la cama y que tienen un gato gordo

que protesta al otro lado de la puerta. Y es exactamente como debería ser.

Cuando acabamos, nos quedamos tumbados boca arriba mirando el techo. Respirando. El aire de la noche entra por la ventana y nos enfría la piel húmeda. Puedo oír el río. Puedo oír a Fígaro rascando la puerta. Puedo oír los latidos de Óscar si me acerco lo suficiente a su pecho, lo que hago, colocando mi cabeza en el hueco entre su hombro y su cuello.

— Así que por eso vistes siempre de negro —digo.

— ¿Qué?

— Para que todo lo demás parezca más brillante cuando te lo quitas.

Se ríe. Una risa de verdad, profunda, que le vibra en el pecho y que siento contra mi mejilla.

— Eso es lo más absurdo que me han dicho nunca.

— Es mi especialidad.

Me abraza. Su brazo me rodea los hombros y me atrae hacia él. Y nos quedamos así, pegados, con mi cabeza en su pecho y su mano en mi pelo, en una cama de metro cincuenta en un piso de Triana,

con un gato arañando la puerta y los restos de un salmorejo casero en la terraza.

Y pienso que esto. Exactamente esto. Esto es lo que llevo toda la vida fotografiando sin saberlo. Este momento. Esta conexión. Esta risa en la oscuridad. Dos personas que se ven de verdad, sin filtros, sin poses, sin cámaras.

Aunque las cámaras nos trajeron hasta aquí.

— Valeria —dice en voz baja.

— ¿Sí?

— Me alegro de que Teresa Molina te contratara.

— Yo también, Óscar. Yo también.

Se duerme antes que yo. Su respiración se vuelve lenta, profunda, regular. Le miro la cara dormida, relajada, sin la mandíbula apretada ni el ceño fruncido. Parece más joven. Parece en paz.

Abro la puerta del dormitorio. Fígaro entra como una flecha, salta a la cama y se instala a los pies, entre nuestras piernas, como si

hubiera ganado una batalla territorial. Me mira con sus ojos dorados y ronronea.

— Está bien, Fígaro —susurro—. Tú puedes quedarte.

Me tumbo de nuevo junto a Óscar. Cierro los ojos.

Fuera, Sevilla duerme. El Guadalquivir fluye bajo mi terraza. Triana brilla con sus farolillos y sus bares y sus calles estrechas que huelen a jazmín.

Y yo, Valeria Campos, fotógrafa de eventos que sueña con algo más, me duermo en los brazos de un diseñador de moda que odia las cámaras y que me ha cocinado el salmorejo de su madre.

Y mañana, cuando me despierte, veremos qué forma toma todo esto.

Como la tela. Como decía él. Dejándola caer y viendo qué pasa.

Lo que pase, estoy preparada.

O eso creo.

16

Me despierta el olor a café.

No el café de cápsula que hago yo, ese que sabe a agua sucia con ambiciones, sino café de verdad. De cafetera italiana. De los que borbotean en la cocina y te prometen cosas que la vida luego no siempre cumple.

Abro un ojo. La almohada de al lado está vacía pero conserva la huella de una cabeza que no es la mía, y Fígaro me mira desde la mesilla de noche con esa expresión de gato que ha visto demasiado y preferiría no haber visto nada.

—Ni una palabra —le digo.

Fígaro parpadea lentamente, que es su forma de decirme que me juzga pero me perdona.

Me levanto envuelta en la sábana porque, a ver, una cosa es acostarse con alguien y otra muy distinta es pasearse por la casa en pelotas a las nueve de la mañana con la luz de Triana entrando por todas las ventanas como si el sol hubiera decidido hacer un reportaje fotográfico de mis imperfecciones. La noche anterior es una cosa. La

mañana siguiente, con los pliegues de la almohada marcados en la cara y el rímel en las ojeras, es territorio hostil.

Óscar está en mi cocina.

Óscar Mendoza, el diseñador de moda que viste siempre de negro y habla como si las palabras costaran dinero, está en mi cocina de azulejos desparejados, con los pantalones puestos pero sin camiseta, sirviendo café en mis tazas de Ikea mientras Fígaro número dos —es decir, el gato de peluche que me regaló Rocío

como broma y que sigue en la encimera porque me da pereza tirarlo — lo observa con sus ojos de plástico.

—Buenos días —dice sin girarse.

—¿Cómo sabes que estoy aquí?

—Hueles a lavanda y a sábana caliente. Y arrastras los pies como si fueras un zombi.

—Qué romántico.

Se gira. Me mira. Yo estoy envuelta en la sábana como una toga romana hecha por alguien que suspendió costura, con el pelo formando una estructura que desafía las leyes de la física.

Y sonríe.

No la media sonrisa que le he visto hasta ahora, esa que parece que le cuesta y que se le escapa contra su voluntad. No. Una sonrisa

completa. De las que iluminan la cara entera y te hacen pensar que el mundo no está tan mal.

—Estás horrible —dice.

—Gracias. Tú pareces un anuncio de colonia.

—Es mi maldición.

Me acerco a la encimera. Me da la taza. Nuestros dedos se rozan y es un gesto tan pequeño y tan enorme a la vez que me olvido de que parezco un espantapájaros con sábana.

—¿Has dormido bien? —pregunto.

—Sí.

—¿En serio? Mi colchón es de cuando estudiaba Bellas Artes.

—Valeria, he dormido en un sofá de un estudio en Milán durante tres años. Tu colchón es un lujo.

Nos sentamos en la terraza. Mi terraza no es una terraza, en realidad, sino un balcón con pretensiones al que he puesto dos sillas de plástico y una maceta con una planta que se niega a morirse pese a mis mejores esfuerzos por matarla con negligencia. Pero desde aquí se ve Triana: los tejados, la torre de Santa Ana, un trozo

del río si te asomas lo justo. Y a esta hora, con la luz de la mañana dorando las fachadas, es como vivir dentro de una postal.

Bebemos café en silencio. No incómodo. De los buenos.

—Valeria.

—Dime.

—Tengo que contarte algo.

Me tenso. En mi experiencia, "tengo que contarte algo" nunca precede a nada bueno. "Tengo que contarte algo" es la frase que

usó Marcos antes de decirme que había quedado con su ex para "hablar". "Tengo que contarte algo" es el preludio del desastre.

Pero Óscar me mira con esos ojos oscuros que parecen pozos sin fondo y respira hondo, y lo que dice es:

—Hace cuatro años, mi novia en Milán me fue infiel. Con un fotógrafo.

No digo nada. No porque no sepa qué decir, que también, sino porque sé que esto le está costando y que si abro la boca voy a interrumpir algo que necesita salir entero.

—Se llamaba Giulia. Estuvimos cuatro años juntos. Era modelo. El fotógrafo era de una revista que hizo un editorial con ella. Yo llegué a casa y los encontré en nuestra cama. —Pausa. Bebe café—. Desde entonces odio las cámaras. Lo sé, es irracional. Tu cámara no tiene nada que ver con aquel tío. Pero cada vez que alguien me apunta con un objetivo, mi cerebro me dice que es una amenaza.

—Óscar...

—Déjame terminar. —Me mira—. Tus fotos fueron lo primero que cambió eso. Cuando vi las fotos que me sacaste, las de las manos,

las del taller... no sentí que me estuvieras invadiendo. Sentí que me estabas viendo. De verdad. No mi cara, no la imagen. A mí.

Trago. Noto los ojos húmedos y me niego a llorar a las nueve de la mañana en un balcón de Triana con una sábana por vestido.

—No sé hacerlo bien —continúa—. Esto de hablar, de contar, de... sentir en voz alta. Soy diseñador. Yo hago cosas con las manos. Las palabras me cuestan.

—Ya lo he notado.

—Pero contigo quiero intentarlo.

Le miro. Tiene el café entre las manos, los nudillos un poco blancos de apretar la taza, el pelo cayéndole sobre la frente porque aún no

se lo ha recogido, y la barba con esa pinta de mañana siguiente que en él parece diseñada.

—Yo lo sé —digo.

—¿El qué?

—Lo de Giulia. Rocío hizo una investigación nivel FBI en tu Instagram hace semanas.

Óscar entrecierra los ojos.

—¿Y no me dijiste nada?

—No. Porque no era asunto mío hasta que tú decidieras contármelo. Y porque prefería que me lo dijeras tú a enterarme por las redes.

Aunque reconozco que Rocío fue muy exhaustiva. Encontró hasta la marca del gel que usa Giulia.

Se queda un segundo en silencio. Y luego suelta una especie de risa corta, casi involuntaria.

—Tu amiga da miedo.

—Trabaja en redes sociales. Tiene habilidades que el CNI envidiaría.

Silencio otra vez. Pero diferente. Más ligero.

—Valeria.

—¿Qué?

—No soy ella. Y mi cámara no es un arma.

Espera. Eso lo iba a decir yo.

—Es cómo te quiero —termino.

La palabra se queda flotando entre los dos como una pompa de jabón. Quiero. He dicho quiero. No te quiero, que es una declaración formal, sino cómo te quiero, que es algo diferente, algo que habla

de la manera, del proceso, del cómo y no solo del qué. Pero aun así. Quiero. Ahí está.

Óscar baja la taza.

—Es pronto para decir querer.

—¿Ves? Ya te estoy enseñando a decir lo que sientes. Aunque sea para llevarme la contraria.

Me mira. Alarga la mano. Me aparta un mechón de pelo que se ha escapado de la maraña que tengo en la cabeza. Es un gesto tan

suave que me duele un poco en el pecho, como cuando comes algo muy bueno y tu cuerpo no sabe si reír o llorar.

—No me lleves la contraria en esto —dice en voz baja.

—¿En qué?

—En que es pronto.

—Vale.

—Porque no estoy diciendo que no. Estoy diciendo que quiero hacerlo despacio. Bien. Sin que se rompa.

—Óscar, todo se rompe. La cuestión es si merece la pena el riesgo.

—Merece la pena.

Nos quedamos ahí, en mi balcón de plástico con vistas a Triana, bebiendo café en tazas de Ikea, él sin camiseta y yo con una

sábana, y es el momento más bonito que he vivido en mucho tiempo. Quizá en toda mi vida.

Entonces suena mi móvil.

Lo miro. Mamá. Domingos a las diez. Es como un reloj suizo pero cordobés.

—Mi madre —digo.

—No contestes.

—No conoces a Encarna. Si no contesto, llama a Alba, y Alba llama a la policía, y para mediodía tengo un helicóptero en la azotea.

Descuelgo.

—¡Hija! ¿Estás dormida todavía?

—No, mamá. Estoy desayunando.

—¿Sola?

Miro a Óscar. Óscar me mira a mí con una ceja levantada y media

sonrisa que dice "ni se te ocurra".

—Sola.

—Mentira. Te noto la voz de no estar sola. ¿Con quién estás?

—Mamá...

—¿Es el diseñador?

—¿Cómo sabes que hay un diseñador?

—Alba me lo contó. Se lo contaste tú a Alba y Alba me lo contó a mí, que para eso somos familia y la información es comunitaria.

—Mamá, en esta familia la privacidad es un concepto abstracto.

—La privacidad es para los que tienen algo que esconder. ¿Es guapo?

Miro a Óscar. Óscar, que obviamente está oyendo la conversación porque mi madre habla a un volumen que podría usarse como

sistema de alarma.

—Sí, mamá. Es guapo.

—¿Y trabaja?

—Sí, mamá. Es diseñador de moda.

—Ay, hija, eso suena muy moderno. ¿Y come bien? Que los de moda no comen.

—Come perfectamente.

—¿Y te trata bien?

—Mamá, llevamos...

—¿Te trata bien? Sí o no.

Miro a Óscar. Tiene los codos apoyados en las rodillas y me mira con

una expresión que es mitad diversión mitad terror.

—Sí, mamá. Me trata bien.

—Pues tráelo a Córdoba.

—Mamá, es pronto.

—Pronto para qué. Para casarse, vale. Para que lo conozca su suegra, nunca es pronto.

—No eres su suegra.

—Todavía.

Cuelgo antes de que Encarna empiece a planificar la boda y a elegir

el menú del banquete. Miro a Óscar con cara de disculpa.

—Mi madre quiere conocerte.

—He oído.

—Lo de Córdoba puedo posponerlo.

—¿Cuánto?

—¿Hasta que estemos preparados?

—¿Y cuándo es eso?

—Cuando dejes de poner esa cara de pánico cada vez que menciono a mi familia.

Se ríe. Se ríe de verdad, con los hombros relajados y la cabeza echada hacia atrás, y yo pienso que podría vivir con esta risa como banda sonora. La de Chet Baker puede esperar.

Nos quedamos en el balcón hasta que el sol empieza a apretar y el café se acaba. Óscar se ducha en mi baño diminuto, donde tiene que agacharse para no darse con la alcachofa en la cabeza, y yo lo

oigo canturrear algo que parece jazz mientras Fígaro se sienta delante de la puerta cerrada como un centinela peludo.

Cuando sale, con el pelo mojado y mi toalla que le queda ridículamente pequeña, le hago una foto.

—¿Qué haces?

—Documentar.

—Valeria.

—Es para mi archivo personal. No sale del móvil.

Me mira. Yo bajo la cámara, esperando la protesta.

—Enséñamela.

Se la enseño. Sale despeinado, con la toalla, con gotas en los hombros, con una expresión de sorpresa que tiene algo de niño al

que han pillado cantando. Es la foto más honesta que le he hecho.

—No está mal —dice.

—¿No está mal? Es una obra de arte.

—¿La obra de arte soy yo o la foto?

—Las dos cosas, guapo. Pero la foto soy yo, así que me quedo con el mérito.

Se acerca. Me quita el móvil de las manos. Lo deja en la encimera. Me rodea la cintura con las manos y me pega a él, que está mojado y huele a mi gel de ducha barato, a menta y algo que es solo él.

—Gracias —dice contra mi pelo.

—¿Por qué?

—Por no haber preguntado. Por haber esperado. Por haberme dejado contártelo a mi manera.

—De nada. Aunque Rocío merece parte del crédito por su contención. La amenacé con dejar de invitarla a cañas si te decía

algo.

—Tu amiga.

—Mi amiga.

Me besa. Suave primero, luego menos suave. Mis manos encuentran su espalda mojada y mis dedos trazan las líneas de sus omoplatos

como si fueran coordenadas de un mapa que estoy aprendiendo.

—Tengo que irme al atelier —murmura contra mi boca.

—Lo sé.

—Hay una prueba con las modelos a las doce.

—Lo sé.

—Y Teresa quiere ver los avances del shooting.

—Lo sé.

—Y tú deberías venir.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué no dejamos de besarnos?

—Porque besas mejor de lo que hablas, y ya era hora de que algo se te diera mejor que el diseño.

Se ríe contra mis labios. Nos separamos. Él se viste con la ropa de ayer —pantalón negro, camiseta negra, todo negro, como si tuviera un uniforme— y yo me pongo unos vaqueros, una camiseta ancha y

mis zapatillas de lona, porque ni la Pasarela de Sevilla va a conseguir que me ponga tacones antes de que sea estrictamente necesario.

Caminamos juntos hasta Santa Cruz. Es un paseo de veinte minutos cruzando el puente, y la mañana de Sevilla nos envuelve como una manta tibia: el olor a azahar que empieza a mezclarse con jazmín,

los turistas fotografiando la Torre del Oro, un señor mayor paseando a tres perros que tiran cada uno en una dirección diferente.

Óscar me coge la mano.

No lo pienso. No lo analiza. Simplemente alarga la mano y toma la mía, y caminamos así, como si fuera lo más normal del mundo, como si lleváramos años haciéndolo en lugar de horas.

—Óscar.

—¿Qué?

—¿Esto qué es?

—¿El qué?

—Esto. Tú y yo. El café, la mano, lo de anoche. ¿Qué somos?

Se lo piensa. Óscar siempre se lo piensa, como si cada palabra tuviera que pasar un control de calidad antes de salir de su boca.

—Somos una fotógrafa y un diseñador que se gustan mucho y que

están intentando no cagarla.

—Eso es lo más romántico que me han dicho nunca.

—Ya te dije que las palabras no son lo mío.

—Pues practica. Porque cuando mi madre te pregunte qué somos, "intentando no cagarla" no va a colarte.

Llegamos al atelier. Paco está en la puerta, fumándose un cigarro con la elegancia de quien ha convertido fumar en un arte escénico.

—Vaya, vaya —dice mirándonos—. Los tortolitos.

—Paco —dice Óscar con tono de advertencia.

—No digo nada. Solo observo. Como el buen ayudante que soy.

—Pues observa menos y prepara las telas del vestido verde, que la modelo viene a las doce.

—A la orden, capitán. —Me guiña un ojo—. Valeria, cariño, estás

radiante. ¿Puede ser que hayas dormido bien esta noche?

—Paco —digo yo también con tono de advertencia.

—Me callo. Me callo. Pero conste que lo sabía antes que vosotros.

Entramos en el atelier. La luz del patio cae exactamente donde yo la moví hace semanas, sobre la mesa de trabajo, y los maniquíes esperan en fila como un ejército silencioso de cuerpos sin cara.

Huele a tela nueva, a almidón, a ese perfume particular que tiene un lugar donde alguien crea cosas con las manos.

Saco la cámara.

Óscar me mira.

—¿Ya?

—Ya. El arte no espera.

—¿Ahora soy arte?

—Eres mi proyecto, Mendoza. Y mis proyectos siempre salen bien.

—¿Siempre?

—Bueno, menos las macetas. Las macetas se me mueren.

Sonríe. Se pone a trabajar. Yo empiezo a disparar.

Y pienso que quizá no hace falta saber qué somos exactamente. Quizá basta con esto: él creando, yo capturando, la luz de Sevilla

cayendo sobre los dos como si el sol supiera algo que nosotros todavía estamos aprendiendo.

Quizá basta con no mirar demasiado y dejar que la foto se haga sola.

17

Hay algo obsceno en lo bien que funciona esto.

No me refiero al sexo, que también, sino a trabajar juntos. A la sincronía. A la forma en que Óscar y yo nos movemos por el atelier como si hubiéramos ensayado una coreografía secreta: él corta, yo disparo; él ajusta, yo cambio de ángulo; él frunce el ceño, yo hago zoom.

Llevamos dos semanas así. Dos semanas desde aquella mañana en el balcón de Triana, desde el café en tazas de Ikea, desde que Óscar me contó lo de Giulia y yo le conté que ya lo sabía y él no salió huyendo. Dos semanas en las que hemos encontrado un ritmo que no sabía que existiera.

La colección avanza. Y avanza bien.

Óscar ha terminado seis de los diez looks. El vestido inspirado en los azulejos del Alcázar es una barbaridad: seda azul cobalto con bordados geométricos que parecen mosaicos árabes, tan precisos que dan ganas de tocarlos para comprobar si tienen relieve. El traje de chaqueta con solapas de encaje de bolillos, reinterpretado en clave moderna, es lo más bonito que he visto desde que fotografié la

primera boda en la que la novia llevaba un vestido que merecía de verdad el adjetivo "espectacular".

Y yo estoy haciendo las mejores fotos de mi vida.

No exagero. Bueno, sí, siempre exagero, pero en esto no. Cada vez que reviso las imágenes en el ordenador por la noche, me sorprendo. No son fotos de moda. No son fotos de proceso. Son algo más. Son la historia de unas manos que crean, de una luz que cambia, de un hombre que se va abriendo como una tela que se

desdobla. Son retratos del silencio de alguien que trabaja. De la concentración. De la belleza del esfuerzo.

Sueno pretenciosa. Lo sé. Pero joder, es que son buenas.

—Valeria —dice Óscar sin levantar la vista del patrón que está cortando.

—¿Qué?

—Llevas diez minutos mirando la pantalla del portátil con cara de estar ganando un premio.

—Estoy admirando mi propio genio. Es un pasatiempo infravalurado.

—Humilde como siempre.

—La humildad es la virtud de los que no tienen nada que presumir.

Levanta la vista. Me mira. Tiene las gafas de trabajo puestas, esas que solo usa para cortar patrones y que le dan un aire de profesor universitario que hace cosas indecentes en las tutorías.

—¿Me enseñas?

Me acerco con el portátil. Le muestro la serie de esta tarde: él drapeando una gasa sobre un maniquí. La tela cayendo como agua.

Sus manos negras de tinta del rotulador con el que ha dibujado el patrón, contrastando con el blanco de la gasa. La luz del patio entrando desde arriba, como un foco natural.

Óscar mira las fotos en silencio. Pasa una. Otra. Otra.

—Esta —dice señalando una en la que se le ve de perfil, con la gasa sobre el hombro y los ojos entrecerrados, calculando.

—¿Qué pasa con esa?

—Parece que sé lo que hago.

—Es que sabes lo que haces.

—A veces no estoy tan seguro.

Le miro. Este hombre, que parece tallado en mármol y que se mueve por el atelier como si fuera una extensión de su cuerpo, tiene inseguridades. Como todo el mundo. Como yo, que llevo siete años

haciendo bodas y todavía no me creo que alguien pueda pagarme por las fotos que de verdad quiero hacer.

—Pues yo estoy segura por los dos —digo.

—¿Siempre eres tan mandona?

—Siempre. Pregúntale a mi madre. Me echaron de una boda porque le dije a la novia que el ramo era horroroso.

—¿Y lo era?

—Era un atentado floral. Gladiolos amarillos con rosas rojas. Parecía la bandera de España en formato jardín.

Se ríe. Me encanta cuando se ríe. No porque sea una risa espectacular, que no lo es, es bastante normalita, sino porque es

escasa. Cada risa de Óscar es un pequeño trofeo que me guardo en el bolsillo.

—Valeria.

—¿Qué?

—¿Puedo pedirte algo?

—Si es que me calle, ya puedes ir olvidándote.

—Quiero tu opinión. Sobre los diseños.

Me quedo quieta. Óscar Mendoza, el genio perfeccionista que no deja que nadie toque un alfiler de su atelier, me está pidiendo mi opinión.

—¿En serio?

—Tienes buen ojo. Y no me refiero solo a la fotografía. Cuando me dijiste lo de la luz del patio, tenías razón. Cuando moviste el

maniquí, la composición del espacio cambió. Ves cosas que yo no veo porque estoy demasiado metido dentro.

—Óscar, yo de moda sé lo justo. Me visto en Zara y mis zapatillas de lona tienen un agujero en la suela izquierda.

—No te pido que opines de moda. Te pido que opines de lo que ves. De cómo cae la tela. De cómo se mueve. De lo que transmite. Eso no es moda. Eso es mirar.

Me está poniendo las cosas muy difíciles para no enamorarme completamente de él.

—Vale —digo—. Pero si te digo que algo no funciona, no quiero que te pongas en modo vampiro del atelier.

—¿Modo vampiro del atelier?

—Así te llamé mentalmente las primeras semanas.

—Prefiero eso a lo que me llama Paco cuando no estoy.

—¿Que es?

—No quieras saberlo.

Trabajamos juntos toda la tarde. Óscar me muestra los bocetos del

séptimo look, un abrigo largo con forro de seda estampada, y yo le digo que el estampado compite demasiado con el corte exterior. Espero la explosión. La protesta. El "no toques nada" de las primeras semanas.

Óscar mira el boceto. Mira la tela. Mira el boceto otra vez.

—Tienes razón —dice.

—¿Perdona?

—Que tienes razón. El estampado compite. Voy a simplificarlo.

—¿Así, sin más? ¿Sin discutir?

—Valeria, no todo tiene que ser una pelea.

—Ya. Pero es que la pelea era lo nuestro.

—Era. Ahora tenemos otras cosas.

El modo en que dice "otras cosas" me provoca un escalofrío que empieza en la nuca y me baja hasta el estómago. Y la forma en que me mira por encima de las gafas de trabajo no ayuda. Nada.

Paco se ha ido hace una hora. El atelier está vacío excepto por nosotros dos, los maniquíes y una radio que suena de fondo con

algo de Chet Baker que Óscar ha puesto bajito. La luz del patio ya no entra directa sino que se ha convertido en esa penumbra dorada del atardecer sevillano, cuando todo parece cubierto de miel.

—Óscar.

—¿Qué?

—Llevas diez minutos mirándome.

—Te estoy estudiando.

—¿Estudiando?

—El vestido que estoy diseñando. El octavo look. No consigo que caiga bien en el maniquí. Creo que es porque lo estoy imaginando en un cuerpo real.

—¿En el mío?

—No he dicho eso.

—No hace falta. Se te nota.

Se quita las gafas. Las deja sobre la mesa. Se acerca despacio, como hace todo, con esa economía de movimientos que tiene la gente que

sabe exactamente dónde quiere llegar.

—¿Puedo probarlo en ti?

—Óscar, la última vez que me puse uno de tus vestidos casi nos da algo a los dos.

—Lo sé.

—Y estamos solos.

—Lo sé.

—Y la puerta no tiene cerrojo.

—Paco tiene llave, pero hoy es martes y los martes tiene cena con su novio en la Macarena.

—Menuda precisión logística.

—Soy diseñador. La precisión es mi trabajo.

Me muevo hacia el probador. El probador del atelier de Óscar es en realidad una esquina separada por un biombo japonés que parece sacado de una película de Wong Kar-wai: madera oscura con paneles de papel translúcido que deja pasar la luz pero difumina las

formas. Me desvisto detrás del biombo, aunque a estas alturas la cosa ya no tiene mucho misterio.

—El vestido está en el maniquí del fondo —dice Óscar desde el otro lado.

Lo encuentro. Es precioso. Organza color marfil con un corpiño estructurado y una falda que parece hecha de nubes. Tiene pequeños bordados florales que recuerdan al azahar, hechos con hilo de oro viejo. Me lo pongo con cuidado, porque cuesta más que el alquiler de mi piso, y salgo del biombo.

Óscar se queda mirándome.

No dice nada. Me mira de arriba abajo, y durante unos segundos es puramente profesional: los ojos de un diseñador evaluando cómo su

creación interactúa con un cuerpo. Pero luego algo cambia. Los ojos dejan de ser técnicos y se convierten en otra cosa.

—Date la vuelta —dice. La voz le ha salido un poco más baja de lo normal.

Me doy la vuelta. Despacio. La organza se mueve conmigo como si pesara menos que el aire.

—El hombro izquierdo necesita un ajuste —murmura, acercándose.

Sus manos llegan a mi hombro. Dedos largos, precisos, que conocen las telas como un pianista conoce las teclas. Tira suavemente de la

costura, ajusta el ángulo, y el vestido cae mejor. Pero no retira las manos.

—Óscar.

—¿Qué?

—El hombro ya está ajustado.

—Lo sé.

Sus dedos bajan por la costura lateral del corpiño. No es un ajuste. Es una caricia disfrazada de trabajo.

—Si me manchas el organza, te mato —digo, pero mi voz ha perdido toda convicción.

—Pues quítamelo.

—Eso intento.

Pero no es él quien se lo quita. Soy yo la que se gira, la que le agarra la camiseta negra por el bajo, la que tira hacia arriba mientras él levanta los brazos y la tela pasa por su cabeza dejando

al descubierto ese torso que parece esculpido por alguien que tomaba muy en serio la anatomía.

El vestido de organza cae al suelo con un susurro y yo pienso que es lo más caro que he tirado al suelo en mi vida, pero Óscar ya me está besando y me importa bastante poco.

Sus manos están en mi cintura. En mis caderas. En la curva de mi espalda. Mis manos están en su pecho, en sus hombros, en ese pelo negro y ondulado que me vuelve loca desde el primer día aunque al principio no quisiera reconocerlo.

—Los maniquíes nos miran —digo contra su boca.

—Los maniquíes no tienen ojos.

—Tienen más criterio que muchos novios que he fotografiado.

Se ríe. Siempre se ríe cuando no debería. Cuando estamos así, medio desnudos, con la piel caliente y la respiración cambiada, y debería ser todo intenso y serio y dramático, Óscar se ríe. Y yo me río. Y es lo mejor del mundo.

Me levanta. Así, sin más, como si no pesara sesenta y siete kilos que no son exactamente una pluma, y me sienta en la mesa de corte,

que es grande y sólida y está llena de patrones que se arrugan bajo mi peso.

—Los patrones... —empiezo.

—Los reharé.

—Óscar...

—Valeria. —Me mira fijamente—. Cállate.

Y me callo. Porque a veces, solo a veces, Óscar Mendoza dice exactamente lo que hay que decir.

Lo que pasa después es un desastre glorioso. La mesa de corte resulta ser la superficie perfecta excepto por el rollo de tela que me clava en la espalda y que Óscar aparta de un manotazo sin dejar de besarme el cuello. Los maniquíes nos rodean como testigos mudos y confieso que hay un momento en el que la mano de uno me roza el codo y pego un grito que Óscar tiene que callar con un beso.

Pero cuando su cuerpo se encuentra con el mío, cuando encajamos como dos piezas de un patrón que alguien ha dibujado a medida, el humor se transforma en algo más profundo. En urgencia. En

necesidad. En esa hambre específica que no tiene nada que ver con la comida y todo que ver con la piel del otro.

Óscar es meticuloso en todo lo que hace. Todo. Y en esto, su perfeccionismo se traduce en una atención al detalle que me deja temblando. Sabe dónde tocar, cuánto apretar, cuándo ir despacio y cuándo acelerar. Me conoce como si llevara semanas estudiándome, que supongo que es lo que ha hecho: diseñándome mentalmente igual que diseña sus vestidos, buscando la caída perfecta, el ángulo exacto.

—Más —digo.

—¿Más qué?

—Más todo.

Y me hace caso. Me hace tanto caso que tengo que morderme el labio para no gritar, porque aunque Paco tenga cena en la Macarena, Santa Cruz es un barrio pequeño y las ventanas están abiertas y los vecinos de Óscar ya bastante tienen con el ruido de la máquina de coser a las dos de la mañana.

Cuando acabamos, estamos los dos tumbados sobre la mesa de corte, rodeados de patrones arrugados y retales de organza,

sudando en la penumbra del atelier sevillano mientras Chet Baker sigue sonando de fondo como si nada hubiera pasado.

—He arrugado tres patrones —dice Óscar.

—¿Son recuperables?

—Dos sí. Uno hay que rehacerlo.

—Lo siento.

—No lo sientes.

—No. No lo siento nada.

Se gira hacia mí. Me aparta el pelo de la cara. Tiene una marca en el hombro donde le he clavado los dedos y una expresión que es mitad

satisfacción mitad incredulidad.

—Valeria.

—¿Qué?

—Creo que acabo de encontrar la inspiración para el octavo look.

—¿Hacerlo en una mesa de corte?

—No. Tú. Después de esto. Así, con el pelo suelto, con esa cara, con la organza sobre la piel. Es eso. Es el contraste entre lo estructurado y lo libre. Entre el diseño y el cuerpo. Entre lo que planeo y lo que pasa cuando tú apareces.

Me quedo callada un momento. Porque debajo del humor, debajo de las bromas, debajo de la ropa en el suelo y los patrones arrugados, está esto: un hombre que me ve. Que ve en mí algo que inspira.

Que transforma lo que somos juntos en algo que se puede tocar y vestir y enseñar al mundo.

—Óscar.

—¿Qué?

—Eso ha sido muy bonito.

—No te acostumbres.

—Demasiado tarde.

Nos vestimos despacio. Yo recojo el vestido de organza del suelo y lo inspecciono: ni una mancha, ni una rotura. Un milagro.

—El organza ha sobrevivido —anuncio.

—Es organza italiana. Sobrevive a todo.

—¿Incluido lo de hace diez minutos?

—Especialmente a eso.

Salimos del atelier a una Sevilla nocturna que huele a jazmín y a fritanga del bar de la esquina. Óscar me lleva de la mano por las calles de Santa Cruz, que son tan estrechas que si estiro el brazo

libre toco las paredes de los dos lados, y me besa en cada esquina como si cada cruce fuera una oportunidad que no puede dejar pasar.

En la plaza de Santa Cruz nos sentamos en un banco bajo una cruz de hierro forjado y comemos unas patatas bravas de un bar que cierra tarde y que tiene las mejores bravas de Sevilla según Paco,

que es de Cádiz y por lo tanto su criterio gastronómico tiene un pedigrí incuestionable.

—Óscar.

—¿Qué?

—¿Te das cuenta de que hace un mes y medio me odiabas?

—No te odiaba.

—Me dijiste "no quiero fotógrafa" y me miraste como si fuera una cucaracha con cámara.

—No fue así.

—Fue exactamente así.

—Fue... me sorprendiste. No te esperaba. No esperaba a alguien

como tú.

—¿Como yo cómo?

—Como tú. Ruidosa. Luminosa. Imposible de ignorar.

—Eso es lo segundo más bonito que me has dicho esta noche.

—¿Y lo primero?

—Lo de la inspiración. Eso se lo voy a contar a mis nietos.

—¿Tus nietos?

—Expresión. No te asustes. Aunque mi madre ya tiene el mantel de la boda planchado, así que no te confíes demasiado.

Se ríe. Le hago una foto con el móvil: Óscar riendo en la plaza de Santa Cruz, con una patata brava en la mano y la luz amarilla del farol sobre la cara. Es una foto tonta, doméstica, de esas que no ganan premios ni salen en exposiciones.

Pero es mi favorita.

18

Teresa Molina tiene esa forma de cruzar las piernas que te dice que lo que va a decir a continuación va a cambiar algo. Las mujeres como Teresa no cruzan las piernas por comodidad. Las cruzan como un signo de puntuación: punto y aparte, atención, viene lo importante.

Estoy sentado al fondo del atelier, revisando los patrones del noveno look, cuando Teresa entra con Valeria. Las dos han estado reunidas en la sala de al lado durante cuarenta minutos. Cuarenta minutos. Sé que son cuarenta porque he mirado el reloj seis veces, que es cinco veces más de lo que miro el reloj en un día normal.

No estoy nervioso. Es que los patrones necesitan revisión y resulta que el reloj está justo encima de la mesa.

Valeria tiene una cara que no le conozco. No es la cara de diversión, ni la de enfado, ni la de "voy a decirte exactamente lo que pienso y a ti te va a joder". Es una cara de... ¿asombro? ¿Incredulidad? ¿Ese

momento justo antes de que algo enorme te caiga encima y todavía no sabes si es bueno o malo?

Teresa se acerca a mí. Tacones que resuenan en el suelo del atelier como un metrónomo de decisiones tomadas.

—Óscar, ¿tienes un momento?

—Claro.

Se sienta frente a mí. Valeria se queda de pie, un paso atrás, con la cámara colgada del cuello y los brazos cruzados como si no supiera qué hacer con ellos. Eso ya es raro. Valeria siempre sabe qué hacer con los brazos: gesticular, señalar, rodearme el cuello, robarme la taza de café.

—He visto las fotos que Valeria ha hecho del proceso —dice Teresa —. Todas. Desde el primer día.

—Son buenas —digo, porque lo son.

—Son excepcionales —corrige Teresa, y Teresa Molina no usa la palabra "excepcional" a la ligera. Teresa Molina podría ver el David de Miguel Ángel y decir "correcto"—. He hablado con el comité organizador. Queremos hacer una exposición paralela a la pasarela.

Una muestra fotográfica del proceso creativo. "La moda desde dentro" o algo así. Las fotos de Valeria como pieza central.

Miro a Valeria. No se ha movido. Tiene los ojos un poco más abiertos de lo normal y la boca ligeramente entreabierta, como si alguien le hubiera pulsado el botón de pausa. Conozco esa cara. Es la misma cara que pone cuando mira una foto que le ha salido especialmente

bien: incredulidad mezclada con algo que parece vértigo. Como si no pudiera creerse que algo tan bueno sea suyo.

Pero esto no es una foto. Esto es su vida. Su carrera. Todo lo que ha querido desde que dejó Bellas Artes y empezó a hacer bodas para pagar el alquiler.

—¿Una exposición? —repito.

—En la galería del Hotel Alfonso XIII. Coincidiendo con la semana de la Pasarela. Inauguración la noche antes del desfile principal. Prensa, críticos, compradores. Todo el circuito.

—Teresa, eso es...

—Es lo que esas fotos merecen. —Teresa mira a Valeria—. ¿Tú qué dices?

Valeria abre la boca. La cierra. La abre otra vez.

—¿Yo? —dice con una voz que suena como si le hubieran cambiado el volumen—. ¿Mis fotos? ¿En el Alfonso XIII? ¿Con prensa?

—Tus fotos. Sí.

—Pero yo... yo hago bodas. Hago fotos de gente cortando tartas. No

hago exposiciones en hoteles con prensa.

—Hasta ahora —dice Teresa, y hay algo en su tono que suena a sentencia definitiva.

Miro a Valeria. Y la veo. No a la mujer que hace bromas cuando está nerviosa, ni a la fotógrafa que se esconde detrás del humor porque le da miedo tomarse en serio su propio talento. Veo a la artista que

ha estado ahí todo este tiempo, la que saca fotos que te quitan el aliento, la que captura lo que nadie más ve.

Ahí está. Su oportunidad. Y se la merece más que nadie que yo conozca.

Valeria me mira. Busca algo en mis ojos. No sé qué exactamente, pero sé lo que le doy: una mirada que dice "di que sí, joder, di que sí".

—Sí —dice Valeria—. Quiero decir... sí. Sí, por supuesto. Sí.

Teresa sonríe. Una sonrisa breve, eficiente, de persona que sabía que la respuesta iba a ser esa.

—Perfecto. Te mando los detalles esta semana. Necesitaré una selección de treinta fotos, formato grande. Tenemos seis semanas.

Se levanta. Se alisa la falda. Nos mira a los dos como si supiera exactamente lo que hay entre nosotros y le pareciera bien siempre que no interfiera con el trabajo.

—Buen día —dice, y se va.

El ruido de sus tacones se desvanece por el patio y luego por la

calle, y nos quedamos solos.

Valeria no se mueve.

—Valeria —digo.

—¿Qué acaba de pasar?

—Teresa te ha ofrecido una exposición en el Alfonso XIII.

—¿Eso ha pasado de verdad o me he quedado dormida en el cuarto oscuro?

—No tenemos cuarto oscuro.

—Es una expresión, Óscar. —Me mira—. Una exposición. Mis fotos. En un sitio de verdad. Con prensa de verdad.

Me levanto. Me acerco a ella. Le pongo las manos en los hombros.

—Te lo mereces.

—No digas eso.

—¿Por qué?

—Porque si lo dices con esa cara me voy a poner a llorar, y no puedo

llorar aquí porque se me corre el rímel y las fotos que salen con rímel corrido no son artísticas, son de película de terror.

—Valeria.

—¿Qué?

—Te lo mereces.

Y se pone a llorar. Tal como había advertido. Se le corre el rímel, le tiembla la barbilla, y hace ese sonido que hace cuando intenta contener el llanto y no puede, una especie de hipido que en cualquier otra persona sería ridículo y en ella es lo más honesto que he visto nunca.

La abrazo. No soy de abrazar. No soy de contacto físico gratuito, de gestos grandes, de demostraciones públicas. Pero la abrazo porque su cuerpo tiembla contra el mío y porque sus manos se agarran a mi camiseta como si yo fuera lo único sólido en un mundo que de repente se ha puesto a girar más rápido.

—Siete años —dice contra mi pecho—. Siete años haciendo bodas. Siete años oyendo que la fotografía artística era un capricho, que

tenía que ser realista, que lo mío era bonito pero no era una carrera de verdad.

—¿Quién te decía eso?

—Marcos. Mi ex. Y a veces yo misma, que es peor.

—Pues Marcos es gilipollas y tú eres una mentirosa.

Se ríe. Una risa mojada, entrecortada, con mocos. Preciosa.

—Óscar.

—¿Qué?

—Estoy estropeándote la camiseta.

—Tengo cuarenta camisetas negras iguales.

—¿Cuarenta?

—Es más eficiente que elegir cada mañana.

—Eres un psicópata de la moda.

—Soy un diseñador de moda que odia perder tiempo eligiendo ropa.

Es paradójico pero funcional.

Se separa. Se limpia la cara con el dorso de la mano, extendiendo el rímel en un arco que le da un aspecto de mapache glamuroso. Me mira con esos ojos avellana que brillan más cuando ha llorado, y sonríe.

—Voy a tener una exposición.

—Vas a tener una exposición.

—En el Alfonso XIII.

—En el Alfonso XIII.

—Con prensa.

—Con prensa.

—Óscar.

—¿Qué?

—¿Estás orgulloso de mí?

La pregunta me pilla desprevenido. No porque no sepa la respuesta, sino porque nadie me la ha hecho nunca con esa mezcla de

esperanza y vulnerabilidad, como si mi respuesta importara más que la de cualquier otra persona en el mundo.

—Estoy orgulloso de ti —digo.

Y lo estoy. Estoy orgulloso de una forma que me coge por sorpresa, que me llena el pecho de algo que no sé nombrar porque no soy de nombrar cosas, porque mi vocabulario emocional tiene la extensión de una lista de telas. Pero ahí está. Orgullo. Y algo más. Algo que se parece mucho a lo que Valeria dijo aquella mañana en el balcón de

Triana. Algo que empieza por Q y que todavía no estoy listo para decir en voz alta.

—Venga —digo—. Llama a tu madre. Llama a tus amigas. Haz lo que tengas que hacer. Yo voy a seguir con el noveno look mientras tú celebras.

—¿No quieres celebrar conmigo?

—Yo celebro trabajando. Además, si tu madre se entera de que estoy aquí, me va a interrogar por teléfono y no estoy preparado para eso.

—Cobarde.

—Prudente.

Se va al patio con el móvil. La oigo marcar. Silencio. Y luego un grito que probablemente se oye hasta la Giralda.

—¡MAMÁ! ¡MAMÁ, ESCUCHA!

Me quedo en la mesa de trabajo. Sonrío. No mucho, porque no soy

de sonreír mucho, pero lo suficiente.

Paco aparece con dos cafés y se sienta a mi lado.

—¿Qué pasa? He oído gritos.

—Teresa le ha ofrecido una exposición a Valeria. En el Alfonso XIII.

Paco abre la boca. Se lleva la mano al pecho. Cierra los ojos.

—Dios mío. Se lo merece tantísimo.

—Lo sé.

—¿Y tú estás bien con eso? Me refiero a las fotos. Son tuyas, básicamente. Tu taller, tu proceso, tu cara.

—Mi cara no. Valeria respeta eso.

—Pero el resto sí. ¿Estás cómodo?

Lo pienso. Hace dos meses habría dicho que no. Hace dos meses la idea de que alguien expusiera fotos de mi trabajo, de mis manos, de mi espacio, me habría provocado algo cercano al pánico. Porque las

fotos eran Giulia, y Giulia era traición, y la traición era una cama deshecha en Milán y un mundo que se rompía.

Pero Valeria no es Giulia. Y las fotos de Valeria no son invasión. Son regalo.

—Estoy bien —digo.

Paco me mira como si pudiera leerme el pensamiento, que probablemente pueda porque Paco tiene una intuición emocional que asusta.

—La quieres —dice. No es una pregunta.

—Paco.

—No me mires así. Es evidente. Y no pasa nada. Está permitido querer a alguien, jefe. Incluso para los vampiros del atelier.

—¿Ella te ha contado lo del vampiro?

—Yo inventé lo del vampiro. Ella lo adoptó.

Desde el patio llegan fragmentos de conversación. Valeria hablando con alguien que no es su madre, probablemente una de las amigas.

"¡QUE SÍ, ROCÍO, QUE NO ES BROMA!" y luego risas y algo que suena a "INMA, DILE A ROCÍO QUE NO ES BROMA".

—Óscar —dice Paco.

—¿Qué?

—El noveno look. ¿Es el del abrigo con forro estampado?

—Sí. Pero voy a simplificar el estampado. Valeria tenía razón, competía con el corte exterior.

Paco levanta una ceja.

—¿Valeria opina de los diseños?

—Le he pedido que lo haga.

Las dos cejas ahora.

—¿Tú? ¿El hombre que no deja que nadie respire cerca de sus patrones? ¿Le has pedido opinión a la fotógrafa?

—Tiene buen ojo.

—No me refiero a eso. —Paco sonríe—. Me refiero a que la estás dejando entrar. En el trabajo. Que es lo último que dejas entrar a

nadie. La cama es una cosa. El taller es otra.

Tiene razón. Y me molesta que la tenga porque Paco siempre tiene razón en las cosas que importan y es tremendamente irritante.

—Paco.

—¿Qué?

—Cállate y ayúdame con el forro.

—A la orden, vampiro.

Trabajamos en silencio. Desde el patio, Valeria sigue hablando por teléfono, y su voz entra por las ventanas del atelier como otra forma de luz.

Pienso en mi madre. En cómo se habría alegrado. En cómo habría cogido las fotos de Valeria y las habría mirado una por una, tocándolas con esos dedos que conocían la tela como yo conozco el patrón, y habría dicho algo como: "Esta chica te ve, hijo. No dejes que se vaya."

No voy a dejar que se vaya.

Me quedo trabajando hasta tarde. Valeria vuelve del patio con los ojos rojos de llorar de alegría, el rímel completamente arruinado y

una sonrisa que podría iluminar el atelier sin electricidad.

—Mi madre viene a Sevilla para la exposición —anuncia.

—Bien.

—Y mi hermana. Y mi cuñado. Y mis sobrinos.

—Bien.

—Y Rocío dice que vamos a celebrarlo esta noche en la Alameda.

—Bien.

—Y tú vienes.

—Valeria...

—No es una pregunta, Mendoza. Es una orden. Mi fotógrafa interior que acaba de conseguir su primera exposición te ordena que vengas a brindar con gin-tonics en la Alameda de Hércules.

—No me gustan los gin-tonics.

—Pues te pides un vermú. O una cerveza. O agua del grifo. Me da

igual. Pero vienes.

La miro. Tiene la nariz roja y el pelo más desordenado que de costumbre y una energía que parece que va a salir volando en cualquier momento. Y pienso que esto es lo que se siente cuando alguien te importa de verdad: que su alegría se convierte en la tuya, que sus victorias te saben a propias, que verla brillar es mejor que cualquier ovación que pueda recibir tu colección en una pasarela.

—Voy —digo.

—¿En serio?

—En serio.

—Sin quejarte.

—Sin... bueno, con quejas moderadas.

—Hecho. Paco, tú también vienes.

—Cariño, yo no me pierdo esto por nada del mundo.

Valeria se arregla en media hora, lo cual según Paco es un récord mundial femenino y según ella es "lo normal cuando tu armario tiene tres opciones y una es el pijama". Se pone unos vaqueros, una blusa

que le queda bien y las zapatillas de lona de siempre, porque Valeria Campos no cambia de calzado ni por la Pasarela de Milán.

Caminamos hacia la Alameda por las calles de Santa Cruz, que a las nueve de la noche tienen ese bullicio sevillano de bares abiertos y vecinos en las puertas y niños jugando entre los naranjos. Valeria camina a mi lado con una energía que parece que va a despegar del suelo en cualquier momento. No para de hablar. Me cuenta sus planes para la exposición, las fotos que quiere elegir, el formato de impresión, la disposición en la sala. Sus ojos brillan cuando habla de su trabajo y yo pienso que así debería haber brillado siempre, que el

mundo ha tardado demasiado en reconocer lo que yo vi el primer día que miré sus fotos.

—Óscar, ¿me estás escuchando?

—Cada palabra.

—Mentiroso. Estás mirándome con esa cara de estar pensando en otra cosa.

—Estoy pensando en ti. Pero en otra versión. En la versión que va a estar colgada en una pared del Alfonso XIII dentro de seis semanas.

—Esas fotos no son de mí. Son tuyas. De tu proceso.

—Las fotos son tuyas, Valeria. Siempre.

Se queda callada un segundo. Luego me coge del brazo y me arrastra calle abajo con la determinación de una mujer que tiene cosas que celebrar y amigos esperando.

Esa noche, en la Alameda de Hércules, bajo las luces de las terrazas y con el bullicio de una Sevilla que no se acuesta antes de la medianoche, brindo con un vermú mientras Valeria y sus amigas brindan con gin-tonics y Paco brinda con una copa de cava que ha

conseguido convencer al camarero de que le sirva, aunque no está en la carta.

Rocío me evalúa con la mirada durante los primeros quince minutos, como un depredador estudiando a su presa. Inma me pregunta mi signo zodiacal. Cuando digo Escorpio, Inma mira a Valeria y dice: "Te lo dije."

No entiendo nada. Pero Valeria se ríe y me coge la mano por debajo de la mesa y yo pienso que quizá no hace falta entenderlo todo. Quizá basta con estar aquí, en esta noche, con esta mujer que

acaba de dar el primer paso hacia el lugar donde siempre debió estar.

A medianoche, le envío un mensaje. Está sentada a mi lado, pero se lo envío igualmente, porque hay cosas que me salen mejor por escrito.

"Estoy orgulloso de ti."

Valeria lee el mensaje. Me mira. Sonríe.

Y me contesta en voz alta:

—¿Quién eres y qué has hecho con el vampiro del atelier?

Paco escupe el cava de la risa.

Y yo, Óscar Mendoza, el diseñador que odia las cámaras y que habla menos que un maniquí, me río también. Porque resulta que hay cosas que merecen la pena aunque den miedo. Y que una mujer con zapatillas de lona y una cámara colgada del cuello puede ser la mejor de todas.

19

Llamo a mi madre a las ocho de la mañana porque sé que a las ocho de la mañana Encarna Campos ya lleva una hora despierta, ha regado las macetas, ha tendido la ropa y ha repasado mentalmente todos los errores que sus hijas han cometido en la última década. Mi

madre es una máquina de eficiencia doméstica con opiniones incorporadas.

El teléfono suena dos veces.

—¿Valeria? ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

—Mamá, son las ocho, no las tres de la mañana.

—Tú nunca llamas a las ocho. Cuando llamas a las ocho es que estás embarazada o que te han despedido.

—Ninguna de las dos cosas.

—¿Segura? Porque con lo del diseñador ese...

—Mamá. Escucha. Tengo una noticia.

Silencio. Mi madre hace silencio como estrategia, no como virtud. Es un silencio táctico: se calla para que yo llene el espacio y diga más de lo que pretendía.

—Me han ofrecido una exposición de fotografía. Mis fotos. En el Hotel Alfonso XIII de Sevilla. Coincidiendo con la Pasarela de Sevilla.

Con prensa, críticos, compradores. Una exposición de verdad, mamá.

Silencio.

Más silencio.

—¿Mamá?

Un sonido. Algo que empieza como un hipido y se convierte en llanto abierto, sin filtro, de esos que mi madre solo produce en Navidad cuando ve el vídeo de mi padre que guardamos en el móvil y que ya nadie se atreve a poner porque acabamos todas llorando.

—Mamá, no llores.

—¿Cómo que no llore? ¡Mi hija va a tener una exposición en el Alfonso XIII! ¡Voy a llorar hasta que se seque el Guadalquivir!

—Mamá...

—Hija. —Se suena la nariz. Puedo imaginármela en la cocina de Córdoba, con la bata de flores, los ojos rojos y un pañuelo arrugado

en la mano—. Hija, yo siempre supe que esas bodas eran el camino, no el destino.

Y ahí me rompo.

No un poquito. No un lagrimón discreto que me seco con el dorso de la mano. Me rompo entera, como un vaso que se cae de la estantería y se hace añicos en el suelo, y lloro con la cara hundida en el cojín del sofá mientras Fígaro me mira desde la alfombra con expresión de que su humana ha perdido definitivamente la cabeza.

Porque mi madre siempre lo supo. Siempre. Cuando yo le enseñaba las fotos de las bodas y ella decía "qué bonitas, hija", pero luego miraba las que yo hacía por las tardes, las de las calles de Córdoba, las del mercado, las de la abuela Carmela cosiendo en el patio, y decía "estas son las de verdad". Siempre lo supo. Y nunca me presionó, nunca me dijo "deja las bodas", nunca me hizo sentir que estaba perdiendo el tiempo, porque Encarna Campos entiende que a

veces el camino es largo y que las hijas necesitan llegar solas a las conclusiones que las madres ven desde el principio.

—Mamá.

—Dime, mi vida.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por no haberme dicho nunca que estaba perdiendo el tiempo con las bodas.

—Hija, el tiempo nunca se pierde. Se invierte. Y tú estabas invirtiendo en aprender a mirar. Que es lo que haces con esas fotos tan bonitas: mirar de verdad.

Mi madre, la modista de Córdoba, la viuda que cose cortinas y arregla dobladillos, acaba de resumir en una frase lo que yo no he

sido capaz de explicar en treinta años.

—Mamá, te quiero.

—Y yo a ti, boba. ¿Y ese chico?

—¿Qué chico?

—El diseñador. El de la moda. El que está bueno.

—Mamá, yo no te he dicho que está bueno.

—Alba me enseñó su Instagram. Está bueno.

—Mamá...

—¿Está ahí contigo?

—No. Está en su taller.

—¿A las ocho de la mañana?

—Óscar trabaja desde las siete.

—Eso está bien. Los hombres madrugadores son de fiar. Tu padre se

levantaba a las seis.

—Mamá, papá era albañil. Se levantaba temprano por obligación.

—Y era de fiar. ¿Ves? Mi teoría funciona.

Hablamos veinte minutos más. Mi madre me hace un resumen de las novedades de Córdoba: la vecina del segundo se ha operado la rodilla, el quiosco de la esquina ha cerrado, Alba ha apuntado a los niños a judo y el mayor le ha dado una patada al monitor el primer día. Información vital que no necesito pero que me ancla al mundo como un lastre de cariño.

Cuando cuelgo, me quedo un rato en el sofá, con Fígaro acurrucado en mis pies y la luz de Triana entrando por la ventana. Miro las paredes de mi piso: las fotos que he colgado a lo largo de los años, las de las calles, las del río, la del puente de Triana al amanecer que saqué desde la ventana de la cocina una mañana que no podía dormir. Son buenas fotos. Siempre lo han sido. Pero hasta ahora no me las creía.

Le mando un mensaje a Alba, mi hermana: "Tengo una exposición en el Alfonso XIII de Sevilla." Su respuesta llega en treinta segundos: "¡¡¡QUÉ!!! ¡¡¡VALERIA!!! ¿CUÁNDO? Voy con los niños y

con Rubén. ¿Hay que ir elegante? No tengo nada que ponerme. Bueno, ya compraré algo. ESTOY MUY ORGULLOSA DE TI."

Alba escribe en mayúsculas cuando está emocionada, que es algo que compartimos como hermanas junto con la nariz de mi padre, las caderas de mi madre y la incapacidad genética de mantener un armario ordenado.

Miro las fotos del portátil otra vez. Las del proceso. Las del atelier. Me detengo en una que saqué hace dos semanas: Óscar de espaldas, frente a la ventana del patio, con un vestido a medio terminar sobre el maniquí a su lado. La luz cae desde arriba y crea un claroscuro que parece un cuadro de Caravaggio, pero con telas y alfileres en vez de fruta y ángeles. Es una foto que cuenta una

historia sin palabras: la del artista y su obra, solos en un espacio que huele a creación.

Esa foto va a la exposición. Seguro. Ni Teresa tiene que verla para saber que sí.

Marco el número de Rocío.

—Dime que no es un sueño —es lo primero que digo.

—No es un sueño. Es real. Y vamos a celebrarlo como se merece.

—Rocío, ya celebramos ayer en la Alameda.

—Eso fue el aperitivo. Esto requiere una celebración formal. Inma y yo venimos a tu casa esta noche. Yo llevo el gin-tonic. Inma lleva el queso. Tú pones la terraza y el llanto.

—No voy a llorar.

—Llevas llorando desde las ocho de la mañana. Lo sé porque te conozco. Y porque Fígaro me ha enviado un mensaje telepático.

Me río. Rocío tiene la capacidad sobrenatural de saber exactamente cómo me siento en todo momento, lo cual es reconfortante y

aterrador a partes iguales.

Paso la tarde revisando fotos. Es un proceso que parece sencillo y que en realidad es agotador, porque cada foto es una decisión y cada decisión es un compromiso. Esta sí, esta no. Esta tiene buena luz pero la composición es floja. Esta tiene composición perfecta pero la expresión no dice nada. Esta es técnicamente impecable pero fría. Esta tiene un defecto técnico pero transmite tanto que da igual.

Treinta fotos. Teresa quiere treinta. De las cientos que tengo, treinta. Es como pedirle a un padre que elija a sus hijos favoritos: injusto, necesario y un poco traumático.

A las ocho de la tarde, Rocío e Inma están en mi balcón de Triana con una botella de ginebra, tónica de la buena, limones, un surtido de quesos que Inma ha comprado en el mercado y una bolsa de patatas fritas porque según Rocío "no se celebra nada importante sin patatas fritas de bolsa".

—A ver —dice Rocío, sirviéndose el gin-tonic con la precisión de un químico—. Recapitulemos. Hace tres meses eras fotógrafa de bodas. Ahora tienes un novio diseñador que está buenísimo y una

exposición en el Alfonso XIII. ¿Qué viene después? ¿Un premio Nobel?

—No es mi novio.

—Valeria, por favor. Os he visto la cara ayer en la Alameda. Eso es de novios.

—No hemos puesto etiquetas.

—Las etiquetas son para la ropa. Lo vuestro es evidente.

Inma asiente con la cabeza mientras unta queso en una tostada con la solemnidad de alguien realizando un ritual sagrado.

—Además —dice Inma—, vuestra carta astral es compatible. Escorpio y Aries. Fuego y agua. Él es profundo y tú eres impulsiva. Complementarios.

—Inma, la astrología no es una ciencia.

—Eso dices tú. Pero acerté con lo de que Marcos era Aries y te iba a hacer daño.

—Marcos le hacía daño a todo el mundo. No hacía falta ser astrólogo

para predecirlo.

—¿Y el diseñador? —Rocío me mira por encima del gin-tonic—. ¿Cómo está la cosa?

—Bien.

—¿Bien? Tía, más detalles.

Suspiro. Con Rocío e Inma no hay secretos posibles. Es como intentar guardar agua en un colador: se filtra todo.

—Está bien de verdad. Es... diferente. A todo. Marcos era fácil al principio y horrible después. Óscar fue horrible al principio y ahora es... bueno. Muy bueno.

—¿Bueno de buena persona o bueno de bueno en la cama? —pregunta Rocío.

—Rocío.

—Es una pregunta legítima.

—Las dos cosas.

Rocío y Inma intercambian una mirada de satisfacción que sugiere

que llevan semanas apostando sobre esto.

—¿Y la exposición? —Inma cambia de tema con la elegancia de alguien que quiere seguir comiendo queso sin que la conversación se vuelva demasiado subida de tono—. ¿Cómo te sientes?

—Aterrorizada.

—¿Por qué?

—Porque es real. Porque voy a colgar mis fotos en una pared y la gente va a mirarlas y va a tener opiniones y va a decidir si soy buena o no. Y eso da un miedo que no se puede explicar.

—Sí se puede —dice Rocío—. Es el mismo miedo que sientes cuando publicas algo en redes y esperas los comentarios. Solo que multiplicado por mil.

—Gracias, Rocío. Muy reconfortante.

—No he venido a reconfortarte. He venido a emborracharte y a

recordarte que eres la mejor fotógrafa que conozco.

—Conoces a tres fotógrafos.

—Y tú eres la mejor de los tres.

—El segundo es tu primo y saca fotos con el flash puesto en todas partes.

—Por eso eres la mejor.

Me río. Bebo. La ginebra me calienta por dentro y la noche de Triana es perfecta: templada, con olor a río y a comida de los bares de abajo, con el sonido de alguien tocando la guitarra en algún balcón cercano.

—Valeria —dice Inma, y su tono ha cambiado. Ya no es el tono de queso y horóscopo. Es el tono serio de Inma, el que usa cuando dice

algo que importa—. ¿Te acuerdas de cuando nos enseñaste las fotos de las mujeres trabajadoras? ¿Las del proyecto personal?

—Sí.

—Me hiciste llorar. La de la panadera de la calle Feria con la harina en las manos. La de la florista del mercado de Triana. La de la pescadera de la plaza de Abastos gritando precios.

—Me acuerdo.

—Esas fotos son la razón por la que esto está pasando. Porque tú miras a la gente como si cada persona fuera importante. Y lo

trasladas a las fotos. Y ahora alguien se ha dado cuenta. Eso es todo.

Se me humedecen los ojos otra vez. Joder. Llevo todo el día llorando como una fuente del Alcázar.

—Inma, no me hagas esto.

—Te lo hago porque alguien tiene que decírtelo. Y como tu madre está en Córdoba, nos toca a nosotras.

Rocío levanta su copa.

—Por Valeria Campos, fotógrafa de bodas, artista en potencia y la única persona que conozco capaz de hacer llorar a una profesora de primaria con una foto de una señora vendiendo pescado.

—Por Valeria —dice Inma.

—Por mí —digo, porque si no me río voy a llorar, y ya estoy harta de llorar.

Brindamos. Bebemos. Comemos queso. Rocío me obliga a enseñarle las fotos que voy a seleccionar para la exposición y opina sobre cada

una con la seguridad de alguien que trabaja en redes sociales y cree que eso la cualifica como crítica de arte.

A medianoche, cuando Rocío e Inma se han ido y yo estoy recogiendo los restos del festín en el balcón, suena el móvil.

Óscar. Un mensaje.

"Estoy orgulloso de ti."

Sonrío. Le contesto:

"¿Quién eres y qué has hecho con el vampiro del atelier?"

Su respuesta:

"El vampiro del atelier se ha ido a dormir. Esto te lo dice Óscar."

"No sabía que fueran personas distintas."

"El vampiro no sabe decir que está orgulloso. Óscar sí."

Me quedo mirando el mensaje. Fígaro se sube al sofá y se acurruca a mi lado, ronroneando como un motorcito peludo, y yo pienso en lo raro que es el mundo. Hace tres meses hacía fotos de tartas nupciales y soñaba con algo que no me atrevía a perseguir. Ahora tengo una exposición en el Alfonso XIII, un gato que me juzga y un

hombre que dice que está orgulloso de mí por mensaje de texto a medianoche.

Y pienso que mi madre tiene razón. El camino no era el destino. Las bodas no eran el final. Eran el aprendizaje. Siete años mirando a través de una cámara a gente que celebraba el momento más importante de su vida, buscando el ángulo perfecto, la expresión justa, la luz exacta. Siete años aprendiendo a ver.

Y ahora, por fin, alguien quiere ver lo que yo veo.

Miro las fotos del proyecto de mujeres trabajadoras en el portátil. La panadera, la florista, la pescadera. Y las nuevas: las de Óscar. Sus manos cortando tela. El atelier al amanecer. Los maniquíes como centinelas. La organza cayendo como una cascada. El perfil de un hombre que odia las cámaras, iluminado por la luz del patio, con los ojos entrecerrados y algo parecido a la paz en la cara.

Son treinta fotos. Teresa quiere treinta. Podría poner cincuenta, pero treinta es el número y la edición es parte del arte: elegir qué se muestra y qué se guarda. Como en la vida. Como con Óscar. Mostrar lo justo. Guardar lo íntimo.

Apago el portátil. Apago la luz. Fígaro se acurruca más cerca.

Mañana empieza el trabajo de verdad. Seleccionar, editar, imprimir, enmarcar. Seis semanas para montar una exposición que puede

cambiarme la vida o confirmar que la vida ya ha cambiado y yo todavía no me había enterado.

Pero esta noche, solo esta noche, me permito sentir lo que siento sin analizarlo, sin hacerle fotos, sin buscar el ángulo perfecto.

Soy feliz.

Así, sin más. Sin condiciones. Sin peros. Sin "pero y si no sale bien" o "pero y si no soy lo bastante buena" o "pero y si todo se cae".

Soy feliz.

Y eso, para una mujer que lleva siete años mirando la felicidad de otros a través de un objetivo, es la foto más importante de todas.

20

Hay personas que te hacen pequeña. No con golpes, ni con gritos, ni con nada que puedas señalar y decir "esto es lo que me hizo". Te hacen pequeña con frases cortas, con miradas, con esa forma de decir tu nombre que suena a disculpa por existir. Te hacen pequeña despacio, como quien lima un hueso, y cuando te das cuenta ya has encogido tanto que no te reconoces.

Marcos era así.

Y acaba de aparecer en mi vida otra vez.

No debería importarme. Ha pasado más de un año. Más de un año desde que dejé un piso compartido en San Bernardo, una relación de cuatro años y la costumbre de pedir perdón por querer cosas que él consideraba ridículas. Más de un año desde que Rocío me ayudó a meter mis cajas en su coche mientras Marcos miraba desde el balcón con cara de no entender qué había hecho mal. Que es lo peor de las personas que te hacen pequeña: nunca entienden qué han hecho.

Pero resulta que el mundo de la fotografía en Sevilla es un pañuelo. Un pañuelo de bolsillo, más bien. Y resulta que una marca de moda

rival ha contratado a Marcos como fotógrafo para la Pasarela de Sevilla. La misma Pasarela. El mismo evento. El mismo circuito.

Lo descubro en un cóctel previo que Teresa organiza para presentar a los equipos implicados. Un evento en un ático de la Avenida de la Constitución, con vistas a la Giralda, canapés que parecen obras de arte en miniatura y copas de vino que te hacen olvidar que estás trabajando.

Estoy fotografiando el ambiente cuando lo veo. Al fondo, junto a la barra, con una copa en la mano y esa sonrisa que solía parecerme encantadora y que ahora me parece la sonrisa de alguien que practica delante del espejo.

Marcos. Marcos Heredia. Treinta y dos años. Pelo rubio, ojos verdes, bronceado permanente. Guapo de la forma obvia, de la que se nota desde lejos, de la que queda bien en las fotos de perfil pero que de cerca tiene algo de decorado de cartón.

Nuestras miradas se cruzan. Él sonríe. Camina hacia mí.

No puedo irme. Es un evento profesional. Esto es trabajo. Soy una adulta de treinta años con una exposición en el Alfonso XIII y no voy

a salir corriendo porque mi ex haya decidido materializarse como un fantasma que huele a colonia cara.

—Valeria. —Su voz. Esa voz que solía decir mi nombre como si me estuviera haciendo un favor al pronunciarlo—. Joder, cuánto tiempo.

—Marcos.

—Estás... guau. Estás genial. —Me mira de arriba abajo y hay algo en esa mirada que me enerva, porque es la misma mirada de siempre: evaluadora, como si yo fuera un plato que está decidiendo si pide o no—. ¿Tú en la Pasarela? Qué bien, nena, me alegro.

Nena.

Me ha llamado nena.

Tengo treinta años, una exposición en ciernes, un hombre que me respeta y un gato con más dignidad que este tío, y me ha llamado nena.

—Sí, estoy documentando el proceso creativo de Óscar Mendoza —digo con una voz que intento que suene profesional y que

probablemente suena a "estoy conteniéndome para no tirarte el canapé a la cabeza".

—¿Mendoza? El del atelier de Santa Cruz. Buen diseñador. Un poco intenso, ¿no?

—Es perfeccionista.

—Ya. —Marcos bebe vino y me mira por encima de la copa, y hay algo condescendiente en su expresión que me resulta tan familiar que me duele. No porque me haga daño, sino porque me recuerda a la versión de mí que se lo tragaba—. He oído lo de la exposición. En serio, me alegro mucho. Es tu momento, ¿no? Después de tantos años haciendo bodas, por fin algo diferente.

"Después de tantos años haciendo bodas."

Como si las bodas fueran un fracaso. Como si siete años de trabajo no contaran. Como si yo hubiera estado perdiendo el tiempo mientras él hacía... ¿qué? Fotos corporativas para empresas con más

dinero que gusto. Catálogos de muebles. Retratos de ejecutivos que querían parecer más interesantes de lo que eran.

—Las bodas me enseñaron a mirar —digo, y me sorprendo de lo firme que suena.

—Claro, claro. —Ese "claro" doble que significa "no te creo pero no me apetece discutir"—. Oye, deberíamos quedar un día. Tomar algo. Hablar del sector. Ahora que los dos estamos en la Pasarela...

—Estoy bastante ocupada, Marcos.

—Ya, ya. Con el diseñador. —Sonríe—. He visto fotos vuestras. Hacéis buena pareja.

No sé si es un cumplido o un dardo. Con Marcos nunca se sabe. Sus frases son como icebergs: lo que se ve es inocuo; lo que quiere decir está debajo del agua.

—Gracias —digo, porque no voy a darle la satisfacción de una reacción.

—Bueno, nos vemos por la Pasarela, entonces. Suerte con la exposición, nena.

Se va. Se aleja con su copa y su bronceado y su forma de caminar que dice "el mundo me pertenece", y yo me quedo de pie junto a

una columna con el corazón latiendo más rápido de lo que debería y un sabor amargo en la boca que no tiene nada que ver con el vino.

Me siento pequeña. Solo un momento. Un segundo. Una fracción de tiempo en la que la Valeria de hace dos años toma el control y me hace sentir que no soy suficiente, que mis fotos no son suficientes, que estoy jugando a ser algo que no soy.

Pero dura un segundo. Porque la Valeria de ahora, la que ha pasado tres meses en un atelier fotografiando a un genio, la que tiene una exposición en el Alfonso XIII, la que es capaz de mirar a un hombre a los ojos y decir "así te quiero" sin que le tiemble la voz, esa Valeria empuja a la otra y dice: "No. Ya no."

Cojo aire. Me aliso la blusa. Me retoco el moño, que se me ha deshecho como siempre, y me lo recojo con un gesto que a estas alturas es tan automático como respirar.

Miro la sala. Las luces de la ciudad a través de los ventanales. Los canapés que nadie ha tocado todavía. Los grupos de personas que

hablan de moda y de negocios y de cosas que antes me parecían inalcanzables y que ahora son mi mundo.

Porque este es mi mundo. No el de Marcos. No el de la Valeria que se hacía pequeña. El mío. El de la mujer que saca fotos que merecen una exposición y que está aprendiendo a creérselo.

Levanto la cámara. Sigo trabajando.

Óscar aparece veinte minutos después. Lleva uno de sus trajes negros, el que tiene las solapas de satén mate, y el pelo recogido en un medio moño que le da un aire entre samurái y modelo de

pasarela. Viene de hablar con los organizadores y tiene cara de pocos amigos, que es su cara por defecto en eventos sociales.

—¿Estás bien? —es lo primero que dice.

—Sí. ¿Por qué?

—Tienes una arruga en la frente que solo sale cuando algo te molesta.

—No tengo una arruga en la frente.

—Sí la tienes. Es aquí. —Me toca el entrecejo con un dedo, suave, como si estuviera alisando una tela—. La primera vez que la vi fue cuando te dije que no quería fotógrafa.

—Muy observador.

—Soy diseñador. Observo para vivir. ¿Qué ha pasado?

Dudo. No quiero contárselo. No quiero que Marcos tenga poder ni siquiera mencionándolo, que su nombre ocupe espacio en una conversación entre Óscar y yo.

—Mi ex está aquí —digo, porque a Óscar no se le puede mentir. No porque lo detecte, que probablemente sí, sino porque no quiero

empezar a esconderle cosas.

Óscar se tensa. Es imperceptible, pero lo veo: los hombros un milímetro más altos, la mandíbula un grado más apretada.

—¿Dónde?

—Junto a la barra. El rubio con la copa de vino.

Óscar mira. Marcos está hablando con alguien, riendo, gesticulando con esa energía de persona que quiere asegurarse de que todo el mundo lo está mirando.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada importante.

—Valeria.

—En serio. Ha sido... condescendiente. Pero no importante.

—¿Condescendiente cómo?

—Como siempre. Es su forma de ser. Me llama "nena" y dice cosas que suenan amables pero que significan "tú no estás a mi nivel". Es

como un arte. Debería patentar el sistema.

Óscar me mira. Y en sus ojos hay algo que no había visto antes: una rabia fría, controlada, de las que no se expresan con gritos sino con silencios.

—¿Quieres que hable con él?

—No.

—Porque puedo...

—Óscar. No necesito que nadie hable con nadie. No necesito que me defiendas. Lo que necesito es que estés aquí, conmigo, y que no le demos a ese tío ni un minuto más de nuestra noche.

Me mira. Asiente. Pero puedo ver que le cuesta. Que esa rabia fría

no se apaga solo porque yo se lo pida.

—Vale —dice.

—¿Vale?

—Vale. Pero si te vuelve a llamar nena delante de mí, no respondo.

—Óscar...

—No estoy bromeando.

—Lo sé. Por eso te lo digo. No merece la pena.

Se queda a mi lado el resto del evento. No de forma ostentosa, no como un guardaespaldas, sino como una presencia constante. Una mano en la espalda cuando paso por un grupo de gente. Una mirada de "estoy aquí" cuando cruzo la sala. Un roce de dedos cuando coincidimos junto a la mesa de los canapés.

Y yo fotografío. Fotografío a los diseñadores, a los organizadores, a la Giralda iluminada desde el ático, a las copas de vino alineadas como soldaditos de cristal. Fotografío el evento como si Marcos no existiera, porque la mejor respuesta a alguien que te hizo sentir

pequeña no es gritarle: es seguir haciendo lo que amas sin que te tiemble el pulso.

En el taxi de vuelta, Óscar está callado. Más callado de lo normal, que ya es decir mucho en un hombre cuyo silencio podría considerarse disciplina olímpica.

—Óscar.

—¿Qué?

—Estás enfadado.

—No estoy enfadado.

—Estás haciendo eso de apretar la mandíbula. Lo haces cuando estás enfadado.

—Me estás analizando.

—Soy fotógrafa. Analizo caras para vivir.

Silencio. El taxi cruza el puente hacia Triana y las luces del río se reflejan en el agua como monedas doradas.

—No estoy enfadado contigo —dice al fin—. Estoy enfadado con él. Con ese tipo que te hizo sentir que tus fotos eran un capricho. Que

tus sueños no importaban. Me enfada porque te conozco. He visto tu trabajo. He visto cómo miras el mundo a través de esa cámara, y la idea de que alguien te haya hecho creer que eso no vale...

Se calla. Traga.

—Me enfada —termina.

Le cojo la mano. Está tensa, con los nudillos marcados.

—Óscar.

—¿Qué?

—Lo de Marcos ya pasó. Ya no me hace daño.

—¿Segura?

—Cuando lo he visto he sentido algo. Como un eco. Como cuando pisas una piedra con el pie descalzo: duele un segundo, pero luego pasa. Hace dos años me habría hundido. Hoy solo me ha molestado.

—¿Y mañana?

—Mañana ni eso. Porque tengo treinta fotos que seleccionar, una exposición que montar y un diseñador gruñón que me necesita en el

atelier a las nueve.

Casi sonríe. Casi.

—No soy gruñón.

—Eres gruñón. Pero eres mi gruñón, así que me vale.

El taxi para en mi portal. Óscar me mira.

—¿Quieres que suba?

—Siempre.

Subimos. Fígaro nos recibe con la indiferencia majestuosa de los gatos que saben que son los verdaderos dueños de la casa. Le doy de comer. Óscar se quita la chaqueta y la cuelga en el respaldo de la silla con ese cuidado de persona que respeta las prendas como si tuvieran sentimientos.

Nos sentamos en el sofá. Estoy cansada. Cansada del evento, de Marcos, de las emociones que se acumulan como ropa sucia en un

cesto. Pero no estoy triste. Eso es nuevo: poder sentir cansancio sin que venga acompañado de tristeza.

—Óscar.

—¿Qué?

—Puedes dejar de apretar la mandíbula. De verdad. Estoy bien.

Me mira. Me estudia. Parece decidir algo internamente, como cuando ajusta un patrón y mueve el alfiler un milímetro a la derecha.

—Estás bien —repite, como si necesitara oírlo.

—Estoy bien.

—Vale.

Me arrimo a él. Me rodea con el brazo. Fígaro se sube al sofá y se instala entre los dos como un árbitro peludo que marca los límites

del contacto físico permitido.

—Valeria.

—¿Qué?

—Ese tío es gilipollas.

—Lo sé.

—Y tú eres la mejor fotógrafa que he conocido.

—¿Cuántas fotógrafas has conocido?

—Dos. Pero la otra me fue infiel con uno, así que la estadística está sesgada.

Me río. Es una risa que necesitaba soltar, que llevaba todo el día atascada detrás del nudo que se me ha formado en el estómago al

ver a Marcos.

—Óscar.

—¿Qué?

—Gracias por no haber ido a hablarle.

—Ha sido lo más difícil que he hecho esta semana. Y esta semana he cosido ojales a mano.

—Los ojales a mano son más difíciles que contener la ira masculina.

—No si la ira masculina es por ti.

Le miro. Tiene los ojos oscuros y serios y algo suave en la expresión

que contradice todo lo que dice su mandíbula.

—Óscar Mendoza —digo—. ¿Me estás diciendo que te pones celoso?

—No son celos. Es que no soporto a los imbéciles.

—Claro.

—Es una cuestión de principios.

—Claro.

—Y ese tío tiene cara de usar filtros en las fotos.

Me río otra vez. Fuerte. Ruidosa. De esas risas que me salen cuando algo me pilla desprevenida y que Óscar dice que se oyen en el barrio de al lado.

—Te quiero —digo.

Se me escapa. No lo he pensado. No lo he medido. No lo he pasado por ningún filtro de "¿es pronto?" o "¿debería esperar?". Se me

escapa como un estornudo emocional, y cuando sale ya no puedo meterlo otra vez dentro.

Óscar se queda muy quieto. Me mira. Parpadea.

—Valeria...

—No tienes que decirlo tú. No te lo he dicho para que lo digas. Se me ha escapado. Como se me escapan las cosas. Ya me conoces.

—Te conozco.

—Pues eso. Ignóralo si quieres.

—No quiero ignorarlo.

—¿Entonces?

—Entonces necesito tiempo. Para decirlo bien. No de pasada, no como respuesta, no porque tú lo hayas dicho primero. Cuando lo diga, quiero que sea mío. ¿Vale?

Le miro. Este hombre que mide las palabras como mide la tela, que

no dice nada que no sienta, que prefiere el silencio a la mentira.

—Vale —digo.

—Vale.

Nos quedamos en el sofá, con Fígaro entre los dos y la noche de Triana al otro lado de la ventana. Óscar me acaricia el pelo, despacio, como quien desenreda un hilo. Y yo pienso en Marcos, en su "nena" y su condescendencia, y me doy cuenta de una cosa:

Marcos me llamaba nena porque me veía pequeña. Óscar me llama Valeria porque me ve entera.

Y esa diferencia lo cambia todo.

21

La pelea empieza por una tontería, como empiezan todas las peleas que importan.

Estamos en el atelier, a media tarde, cuando Óscar dice:

—Quiero hablar con él.

No necesita decir con quién. Llevamos dos días sin mencionar a Marcos, dos días en los que hemos trabajado con normalidad, hemos cenado juntos, hemos dormido juntos, y yo he pensado ingenuamente que el tema estaba zanjado. Que lo del cóctel era un

episodio cerrado, un encuentro incómodo que se archiva en la carpeta de "cosas que ya no importan" y se olvida.

Pero Óscar no olvida. Óscar rumiando una ofensa es como una máquina de coser atascada: no avanza pero el motor no para.

—No —digo.

—Valeria...

—He dicho que no.

—Solo quiero...

—¿Qué? ¿Ir a buscar a mi ex para decirle qué exactamente? ¿Que no me llame nena? ¿Que no sea condescendiente? ¿Que deje de tratarme como si fuera una niña jugando a ser fotógrafa?

—Sí. Exactamente eso.

—No. —Dejo la cámara en la mesa. Cuando dejo la cámara es que la cosa va en serio, porque esa cámara es una extensión de mi brazo y

soltarla equivale a desarmarme—. No necesito que nadie me defienda.

—No te estoy defendiendo. Me estoy cabreando.

—Pues cábrate solo.

El silencio que sigue es de los que cortan. De los que podrías poner en un marco y colgar en una pared con el título "Anatomía de una discusión". Óscar me mira con esos ojos que no parpadean lo suficiente, y yo le sostengo la mirada porque si hay algo que he aprendido en treinta años es que la primera persona que aparta los ojos pierde.

—No entiendes... —empieza.

—Entiendo perfectamente. Entiendo que estás enfadado porque otro hombre me hizo sentir pequeña y quieres arreglarlo. Pero no es tu

trabajo arreglarlo, Óscar. Es mío. Y no necesito que mi novio vaya a pegarle un puñetazo verbal a mi ex para sentirme validada.

—¿Novio? —Levanta una ceja.

—No es el momento de discutir etiquetas.

—Has dicho novio.

—He dicho lo que he dicho. El punto es otro. El punto es que yo gestiono mis mierda sola. Llevo dos años haciéndolo y no me ha ido mal.

—No estoy diciendo que no puedas sola. Estoy diciendo que no tienes que estar sola.

Y ahí está. La frase que me desarma. Porque Óscar, el hombre que habla menos que un maniquí, que mide cada palabra como si pesara, acaba de soltar una frase que se me mete entre las costillas como un alfiler y se queda ahí, clavada.

Pero estoy enfadada. Y cuando estoy enfadada no proceso bien las frases bonitas. Las archivo para más tarde, para cuando la adrenalina baje y pueda sentarme a examinarlas con calma, como

quien mira una foto en la pantalla del ordenador después de haberla disparado a ciegas.

—Pues ahora mismo quiero estar sola —digo.

Cojo la cámara. Cojo la bolsa. Cojo las zapatillas de repuesto que dejo en el atelier porque estas se me mojan cuando llueve.

—Valeria.

—Necesito aire.

—Valeria, no te vayas así.

—¿Así cómo? ¿Enfadada? Pues sí, me voy enfadada. También me fui enfadada el primer día que nos conocimos y luego volví, así que no te preocupes mucho.

Me voy.

Salgo del atelier a las calles de Santa Cruz, que a las seis de la tarde están llenas de turistas con mapas, parejas de la mano y niños corriendo entre los naranjos. El calor de junio me envuelve como una manta que no he pedido y camino rápido, sin dirección, cruzando callejuelas y plazas hasta que me doy cuenta de que estoy en la plaza de la Alianza, sentada en un banco de cerámica, con la

cámara en las rodillas y el corazón latiendo como si hubiera corrido un maratón.

Respiro.

Joder.

Una pareja de turistas me mira desde el banco de enfrente. Debo de tener una pinta impresionante: pelo a medio deshacer, cara de haber corrido un maratón emocional y una cámara colgada del cuello que probablemente me da aspecto de corresponsal de guerra en una zona de conflicto sentimental.

Les sonrío. No me devuelven la sonrisa. Creo que les doy miedo.

Me sale un suspiro que suena como el fuelle de un acordeón viejo. Un suspiro que contiene toda la frustración de haberme ido del atelier dando un portazo que no he dado, de haber dejado una conversación a medias que necesitaba terminar, de ser la clase de persona que sale por la puerta cuando debería quedarse y pelear.

Pero pelear con Óscar cuando está en modo protector es como discutir con una pared: sólido, impenetrable y con una capacidad infinita para aguantar impactos sin moverse un milímetro.

Miro el móvil. Un mensaje de Inma: "Tía, ¿todo bien? Rocío dice que has salido del atelier echando humo." Otro de Rocío: "No me ha

dicho Inma, lo he deducido yo solita porque te conozco y sé que a las seis de la tarde no sales del atelier si no es una emergencia o una pelea."

Les contesto a las dos con un emoji de pulgar arriba que no significa nada pero que al menos confirma que sigo viva.

No quería irme así. Pero cuando Óscar dice "quiero hablar con él", lo que oigo es: "Tú sola no puedes con esto." Y eso me enciende. Porque me pasé cuatro años con un hombre que pensaba que yo sola no podía con nada, que mis decisiones necesitaban su visto bueno, que mis sueños necesitaban su aprobación.

Marcos no me pegaba. No me insultaba. No me gritaba. Me achicaba. Me reducía. Con sonrisas y palmaditas en la espalda y "nena, eso está muy bien, pero seamos realistas". Y lo peor es que yo le dejaba. Le dejaba porque el amor a veces es una anestesia que te impide sentir dónde te están cortando.

Óscar no es Marcos. Lo sé. Lo sé con la parte racional de mi cerebro, la que analiza las fotos y calcula la exposición y sabe que un f/2.8 no es lo mismo que un f/8. Pero la parte irracional, la que se asusta, la que recuerda, esa parte no distingue. Oye "quiero hablar con él" y activa la alarma.

Saco la cámara. Empiezo a fotografiar. Es lo que hago cuando no sé qué hacer: fotografío. Es mi mecanismo de defensa, mi terapia, mi

forma de decirle al mundo "estoy aquí y sigo funcionando aunque por dentro sea un desastre". Es mi forma de procesar el mundo, de convertir el caos en algo que puedo encuadrar y entender.

Fotografío la plaza. Los azulejos. Una paloma que se pasea entre las mesas de una terraza como si fuera la dueña del local. Un abuelo leyendo el periódico con una cerveza. Una niña persiguiendo a su hermano alrededor de una fuente.

Y luego, sin darme cuenta, empiezo a fotografiar a las mujeres.

Es instintivo. El proyecto de mujeres trabajadoras de Sevilla que llevo años posponiendo, ese que nunca termino porque siempre hay una boda, un evento, un encargo que pagar. Pero ahora la cámara encuentra sola a las mujeres: una camarera limpiando mesas con la eficiencia de un cirujano, una guía turística explicando la historia de la plaza con las manos más expresivas que las palabras, una abuela abanicándose en el banco de al lado con la dignidad de una reina en su trono.

Disparo. Cambio de ángulo. Disparo otra vez.

Pasan dos horas. El sol se esconde detrás de los tejados y la plaza se llena de esa luz dorada que Sevilla regala al final del día, como

una disculpa por el calor. Y yo tengo cincuenta fotos nuevas y la cabeza un poco más clara.

Pasan dos horas. Dos horas en las que Sevilla me envuelve con su luz de atardecer y su ruido de fondo y ese olor a azahar y fritanga que es la banda sonora olfativa de esta ciudad que nunca se cansa de ser hermosa.

Miro las fotos en la pantalla de la cámara. Son buenas. Muy buenas. La camarera tiene una expresión de concentración absoluta que me recuerda a Óscar cuando corta un patrón. La guía turística está riendo con los ojos abiertos y la boca enorme y parece la persona más viva del mundo. La abuela del abanico tiene una mirada que dice "he visto cosas que tú ni imaginas, niña, y aquí sigo".

Son buenas.

Mis fotos son buenas.

Y de repente, sentada en un banco de la plaza de la Alianza con la cámara en las manos y el enfado diluyéndose como tinta en agua, lo veo claro. Tan claro como la luz del atardecer sobre los azulejos.

Marcos estaba equivocado. Siempre lo estuvo.

No porque mis fotos sean técnicamente perfectas, que no lo son. No porque vaya a ser la próxima Annie Leibovitz, que probablemente

no. Sino porque mis fotos cuentan algo. Ven algo. Encuentran lo extraordinario en lo ordinario, lo bello en lo cotidiano, lo importante en lo que todo el mundo pasa de largo.

Eso no es un capricho. Eso es un don. Y he tardado treinta años en creérmelo.

Me levanto del banco. Guardo la cámara. Camino de vuelta a Triana despacio, cruzando el puente de San Telmo mientras el Guadalquivir refleja los últimos rayos del sol y los remos de los piragüistas cortan el agua en líneas paralelas.

Me levanto del banco. Guardo la cámara. Camino de vuelta a Triana por el puente de San Telmo, con el Guadalquivir debajo reflejando los últimos colores del día: naranjas, rosas, malvas que se funden con el azul oscuro que viene del este. Los piragüistas hacen sus últimas pasadas y dejan estelas en el agua que se borran enseguida, como pensamientos que se tienen y se olvidan.

Cuando cruzo el puente, me paro en el centro. Desde aquí se ve todo: Triana a un lado, con sus balcones de colores y sus macetas y su vida de barrio; Sevilla al otro, con la Giralda y la Torre del Oro y el perfil de una ciudad que lleva dos mil años reinventándose sin dejar

de ser la misma. Y en medio, el río. Que no juzga, no opina, no te dice lo que tienes que hacer. Solo pasa.

Respiro hondo. El aire de Sevilla me llena los pulmones con su mezcla de humedad, jazmín y gasolina de los autobuses. Y decido algo. No algo grande, no algo dramático. Algo simple: que voy a dejar de tener miedo. De mi talento, de mis fotos, de mi futuro, de Óscar, de todo. Que el miedo ha sido un compañero demasiado tiempo y que ya es hora de despedirlo.

No va a ser fácil. No va a ser instantáneo. Mañana probablemente me despierte con las mismas dudas de siempre, porque las dudas

son como las cucarachas de Sevilla: las matas y vuelven. Pero la decisión está tomada.

Llego a mi piso. Fígaro me saluda frotándose contra mis piernas, que es su forma de decirme "llegas tarde con la cena". Le doy de comer. Me siento en el sofá. Miro el móvil.

Tres mensajes de Óscar: "Lo siento." "No quería hacerte sentir que no puedes sola." "Puedes con todo."

Dos mensajes de Rocío: "Tía, Óscar me ha escrito preguntando si estás bien. ¿Estás bien?" "Ignora lo anterior. Ya sé que estás bien. Pero contéstale al pobre hombre que está sufriendo."

Un mensaje de Inma: "Mercurio sigue retrógrado. No tomes decisiones importantes esta semana."

Y un mensaje de mi madre: "¿Comes bien? Te veo flaca en la última foto de Instagram."

Sonrío. Porque así es mi vida: un ecosistema de personas que se preocupan por mí de formas completamente diferentes pero complementarias. Óscar con sus tres frases quirúrgicas. Rocío con su

eficiencia informativa. Inma con su cosmos. Mi madre con su obsesión alimentaria.

Le contesto a Óscar:

"No estoy enfadada. Bueno, un poco. Pero se me está pasando. Necesitaba pensar."

Su respuesta llega en segundos:

"¿Has pensado?"

"Sí. He pensado y he hecho fotos. Que es lo mismo pero con resultado tangible."

"¿Puedo verte mañana?"

"Puedes verme todos los días, Mendoza. Para eso estoy en tu

atelier."

"No me refiero al atelier."

"Lo sé."

"Valeria."

"¿Qué?"

"Tenías razón. No es mi pelea. Es tuya."

"No es una pelea. Es una cicatriz. Y las cicatrices se curan solas. Solo necesitan tiempo y que nadie las rasque."

"No rasco."

"Lo sé."

Dejo el móvil. Me tumbo en el sofá. Fígaro se sube encima de mi estómago y se acurruca como si fuera un cojín con forma de gato.

Pienso en Marcos. En sus "nena" y sus sonrisas y sus cuatro años de hacerme sentir que no era suficiente. Y pienso que la mejor venganza no es que Óscar vaya a hablar con él, ni que yo le grite las verdades que me callé cuando estábamos juntos. La mejor venganza es esto: estar aquí, en mi piso de Triana, con una exposición en el

Alfonso XIII, unas fotos que merecen la pena y un hombre que me dice "puedes con todo" y lo dice de verdad.

La mejor venganza es haber crecido.

Miro las fotos del día en el portátil. La camarera, la guía, la abuela del abanico. Las comparo con las del proyecto que empecé hace tres años: la panadera, la florista, la pescadera. Son mejores. No técnicamente, sino emocionalmente. Veo más. Siento más. Transmito más.

Siete años de bodas. Tres meses con Óscar. Treinta años de aprender a mirar.

Y por fin me creo lo que veo.

Abro la carpeta del proyecto personal. "Mujeres de Sevilla: retratos de lo invisible." Llevo tres años con ese título provisional y creo que ya no es provisional. Creo que es el título definitivo.

Empiezo a ordenar las fotos. Las viejas con las nuevas. Las del mercado con las de la plaza. Las de la calle Feria con las del puente. Y algo empieza a tomar forma: una serie coherente, una mirada que

reconozco como mía, una voz visual que dice "esto es lo que yo veo cuando miro a las mujeres que nadie mira".

Es medianoche cuando apago el portátil. Tengo los ojos cansados y el corazón lleno. Mañana iré al atelier. Mañana miraré a Óscar a los ojos y le diré que lo siento por irme así, y él me dirá que lo siente por ser un cabezota sobreprotector, y los dos tendremos razón y los dos estaremos equivocados, porque así funcionan las relaciones que importan: nadie gana, nadie pierde, los dos aprenden.

Pero esta noche, sola en mi piso con mi gato y mis fotos, me siento la mujer más valiente del mundo.

No porque no tenga miedo.

Sino porque tengo miedo y sigo haciendo fotos.

22

Llaman a la puerta a las siete de la tarde y Fígaro ni se inmuta, lo cual significa que es alguien conocido, porque con los desconocidos Fígaro eriza el lomo y hace ese ruido de gato poseído que asusta a los repartidores de pizza.

Abro la puerta.

Óscar está en el rellano con una funda de traje en la mano.

No una funda cualquiera. La funda negra con el logotipo de Mendoza Atelier bordado en hilo plateado, la que usa para las piezas

especiales, la que he visto en el taller envolviendo los vestidos que van a las pruebas con modelos. La funda buena. La de las ocasiones.

—Hola —dice.

—Hola.

—¿Puedo pasar?

—Depende. ¿Vienes a discutir o a traerme regalos?

—¿Puede ser las dos cosas?

—Pasa.

Entra. Deja la funda sobre el sofá con el cuidado de alguien que transporta una obra de arte, que probablemente es lo que hace. Fígaro olisquea la funda y decide que no es comida, así que pierde todo interés.

—Valeria —dice Óscar, de pie en mi salón, con las manos a los lados como si no supiera dónde ponerlas, lo cual es absurdo en un hombre

que se gana la vida poniendo las manos exactamente donde tienen que ir.

—Óscar.

—Siento lo del otro día.

—Yo también.

—No debería haber...

—No. Pero yo tampoco debería haberme ido así.

Nos miramos. Esa cosa que pasa cuando dos personas se piden perdón al mismo tiempo y se crea un bucle de disculpas del que es difícil salir.

—¿Empate? —propongo.

—Empate.

—Bien. ¿Y eso? —Señalo la funda.

Óscar la coge. La abre despacio, con esa ceremonia silenciosa que tiene para todo lo que hace, como si cada gesto fuera el verso de un

poema que solo él conoce. Baja la cremallera. Aparta la tela protectora.

Y yo me quedo sin palabras.

Lo cual es un acontecimiento histórico, porque Valeria Campos siempre tiene palabras. Siempre. Para todo. Para las bodas horrorosas, para los lunes deprimentes, para los exnovios condescendientes, para las madres entrometidas. Siempre tengo algo que decir.

Pero ahora no.

El vestido es negro. No negro aburrido, no negro fúnebre, sino negro de noche sin luna, de tinta china, de terciopelo en sombra. Es un vestido largo, ajustado hasta la cadera y luego suelto, con una falda que cae con esa fluidez que solo tienen las telas que cuestan lo que yo gano en un mes. Y sobre el negro, como estrellas sobre un cielo de medianoche, hay bordados de azahar. Pequeñas flores blancas y

doradas, hechas a mano, con un detalle tan exquisito que parecen reales. Parecen oler.

—Es para ti —dice Óscar—. Para la inauguración de la exposición.

—Óscar...

—Lo he hecho pensando en ti. En cómo te mueves. En cómo te ríes. En cómo tu pelo siempre se escapa del moño y te cae por los hombros. En cómo caminas, que es como si fueras a algún sitio importante aunque vayas a comprar el pan. En cómo la tela debería caer sobre tus caderas, sobre tu cintura, sobre esa curva de tu espalda que...

Se calla. Traga. Óscar Mendoza, el hombre que mide las palabras con cuentagotas, acaba de soltar más frases seguidas sobre mí que en los tres meses que llevamos conociéndonos.

—¿Puedo tocarlo? —pregunto, y me sale la voz ronca.

—Es tuyo.

Lo toco. La tela es seda con una base de crepé que le da peso pero no rigidez. Los bordados de azahar son hilo de oro viejo sobre base de hilo blanco, y al tacto tienen la textura de pétalos diminutos. El escote es asimétrico, un hombro al aire y el otro cubierto, porque Óscar sabe que siempre llevo la cámara colgada del hombro

izquierdo y ha dejado libre el derecho para que el vestido no compita con la correa.

Ha diseñado un vestido alrededor de mi cámara.

—Óscar —digo, y estoy llorando. Otra vez. Llevo un mes llorando por todo y estoy empezando a pensar que mi cuerpo ha decidido que las lágrimas son el nuevo sistema de comunicación—. Óscar, esto es...

—Pruébatelo.

—Estoy llorando.

—Lo sé. Pruébatelo igualmente.

Voy al baño con el vestido. Me quito la camiseta, los vaqueros, las zapatillas. Me pongo el vestido. No tiene cremallera visible: se cierra con un sistema de corchetes ocultos en la costura lateral que Óscar ha diseñado para que nada interrumpa la línea de la tela. Me los

abrocho uno a uno, y con cada cierre siento que el vestido se adapta a mi cuerpo como si hubiera sido esculpido sobre mí.

Me miro al espejo.

Y no me reconozco. Pero al mismo tiempo soy más yo que nunca.

El vestido no me transforma. No me disfraza de otra persona. Hace algo mejor: me muestra como soy pero iluminada. Las curvas que siempre me han hecho comprar una talla más son exactamente las que este vestido celebra. El hombro al descubierto es el gesto justo de sensualidad sin esfuerzo. La falda cae con un movimiento que acompaña mi forma de caminar, esa que mi madre dice que es "de tener prisa por vivir".

Y los bordados de azahar. Dios mío, los bordados de azahar. Brillan con la luz como si fueran pequeñas promesas cosidas en la tela.

Salgo del baño.

Óscar está de pie junto a la ventana. Se gira. Me mira.

No dice nada. Durante un largo momento, no dice absolutamente nada. Y yo veo pasar por sus ojos algo que no tiene nombre, algo que está más allá de las palabras que él tanto le cuesta pronunciar,

algo que se parece mucho a lo que sientes cuando creas algo con las manos y lo ves cobrar vida.

—Date la vuelta —dice.

Me doy la vuelta. Despacio. La falda se mueve conmigo como una ola.

—Hay que ajustar el hombro medio centímetro.

—¿Solo medio centímetro?

—Solo medio centímetro. El resto es perfecto.

—El resto soy yo.

—Por eso es perfecto.

Me acerco a él. Le pongo las manos en el pecho. Su corazón late

fuerte bajo la camiseta negra.

—Óscar.

—¿Qué?

—Este es el vestido más bonito que he visto en mi vida.

—Es el vestido más bonito que he hecho en mi vida.

—¿Por qué?

—Porque es el primero que he diseñado con un cuerpo real en la cabeza. No un maniquí. No una modelo. Tú. Con tus curvas, tu forma de moverte, tu hombro izquierdo siempre un poco más bajo por el peso de la cámara. Tú.

Me besa. No es un beso de "hola" ni de "lo siento". Es un beso que sabe a las cosas que no sabe decir, a las palabras que se le atoran en la garganta, a todo lo que pone en la ropa porque no sabe ponerlo en las frases.

Le devuelvo el beso. Mis manos suben por su pecho, por su cuello, se enredan en su pelo. Él me sujeta por la cintura, con las manos

sobre la seda del vestido, y puedo sentir el calor de sus palmas a través de la tela.

—El vestido —murmuro.

—¿Qué pasa con el vestido?

—Si lo arrugamos, me matas.

—Si lo arrugamos, lo plancho yo.

—¿Sabes planchar?

—Valeria, soy diseñador de moda. Sé planchar como Da Vinci sabía dibujar.

—Qué modesto.

—Aprendo de ti.

Se ríe. Me río. Y luego deja de ser gracioso y empieza a ser otra cosa.

Sus manos buscan el sistema de corchetes. Los encuentra. Los desabrocha uno a uno, con la misma deliberación con que los he abrochado yo, y con cada apertura la tela se afloja un poco más sobre mi cuerpo. El vestido cae. No al suelo, porque Óscar lo coge

antes de que toque el parqué y lo deposita sobre el respaldo del sofá con un cuidado que debería ofenderme pero que en realidad me enternece.

—Prioridades —digo, de pie en mi salón en ropa interior.

—La seda no perdona las arrugas. Tú sí.

—¿Eso es un halago?

—Es un hecho.

Se quita la camiseta. La tira. Sin cuidado. Al suelo. Óscar Mendoza, el hombre que cuelga la ropa como si tuviera sentimientos, tira su camiseta al suelo como un adolescente. Por mí.

—Has tirado la camiseta al suelo —observo.

—Tengo cuarenta iguales.

—Cuarenta y una menos.

—Merecerá la pena.

Nos besamos otra vez. Más lento ahora. Como si tuviéramos todo el tiempo del mundo y decidiéramos gastarlo así, centímetro a

centímetro, descubriéndonos como si fuera la primera vez aunque ya conozcamos los mapas.

Me lleva al dormitorio. Fígaro, que estaba durmiendo en la cama, nos ve llegar y emite un maullido que claramente significa "otra vez no" antes de saltar al suelo y desaparecer hacia el salón con la dignidad ofendida de quien tiene mejores cosas que hacer.

—Tu gato nos odia —dice Óscar.

—Mi gato nos juzga. Es diferente.

Caemos en la cama. Y lo que pasa a continuación es diferente de las otras veces. No es la primera vez, que fue divertida y torpe y llena de risas. No es la del atelier, que fue urgente y caliente y un poco loca. Esto es lento. Esto es profundo. Esto es Óscar besándome los párpados, el cuello, la clavícula, el espacio entre los pechos, con una

lentitud que me vuelve loca y que me deja claro que esta noche no tiene prisa.

—Óscar —digo, y mi voz suena como algo que se rompe despacio.

—Estoy aquí.

—Lo sé.

—No voy a ir a ningún sitio.

—Lo sé.

—Ni a hablar con tu ex. Ni a defender tu honor. Ni a hacer nada que no quieras que haga.

—Óscar, no es el mejor momento para hablar de mi ex.

—Tienes razón. Perdona.

Se ríe contra mi piel y la vibración me recorre entera. Y luego baja, y sigue bajando, y sus manos me sujetan las caderas con firmeza y su

boca encuentra exactamente el sitio que me hace perder la cabeza.

—Joder —digo.

—¿Bien?

—Si paras te mato.

No para. Y lo que hace con la boca y las manos es tan preciso, tan deliberado, tan atento a cada reacción de mi cuerpo, que pienso que

este hombre diseña la ropa de la misma manera que hace el amor: observando, ajustando, buscando el corte perfecto.

Cuando llego, me arqueo entera y él me sujeta, y siento que me deshago como la tela que se desdobla y que luego me recompongo, y que soy más yo que antes.

—Ven aquí —digo, tirando de él hacia arriba.

Me besa con sabor a mí en los labios, lo cual debería ser raro pero es lo más íntimo que hemos compartido. Le rodeo las caderas con las piernas. Le miro a los ojos. Él me mira a mí.

—Valeria —dice, y hay algo en cómo dice mi nombre que me aprieta el pecho.

—Óscar.

Entra en mí despacio. Tan despacio que puedo sentir cada centímetro, cada momento, como si el tiempo se hubiera estirado para que no nos perdamos nada. Y cuando estamos completamente juntos, completamente encajados, los dos nos quedamos quietos un segundo.

Un segundo en el que no hay pasarela, ni exposición, ni ex condescendiente, ni cámaras, ni telas, ni miedos. Solo esto. Dos

personas mirándose a los ojos en una cama de Triana con la ventana abierta y el sonido del río al fondo.

—Muévete —susurro.

Y se mueve.

Es un vaivén que empieza suave y se va construyendo como una melodía de Chet Baker: notas largas que se enlazan, pausas que llenan, crescendos que te quitan el aliento. Mi cuerpo sigue el suyo y el suyo sigue el mío y por un momento somos eso que he intentado capturar con la cámara desde el primer día: dos personas que se complementan, que se completan, que se encuentran.

—Más fuerte —digo.

—¿Segura?

—¿Cuándo no estoy segura?

Más fuerte. Sus manos en mis caderas, mi espalda arqueada, su frente contra la mía, el sudor que nos une donde la piel se encuentra. Y es fuerte y tierno al mismo tiempo, que es la paradoja

de Óscar Mendoza: un hombre que puede ser duro como el acero y suave como la seda en el mismo gesto.

Cuando llego otra vez, él está conmigo, y los dos caemos juntos, jadeando, con las manos entrelazadas y los ojos cerrados, y es como aterrizar después de un salto sin saber si había red y descubrir que sí, que la red era esto, que la red era el otro.

Nos quedamos en la cama. Recuperando el aliento. Su cabeza en mi pecho, mi mano en su pelo, el ventilador del techo girando despacio.

—Óscar.

—¿Qué?

—Deberías diseñar vestidos enfadado más a menudo. El resultado es espectacular.

Se ríe. Una risa que siento vibrar contra mis costillas.

—No estaba enfadado. Estaba inspirado.

—¿Inspirado por qué?

—Por ti. Por la pelea. Por cómo me dijiste "cábrate solo" y te fuiste sin mirar atrás. Llevaba días intentando cerrar ese vestido y no

encontraba el concepto. Y cuando te vi irte, con la cámara al hombro y la cabeza alta, lo vi. Negro. Azahar. Fuerza. Movimiento. Tú.

—Me estás diciendo que nuestra pelea fue productiva.

—Estoy diciendo que todo contigo es productivo. Incluso cuando me sacas de quicio.

—Especialmente cuando te saco de quicio.

Me besa la frente. Es un gesto tan pequeño y tan enorme que me

duele un poquito.

—Valeria.

—¿Qué?

—El vestido tiene un detalle que no has visto.

—¿Cuál?

—En el forro, a la altura del corazón. He bordado algo.

—¿Qué?

—Ve a mirarlo.

Me levanto. Voy al salón, desnuda y despeinada y con las piernas un poco temblorosas, que es un look que no recomendaría para nadie pero que a estas alturas me da exactamente igual. Cojo el vestido

del sofá. Lo giro. Busco el forro, esa capa interior que solo la persona que lleva el vestido puede ver.

Y ahí está.

A la altura del corazón, bordado en hilo plateado, tan pequeño que hay que acercar los ojos para leerlo:

"No me mires así."

Me quedo mirando las cuatro palabras. Las toco con los dedos. Están bordadas con la precisión de un cirujano y la delicadeza de un poeta, y son lo más bonito que nadie ha hecho por mí en toda mi vida.

Vuelvo al dormitorio. Óscar me espera tumbado, con las manos detrás de la cabeza y una expresión que intenta ser casual pero que

tiene un fondo de nerviosismo.

—Lo he visto —digo.

—¿Y?

—Es lo más feo y lo más bonito del mundo.

—¿Feo?

—Feo porque es cursi. Y bonito porque es verdad.

—No soy cursi.

—Acabas de bordar una frase en el forro de un vestido que has diseñado para mí pensando en cómo camino. Eso es lo más cursi que se ha hecho en Sevilla desde que inventaron las sevillanas.

—Las sevillanas no son cursis.

—Óscar.

—¿Qué?

—Ven aquí.

Se sienta en la cama. Me siento a su lado. Le cojo la cara con las

dos manos. Le miro a los ojos.

—Gracias —digo.

—De nada.

—No por el vestido. Bueno, sí, por el vestido. Pero también por dejarme ir cuando necesito irme. Por no seguirme. Por darme espacio. Y por estar aquí cuando vuelvo.

—No sé hacer otra cosa.

—Sabes hacer muchas cosas. Pero esta la haces especialmente bien.

Le beso. Suave. Sin prisa. Sin segunda intención, solo primera: decirle con los labios lo que ya le he dicho con palabras pero que merece repetirse de todas las formas posibles.

Nos dormimos abrazados, con el vestido de azahar colgado en la puerta del armario y Fígaro al pie de la cama, habiendo decidido aparentemente que si no puede vencernos más vale que se una.

Y antes de dormir, en ese momento borroso entre la vigilia y el sueño, pienso que el amor es como la fotografía: no se trata de controlarlo todo, sino de reconocer el momento perfecto cuando aparece y tener el valor de disparar.

23

Teresa Molina me llama un martes a las diez de la mañana, que es la hora a la que Teresa toma decisiones que cambian vidas de la misma manera que el resto de los mortales tomamos café: con eficiencia y sin pensárselo dos veces.

—Valeria, tengo una propuesta.

—Buenos días, Teresa.

—Sí, sí, buenos días. Escucha. El suplemento dominical de El País quiere hacer un perfil de Óscar. "El diseñador que reinventa la artesanía andaluza." Gran reportaje, doble página, fotografías a color.

—Eso es fantástico para él.

—Quieren tus fotos.

—¿Mis fotos? ¿Las del proceso?

—Sí. Pero no solo las del proceso. Quieren fotos del hombre detrás del diseñador. Íntimas. Personales. El Óscar que no se ve en las

pasarelas. Quieren la historia humana.

Se me congela algo en el pecho. No de frío, sino de alerta. Como cuando estás haciendo una foto y la luz cambia de repente y sabes que si no reajustas rápido la imagen se quema.

—Teresa, las fotos íntimas...

—Las tienes. He visto algunas en tu selección para la exposición. Las de la Feria, las del atelier a última hora, las de sus manos trabajando. Son exactamente lo que buscan. Pero necesitarían más. Fotos de su vida personal. De su casa. De su padre, si es posible. Del hombre, no del diseñador.

—Teresa, eso es... complicado.

—¿Complicado por qué?

—Porque Óscar odia las cámaras. Lo sabes. Que me haya dejado fotografiar el proceso ya es un milagro. Pedirle que deje que un periódico nacional publique fotos personales suyas es...

—Es tu carrera, Valeria.

La frase me golpea como una bofetada envuelta en seda. Porque es verdad. El suplemento dominical de El País. Millones de lectores. Mi

nombre en un medio nacional. Ya no sería la fotógrafa de la exposición local. Sería la fotógrafa que publicó en El País.

—Escucha —continúa Teresa, y su voz adquiere ese tono de terciopelo afilado que usa cuando sabe que está presionando y le da exactamente igual—. Las fotos que tienes son extraordinarias. Son las que el medio quiere. Si dices que no, buscarán a otro fotógrafo. Probablemente le harán el perfil igualmente, pero con fotos genéricas. Y tú habrás perdido la oportunidad.

—Teresa...

—Piénsalo. Tengo que darles una respuesta esta semana.

—¿Esta semana?

—El viernes. Necesito saber el viernes.

Cuelgo. Me quedo sentada en el sofá con el móvil en la mano y Fígaro mirándome desde la alfombra con esa expresión de sabiduría gatuna que a veces me hace pensar que en otra vida fue un monje budista. O un notario. Algo serio.

Las fotos.

Tengo las fotos. Las he hecho con todo el cariño del mundo, con todo el respeto, con todo el cuidado que Óscar necesitaba para

confiar en una persona con cámara después de lo que le hizo Giulia. Las he hecho porque son buenas, porque cuentan una historia, porque cuando miro a Óscar a través del objetivo veo algo que merece ser visto.

Pero publicarlas sin su permiso sería exactamente lo que Giulia le hizo. Exactamente. No con sexo, no con infidelidad, pero sí con la

misma traición de fondo: usar la intimidad como moneda de cambio para el propio beneficio.

No puedo hacerlo. No voy a hacerlo.

Pero la oportunidad...

Joder. La oportunidad.

Llamo a Rocío.

—Tía, dime.

—El suplemento de El País quiere publicar fotos mías de Óscar.

—¡¿QUÉ?! ¡VALERIA! ¡EL PAÍS!

—Sí, pero escucha...

—¡El suplemento dominical! ¡Millones de lectores! ¡Tu nombre en...!

—ROCÍO. Escucha. Quieren fotos íntimas. Del Óscar personal. Las que tengo yo. Las que él me dejó hacer porque confía en mí.

Silencio. Rocío procesando información es como un ordenador

cargando: puedes oír los engranajes.

—Ah —dice.

—Sí. Ah.

—O sea, que publicarlas sin su permiso sería...

—Exacto.

—Joder.

—Joder.

—¿Y con su permiso?

—No sé si dará su permiso. Ya sabes lo de Giulia. Las cámaras. La traición. Pedirle que deje que un medio nacional publique fotos

íntimas suyas es como pedirle que meta la mano en el fuego otra vez.

—¿Y si no le pides permiso? ¿Si simplemente le dices que has dicho que no?

—Rocío, es su decisión. No la mía. No puedo decidir por él.

—Vale, vale. ¿Y si hicieras fotos nuevas? Con su permiso. Específicas para el reportaje.

—Teresa ha visto las que ya tengo y son esas las que quiere.

—Tía, menudo marrón.

—Gracias, Rocío. Muy útil.

—Es que es un marrón. Por un lado, es tu puta carrera. Por otro, es la confianza de tu... ¿novio? ¿Compañero de trabajo con beneficios? ¿Qué sois?

—No es el momento, Rocío.

—Nunca es el momento con vosotros dos.

Me tumbo en el sofá. Fígaro se sube encima de mi estómago como

si fuera un cojín con latido. Le acaricio la cabeza mientras pienso.

Llamo a Inma. Porque Inma, a diferencia de Rocío, tiene la capacidad de escuchar sin gritar y de dar consejos que, aunque vengan envueltos en papel de horóscopo, a veces tienen más sentido del que me gustaría admitir.

—Tía —dice Inma—, lo que me cuentas es un dilema clásico de Saturno transitando por tu casa siete.

—Inma, necesito consejo humano, no planetario.

—Es lo mismo. Saturno es el maestro del compromiso. Te pone delante una prueba y la prueba siempre es la misma: ¿qué estás dispuesta a sacrificar? Y la respuesta correcta siempre es: lo que puedas perder sin perder tu esencia.

—¿Y qué es mi esencia?

—Tu integridad, Valeria. Tú no vendes a la gente que quieres. No lo has hecho nunca. Cuando Marcos te pedía que dejaras la fotografía artística, te callabas, pero no la dejabas. Cuando tu madre te dice

que traigas novio a Córdoba, le dices que no pero no dejas de quererla. Tú no traicionas. Es tu línea roja.

—¿Y si eso me cuesta la carrera?

—¿Prefieres una carrera construida sobre algo que te avergüenza o una carrera que tarda más pero que puedes mirar a la cara?

A veces Inma me deja sin palabras. Y eso, en una mujer que habla de Mercurio retrógrado como si fuera un parte meteorológico, es impresionante.

—Gracias, Inma.

—De nada. Y tía, habla con él. Los Escorpio necesitan saber que respetas su espacio. Si le preguntas antes de actuar, lo vas a ganar para siempre.

Cuelgo. Miro el techo. El techo de mi piso de Triana tiene una mancha de humedad que lleva ahí desde que me mudé y que con el tiempo ha ido adquiriendo la forma de un mapa. A veces parece Italia. A veces parece un gato. Hoy parece un signo de interrogación gigante, lo cual es apropiado.

Tengo que decírselo a Óscar. Tengo que sentarme frente a él y explicarle que un periódico nacional quiere sus fotos y que la decisión es suya. Y tengo que aceptar lo que diga, sea lo que sea,

aunque sea que no. Aunque ese no signifique que pierdo la oportunidad más grande de mi carrera.

Pero no hoy. No puedo decírselo hoy. Hoy Óscar tiene la prueba final con las modelos para los últimos tres looks, y está concentrado de una forma que roza lo obsesivo, y si le meto esto ahora va a explotar.

Mañana. Se lo digo mañana.

Así que voy al atelier. Trabajo. Hago fotos de la prueba con las modelos. Los vestidos son espectaculares: el octavo look, inspirado en la conversación que tuvimos sobre lo estructurado y lo libre, es una pieza de arte. El noveno, el abrigo con el forro simplificado, tiene una elegancia que quita el aliento. Y el décimo, el vestido nupcial invertido, es la declaración de intenciones más valiente que he visto en moda.

Fotografío todo. Cada ángulo, cada ajuste, cada momento en que Óscar frunce el ceño y mueve un alfiler un milímetro a la izquierda. Y mientras disparo, pienso en las fotos que tengo guardadas. Las de la

Feria. Las de las tres de la mañana. Las de sus manos. Las de su padre.

Las mejores fotos que he hecho en mi vida. Y las que pueden destruir lo mejor que me ha pasado.

Óscar me mira durante un descanso.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Por qué?

—Estás disparando más de lo normal. Cuando estás nerviosa disparas más.

—No estoy nerviosa.

—Has sacado cuarenta fotos de la misma costura.

—Es una costura muy fotogénica.

Me mira con la ceja levantada. Esa ceja que dice "no me creo nada pero no voy a insistir porque estoy ocupado". Vuelve al trabajo. Yo

respiro.

Mañana. Se lo digo mañana.

El problema es que mañana llega más rápido de lo que espero. Mañana llega con el sonido del despertador a las siete y con un mensaje de Teresa a las ocho que dice: "¿Novedades? El medio presiona." Y con la certeza de que no puedo posponerlo más.

Me visto. Me pongo las zapatillas. Cojo la cámara. Le doy de comer a Fígaro, que me mira con esos ojos verdes que parecen decir "sé que estás mal, pero mi estómago no entiende de dramas". Le rasco detrás de las orejas. Ronronea. Es reconfortante que al menos un ser vivo en esta casa tenga claro lo que necesita.

Voy al atelier.

Salgo de mi portal y el calor de Sevilla me golpea como una pared invisible. Junio. La ciudad huele a jazmín maduro y a asfalto caliente y a los churros de la churrería de la esquina que abre a las siete porque en Triana la gente madruga para desayunar como Dios manda.

En el autobús, mientras cruzo el puente y la Torre del Oro pasa por la ventanilla como un recuerdo dorado, miro a la gente a mi alrededor. Cada uno perdido en su teléfono o en sus pensamientos. Una mujer mayor con bolsa de la compra. Un estudiante con

auriculares. Una madre con un niño dormido en brazos. Gente normal viviendo vidas normales sin dilemas éticos sobre fotografías íntimas de diseñadores de moda a los que quieren.

Pienso en lo que realmente me aterra. No es perder la oportunidad de El País. No es eso. Es la posibilidad de que, al pedírselo, Óscar vea en mí lo que vio en Giulia. Que oiga "un periódico quiere tus fotos" y lo traduzca a "otra persona con cámara que quiere usar lo que tenemos".

Y eso sí me aterra.

Porque yo no soy Giulia. Pero el miedo de Óscar no distingue. El miedo de Óscar mete a todas las mujeres con cámara en la misma caja y cierra la tapa con candado. Y yo puedo decirle mil veces que

no soy ella, pero las palabras no curan las heridas que se hicieron sin palabras.

Llego al atelier. Óscar no está. Paco me dice que ha ido a buscar un encaje especial a una mercería de la Alfalfa.

Me siento. Espero. La cámara me pesa en el cuello como una cadena.

Paco me trae un café. Se sienta a mi lado. Me mira de esa forma que tiene Paco de mirarte que te hace sentir que te está leyendo el alma como quien lee la etiqueta de composición de una tela.

—¿Qué te pasa, cariño?

—Nada.

—Valeria, llevas diez minutos sentada sin hacer una foto y sin hablar. Eso es lo más raro que he visto desde que Óscar sonrió por primera

vez.

—Estoy pensando.

—¿En qué?

—En cosas.

—Cosas es lo que dice la gente cuando las cosas son gordas. —Bebe café—. ¿Tiene que ver con el jefe?

—Tiene que ver con todo.

Paco asiente. No insiste. Es una de las cosas que más aprecio de él: sabe cuándo presionar y cuándo simplemente estar. Se queda a mi lado, bebiendo café, sin decir nada, mientras yo miro las paredes del

atelier y pienso en todas las fotos que he hecho aquí y en la decisión que tengo que tomar sobre ellas.

—Paco.

—¿Sí?

—¿Tú crees que se puede ser leal a alguien y ambiciosa al mismo tiempo?

—Cariño, yo soy leal a Óscar y ambicioso con mi carrera cada día de mi vida. Y no se excluyen. Solo hace falta encontrar la forma de que las dos cosas convivan sin que una mate a la otra.

—¿Y si la forma no existe?

—Entonces eliges. Pero antes de elegir, te aseguras de que de verdad no existe. Porque a veces la forma está ahí pero no la ves porque estás demasiado ocupada teniendo miedo.

Le miro. Paco, con su café y su acento gaditano y su capacidad infinita para soltar verdades como catedrales mientras parece que está hablando del tiempo.

—Eres un sabio, Paco.

—Soy gay, dramático y de Cádiz. La sabiduría viene incluida en el

pack.

Y pienso que quizá Teresa tiene razón. Que esto es mi carrera. Que esta oportunidad no se repite. Que el suplemento de El País puede cambiar mi vida.

Pero también pienso que Óscar es mi vida. No toda mi vida, porque no soy de esas que reducen su existencia a un hombre. Pero sí una parte. Una parte importante. Una parte que no quiero perder por una doble página en un periódico, por muy de El País que sea.

Miro las fotos en el portátil. Las personales. Las íntimas. Las del Óscar que ríe y que duda y que mira los vestidos como si fueran sus hijos y que tiene ojeras de no dormir y que una vez, solo una vez,

me miró mientras creía que yo no miraba con una expresión que no necesitaba subtítulos.

Son las mejores fotos que he hecho. Son mi pasaporte a la carrera que siempre he querido.

Y son suyas.

No mías. Suyas. Porque las hice con su confianza, y la confianza no se vende, no se publica, no se convierte en papel de periódico por muy dominical que sea.

Teresa quiere una respuesta el viernes. Hoy es miércoles. Tengo dos días. Dos días para hablar con Óscar, para encontrar las palabras

correctas, para explicarle que hay una oportunidad increíble pero que la decisión es suya y solo suya.

Y para aceptar, con todas sus consecuencias, lo que sea que diga.

Pero no sé cómo hacerlo. No sé cómo sentarme frente al hombre que confió en mí con lo que más le duele y decirle: "Un periódico quiere eso que te duele. ¿Les dejo verlo?"

No lo sé.

Así que hoy, solo hoy, hago lo que mejor se me da cuando no sé qué hacer: levanto la cámara, busco la luz y disparo.

Y rezo por encontrar el encuadre antes de que se acabe el tiempo.

24

No duermo.

Son las tres de la mañana y llevo horas mirando el techo de mi piso de Santa Cruz como si las grietas del yeso fueran a revelarme alguna verdad cósmica. No lo hacen. Las grietas del yeso solo revelan que necesito llamar al propietario para que mande un albañil.

Me levanto. Voy a la cocina. Me hago un café que no debería tomarme a estas horas, pero las buenas decisiones no se toman a las tres de la mañana y esta noche no es una excepción.

Hoy Teresa me ha llamado.

No a Valeria. A mí. Directamente. Con esa voz suya de ejecutiva que cree que todo se soluciona con eficiencia y una agenda bien organizada.

—Óscar, quería comentarte lo del perfil de El País. Las fotos de Valeria son perfectas. Ella está encantada con la oportunidad, así

que solo necesitamos tu visto bueno formal para las imágenes personales y cerramos el acuerdo con el medio.

"Ella está encantada con la oportunidad."

"Solo necesitamos tu visto bueno."

"Las imágenes personales."

Las tres frases me cayeron encima como tres puñetazos sucesivos. No por lo que decían, sino por lo que implicaban. Que Valeria lo sabía. Que Valeria tenía esas fotos. Que Valeria había hablado con Teresa. Que había una conversación sobre mis fotos íntimas, sobre mi vida, sobre mi cara, y yo no estaba en ella.

Colgué con Teresa sin decir nada comprometedor. Le dije que lo hablaría con Valeria, que necesitaba tiempo, que me pondría en contacto. Frases de cortesía profesional que salen solas cuando llevas años en un mundo donde la superficie es todo y el interior no le importa a nadie.

Soy diseñador de moda. Sé mantener una fachada. He sonreído en pasarelas mientras por dentro sentía que el mundo se hundía. He dado entrevistas en las que decía "estoy encantado" mientras pensaba "quiero irme a casa". He aguantado críticas con la sonrisa

puesta y me he desmoronado solo, en un piso vacío, donde nadie podía verme.

Pero por dentro.

Por dentro estoy en Milán.

No metafóricamente. Literalmente. Mi cerebro me ha devuelto a aquel piso de la Vía Montenapoleone, al pasillo estrecho con las fotografías de Giulia en las paredes, a la puerta del dormitorio entreabierta y a los sonidos que venían de dentro. Y al fotógrafo. Andrea. Se llamaba Andrea Ferri. Hacía editoriales de moda. Tenía una cámara que costaba más que mi alquiler mensual y una sonrisa que debería haber sido mi primera advertencia.

Giulia me usó. Usó mi imagen, mi trabajo, mi intimidad. Las fotos que le dejé hacer acabaron en una revista italiana con un titular que decía algo como "Dentro del mundo de Óscar Mendoza" y yo ni siquiera sabía que existían. Las sacó mientras dormía, mientras trabajaba, mientras cenaba. Cada momento íntimo convertido en material.

Y ahora.

Ahora Valeria tiene fotos mías. Fotos íntimas. Fotos de mis manos, de mi padre, de mi cara cuando creo que nadie me mira. Fotos que

le dejé hacer porque confiaba en ella. Porque me dijo que su cámara no era un arma. Porque me dijo "así te quiero" y yo le creí.

¿Le creí?

La parte racional de mi cerebro dice que sí. Dice que Valeria no es Giulia. Dice que Valeria le pidió permiso incluso para fotografiarle la cara. Dice que Valeria ha respetado cada límite, cada silencio, cada muro.

Pero la parte racional no manda a las tres de la mañana. A las tres de la mañana manda el miedo. Y el miedo tiene la voz de Giulia y la cara de Marco y el sonido de unas sábanas que no eran para mí.

Me quedo con el café en la mano, mirando la pared de los bocetos. El de mi madre. Esa mujer que cosía con la puerta abierta, sin esconderse, sin pedir permiso, sin miedo a que la vieran. Me pregunto qué diría si supiera que su hijo lleva cuatro años escondido

detrás de un muro de tela negra, usando el fantasma de una modelo italiana como excusa para no dejar que nadie se acerque.

"Deja de ser cobarde, hijo", diría. Con esa sonrisa suya que era medio regañina y medio abrazo. "Deja de ser cobarde y sal a la luz."

Pero la luz es donde están las cámaras. Y las cámaras son donde está el dolor.

O donde estaba. Porque Valeria cambió eso. Valeria y sus fotos de manos y de telas y de siluetas que no necesitan cara para contar una historia.

A las siete llego al atelier. No he dormido. Tengo las ojeras de un muerto viviente y el humor de un perro con rabia.

Paco llega a las ocho. Me mira.

—¿Quién se ha muerto?

—Nadie. Trabaja.

—Óscar, llevas la camiseta del revés.

Miro. Efectivamente, la camiseta está del revés. Las costuras por fuera como una declaración de intenciones: hoy todo está expuesto

lo que debería estar oculto.

Me la quito. Me la pongo bien. Paco me observa con esa mirada de perro inteligente que sabe que su dueño está mal pero espera a que lo reconozca él solo.

Valeria llega a las nueve. Entra con la cámara al cuello y una sonrisa que se le congela en la cara cuando me ve.

—Buenos días —dice.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —Las palabras salen antes de que pueda pararlas. Duras. Afiladas. Como tijeras cortando por la línea equivocada.

—¿Decirte qué?

—Lo de El País. Lo de las fotos. Lo de que Teresa y tú lleváis días hablando sobre publicar mis fotos íntimas en un periódico nacional.

Valeria parpadea. Su expresión cambia: de confusión a comprensión a algo que se parece mucho al miedo.

—Óscar, Teresa me llamó ayer. Ayer. Y vine a hablar contigo inmediatamente. Te lo conté todo. Te pregunté...

—Teresa me ha llamado hoy. Me ha dicho que tú estabas encantada

con la oportunidad. Que solo necesitaban mi visto bueno.

—Eso es lo que le dije a Teresa: que sí, que la oportunidad era increíble, pero que necesitaba TU permiso. ¿Eso es estar encantada?

—¿Vas a vender mis fotos como hizo ella?

El silencio que sigue es de los que rompen cosas. No cristal, no porcelana. Algo más frágil. Algo que hemos construido despacio, foto a foto, gesto a gesto, beso a beso.

Paco, que estaba al fondo del taller, desaparece por la puerta del patio sin hacer ruido, con la intuición de quien sabe que ciertos incendios hay que dejarlos arder solos.

—¿Qué acabas de decir? —La voz de Valeria ha cambiado. Ya no es confusión ni miedo. Es algo frío. Algo que nunca le he oído.

—Lo que he dicho. Las fotos. Las tienes. Las hiciste. Fotos de mi cara, de mi padre, de mi vida. Sin que yo te las pidiera. Y ahora

resulta que hay un medio nacional interesado y que "solo necesitan mi visto bueno". ¿Eso soy para ti? ¿Un proyecto? ¿Material?

—Nunca habría dado esas fotos sin preguntarte.

—Pero las tienes. Las hiciste.

—Porque te quiero, imbécil. —Su voz se quiebra en la última sílaba. No un quiebre dramático, sino uno seco, como una rama que se parte—. Las hice porque te quiero. Porque cuando miro a través de la cámara veo algo que merece ser visto. Porque tus manos cortando tela son la cosa más bonita que he fotografiado en mi vida. Porque tu padre riendo en la Feria es una foto que debería existir aunque nunca la vea nadie más que yo.

—Valeria...

—No. Ahora escúchame tú. —Se seca los ojos con el dorso de la mano, furiosa. Furiosa y herida, que es una combinación que conozco bien porque la he provocado—. Vine ayer a preguntarte. VINE A PREGUNTARTE. No fui a Teresa a darle un sí. No llamé a El País. No envié una sola foto. Vine aquí, me senté delante de ti y te dije: "Si me dices que no, le digo que no a Teresa." ¿Eso suena a alguien que vende tus fotos a tus espaldas?

No puedo hablar. Porque tiene razón. Porque lo sé. Porque la parte racional de mi cerebro lleva horas gritándome que estoy equivocado

y yo llevo horas ignorándola porque el miedo grita más fuerte.

—No soy Giulia —dice Valeria, y su voz es un hilo—. No soy Giulia, Óscar. Nunca lo he sido. Y si después de tres meses no puedes

distinguirme de ella, entonces quizá no me ves tan bien como yo te veo a ti.

Se quita la cámara del cuello. La deja sobre la mesa. La cámara que es una extensión de su brazo, que es su forma de mirar el mundo, que es todo lo que es Valeria.

La deja.

Y se va.

No corre. No da un portazo. Camina hacia la puerta del atelier con esa forma de andar que tiene, de ir a algún sitio importante, y desaparece por la callejuela de Santa Cruz sin mirar atrás.

Me quedo de pie en el atelier. Solo. Con la cámara de Valeria sobre mi mesa de trabajo. Con el eco de "te quiero, imbécil" resonando en las paredes.

Paco aparece desde el patio.

—Si no vas detrás de ella, te despido yo a ti a mí mismo —dice.

—Paco...

—No. Escúchame. —Se acerca. Paco nunca se pone serio. Paco es el hombre que hace bromas en los funerales y que llora viendo

concursos de cocina. Pero ahora está serio—. Esa mujer te ha querido desde el día que entró por esa puerta. Te ha querido cuando le decías que no querías fotógrafa. Te ha querido cuando la ignorabas. Te ha querido cuando le pusiste reglas absurdas y cuando le dijiste que no tocase nada. Y te ha querido lo suficiente como para no publicar una sola foto tuya sin permiso, aunque esas fotos son su billete a la carrera que lleva soñando toda su vida.

—Paco...

—Y tú acabas de compararla con la persona que más daño te ha hecho. Porque tienes miedo. Lo entiendo. Pero el miedo no te da derecho a ser injusto.

Miro la cámara. La Canon EOS R5 con la correa decorada con parches: el girasol, la estrella, el "NO MOLESTAR". Valeria la ha dejado aquí. Ha dejado su cámara. Su extensión. Su órgano vital. La ha dejado sobre mi mesa como quien deja un corazón sangrando encima de un patrón.

Porque eso es lo que ha hecho. Me ha dado lo más valioso que tiene. No las fotos. La cámara. El instrumento con el que mira el

mundo. Me lo ha dejado como prueba de que no iba a esconderse detrás de él. Como diciendo: "Mira. Sin cámara. Sin arma. Solo yo."

Y yo la he acusado de ser Giulia.

Se me hunde algo en el pecho. Algo que no es rabia ni dolor. Es vergüenza. Vergüenza pura, limpia, de la que no puedes esconder detrás de ningún traje negro ni ninguna fachada de perfeccionismo.

Porque Paco tiene razón. Y Valeria tiene razón. Y yo soy un imbécil.

No un imbécil cualquiera. Un imbécil que ha cogido a la mujer que lo quiere y la ha puesto al lado de la mujer que lo traicionó, como si fueran intercambiables, como si tres meses de confianza no pesaran más que cuatro años de daño.

Miro la cámara de Valeria sobre la mesa. Es una Canon EOS R5, con una correa de tela que ella misma ha decorado con parches de tela cosidos a mano, porque Valeria customiza todo lo que toca. Hay un

parche de un girasol, otro de una estrella, otro que dice "NO MOLESTAR" en letras diminutas.

La cámara me mira. O me mira lo que representa: los ojos de Valeria. Su forma de ver el mundo. Su forma de verme a mí.

"Porque te quiero, imbécil."

"Las hice porque te quiero."

Cojo el teléfono. La llamo. Suena. Suena. Suena. Buzón de voz.

"Soy Valeria, deja mensaje después del pitido. O mejor no lo dejes y

mándame un WhatsApp como una persona normal."

Cuelgo. Le escribo:

"Lo siento."

Los dos ticks azules no aparecen. No lo ha leído.

Le escribo otra vez:

"Tenías razón. No eres ella. Nunca lo has sido."

Nada.

"Valeria, por favor."

Nada.

Paco me mira desde la otra punta del atelier con una expresión que dice "te lo mereces pero me da pena".

—Dale tiempo —dice.

—¿Cuánto?

—El que necesite. —Pausa—. Y cuando te deje hablar, no le sueltes un discurso. Dile lo que sientes. Sin adornos. Sin patrones. Sin

diseño. Solo lo que sientes.

—No sé decir lo que siento.

—Pues aprende. Porque si pierdes a esa mujer por no saber hablar, te juro que me voy a otro atelier.

Me quedo en el taller hasta las once de la noche. No porque trabaje. No puedo trabajar. Los patrones se me desdibujan, las telas pierden sentido, las tijeras me pesan como si fueran de plomo. Me quedo porque no sé adónde ir. Porque mi piso está vacío y las calles de Santa Cruz me recuerdan a ella y el mundo entero parece un sitio donde he roto algo que no sé arreglar.

A las once, cierro el atelier. Camino por las calles estrechas del barrio, con las farolas proyectando sombras alargadas sobre los muros blancos y el olor a jazmín nocturno que en cualquier otro momento sería bonito y ahora es insoportable.

Llego a mi piso. Me siento en el sofá. Miro la pared con los bocetos de mi madre.

"Deja de tener miedo", oigo su voz decir. "Las personas que te quieren no te usan. Te miran."

Valeria me mira. Desde el primer día, Valeria me mira. No con la mirada de Giulia, que era hambrienta y calculadora. Con una mirada

que dice "te veo, y lo que veo me gusta, y quiero que el mundo vea lo mismo".

Y yo la he comparado con Giulia.

Soy un imbécil.

Un imbécil que lleva cuatro años escondiéndose detrás del miedo como si el miedo fuera una armadura cuando en realidad es una jaula. Y que acaba de encerrar dentro de esa jaula a la única persona que tenía la llave para abrirla.

Miro el móvil. Los mensajes siguen sin leer.

Me tumbo en la cama. No duermo. Otra noche sin dormir. Pero esta vez no es por la colección, ni por las telas, ni por los patrones.

Es por ella. Por Valeria Campos. Por la mujer de las zapatillas de lona y la risa que se oye en el barrio de al lado y la cámara que dejó sobre mi mesa como quien deja un corazón sobre una bandeja.

Y por primera vez en cuatro años, el miedo no es lo más fuerte que siento.

Lo más fuerte es esto: la certeza de que la he cagado. Y la necesidad, desesperada, absoluta, de arreglarlo.

25

Llevo cuatro días sin Óscar y el mundo sigue girando, que es lo más insultante de todo.

Los autobuses siguen pasando, las palomas siguen cagándose en el puente de Triana, el vecino de abajo sigue poniendo reguetón a las once de la noche y mi madre sigue llamando los domingos. El mundo sigue. Como si nada. Como si yo no estuviera rota por dentro como una cámara con el sensor dañado: funciona, dispara, pero las fotos salen desenfocadas.

Trabajo en la exposición. Porque la exposición no se cancela porque me hayan roto el corazón. Porque Teresa Molina no acepta excusas sentimentales. Porque treinta fotos necesitan selección, edición, impresión y enmarcado, y el Alfonso XIII no espera a que Valeria Campos termine de llorar en su sofá de Triana mientras su gato la mira con una mezcla de compasión y hambre.

Las fotos del proceso están. Son buenas. Más que buenas. Las manos de Óscar cortando tela. El atelier al amanecer. Los maniquíes como centinelas. La organza cayendo como una cascada. La geometría de los patrones sobre la mesa. La sombra de unas tijeras

contra una pared blanca. Son treinta fotos que cuentan la historia de una colección de moda sin necesidad de una sola palabra.

Pero las mejores no están.

Las mejores las tengo en una carpeta del portátil que se llama "PERSONAL" y que no abro. Las de la Feria. Las de Óscar riendo con Manolo. Las de sus manos sin guantes, con la cicatriz del pulgar, acariciando una tela como si fuera piel. La del atelier a las tres de la mañana, cuando le sacaba fotos sin que lo supiera y capturaba al hombre debajo del diseñador.

Las mejores son las que cuentan la historia de verdad. Y las que no puedo usar.

—Valeria.

Miro la pantalla del portátil. Llevo veinte minutos mirando la misma foto sin verla. Rocío está sentada a mi lado en el sofá, con una copa

de vino que ha servido sin preguntar y una expresión que oscila entre la preocupación y la impaciencia.

—¿Qué?

—Llevas cuatro días sin hablar de él y es más preocupante que si no pararas de hablar de él.

—No hay nada que decir.

—Valeria Campos, tú siempre tienes algo que decir. Es tu principal virtud y tu principal defecto.

—Pues ahora no.

Rocío suspira. Bebe vino. Me mira con esos ojos de community manager que han visto demasiados dramas de internet y que ya no

se impresionan con nada.

—¿Le has contestado los mensajes?

—No.

—¿Los has leído?

—Sí.

—¿Y?

—"Lo siento. Tenías razón. No eres ella."

—¿Tres mensajes en cuatro días?

—Cuatro. El último dice "Valeria, por favor."

—¿Y tú?

—Yo nada.

—Tía. —Rocío deja la copa—. Si no luchas por esto, me voy a enfadar mucho.

—¿Luchar por qué? ¿Por un hombre que me ha comparado con la mujer que le fue infiel? ¿Que me ha mirado y ha visto a Giulia? ¿Que

me ha preguntado si iba a vender sus fotos como hizo ella?

—Por un hombre que tiene miedo. Que metió la pata. Y que lleva cuatro días mandándote mensajes porque sabe que la ha cagado.

—Rocío, me llamó proyecto. Me preguntó si era eso para él. Un proyecto. Como si tres meses de...

Se me quiebra la voz. Me niego a llorar. Llevo cuatro días llorando y estoy harta. Harta de lágrimas, harta de mocos, harta de esa presión en el pecho que aparece cuando menos lo espero y que me dobla como un alfiler mal puesto.

—Lo sé —dice Rocío, y su voz se suaviza—. Lo sé. Fue injusto. Fue horrible. Pero, tía, el tío tiene un trauma del tamaño de la Giralda

con las cámaras y las fotógrafas y la confianza. No lo excusa, pero lo explica.

—No quiero excusas.

—No te estoy dando excusas. Te estoy dando contexto. Que no es lo mismo.

Inma llega media hora después con una caja de bombones y un libro de astrología que nadie ha pedido.

—Marte está en oposición con Venus —anuncia, sentándose en el suelo—. No es momento de tomar decisiones emocionales.

—Inma, por favor.

—Solo digo que los astros explican mucho. Óscar es Escorpio. Los Escorpio cuando se sienten traicionados...

—¡Pero no le he traicionado!

—Lo sé, cielo. Pero él no lo sabe. O sea, lo sabe, pero la parte de él que se asusta no lo sabe. Los Escorpio tienen el sistema nervioso conectado directamente al modo defensa. Es su naturaleza.

—Inma, no puedo gestionar mi vida sentimental basándome en el

horóscopo.

—¿Y basándote en qué la estás gestionando? Porque no contestar mensajes en cuatro días tampoco es una gran estrategia, Sagitario.

Me hundo en el sofá. Fígaro se sube a mi regazo como si intuyera que necesito su peso para no flotar. Rocío me pasa la copa de vino. Inma abre los bombones.

—A ver —dice Rocío, activando el modo operativo que la hace aterradora en su trabajo—. Hechos. Primero: Óscar metió la pata. Segundo: lo sabe. Tercero: te quiere. Cuarto: tú le quieres. Quinto: tienes una exposición que montar y una carrera que construir. ¿Correcto?

—Correcto —admito.

—Entonces el plan es: montas la exposición, haces tu trabajo, demuestras que eres la fotógrafa que eres. Y cuando él esté listo para hablar como un adulto, hablas. Pero no dejes que esto te pare.

No dejes que un hombre, por muy guapo y diseñador que sea, te quite lo que te has ganado.

—No me ha quitado nada.

—Todavía. Pero si sigues en este sofá llorando en vez de seleccionando fotos, se lo estás regalando.

Tiene razón. Y me jode que la tenga porque Rocío siempre tiene razón y es tremendamente irritante.

Inma llega a las nueve con una bolsa de churros y una determinación en la mirada que sugiere que ha venido a salvarme aunque yo no haya pedido ser salvada.

—He traído churros porque la ciencia ha demostrado que los churros curan el desamor —dice, sentándose en la alfombra.

—No creo que la ciencia haya demostrado eso —dice Rocío.

—La ciencia no, pero mi abuela sí, y mi abuela estuvo casada sesenta años, así que algo sabía.

Comemos churros. Fígaro intenta robar uno y Rocío se lo impide con un gesto que demuestra que los reflejos de community manager

sirven para más que gestionar crisis de marca.

—Valeria —dice Inma, con esa voz suya de profesora de primaria que usa cuando quiere que le prestes atención—, ¿sabes lo que me dijo una vez mi tutora de prácticas? Me dijo: "Inma, los niños se caen y se levantan veinte veces al día. Los adultos se caen una vez y se quedan en el suelo lamentándose." No seas adulta, tía. Levántate.

—Inma, eso es muy bonito pero estoy en el suelo literal y metafóricamente y los churros no ayudan tanto como prometen.

—Los churros siempre ayudan. Y levantarse también. Aunque cueste. Aunque duela. Aunque el churro esté frío.

Rocío e Inma se miran. Esa mirada de amigas que llevan años coordinándose sin necesidad de palabras, como un equipo de intervención emocional que ha ensayado el protocolo tantas veces que ya lo ejecutan de memoria.

—Escucha —dice Rocío, activando el modo operativo—. Plan de acción.

Me incorporo. Abro el portátil. Las treinta fotos de la exposición necesitan edición final: ajustes de contraste, encuadre definitivo, decisiones sobre formato de impresión. Es trabajo técnico, preciso, que requiere concentración. Exactamente lo que necesito para dejar

de pensar en Óscar Mendoza y sus ojos oscuros y su "¿eso soy para ti, un proyecto?" que se me clavó en el estómago como una grapa.

Trabajo hasta medianoche. Rocío se duerme en el sofá. Inma se va a las once porque tiene clase temprano. Fígaro patrulla el piso como un centinela peludo que vigila que su humana no se derrumbe.

A las doce, con el portátil caliente sobre las piernas y los ojos secos de mirar la pantalla, abro la carpeta PERSONAL.

Las fotos están ahí. Las íntimas. Las que no uso. Las que guardé porque son nuestras, de Óscar y mías, y que ahora son solo mías porque él se ha ido y porque la palabra "nuestras" ya no significa lo que significaba.

La de la Feria. Óscar y Manolo. La risa. Los farolillos. La mano de su padre en su brazo.

La del atelier de noche. Su silueta contra la ventana. Solo. Trabajando. Con esa soledad que tiene cuando cree que nadie le

mira, que no es triste sino concentrada, como si el mundo se redujera a él y la tela y nada más importara.

La de sus manos sobre mi vestido. El vestido de azahar. Ajustando el hombro, con los dedos sobre la seda, y su cara reflejada en el espejo del probador con una expresión que...

Cierro la carpeta.

No puedo. No ahora. No esta noche.

Mi madre llama el domingo. Como cada domingo. Como cada domingo desde que tengo memoria.

—Hija, ¿cómo estás?

—Bien, mamá.

—Mentira. Se te nota en la voz. ¿Qué ha pasado con el diseñador?

—Mamá...

—¿Os habéis peleado?

—Es complicado.

—El amor siempre es complicado, hija. Si fuera fácil no merecería la

pena. ¿Qué ha hecho?

—Ha dicho algo que me ha dolido.

—¿Algo gordo o algo tonto?

—Algo tonto dicho desde algo gordo.

—O sea, que tiene un problema y lo ha pagado contigo.

—Más o menos.

—Tu padre hacía eso. Cuando le iba mal en la obra, llegaba a casa y se quejaba de la cena. Y la cena estaba perfecta, que yo cocino de maravilla. Pero no era la cena. Era el andamio que se había caído o

el jefe que le había gritado. Los hombres son así, hija: apuntan al blanco equivocado.

—Mamá, esto es un poco más grave que quejarse de la cena.

—Pero el mecanismo es el mismo. El miedo te hace disparar a quien tienes más cerca porque es el objetivo más fácil. Y el que tienes más cerca es quien más te quiere. Es injusto, pero es humano.

A veces mi madre, la modista de Córdoba, tiene la precisión emocional de un láser quirúrgico.

—Mamá, te quiero.

—Y yo a ti, boba. ¿Comes bien?

—Sí, mamá.

—Mentira también. Pero ya iré yo a hacerte un guiso. El sábado que viene estoy ahí con un tupper del tamaño de una maleta.

Cuelgo. Sonrío. Porque aunque me hayan roto un poco el corazón, tengo una madre que amenaza con tuppers y unas amigas que curan con churros y un gato que me juzga pero no me abandona. Y

eso, en el gran esquema de las cosas, cuenta más que un hombre que no sabe gestionar su miedo.

Le doy a Teresa las treinta fotos del proceso. Sin las personales. Sin las íntimas. Sin el alma de la historia.

Teresa las mira. Asiente. Dice que están bien. Pero yo sé lo que significa su "bien", que es el "bien" de Teresa Molina, que equivale a "correcto pero no extraordinario". Y sé que tiene razón. Las fotos del proceso son buenas, pero la exposición sin las personales es como

un vestido sin forro: se sostiene, pero le falta algo que solo sientes cuando te lo pones.

—¿Y lo de El País? —pregunta Teresa.

—No.

—¿No?

—No voy a publicar esas fotos.

Teresa me mira. No discute. No presiona. Asiente una vez, como

quien archiva una decisión que no comparte pero respeta.

—Tu carrera, tus reglas —dice.

—Mi ética, mis reglas.

—Eso también.

Teresa me mira un momento más.

—Valeria, puedo preguntarte algo personal.

—Claro.

—¿Estás bien?

La pregunta me pilla desprevenida. Teresa Molina no hace preguntas personales. Teresa Molina hace preguntas profesionales con ocasionales incursiones en lo táctico. Lo personal no es su territorio.

—Estoy trabajando —digo, que no es una respuesta pero es lo más honesto que puedo ofrecer.

—Bien. Eso es lo que importa. El trabajo siempre está. —Pausa—. Los hombres van y vienen. El trabajo se queda.

No sé si es un consejo o una confesión. Con Teresa nunca se sabe.

Pero asiento, porque tiene razón en una cosa: el trabajo se queda. Y mi trabajo, estas treinta fotos que cuelgan de las paredes de mi portátil esperando a ser impresas, es lo que me sostiene cuando todo lo demás se tambalea.

Salgo de la reunión con Teresa y camino por el centro de Sevilla sin rumbo. Son las cinco de la tarde y la ciudad bulle con turistas, coches de caballos y el olor a pescaíto frito que sale de los bares. Paso por delante del atelier de Óscar, en Santa Cruz, sin entrar. Miro la puerta. El azulejo con el número. La maceta de geranios rojos que Paco mantiene viva porque Óscar no riega nada que no sea de tela.

No entro.

Sigo caminando. Hasta Triana. Hasta mi piso. Hasta mi sofá. Hasta Fígaro.

Y pienso que Rocío tiene razón. Que no puedo dejar que esto me pare. Que la exposición es mía y la carrera es mía y el talento es mío, y que ningún hombre, por mucho que lo quiera, tiene derecho a convertir mi sueño en daño colateral de su miedo.

Así que mañana me levanto. Mañana selecciono las fotos definitivas. Mañana llamo al enmarcador. Mañana sigo.

Y si Óscar quiere hablar, que hable. Pero no voy a esperar. No voy a quedarme en pausa como un vídeo al que alguien le ha dado stop.

No voy a ser la mujer que pone su vida en espera por un hombre.

Ya lo fui una vez. Con Marcos. Y tardé cuatro años en darle al play.

No pienso repetir la experiencia.

Me acuesto con Fígaro a los pies de la cama y el móvil bocabajo en la mesilla para no ver si llega un mensaje que probablemente no va a llegar.

Y si llega, ya lo leeré mañana.

Mañana. Cuando el sol entre por la ventana de Triana y Fígaro me despierte maullando para que le dé de comer y yo me levante, me ponga las zapatillas y me enfrente a un nuevo día con la cámara al cuello y la cabeza un poco más clara que hoy.

Mañana miraré las fotos con ojos nuevos. Mañana llamaré al enmarcador y negociaré precios que probablemente no puedo permitirme pero que merece la pena pagar. Mañana hablaré con Teresa sobre la disposición de las fotos en la sala y me pelearé con

ella porque Teresa querrá las fotos en orden cronológico y yo las quiero en orden emocional, que no es lo mismo.

Mañana seré otra vez la mujer que levanta la cámara en vez de bajarla.

Y si Óscar quiere encontrarme, sabe dónde estoy. Siempre ha sabido dónde estoy. Desde el primer día.

26

Marcos aparece un jueves a las siete de la tarde en la terraza del bar donde estoy tomándome una caña sola, como la mujer independiente y ligeramente patética que soy.

No lo he buscado. No hemos quedado. Simplemente el universo, que tiene un sentido del humor retorcido, ha decidido que el día seis de mi ruptura no oficial con Óscar es el momento perfecto para que mi ex se materialice con una cerveza en la mano y esa sonrisa de

estoy-buenísimo-y-lo-sé que solía derretirme y que ahora me produce la misma emoción que un bostezo.

—¡Valeria! Joder, qué casualidad.

—Marcos.

—¿Puedo sentarme?

No. No puede sentarse. No quiero que se siente. No quiero su compañía, ni su conversación, ni su perfume que huele a un anuncio de los años noventa.

—Claro —digo, porque la educación es una cadena que llevo soldada al cuello desde que mi madre me enseñó que a la gente se le ofrece asiento aunque quieras ofrecerle la puerta.

Se sienta. Cruza las piernas. Me mira con esa cara de "somos dos viejos amigos" que ignora convenientemente los cuatro años de hacerme sentir pequeña.

—¿Cómo estás? He oído que tienes una expo en el Alfonso XIII. Genial, nena. De verdad. Me alegro mucho por ti.

Ahí está otra vez. Nena. Con ese tono de "qué mona eres intentando cosas de mayores". Con esa condescendencia que antes me hundía

los hombros y me hacía sentir que mis sueños eran globos de helio que en cualquier momento iban a reventar.

Pero hoy no. Hoy no, Marcos.

—Gracias —digo. Seco. Sin adornos.

—Oye, quería preguntarte una cosa. —Se acerca. Baja la voz como si fuera a revelarme un secreto de Estado—. He oído que las cosas con Mendoza están... bueno, complicadas. ¿Es verdad?

Me quedo mirándolo. ¿Cómo coño sabe Marcos que las cosas con Óscar están complicadas? Sevilla es un pañuelo, vale, pero esto es nivel microscopio.

—¿Quién te ha dicho eso?

—El mundillo, nena. Ya sabes cómo es esto. Alguien te ve salir del atelier con mala cara, alguien comenta...

—El mundillo. —Bebo caña. Me tomo un segundo—. ¿Y qué interés tienes tú en cómo estén las cosas entre Óscar y yo?

—Ninguno especial. Solo me preocupo. Hemos sido pareja, Valeria. Que hayamos roto no significa que no me importe lo que te pasa.

Hay gente que dice mentiras con tanta naturalidad que parece que

están diciendo la verdad. Marcos es de esos. Marcos podría decirte que el cielo es verde y lo diría con tanta convicción que mirarías hacia arriba para comprobarlo.

—Marcos, ¿qué quieres?

—Quedar contigo. Tomar algo. Hablar. Como adultos. Ahora que los dos estamos en la Pasarela, podríamos... no sé. Compartir impresiones. Yo estoy documentando la colección de Serrano & Leal, que es una pasada. Y tú con Mendoza, que...

—Marcos —le interrumpo—. No quiero hablar contigo.

Parpadea. No mucho. Solo lo justo para que se le note que no esperaba esto. Marcos nunca espera que le digan que no, porque en su cabeza el mundo es un sitio donde todo el mundo quiere estar a su lado.

—Valeria...

—No por rencor. —Bebo caña. Le miro a los ojos—. Es que ya no me interesa nada de lo que tengas que decir.

Silencio.

Un silencio diferente al que comparto con Óscar, que es un silencio cómodo, de personas que no necesitan rellenarlo. Este es un silencio

incómodo. De los que pican. De los que dicen la verdad que las palabras no quieren decir.

—¿En serio? —dice, y hay algo en su voz que se parece a la ofensa. Como si no pudiera creer que alguien, especialmente yo, la ex que él dejó marchar sin demasiada pena, no quisiera escucharlo.

—En serio.

—Joder, Valeria, solo intentaba ser amable.

—Lo sé. Pero tu forma de ser amable siempre tiene un fondo de "yo sé más que tú" que me cansa. Me cansó hace dos años y me cansa ahora.

Se echa hacia atrás. Me mira como si me viera por primera vez. Como si la Valeria que tiene delante no fuera la que él conoció: la que se callaba, la que sonreía cuando él opinaba sobre sus fotos, la

que aceptaba el "nena" como si fuera un nombre cariñoso en vez de un diminutivo de persona.

—Has cambiado —dice.

—Sí. He cambiado. Eso pasa cuando dejas de estar con alguien que te hace creer que no mereces lo que mereces.

—Yo nunca te dije que no merecieras...

—No me lo decías con palabras, Marcos. Me lo decías con la cara que ponías cuando te enseñaba mis fotos. Con el "está bien, nena, pero seamos realistas". Con el suspiro cuando hablaba de la fotografía artística. Con la forma que tenías de hacerme sentir que mis sueños eran bonitos pero no serios. —Pausa—. No me pegabas. No me insultabas. Me achicabas. Y es peor, porque ni siquiera me dejaste un moratón que señalar. Me dejaste una inseguridad que tardé años en reconocer.

Marcos tiene la boca abierta. Ligeramente. Como si estuviera a punto de decir algo pero se hubiera olvidado de qué.

—Valeria, yo...

—No necesito que digas nada. No necesito una disculpa. No necesito que lo entiendas. Solo necesito que entiendas una cosa: que ya no soy esa persona. Que mis fotos son buenas. Que mi carrera es real.

Que tengo una exposición en el Alfonso XIII porque soy buena de verdad, no porque alguien me haya hecho un favor. Y que la opinión que tengas sobre todo eso me importa exactamente lo mismo que me importa el resultado de la quiniela.

Dejo el dinero de la caña en la mesa. Me levanto. Cojo la bolsa y la cámara.

—Suerte con la Pasarela, Marcos. De verdad.

Y me voy.

Camino por la calle con el corazón latiendo como un tambor y las piernas un poco temblorosas, porque decirle las verdades a tu ex en una terraza de Sevilla un jueves de junio es el tipo de cosa que tu cuerpo procesa después de hacerla, no durante.

Cruzo la plaza del Salvador sin rumbo, entre turistas con helado y jubilados en los bancos, y llego hasta la calle Sierpes, que a esta hora es un río de gente y bolsas de tiendas y música que sale de algún local. Sevilla sigue siendo Sevilla aunque yo esté temblando por dentro: imparable, ruidosa, indiferente a mis dramas personales.

Me paro delante de un escaparate. No sé de qué tienda. No me importa. Me miro en el cristal. Veo a una mujer de treinta años con zapatillas de lona, pelo castaño recogido en un moño a punto de

rendirse, ojos avellana un poco hinchados de las noches malas, y una cámara colgada del cuello como un escudo.

Y veo algo más. Veo a alguien que acaba de decirle a su ex que ya no la puede hacer pequeña. Que ha dicho las palabras que llevaba

dos años guardando en un cajón del pecho, debajo de las facturas y las inseguridades y las fotos que no se atrevía a enseñar.

Veo a alguien valiente.

Joder. Qué raro se siente decir eso de una misma.

Pero cada paso que doy me siento más ligera. Como si hubiera soltado un peso que llevaba en los bolsillos sin darme cuenta.

Cuatro años. Cuatro años callándome. Cuatro años tragando sus opiniones, sus suspiros, sus sonrisas condescendientes. Cuatro años de "nena" y "seamos realistas" y "eso está muy bien, pero".

Y hoy, en una terraza, con una caña a medio terminar y el sol de junio cayendo sobre los toldos, se acabó.

No porque Marcos sea malo. No es malo. Es pequeño. Es un hombre pequeño que necesita hacer pequeña a la gente que tiene al lado para sentirse grande. Y yo ya no quepo en su escala.

Llego a casa. Fígaro me recibe con un maullido que suena a "¿dónde está mi cena?", y le doy de comer mientras me río sola en la cocina,

porque estoy orgullosa de mí misma y no tengo a nadie a quien decírselo excepto a un gato y a las paredes.

Llamo a Rocío.

—Tía, acabo de decirle a Marcos que no me interesa nada de lo que tenga que decir.

Silencio.

—ROCÍO.

—Perdona. Estoy aplaudiendo pero tengo el teléfono en altavoz y las manos ocupadas.

—¿Aplaudiendo?

—¡SÍ! ¡APLAUDO! ¡LLEVO DOS AÑOS ESPERANDO ESTE MOMENTO! ¡INMA! ¡INMA, VEN, PONME EN ALTAVOZ QUE TE CUENTE!

—Rocío, no hace falta llamar a Inma.

—Es absolutamente necesario llamar a Inma. Esto es histórico. Esto

es como la caída del Muro de Berlín pero en versión relación tóxica.

Se oye el teléfono cambiar de manos. La voz de Inma:

—¿Qué pasa?

—¡VALERIA LE HA DICHO A MARCOS QUE SUS OPINIONES LE IMPORTAN LO MISMO QUE LA QUINIELA!

Silencio. Luego Inma:

—Júpiter entra en Aries la semana que viene. Era cuestión de tiempo.

—Inma, no todo es astrología.

—Todo es astrología. Pero también es que Valeria es una tía de puta madre que ya no aguanta gilipolleces.

—¡EXACTO!

—Tampoco es para tanto.

—Es para tantísimo. ¿Qué le has dicho exactamente? Palabra por palabra. Necesito detalles. Es para mi salud mental.

Le cuento. Todo. Desde el "nena" hasta el "me importa lo mismo que

la quiniela". Rocío hace sonidos de aprobación en cada frase como si estuviera viendo un partido de fútbol.

—Valeria Campos —dice cuando termino—. Estoy orgullosa de ti.

—Yo también estoy orgullosa de mí.

—¿Y cómo te sientes?

—Libre.

Y es verdad. Me siento libre. No de Marcos, que hace tiempo que me liberé de él. Libre de la versión de mí que él creó. Libre de la Valeria que se hacía pequeña. Libre de las dudas que él plantó y que yo regué durante años.

Cuelgo. Me siento en el balcón de Triana con una cerveza fría y la ciudad a mis pies. Los tejados naranjas, el trozo de río, la torre de Santa Ana recortada contra el cielo que se oscurece despacio.

Pienso en Óscar. No puedo evitarlo. Llevo una semana sin verlo y sigue ocupando un espacio en mi cabeza que debería dedicar a cosas productivas, como seleccionar fotos o regar la planta o

aprender a hacer algo útil con mis manos que no sea apretar un obturador.

Pero no pienso en él con dolor. Pienso en él con claridad. Con esa claridad que solo aparece cuando has hecho algo difícil, como decirle la verdad a tu ex, y el mundo sigue en pie y tú sigues entera y descubres que eres más fuerte de lo que pensabas.

Óscar me dijo cosas horribles. Me comparó con Giulia. Me acusó de algo que no hice. Pero Óscar también es el hombre que bordó flores en un vestido pensando en cómo camino. Que me dijo "te quiero" con la voz temblando. Que dejó que le fotografiara cuando le aterrorizaban las cámaras.

Las personas no son una sola cosa. Son muchas cosas a la vez. Marcos era condescendiente pero no era malvado. Óscar fue injusto pero no es injusto. Y yo soy una fotógrafa que a veces duda pero que cada vez duda menos.

Me siento en el sofá. Miro las fotos del proyecto personal. Las mujeres de Sevilla. La camarera, la guía, la abuela del abanico, la

panadera, la florista, la pescadera. Mujeres que trabajan, que crean, que existen sin pedir perdón.

Y me doy cuenta de algo.

Siempre he fotografiado a mujeres fuertes. Siempre. Incluso cuando yo no me sentía fuerte, mi cámara buscaba la fortaleza en las demás. Como si mi ojo supiera algo que mi cerebro tardó años en aprender: que la fuerza no es no tener miedo. Es tener miedo y seguir adelante.

Como yo. Ahora. Con la exposición. Con Óscar. Con todo.

Abro una cerveza. Me la bebo despacio, saboreándola, porque esta cerveza sabe diferente a las otras. Sabe a libertad. Sabe a "ya no tengo que rendirle cuentas a nadie de lo que siento o de lo que

quiero hacer con mi vida". Sabe a treinta años de ser Valeria Campos y a por fin estar a gusto con lo que eso significa.

Llamo a mi madre. Porque después de un momento así, necesito a Encarna.

—Hija, ¿qué pasa ahora?

—Nada, mamá. Solo quería decirte que le he dicho a Marcos que no me interesa nada de lo que tenga que decir.

Silencio. Un silencio largo. Y luego:

—Ya era hora, hija. Ya era hora.

—¿No me vas a dar un discurso?

—No. Solo voy a decirte que estoy orgullosa de ti. Y que tu padre estaría orgulloso también. Ese muchacho nunca me gustó. Desde el

primer día. Pero las hijas no escuchan a las madres hasta que les da la gana.

—Mamá, si me hubieras dicho que no te gustaba, habría durado dos años más solo por llevarte la contraria.

—Por eso me callé. ¿Ves? Las madres siempre sabemos.

Cuelgo sonriendo. Encarna Campos, estratega emocional desde 1968.

Abro el portátil. Las treinta fotos de la exposición están seleccionadas, pero les falta algo. Lo sé. Teresa lo sabe. Cualquiera que las mire lo sabrá: son buenas, pero les falta el alma.

Miro la carpeta PERSONAL. La que no he abierto. La que guarda las fotos íntimas de Óscar.

No la abro. No porque no quiera, sino porque esas fotos no son mías para usar. Son nuestras. Y "nuestras" es una palabra que ahora mismo está rota.

Pero pienso en otra cosa. Pienso en el proyecto de las mujeres. Pienso en la camarera y la guía y la abuela del abanico. Pienso en que quizá la exposición no necesita las fotos personales de Óscar. Quizá necesita algo diferente. Algo que cuente la historia del proceso

creativo sin invadir la persona. Algo que sea sobre la creación, no sobre el creador.

O quizá necesita las dos cosas: el proceso y la persona. Pero la persona tiene que dar permiso. Y yo no voy a tomar ese permiso sin que me lo den.

Así que las treinta fotos del proceso son las treinta fotos de la exposición. Y son suficientes. Tienen que serlo.

Me quedo mirando el portátil. Fígaro se acurruca a mi lado. La noche de Triana entra por la ventana con su sinfonía de sonidos: una guitarra lejana, risas de una terraza, el motor de una moto, el Guadalquivir murmurando algo que suena a paciencia.

Y pienso que hoy he hecho dos cosas que necesitaba hacer: decirle la verdad a Marcos y aceptar mi verdad propia. Que mis fotos son

buenas. Que mi carrera es real. Que no necesito la validación de nadie para saber lo que valgo.

Ni la de un ex que me hacía pequeña.

Ni la de un periódico nacional.

Ni siquiera la del hombre que quiero y que todavía no sabe cuánto.

Me basta conmigo.

Es suficiente.

27

Paco me llama un lunes a las seis de la tarde. Reconozco su número porque Paco es la única persona de mi agenda que tiene un emoji de tijeras junto al nombre, cortesía de la noche que me robó el móvil para editarse el contacto y de paso ponerse una foto de perfil que describió como "mi mejor ángulo".

—Valeria, tesoro. Tenemos un problema.

—Paco, ¿qué pasa?

—Es Óscar.

Se me encoge el estómago. Llevo una semana sin verlo. Una semana sin entrar en el atelier. Una semana de silencio absoluto excepto por cuatro mensajes que no he contestado y un quinto que llegó ayer y que decía simplemente: "Las fotos son tuyas. Haz lo que necesites." Que fue el que más me dolió de todos, porque sonaba a

rendición. Y yo no quiero que Óscar se rinda. Quiero que luche. Pero también quiero que luche bien, no a puñetazos emocionales.

—¿Qué le pasa?

—Está bloqueado. Lleva una semana sin diseñar. No duerme, no come, no sale del atelier, pero tampoco trabaja. Se queda mirando la mesa de corte como si la mesa le fuera a dar las respuestas y la mesa, cariño, solo da astillas.

—Paco...

—La colección se estanca. Faltan los ajustes finales de tres looks. La pasarela es en diez días. Diez días, Valeria. Y mi jefe está sentado en una silla mirando al vacío como un monje budista que ha perdido la fe y el manual.

—Eso no es mi problema —digo, y me sale más duro de lo que pretendo. Porque sí es mi problema. Todo lo que le pase a Óscar es mi problema, aunque me haya comparado con Giulia y aunque me haya roto el corazón en un atelier de Santa Cruz un miércoles a las nueve de la mañana.

—Valeria. —Paco hace una pausa. Y cuando Paco hace una pausa es que va a decir algo que importa, porque Paco normalmente habla como una ametralladora con acento gaditano—. No te llamo como

su ayudante. Te llamo como su amigo. Necesita a su fotógrafa. Pero sobre todo necesita a la mujer que le hace reír.

Me siento en el sofá. Fígaro me mira desde la alfombra.

—Paco, él me dijo que era un proyecto. Me preguntó si iba a vender sus fotos.

—Lo sé. Me lo contó. Y le dije que era imbécil. Y se lo sigo diciendo cada mañana. Pero, Valeria, el miedo hace imbéciles a las mejores personas. Y Óscar es una buena persona con un miedo de mierda.

—Eso no excusa lo que dijo.

—No. No lo excusa. Pero tú tampoco estás bien. Yo te conozco. Te he visto estos tres meses. Te he visto con él. Te he visto más viva que nunca. Y ahora estás en tu sofá de Triana haciendo como que estás bien y no estás bien, cielo. Lo sé.

Joder, Paco. Joder.

—¿Qué quieres que haga? —pregunto, y me sale como un susurro.

—Ven al atelier. No como su novia. No como su fotógrafa. Ven como la persona que sabe sacarlo de su agujero. Porque yo he intentado

todo: café, gritos, amenazas de dimisión, poner a Rosalía a todo volumen. Nada funciona. Solo le funcionas tú.

Cuelgo. Me quedo mirando el teléfono. Miro a Fígaro. Fígaro me devuelve la mirada con esa expresión de "haz lo que tengas que hacer pero dame de cenar antes".

Le doy de cenar. Me siento en el sofá. Pienso.

Una semana. Una semana sin entrar en el atelier. Una semana sin oler la tela nueva, sin oír las tijeras de Óscar cortando patrones, sin sentir la vibración de la máquina de coser que Paco maneja como si fuera un instrumento musical. Una semana sin hacer fotos de las manos más bonitas que he fotografiado nunca.

Lo echo de menos. No solo a Óscar, que también, sino a todo lo que representa el atelier. El proceso creativo. La magia de ver cómo una idea se convierte en tela y la tela se convierte en vestido y el vestido se convierte en algo que hace llorar a la gente. He estado tres meses documentando esa magia y ahora que no estoy ahí siento que me falta un sentido. Como si hubiera dejado de oír.

Miro los mensajes de Óscar. Cuatro mensajes sin contestar. Y el quinto, el de ayer: "Las fotos son tuyas. Haz lo que necesites."

Ese mensaje me rompió un poco más de lo que ya estaba rota. Porque no es un mensaje de rabia ni de acusación. Es un mensaje

de rendición. Es Óscar diciendo "me equivoqué tanto que lo único que puedo hacer es darte lo que querías aunque me duela". Y eso no es lo que yo quiero. No quiero sus fotos por rendición. No quiero nada que venga envuelto en culpa.

Quiero que confíe en mí. De nuevo. De verdad. Porque la primera vez fue un milagro y la segunda tendrá que ser una decisión.

Me pongo las zapatillas. Cojo la cámara.

No. No cojo la cámara. Hoy no voy como fotógrafa. Hoy voy como Valeria. A pelo. Sin armadura.

Cruzo el puente de Triana hacia Sevilla. El sol de junio ya no pega fuerte a estas horas pero el aire sigue siendo tibio, espeso, con ese olor a jazmín y a río que Sevilla exhala al final del día como un suspiro. Las calles de Santa Cruz están llenas de turistas pero yo las

atravieso sin verlos, con el piloto automático puesto y el corazón latiendo cada vez más rápido a medida que me acerco.

La puerta del atelier está cerrada. Llamo.

Nada.

Llamo otra vez.

Nada.

Pruebo con el picaporte. Abierto. Entro.

El atelier está en penumbra. Las luces del techo están apagadas y solo entra la luz residual del patio, esa luz azulada del crepúsculo que lo convierte todo en una acuarela. Los maniquíes proyectan sombras alargadas sobre las paredes. La radio está apagada. Ni Chet Baker ni Miles Davis ni nada. Silencio.

Y en medio del silencio, Óscar.

Está sentado en el suelo, con la espalda contra la mesa de corte, rodeado de telas y bocetos. No está trabajando. Está quieto. Con las manos sobre las rodillas, los ojos fijos en algún punto de la pared opuesta, la barba más larga de lo normal, el pelo suelto y sin lavar. Lleva la misma camiseta negra que probablemente lleva desde hace

tres días y tiene unas ojeras que podrían usarse como ejemplo médico de insomnio severo.

—Óscar.

Levanta la cabeza. Me mira. Y en ese segundo, en esa fracción de tiempo en la que sus ojos me encuentran, veo pasar por su cara todo lo que no ha sabido decirme en los mensajes: el arrepentimiento, el miedo, el alivio, la culpa, y algo más, algo que se parece mucho a la sed de alguien que lleva días sin agua.

—Valeria.

No dice más. Solo mi nombre. Pero lo dice como si fuera la primera palabra que pronuncia en días y como si todas las palabras del mundo estuvieran contenidas en esas cuatro sílabas.

Me siento a su lado. En el suelo. Sin hablar. Simplemente me siento. Nuestros hombros casi se tocan. Puedo oler el taller: tela, almidón,

algo de café rancio, y debajo de todo, su olor. Ese olor particular que es solo suyo y que mi cuerpo reconoce antes que mi cerebro.

No digo nada. Le pongo una mano en el hombro. Un gesto simple. La palma sobre la tela de su camiseta, los dedos curvándose levemente sobre el músculo. Un ancla.

Pasan minutos. Quizá cinco. Quizá diez. El atelier se oscurece un poco más.

—Lo siento —dice.

—Lo sé.

—No debería haber dicho lo que dije.

—No.

—Tenía miedo.

—Lo sé.

—Miedo de que pasara otra vez. De que alguien con una cámara me usara otra vez. Y cuando Teresa me llamó y me dijo que tú estabas

encantada con la oportunidad, mi cerebro no vio a Valeria. Vio a Giulia. Y reaccioné como si estuviera en Milán otra vez.

—Lo sé.

—Pero no estaba en Milán. Estaba aquí. Contigo. Con la persona que me ha hecho confiar en las cámaras otra vez. Y le grité. La acusé. La comparé con la peor persona que ha pasado por mi vida.

—Óscar.

—Y ahora no puedo trabajar. No puedo diseñar. No puedo crear nada porque la persona que me hacía querer crear no está, y es culpa mía, y no sé cómo arreglarlo.

Su voz se quiebra al final. No mucho. Un temblor. Como una costura que cede. Pero es suficiente para que yo entienda que este hombre,

este hombre que mide las palabras como si pesaran y que esconde las emociones detrás de tela y silencio, está roto.

—No quiero perderte —dice.

—Pues no me pierdas.

Me mira. Los ojos brillantes en la penumbra.

—¿Así de fácil?

—No es fácil. Es simple. Que no es lo mismo. Lo fácil es lo que no cuesta. Lo simple es lo que no necesita complicarse. Y esto no necesita complicarse, Óscar. Me hiciste daño. Lo reconoces. Te perdono. Seguimos.

—Valeria, te comparé con...

—Lo sé. Y me dolió. Me dolió como solo puede doler algo que dice la persona que quieres. Pero no me rompiste. Me ofendiste, me enfadé, lloré, insulté a tu ascendencia genética en voz alta en mi salón de Triana... pero no me rompiste. Porque yo ya no me rompo

por lo que digan los demás. He tardado treinta años en aprenderlo, pero ya lo sé.

—¿Quién te ha enseñado?

—Un ex que me hacía pequeña y un diseñador que me hacía grande. Los dos a su manera.

Se queda callado. Luego alarga el brazo y me rodea los hombros. Me pega a él. Huele a camiseta de tres días y a café malo y a hombre que no ha dormido, y es el mejor olor del mundo porque es su olor y

porque significa que estoy aquí, con él, en este atelier oscuro, y que ninguno de los dos se ha rendido.

—Valeria.

—¿Qué?

—Tengo miedo.

—Lo sé.

—No de las cámaras. De esto. De quererte. De que lo que siento sea tan grande que no me quepa en el pecho y no sepa qué hacer con ello.

—Pues haz lo que sabes hacer. Cógelo. Dale forma. Córtalo. Cóselo. Conviértelo en algo que se pueda tocar.

Se ríe. Pequeñito. Un hilo de risa que se cuela entre la tristeza como la luz del patio entre las nubes.

—¿Estás usando mi propio oficio como metáfora emocional?

—Soy fotógrafa. Uso todo como metáfora.

Me aprieta el hombro. Yo le apoyo la cabeza en el pecho. Su corazón

late debajo de la camiseta negra, constante, fuerte, un poco rápido.

—Óscar.

—¿Qué?

—La pasarela es en diez días.

—Lo sé.

—Tienes tres looks sin terminar.

—Lo sé.

—Y una fotógrafa sin cámara, porque la dejé en tu mesa hace una semana y no he venido a recogerla.

Se separa. Se levanta. Va a la mesa de trabajo. Coge mi cámara. La trae. Me la da.

—Aquí está.

La cojo. La correa con los parches: el girasol, la estrella, el "NO MOLESTAR". Sigue igual. La enciendo. Funciona. Como si nada

hubiera pasado. Como si la cámara no supiera que hemos estado a punto de perderlo todo.

—Gracias —digo.

—¿Por qué?

—Por no haberla tirado por la ventana.

—Pensé en hacerlo. Paco me lo impidió.

—Paco es un héroe.

—Paco es un entrometido. Pero es mi entrometido.

Se queda mirándome. Tiene los ojos enrojecidos y las manos quietas por primera vez desde que le conozco, porque las manos de Óscar siempre están haciendo algo, cortando, cosiendo, ajustando,

dibujando, y ahora están quietas, vacías, como herramientas que han olvidado su función.

Le cojo las manos. Las aprieto. Están frías, lo cual es absurdo en junio en Sevilla, pero el cuerpo humano tiene sus propias leyes cuando el corazón manda más que el termómetro.

—Vamos —digo—. Paso a paso. Como el primer día.

—El primer día me odiabas.

—El primer día te encontraba insoportable. Es diferente. Odiar requiere esfuerzo y yo soy bastante vaga para eso.

Nos miramos. En el atelier oscuro, rodeados de telas y bocetos y maniquíes, nos miramos como si nos viéramos por primera vez. O como si nos viéramos por última vez y quisiéramos recordar cada detalle. O como si nos viéramos por fin, sin filtros, sin miedos, sin fantasmas de Milán ni ecos de exnovios condescendientes. Solo nosotros.

Le beso la frente. Es un gesto que nunca he hecho, porque la frente de Óscar siempre está fruncida o concentrada o inaccesible. Pero ahora está aquí, inclinada hacia mí, y le beso la arruga que se le

forma entre las cejas y que yo conozco de memoria porque la he fotografiado cien veces.

—Valeria —dice, y su voz ya suena un poco más como la suya, un poco menos como la de un hombre que se ha perdido.

—¿Qué?

—La camiseta está del revés.

Miro. Efectivamente, las costuras están por fuera.

—Lo sé desde que he entrado. Pero te quedaba bien. En un sentido metafórico.

—¿Las costuras por fuera como metáfora?

—Todo por fuera. Sin esconderse. Tal cual eres.

—Eso es lo más absurdo que me han dicho nunca.

—Espera a que me ponga creativa.

Casi sonríe. Un milímetro de sonrisa. Una fisura en el bloque de dolor. Es suficiente. Es un principio.

—Vamos —digo, levantándome—. Enciende las luces. Pon a Chet

Baker. Saca los patrones.

—¿Ahora?

—Ahora. Diez días, Mendoza. Tienes una colección que terminar y yo tengo fotos que hacer. Y no pienso dejar que una pelea, por gorda que haya sido, nos quite esto.

—¿Esto qué?

—Esto. Tú creando. Yo mirando. La luz del atelier. Los maniquíes. Las telas. Todo. No pienso perderlo.

Óscar me mira. Y sonríe. No la media sonrisa. No la sonrisa contenida. Una sonrisa de verdad, cansada y rota y llena de alivio, como la de alguien que ha estado conteniendo la respiración y por fin suelta el aire.

Enciende las luces. Pone a Chet Baker. Saca los patrones.

Y yo levanto la cámara.

Porque eso es lo que hago. Miro. Enfoco. Disparo.

Y lo que veo a través del objetivo es un hombre que vuelve a crear. Con las manos temblorosas de no haber dormido. Con las ojeras de una semana perdida. Con la barba sin arreglar y el pelo sucio y la

camiseta del revés, que no se ha dado cuenta y no voy a decírselo porque la foto es mejor así.

Un hombre real. Imperfecto. Asustado. Vivo.

Y mío.

Todavía mío.

28

Dos días después de volver al atelier, las cosas han empezado a normalizarse. O al menos a parecerse a lo que antes era normal: Óscar trabaja, yo fotografío, Paco hace de puente entre los dos con cafés y comentarios que oscilan entre lo perspicaz y lo impertinente.

Pero hay algo diferente. Una fragilidad nueva. Como cuando pegas un jarrón roto y queda bien pero sabes que la grieta está ahí, debajo del pegamento, y que si lo golpeas fuerte en el mismo sitio se rompe otra vez. Nos tratamos con un cuidado excesivo que ninguno de los dos menciona: él me pregunta antes de mover un maniquí, yo le pregunto antes de cambiar el ángulo de la luz, los dos andamos de puntillas sobre un suelo que hace una semana se agrietó bajo nuestros pies.

Hoy le enseño las fotos.

No las del proceso. No las de la exposición. Las otras. Las de la carpeta PERSONAL que he llevado cerrada como una caja fuerte

emocional durante semanas. Las que cuentan la historia que las treinta fotos del Alfonso XIII no cuentan. Las que son nuestras.

Estamos sentados en la mesa de trabajo, después de un día largo de ajustes y pruebas. Paco se ha ido hace una hora. El atelier está en ese estado de desorden creativo que indica que las cosas avanzan: retales en el suelo, alfileres en todas las superficies, tres tazas de café a medio beber en distintos puntos de la sala. La colección está casi lista. Ocho looks terminados, dos en fase de ajuste final. La pasarela es en ocho días.

—Óscar.

Levanta la vista del bordado. Tiene las gafas de trabajo puestas y un hilo dorado entre los dientes, porque Óscar sostiene los hilos con los dientes cuando tiene las dos manos ocupadas, lo cual es una

costumbre que debería ser repugnante pero que en él parece un gesto de artesano medieval.

—¿Qué?

—Tengo que enseñarte algo.

—¿Ahora?

—Ahora.

Abro el portátil. La carpeta PERSONAL. Giro la pantalla hacia él.

—Estas son las fotos que Teresa quería para El País. Las que no publiqué. Las que nunca le di a nadie. Las que hice porque te quiero

y porque cuando miro a través de la cámara veo cosas que necesitan existir.

Óscar se quita las gafas. Deja el hilo. Se inclina hacia la pantalla.

La primera foto es la de la Feria. Él y Manolo. La risa de su padre, las luces de la caseta, su propia cara de "no sé bailar pero mi padre me arrastra". Es una foto que grita alegría sin decir una palabra.

La segunda es del atelier de noche. Óscar de espaldas, frente a la ventana, con la silueta recortada contra las farolas de Santa Cruz. La soledad concentrada de alguien que crea en silencio.

La tercera son sus manos. Sin guantes, sin herramientas. Solo sus manos sobre una tela blanca, con la cicatriz del pulgar y las venas marcadas y los dedos curvados como si estuvieran a punto de hacer algo que solo ellos saben hacer.

La cuarta es en mi piso de Triana. Óscar sentado en el balcón, con una taza de café, el pelo mojado de la ducha, mirando los tejados. No sabe que le estoy fotografiando. Su cara está relajada, sin filtro, sin fachada. Es el Óscar que solo yo conozco.

Hay más. Muchas más. Óscar con Paco, riendo de algo que no oigo. Óscar agachado frente a un maniquí, con la boca llena de alfileres y la concentración de un cirujano. Óscar dormido en el sofá del atelier a las dos de la mañana, con un patrón sobre el pecho como una

manta de papel. Óscar mirándome a mí sin saber que le estoy sacando la foto, con una expresión que no tiene nombre en ningún idioma porque es demasiado grande para las palabras.

Óscar las mira una por una. En silencio. Ese silencio suyo que a veces es control y a veces es profundidad y ahora es algo diferente: es un hombre que se ve a sí mismo por primera vez.

Tarda mucho. Pasa las fotos despacio, volviendo a veces a una anterior, deteniéndose en otras. Su cara no cambia mucho, pero le conozco lo suficiente para leer las microexpresiones: un ligero fruncido de cejas en la foto de la Feria (emoción contenida), una relajación de la mandíbula en la del atelier de noche (reconocimiento), un parpadeo más largo en la de las manos (algo que no quiere nombrar).

Cuando llega a la última, la de él mirándome sin saber que le fotografío, se queda un rato largo mirándola.

—Óscar.

No dice nada.

—Óscar, estas fotos son tuyas. No mías. No de Teresa. No de El País. Tuyas. Las borro si quieres. Ahora mismo. Le doy a borrar y

desaparecen y nunca existieron. No son mi carrera. Son nuestra historia. Y si nuestra historia necesita ser privada, es privada.

Me mira. Sus ojos están brillantes. No está llorando, porque Óscar Mendoza no llora en público, ni siquiera cuando el público soy solo yo. Pero está al borde. Lo veo en la forma en que traga, en el músculo de la mandíbula que se tensa, en las manos que se agarran al borde de la mesa como si necesitara algo sólido donde sostenerse.

—No las borres —dice. Su voz suena como un susurro de tela contra tela: suave pero con peso.

—¿Seguro? Porque puedo borrarlas ahora mismo. Le doy a la papelera y desaparecen. Sin drama, sin rencor, sin consecuencias.

—No las borres. Son... —Busca la palabra. La busca como busca la tela perfecta: tocando varias, descartando, hasta encontrar la que tiene la textura justa—. Son verdad. Son la verdad de cómo me ves. Y es la primera vez que alguien me ve así y no me da miedo.

—¿No te da miedo?

—Me aterroriza. Pero no quiero que pare.

Le miro. Tiene las manos aún agarradas a la mesa, los nudillos un poco blancos, la respiración un poco más rápida de lo normal. Y los

ojos fijos en mí con una intensidad que me recuerda al primer día, cuando me miró de arriba abajo y dijo "no quiero fotógrafa". Solo que ahora la intensidad no es rechazo. Es todo lo contrario.

Se levanta. Camina por el atelier. Se para frente a la ventana del patio, de espaldas a mí, con las manos en los bolsillos. La misma postura de la foto que tanto miedo le daba: la silueta contra la luz, la soledad del creador.

—Mi madre cosía con la puerta abierta —dice, y su voz suena lejana, como si viniera de otro tiempo—. En la Macarena, en el patio de la vecindad. Las vecinas la veían coser y ella no se escondía. Decía que esconder lo que haces es como avergonzarte de respirar.

Se gira.

—Publícalas —dice.

—¿Qué?

—Publícalas. En la exposición. En El País. Donde quieras. Quiero que el mundo vea lo que tú ves cuando me miras.

—Óscar, no tienes que...

—No es por ti. Bueno, sí, es por ti. Pero también es por mí. Llevo cuatro años escondiéndome detrás de un muro que construí con la

excusa de Giulia. Y ese muro no me protege. Me encierra. Y estoy harto de estar encerrado.

—¿Estás seguro? Porque si dices que sí y luego te arrepientes...

—No me voy a arrepentir. —Se levanta. Camina por el atelier. Se para frente al maniquí que lleva el vestido de los azulejos del Alcázar, su primera pieza de la colección, la que empezó todo—. Mi madre me traía al Alcázar de niño y tocaba los azulejos. Decía: "Esto es lo que yo coso. Solo que ellos lo hacen con barro." Nunca tuvo miedo de que la vieran. Cosía delante de las vecinas, en el patio, con la puerta abierta. No se escondía.

Se gira hacia mí.

—Yo me he escondido cuatro años. Se acabó.

—Óscar...

—Quiero que la foto de portada de la exposición sea la de la Feria. La de mi padre y yo. Quiero que sea lo primero que la gente vea cuando entre.

—¿La de Manolo?

—La de Manolo. Porque si hay algo que quiero que el mundo vea es eso: un mecánico de la Macarena que no entiende la moda pero que

está orgulloso de su hijo. Eso es lo que hay detrás del diseñador. Eso es la historia real.

Me levanto. Me acerco a él. Le cojo las manos. Esas manos que he fotografiado cien veces y que conozco de memoria: la cicatriz del

pulgar, las callosidades de las tijeras, la fuerza suave de los dedos que cortan y cosen y crean.

—¿Estás seguro? —pregunto una última vez.

—Estoy seguro. —Pausa—. Y Valeria.

—¿Qué?

—Llama a Teresa. Dile que sí a El País también.

—Óscar, no tienes que hacer eso por mí.

—No es por ti. Es por mí. Es por dejar de tener miedo. Es por aceptar que alguien me quiere y que la forma en que me quiere merece ser vista.

Le miro. Tiene los ojos oscuros y brillantes y una expresión que es mitad decisión mitad vértigo, como alguien que se asoma al borde de un acantilado y decide saltar.

—De acuerdo —digo.

—De acuerdo.

—Pero eliges tú las fotos para El País. Cada una. Ves todas las que

tengo y decides cuáles salen y cuáles no. Tu cara, tus reglas.

—Hecho.

Nos sentamos. Abro toda la carpeta. Cientos de fotos. Las pasamos una a una. Óscar elige con la misma precisión con la que elige telas: observa, evalúa, descarta o selecciona con un gesto mínimo. Sí. No. Sí. Esta no. Esta sí. Esta... espera. Acerca. Sí, esta.

Al final tiene quince fotos seleccionadas para El País y diez nuevas para la exposición. Veinticinco imágenes que cuentan la historia completa: el proceso, el hombre, las manos, el padre, la risa, la soledad, la creación, la vida.

—Óscar.

—¿Qué?

—¿Puedo añadir una más a la exposición?

—¿Cuál?

—La última. La que no te he enseñado.

Busco en el portátil. Es una foto que hice hace dos semanas, antes de la pelea, antes de Teresa, antes de todo. Es de noche en el atelier. Óscar está trabajando en el vestido de azahar, mi vestido, y

no sabe que le estoy fotografiando desde el otro lado del taller. La foto le capta de perfil, inclinado sobre la tela, con una aguja en la mano y la luz de la lámpara cayendo sobre su cara como un halo. Pero lo que la hace especial no es la composición ni la luz. Es su expresión. Porque Óscar, mientras borda las flores de azahar en el vestido que ha diseñado para mí, tiene en la cara algo que no he visto nunca en tres meses de fotografiarlo: ternura. Ternura pura, sin filtro, sin control. La ternura de un hombre que crea algo para la persona que quiere.

Se la enseño.

Se queda mirándola.

Mucho rato.

—¿Así me veo cuando pienso en ti? —pregunta.

—Así te ves.

—Joder.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un sí.

—¿Para la exposición?

—Para la exposición, para El País, para un cartel en la Giralda si quieres. No me importa. Quiero que la gente vea esto. Quiero que sepan que detrás de la tela y los maniquíes y las pasarelas hay un tío que se enamora como todo el mundo. Que tiene miedo como todo el mundo. Y que a veces, cuando nadie mira, borda flores para

la persona que quiere con la misma cara de imbécil que probablemente tengo ahora mismo.

Me río. Con lágrimas. Con mocos. Con esa mezcla de risa y llanto que me sale cuando las emociones son demasiado grandes para un solo formato.

—Óscar.

—¿Qué?

—Te quiero.

—Lo sé.

—No, espera, esa es la frase de Han Solo. Tienes que decir algo original.

Se ríe. Me coge la cara. Me mira.

—Te quiero —dice—. Original. Mío. Sin guion. Te quiero como no he querido nunca a nadie. Te quiero como diseño: con todo, con miedo, con las manos.

Y me besa.

No un beso cualquiera. No un beso de buenos días ni de buenas

noches ni de "nos vemos luego". Un beso que tiene la urgencia de una semana de silencio y la suavidad de un perdón que no necesitaba más palabras. Un beso que dice todo lo que hemos tardado semanas en decir con la boca: que el miedo no gana, que la confianza se reconstruye, que las grietas del jarrón no tienen por qué romperse otra vez si aprendes a cuidarlo mejor.

Es el mejor beso de toda mi vida. No porque sea técnicamente perfecto, que no lo sé porque cuando Óscar me besa pierdo la capacidad de análisis técnico. Sino porque es un beso que sabe a "te quiero" dicho por primera vez por un hombre que mide las palabras como si pesaran y que solo las suelta cuando está seguro de que son verdad.

Nos abrazamos en el atelier, rodeados de maniquíes y telas y patrones, con Chet Baker sonando bajito y la noche de Sevilla entrando por la ventana como una invitada que sabe cuándo quedarse y cuándo irse.

Y yo pienso que esto es lo que importa. No El País, no la exposición, no la carrera. Esto. Dos personas que se han hecho daño y que han elegido quedarse. Dos personas que tienen miedo y que saltan

igualmente. Dos personas que se miran y que, por primera vez, dejan que las miren de vuelta.

Eso es lo que importa.

Eso es la foto.

Esa noche, en mi piso de Triana, con Fígaro ronroneando a nuestros pies y el sonido del río filtrándose por la ventana abierta, abro el portátil y empiezo a reorganizar la exposición. Las treinta fotos originales más las diez nuevas. Cuarenta fotos que cuentan una historia completa: desde el primer día en el atelier, cuando Óscar me dijo que no quería fotógrafa, hasta la foto de la ternura, donde un hombre borda flores para la persona que quiere.

Óscar mira la pantalla por encima de mi hombro. Tiene el mentón apoyado en mi hombro y su aliento me hace cosquillas en el cuello y

sus manos están en mi cintura como si fuera lo más natural del mundo.

—La del atelier de noche —dice— ponla antes de la de la Feria. Así el espectador pasa de la soledad al encuentro. De la sombra a la luz.

Le miro. Este hombre que dice que no sabe de fotos me está dando indicaciones de comisariado que cualquier galerista envidiaría.

—¿Desde cuándo sabes de montaje de exposiciones?

—Desde que diseño colecciones. Es lo mismo. Contar una historia con una secuencia. Solo que yo uso tela y tú usas luz.

Tiene razón. Y seguimos trabajando juntos hasta las dos de la mañana, construyendo la historia de una exposición que se llama "No me mires así" y que es, en el fondo, la historia de dos personas que aprendieron a mirarse sin miedo.

29

La Pasarela de Sevilla huele a laca, a nervios y a tela nueva.

Estoy en la primera fila con la cámara preparada, la tarjeta de memoria formateada y el estómago hecho un nudo que ningún marinero sabría deshacer. No es mi desfile. No es mi colección. No es mi nombre el que va a aparecer en el programa. Pero me tiemblan las manos como si fuera yo la que va a salir a saludar al final.

Porque de alguna forma, también es mío. Cada vestido que va a desfilar esta noche lo he visto nacer. He fotografiado cada corte, cada prueba, cada ajuste de última hora. He estado en el atelier a las dos de la mañana mientras Óscar cosía ojales con las manos temblorosas de café y de perfeccionismo. He visto la colección crecer como se ve crecer una planta: despacio, con paciencia, con la certeza de que algo hermoso estaba tomando forma.

La sala está llena. Quinientas personas. Prensa, compradores, diseñadores, celebridades locales, influencers con móviles que ya están grabando antes de que empiece nada. Las luces de la pasarela forman un corredor blanco que cruza la sala como un río de luz, y a

ambos lados las sillas se alinean con esa geometría perfecta que convierte un espacio vacío en un escenario.

Teresa Molina está en la fila de enfrente, con un vestido negro impecable y una libreta donde probablemente está anotando los nombres de todos los presentes y el valor comercial de cada uno. A su lado, un periodista de El País que ha venido a cubrir el evento y que mañana publicará el perfil de Óscar con mis fotos. Mis fotos en El País. Todavía no me lo creo.

Rocío me envía un mensaje: "VAMOS VALERIA. ROMPE ESA CÁMARA." Seguido de quince emojis de fuego que probablemente son excesivos pero que me hacen sonreír.

Inma me envía otro: "Venus está en la casa de la creatividad. Es tu noche."

Mi madre me ha llamado tres veces y le he dicho tres veces que estoy trabajando. A la cuarta ha mandado un audio que dice: "Vale, hija, pero mándame una foto del diseñador que quiero enseñársela a la vecina."

Las luces bajan. La música empieza. No es música de pasarela al uso, no es el electrónico genérico que suena en la mayoría de los desfiles. Es algo diferente. Es flamenco fusionado con jazz. Es Niña

Pastori sobre una base de Miles Davis. Es Sevilla hablando en un idioma que solo entiende quien ha vivido aquí.

Es Óscar.

El primer look sale a la pasarela y se me para el corazón.

Es el vestido de los azulejos del Alcázar. Seda azul cobalto con bordados geométricos que brillan bajo los focos como si estuvieran hechos de agua. La modelo camina con esa precisión de metrónomo que tienen las modelos profesionales, pero el vestido hace algo más: se mueve. No como una prenda. Como un ser vivo. Cada paso genera una onda en la tela que transforma los bordados en un caleidoscopio de reflejos azules y dorados.

Disparo. Disparo. Disparo. La cámara trabaja tan rápido como mis dedos y cada foto es un instante que no se repite: la caída de la tela en el giro, el bordado atrapando la luz en el ángulo exacto, la sombra del vestido sobre la pasarela blanca como una mancha de océano.

Segundo look. El traje de chaqueta con solapas de encaje de bolillos. Tercero. El vestido de gasa con cintura estructurada. Cuarto. El abrigo largo con forro simplificado. Cada pieza es una declaración: esto es artesanía andaluza. Esto es tradición. Esto es futuro. Esto es

un hombre que aprendió a coser de su madre en la Macarena y que ha convertido ese aprendizaje en algo que quita el aliento.

La sala reacciona. Murmullos. Asentimientos. El periodista de El País toma notas frenéticamente. Un comprador de una tienda de Madrid que he visto en el cóctel previo se inclina hacia su asistente y le dice algo al oído. Teresa Molina no mueve un músculo, que es su forma de decir que está impresionada.

Quinto look. Sexto. Séptimo. El octavo es el que Óscar diseñó pensando en mí: el vestido de organza con la estructura libre, el contraste entre lo planificado y lo espontáneo. Cuando la modelo lo lleva por la pasarela, la tela se mueve como si bailara sola, y yo recuerdo la noche en la mesa de corte, los patrones arrugados, su risa contra mi piel, y tengo que tragar fuerte para no dejar de disparar.

Noveno look. El abrigo. Décimo. El vestido nupcial invertido. Marfil con detalles negros. La modelo avanza y la sala contiene el aliento. Es provocador y es precioso y es todo lo que Óscar quería decir con esta colección: que la moda no es repetir, es reinventar. Que la tradición no es un museo, es un idioma vivo. Que una costurera de la Macarena puede ser la raíz de un árbol que da frutos en una pasarela internacional.

La ovación empieza antes de que la modelo llegue al final de la pasarela. No es un aplauso educado. Es un aplauso que nace del

estómago, de la sorpresa, del reconocimiento de que acaba de pasar algo importante. Quinientas personas aplaudiendo de pie. Teresa Molina aplaudiendo de pie, que es algo que probablemente no ha hecho desde la última vez que un diseñador la dejó sin palabras, que probablemente fue hace décadas.

Y entonces sale Óscar.

Sale por el fondo de la pasarela, con su traje negro de siempre, el pelo recogido, la barba arreglada, los ojos oscuros brillando bajo los focos. Camina con esa elegancia suya que no es de modelo sino de artesano: pasos firmes, sin prisa, como si cada metro de pasarela fuera un metro de tela que está midiendo antes de cortar.

Llega al centro. Saluda. Inclina la cabeza. Los aplausos arrecian.

Y me busca.

Sus ojos recorren la primera fila, las caras iluminadas por los flashes, los periodistas, los compradores, y me busca. Con esa urgencia contenida de alguien que necesita un ancla en un mar de ruido.

Me encuentra.

Nuestras miradas se cruzan. Media sala. Quinientas personas. Focos. Música. Aplausos. Y por un segundo, un segundo exacto, somos solo

dos personas mirándose como si el mundo entero fuera un fondo desenfocado y lo único nítido fuéramos nosotros.

Le hago la foto. No porque sea mi trabajo. Porque es el momento más hermoso que he visto en mi vida y no dejar constancia de él sería un crimen contra la belleza.

Óscar sonríe. No para las cámaras. No para el público. Para mí. Una sonrisa que dice "lo hemos conseguido" y "gracias" y "te quiero" y todo lo que no se puede decir en una pasarela con quinientas personas aplaudiendo.

Le devuelvo la sonrisa. Desde detrás de mi cámara. Desde mi primera fila. Desde este lugar al que he llegado después de siete años de bodas y tres meses de un hombre que odiaba las cámaras y que ahora está de pie en una pasarela sonriéndole a la mujer que se las puso delante.

La noche continúa. Óscar recibe felicitaciones, apretones de manos, tarjetas de visita. Teresa Molina le dice algo al oído que le hace asentir con solemnidad. El periodista de El País le pide una entrevista breve que Óscar concede con monosílabos y respuestas precisas que suenan a titular perfecto. Paco llora detrás del

escenario con un vaso de cava y abraza a todas las modelos como si fueran sus hijas.

Yo fotografío todo. El backstage. Los abrazos. Las lágrimas de Paco. Las manos de Óscar temblando ligeramente cuando nadie mira. La modelo del vestido nupcial retocándose el maquillaje con una sonrisa que dice "sé que acabo de llevar algo histórico". Los zapatos de tacón amontonados en una esquina como un ejército vencido. El silencio del atelier vacío cuando todo el mundo se ha ido y solo quedan los maniquíes desnudos y el eco de los aplausos.

A las once de la noche, cuando la sala se ha vaciado y los técnicos recogen las luces, Óscar me encuentra en el pasillo de backstage.

—Ven —dice.

—¿Adónde?

—Al atelier. Quiero enseñarte algo.

Caminamos por las calles de Sevilla a medianoche. Él con su traje. Yo con mis zapatillas de lona. Los dos con la adrenalina del desfile aún en las venas y esa electricidad que genera el éxito compartido.

El atelier está vacío. Los maniquíes han sido devueltos sin sus vestidos, que están en el recinto de la Pasarela. Pero los bocetos

siguen en las paredes. Los retales en el suelo. Las tijeras en la mesa. El olor a tela y a creación.

Óscar enciende la luz del patio. Solo la del patio, que entra por la ventana interior y llena la sala de una claridad suave, de luna artificial.

—¿Qué querías enseñarme? —pregunto.

—Nada. Quería estar aquí contigo. Donde empezó todo.

Me mira. Yo le miro. Y el atelier, que ha sido testigo de nuestra primera pelea, de nuestro primer beso, de nuestro primer todo, nos envuelve como un abrazo de tela y silencio.

—Óscar.

—¿Qué?

—Ha sido increíble.

—¿El desfile?

—Todo. El desfile. La colección. Tú. Todo.

Se acerca. Me quita la cámara del cuello. La deja en la mesa. Me

rodea la cintura con las manos.

—Valeria.

—¿Qué?

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por verme. Desde el primer día. Por verme cuando yo no quería ser visto. Por insistir. Por mover el maniquí. Por hacerme reír cuando

no quería reír. Por quedarte cuando te dije que te fueras. Por volver cuando te di razones para no hacerlo.

—Óscar, me vas a hacer llorar y me he maquillado para la ocasión.

—Es la primera vez que te maquillas en tres meses.

—¿Lo has notado?

—Noto todo. —Sus manos suben por mi espalda—. Noto que te has puesto rímel. Que te has soltado el pelo. Que hueles a ese perfume que solo te pones cuando algo importa.

—Importas.

—Lo sé. Ahora lo sé.

Me besa. No es un beso suave. No es un beso de café y balcón. Es un beso de victoria y de alivio y de esa urgencia que genera el haber estado a punto de perder algo y descubrir que todavía lo tienes.

Sus manos me buscan con una familiaridad que no necesita mapa. Conocen el camino: la curva de mi cintura, la línea de mis caderas, el punto exacto de mi espalda donde un roce me hace temblar. Y mis manos conocen el suyo: los hombros anchos bajo la chaqueta,

el cuello donde el pelo empieza a rizarse, el latido en la base de la garganta.

La chaqueta cae. Mi blusa cae. El atelier vacío, sin maniquíes ni vestidos, se convierte en nuestro escenario privado.

—Aquí —digo.

—Aquí.

—Donde empezó todo.

—Donde empieza todo.

La mesa de corte. Otra vez. Pero esta vez no hay patrones que arrugar ni organza que proteger. Solo madera y nosotros y la luz del patio cayendo sobre nuestros cuerpos como si el atelier quisiera fotografiarnos.

Óscar me sienta en la mesa. Se coloca entre mis piernas. Me besa el cuello, la clavícula, el hueco entre los pechos. Con la misma atención

con la que borda flores en la seda: cada beso en el lugar exacto, cada caricia con la presión justa.

—He soñado con esto —murmura contra mi piel—. Toda la semana que estuvimos separados. Soñaba con esto y me despertaba solo y era peor que no dormir.

—Estoy aquí.

—Lo sé.

—No me voy.

—Lo sé.

Sus manos me quitan lo que queda de ropa con esa habilidad de diseñador que convierte desvestir a alguien en un acto de precisión artística. Y yo le desvisto a él con la urgencia de una fotógrafa que

sabe que el momento perfecto dura un segundo y hay que aprovecharlo.

Cuando estamos piel contra piel en el atelier vacío, con Sevilla parpadeando al otro lado de la ventana y el eco del desfile todavía vibrando en las paredes, nos miramos.

—No me mires así —dice él, repitiendo la frase que ha bordado en el forro de mi vestido.

—¿Así cómo?

—Como si fuera la mejor foto que has hecho nunca.

—Es que lo eres.

Y lo que sigue es todo lo que hemos sido y todo lo que seremos, comprimido en cuerpos y aliento y el sonido de nuestros nombres dichos en voz baja. Es lento y urgente al mismo tiempo. Es risa cuando me golpeo el codo con el borde de la mesa y él me besa el codo como si eso lo curara. Es intensidad cuando sus manos me

sujetan las caderas y nuestros cuerpos encuentran ese ritmo que es solo nuestro, que nadie más conoce.

Es él diciendo mi nombre como si fuera una oración. Es yo diciendo el suyo como si fuera una respuesta.

Y cuando llegamos juntos, sincronizados como dos notas de una melodía que alguien escribió pensando en nosotros, me aferro a él con fuerza y siento que todo lo que hemos pasado, las peleas, los miedos, los mensajes sin contestar, las noches sin dormir, todo ha sido el precio de llegada a este momento exacto.

Nos quedamos en la mesa de corte. Sudando. Riendo. Con la respiración entrecortada y las piernas enredadas y la satisfacción de

saber que esto, exactamente esto, es donde se supone que tenemos que estar.

—Óscar.

—¿Qué?

—Tu colección es un triunfo.

—Nuestro triunfo.

—Tuyo. Los vestidos son tuyos.

—Las fotos son tuyas. Y sin las fotos, nadie habría visto los vestidos antes de la pasarela. Sin la exposición, sin El País, sin tu mirada, mi colección sería un secreto bien guardado. Tú la has sacado a la luz.

—Qué poético para un hombre desnudo en una mesa de corte.

—Inspiras poesía.

—Y arritmias. Mi corazón no es normal desde que te conozco.

Se ríe. Me besa la frente. Nos vestimos despacio, como quien sale de un sueño que no quiere que termine.

Salimos del atelier a las calles de Santa Cruz a la una de la mañana.

Sevilla sigue despierta, como siempre, con bares abiertos y gente riendo y guitarras sonando en algún rincón. Caminamos de la mano hacia Triana, cruzando el río bajo un cielo que tiene demasiadas nubes para estrellas pero que de alguna forma sigue siendo hermoso.

—Óscar.

—¿Qué?

—¿Qué viene ahora?

—¿Después de la pasarela?

—Después de todo. ¿Qué viene?

Me mira. Aprieta mi mano.

—Viene lo que queramos que venga. Más colecciones. Más fotos. Más noches como esta. Más mañanas con café en tazas de Ikea.

Más Fígaro juzgándonos. Más tu madre preguntándome cuándo la visito. Más todo.

—¿Más todo?

—Todo lo que tú quieras. Lo que pueda darte. Lo que sepa construir con las manos.

Le miro. Le aprieto la mano. Y pienso que esta noche, en esta Sevilla de luces y río y jazmín, el mundo es exactamente del tamaño que necesita ser.

Del tamaño de dos personas que se quieren y que han aprendido a decirlo.

30

Las fotos están colgadas.

No en una pared cualquiera. En las paredes del salón del Hotel Alfonso XIII de Sevilla, con marcos negros de madera sobre muros de estuco color crema, iluminadas por focos direccionales que hacen brillar cada detalle como si las imágenes estuvieran vivas. Cuarenta fotos en total, diez más de las treinta originales, porque Teresa autorizó la ampliación cuando vio las personales y dijo, con esa economía verbal suya, "estas van".

Estoy de pie en el centro de la sala, con un traje que no me he puesto desde la pasarela de Milán, y me tiemblan las manos. No mucho. Lo justo para que nadie lo note excepto Paco, que está a mi

lado con un cava en la mano y que me conoce lo bastante para ver el temblor sin necesidad de mirarlo.

—Respira —dice Paco.

—Respiro.

—No, respiras como cuando estás a punto de rehacer un patrón entero. Respira como una persona normal.

—No sé respirar como una persona normal. Soy diseñador de moda. Respiramos diferente.

—Óscar.

—¿Qué?

—Relájate. Las fotos son espectaculares. La sala es preciosa. Valeria está preciosa. Tú estás presentable. Todo va a salir bien.

Miro la sala. Los camareros colocan las últimas copas. Teresa supervisa la disposición de los carteles informativos con la meticulosidad de un general antes de la batalla. Un grupo de periodistas espera en la entrada, identificables por las grabadoras y

las libretas y esa expresión de "estoy aquí por trabajo pero el cava es gratis".

Y las fotos.

Las fotos de Valeria.

Las miro y siento algo que no tiene nombre en mi vocabulario, que como ya he dicho tiene la extensión emocional de un catálogo de telas. Las fotos cuentan mi historia, pero no solo la mía: cuentan la historia de alguien que mira. De alguien que busca la verdad en los pliegues de la tela, en las arrugas de una mano, en la soledad de un taller a las tres de la mañana.

La primera foto, la más grande, la que recibe al visitante cuando cruza la puerta, es la de la Feria. Mi padre y yo. Manolo Mendoza con un fino en la mano y una risa que ocupa toda la cara, y yo a su lado, medio arrastrado a la pista de baile, con una expresión que dice "no sé bailar pero mi padre no acepta un no". La foto está impresa en formato grande, casi un metro de ancho, y desde esta distancia parece una ventana a otro mundo: más luminoso, más ruidoso, más vivo.

Mi padre va a llorar cuando la vea. Lo sé porque conozco a Manolo Mendoza y porque hay cosas que los hombres que no lloran no

pueden contener, y ver tu propia risa colgada en una pared del Alfonso XIII es una de ellas.

Valeria aparece por la puerta lateral. Lleva el vestido. Mi vestido. El negro con los bordados de azahar. El que diseñé pensando en cómo se mueve, en cómo se ríe, en cómo su pelo siempre se escapa del moño y le cae por los hombros como si tuviera voluntad propia.

Está guapísima.

No guapísima de modelo de revista. Guapísima de mujer real que lleva un vestido hecho para ella y que lo sabe y que lo celebra con cada paso. Las curvas que la industria de la moda ignoraría, mi vestido las abraza. El hombro al descubierto muestra una piel olivácea que brilla bajo las luces de la sala. Los bordados de azahar brillan como pequeñas estrellas sobre el negro. Y en algún lugar,

invisible para todos, en el forro a la altura del corazón, están las palabras "No me mires así" bordadas en hilo plateado.

Me ve. Sonríe. Se acerca.

—¿Nervioso? —pregunta.

—Sí.

—Bien. Eso significa que te importa.

—Me importa. Todo esto. Me importa.

—Lo sé. —Me coge la mano. La aprieta—. ¿Listo?

—¿Para qué?

—Para que te miren.

Las puertas se abren a las ocho. La gente entra despacio, como se entra en un lugar que pide respeto: mirando las paredes, bajando la voz, dejando que las fotos hablen primero.

Me quedo al fondo. No quiero ser el centro de atención. Esta noche es de Valeria. Sus fotos. Su mirada. Su momento. Yo soy el sujeto, no el autor. Y hay una humildad nueva en reconocerlo que me

sorprende: una parte de mí que no sabía que existía y que resulta que es capaz de quedarse al margen sin sentir que pierde algo.

Observo a la gente mirar las fotos. Cada persona se detiene en una diferente. Un hombre de negocios se queda diez minutos frente a la serie de manos: mis manos cortando, cosiendo, ajustando. Una mujer con gafas enormes y un cuaderno se planta ante la foto del atelier de noche y toma notas como si estuviera ante un cuadro en un museo. Un grupo de jóvenes se hace selfies delante de la foto del vestido de los azulejos, lo cual debería molestarme pero no me molesta porque si la gente joven se interesa por la artesanía andaluza, aunque sea por un selfie, algo estamos haciendo bien.

Y entonces llega mi padre.

Manolo Mendoza entra en el Hotel Alfonso XIII con su mejor traje, que es el mismo que lleva a todas las bodas desde 1998 y que le queda un poco estrecho de hombros porque ya no es el mecánico de treinta años que se lo compró. Viene con la cara afeitada, el pelo peinado con gomina, los zapatos lustrados. A su lado, una señora bajita con un vestido de flores que reconozco: Encarna. La madre de Valeria. Se han conocido en la puerta, según me contará Paco después, y han congeniado inmediatamente porque Encarna le ha dicho "usted es el padre del diseñador, ¿verdad?" y Manolo ha dicho "y usted es la madre de la fotógrafa" y Encarna ha dicho "la misma,

y si su hijo no cuida a mi hija se las ve conmigo" y Manolo se ha reído y le ha ofrecido el brazo.

Manolo recorre la sala. Mira las fotos una a una, con la paciencia de un hombre que no entiende de arte pero que entiende de trabajo, de manos, de cosas hechas con esfuerzo. Asiente ante las fotos de las telas. Sonríe ante las del atelier. Se detiene ante la de Paco llorando en backstage y dice algo que hace reír a Encarna.

Y entonces llega a la foto grande. La de la Feria. La de los dos.

Se queda de pie. Quieto. Mirando.

Veo desde lejos cómo su espalda se endereza. Cómo sus manos caen a los lados. Cómo su cabeza se inclina ligeramente hacia la derecha, que es lo que hace cuando algo le emociona y no quiere que se le note.

Tardo en acercarme. Le doy tiempo. Pero cuando llego a su lado, veo que tiene los ojos brillantes y la mandíbula apretada y una

expresión que dice que está conteniendo algo que es más grande que él.

—Papá.

—Hijo. —Su voz es un hilo—. ¿Eso somos nosotros?

—Eso somos nosotros.

—¿En la Feria?

—En la Feria.

Me mira. Y luego mira la foto otra vez. Y luego hace algo que no le he visto hacer desde el funeral de mi madre: llora. Manolo Mendoza, el mecánico del barrio de la Macarena que no llora ni cuando se pilla un dedo con la llave inglesa, llora delante de una foto en el Hotel Alfonso XIII de Sevilla.

—Tu madre... —empieza, y no termina. No puede.

Le pongo la mano en el hombro. Él me pone la suya encima. Nos quedamos así, padre e hijo, delante de una foto que una mujer con

zapatillas de lona sacó en la Feria de Abril, y no necesitamos decir nada más.

Encarna aparece a nuestro lado. Mira la foto. Mira a Manolo. Mira a mí. Y con la sutileza de un martillo pilón, dice:

—Tú cuida a mi hija o te coso. Y yo sé coser, que soy modista.

Mi padre se ríe entre las lágrimas. Yo también. Y Encarna nos mira con satisfacción, como si acabara de resolver un problema complejo con una sola frase.

Valeria está al otro lado de la sala, rodeada de periodistas y compradores que le hacen preguntas sobre las fotos, sobre la técnica, sobre cómo consiguió que un diseñador que odia las cámaras se dejara retratar así. La observo. Lleva mi vestido como si lo hubiera nacido con él puesto. Gesticula mientras habla, como siempre. Se ríe, como siempre. El pelo se le escapa del moño, como siempre. Y cada vez que alguien le pregunta algo sobre mí, me busca con los ojos por la sala y sonríe.

La hermana de Valeria, Alba, está junto a una columna con su marido y sus dos hijos, que corren entre los invitados como si el Alfonso XIII fuera un parque infantil. Alba se parece a Valeria pero más seria, más contenida, y tiene la expresión de una hermana

mayor que está orgullosa pero que nunca lo diría tan alto como Encarna.

—Esa chica vale mucho —dice mi padre a mi lado, señalando a Valeria con la copa de vino.

—Lo sé.

—¿Se lo dices?

—Intento decírselo.

—Pues díselo más. Las mujeres necesitan oírlo. Tu madre me lo decía siempre: "Manolo, dime que me quieres." Y yo le decía "mujer,

si ya lo sabes". Y ella me contestaba: "Saberlo y oírlo son cosas distintas."

—Papá.

—Díselo. Todos los días. Con palabras, con hechos, con lo que sea. Pero que no le quepa duda. Porque una mujer que te mira como ella te mira no se encuentra dos veces.

Asiento. Mi padre me aprieta el hombro. Bebe vino. Y se va a hablar con Encarna sobre algo que probablemente tiene que ver con costura, mecánica o la educación sentimental de sus hijos.

La noche avanza. La exposición es un éxito. Teresa recibe felicitaciones como quien recibe el correo: con eficiencia y sin sorpresa. El periodista de El País me dice que el perfil sale el domingo y que las fotos de Valeria son "extraordinarias, probablemente las mejores que he visto de un diseñador en

España". Paco llora tres veces, una por la foto de la Feria, otra por la del backstage y otra porque el cava está "divino, cielo, divino".

A las diez, la sala empieza a vaciarse. Los periodistas se van. Los compradores se van. Los invitados se van. Quedan los amigos, la familia, el equipo.

Y la última foto.

Es la que Valeria me preguntó si podía añadir. La que hizo de noche en el atelier, sin que yo lo supiera. La de mi perfil inclinado sobre el vestido de azahar, bordando flores con una aguja y un hilo dorado, con la luz de la lámpara cayendo sobre mi cara.

Es la última foto de la exposición. Está en la pared del fondo, justo antes de la salida. El que la vea, la ve al irse. Es la imagen con la que se queda la gente cuando abandona la sala.

Es la foto donde se ve mi cara.

La única de toda la exposición donde se ve mi cara.

Y lo que se ve en esa cara es algo que yo no sabía que tenía: ternura. La ternura de un hombre que borda flores para la persona

que quiere. Que no sabe que le están fotografiando. Que no posa, no calcula, no controla. Que simplemente es.

Valeria se acerca por detrás. Le rodeo la cintura con los brazos sin girarme. La siento apoyar la cabeza en mi espalda.

—¿Qué te parece? —pregunta.

—Me parece que eres la mejor fotógrafa que he conocido.

—Solo has conocido a dos.

—Y la otra me fue infiel. Así que no es difícil ganarle.

Se ríe contra mi espalda. La vibración me recorre entero.

—Óscar.

—¿Qué?

—Mira la foto.

Miro. Me miro. Un hombre bordando flores en un vestido negro. Con las manos manchadas de hilo dorado. Con la concentración de un cirujano. Y con algo en los ojos que se parece mucho a lo que siento

ahora mismo, aquí, con ella apoyada en mi espalda y su familia y mi padre y nuestros amigos llenando la sala con sus risas y sus voces.

—Así me ves —digo.

—Así eres.

—No siempre.

—Siempre. Aunque no lo sepas. Aunque pongas la cara de vampiro del atelier. Aunque frunzas el ceño y hables con monosílabos y te escondas detrás de la tela. Debajo de todo eso, siempre estás así.

—¿Bordando flores?

—Queriendo. Bordas porque quieres. Coses porque quieres. Diseñas porque quieres. Todo lo que haces es una forma de querer, Óscar. Solo que no lo llamas así porque eres un tío y los tíos llamáis a las cosas por nombres que no asustan.

Me giro. La miro. Tiene los ojos brillantes bajo las luces de la sala y el maquillaje un poco corrido y el pelo más suelto que al principio de la noche y es la mujer más hermosa que he visto en mi vida. No por el vestido. No por el maquillaje. Porque es Valeria. Porque es la

persona que me ha visto y que ha decidido quedarse con lo que ha visto.

—Te quiero —digo.

—Lo sé.

—No, esa es la frase de Han Solo.

—Ya la usé yo la otra vez. Me toca.

—Valeria.

—Te quiero, Óscar. Desde el día que me dijiste "no quiero fotógrafa" y te saqué una foto igualmente. Desde entonces.

—Eso fue el primer día.

—Fue el primer día. ¿Algún problema?

—Ninguno.

La beso. En medio de la sala de la exposición. Delante de las fotos, de los camareros que recogen las copas, de Paco que aplaude, de mi

padre que sonríe, de Encarna que le dice a Alba "¿ves? Te dije que era buena señal."

Le aparto un mechón de pelo de la cara. Ese mechón que siempre se escapa del moño, que es como ella: indomable, libre, incapaz de quedarse quieto.

La beso con la seguridad de alguien que ha decidido dejar de tener miedo. Con la gratitud de alguien que ha sido visto. Con la promesa de alguien que sabe que crear es querer y que querer es crear y que esta mujer, con su cámara y su risa y sus zapatillas de lona que esta noche se ha cambiado por unos tacones que probablemente la están matando, es la mejor obra que la vida me ha dado.

Alguien nos hace una foto. No sé quién. Rocío, probablemente, que tiene el móvil soldado a la mano y el instinto de documentar cualquier cosa que produzca dopamina.

Pero no me importa.

Porque por primera vez en cuatro años, alguien me apunta con una cámara y no siento miedo.

Siento que me están mirando.

Y que está bien.

31

Epílogo

Tres meses después, ya no hago bodas.

Bueno, miento. Hago una. La de la prima de Inma en septiembre, porque Inma me lo pidió con esa cara de cachorro que pone cuando necesita algo y que funciona con todo el mundo excepto con los niños de su clase, que ya están inmunizados. Pero es la última. La última boda. El fin de una era. Siete años de tartas nupciales, ramos lanzados y madres del novio llorando en la primera fila, y por fin puedo decir que lo de las bodas fue el camino, no el destino.

Gracias, mamá. Siempre tenías razón.

Ahora trabajo como fotógrafa artística y de moda. Así, con esas palabras, como si fueran normales, como si no me temblara un poco la voz cada vez que lo digo. "¿A qué te dedicas?" "Soy fotógrafa

artística y de moda." Y la gente asiente como si fuera lo más natural del mundo y yo pienso: joder, pues sí, parece que sí.

El perfil de El País salió en junio, con mis fotos, y al día siguiente tenía doce correos de marcas que querían trabajar conmigo. Doce. Rocío me ayudó a filtrarlos porque mi criterio para responder emails profesionales es "contestar al primero que llegue y olvidarme del resto", lo cual según Rocío es una estrategia empresarial suicida.

La exposición del Alfonso XIII se prolongó dos semanas más de lo previsto. Teresa Molina dijo que fue la muestra paralela más visitada en la historia de la Pasarela de Sevilla, lo cual viniendo de Teresa es prácticamente una ovación cerrada.

Y la foto de la Feria, la de Óscar y Manolo, se vendió. A un coleccionista de Madrid que la vio en la exposición y que dijo que era "la imagen más honesta que había visto en años". Manolo llamó a Óscar para contárselo y dijo: "Hijo, ¿me estás diciendo que alguien ha pagado dinero por una foto mía con un fino? ¿Pero este hombre está bien de la cabeza?"

Así que aquí estoy. En mi piso de Triana. Que sigue siendo mi piso de Triana, con los mismos azulejos desparejados y la misma terraza de plástico y la misma planta inmortal. Pero ahora hay una camiseta negra colgada en el respaldo de mi silla que no es mía. Y un cepillo de dientes extra en el baño. Y un cuaderno de bocetos en la mesilla de noche que se mezcla con mis revistas de fotografía. Y un cajón

del armario que ya no contiene mis calcetines sino los de un hombre que viste siempre de negro y que cose como respiramos los demás: sin pensarlo, porque es lo que sabe hacer.

Vivo entre Triana y Santa Cruz. Entre mi piso y el de Óscar. Entre el desorden creativo de mi vida y el desorden creativo de la suya. Fígaro se ha adaptado a los dos pisos con la flexibilidad de un gato que sabe que donde haya comida es su hogar, y ha desarrollado una relación de respeto mutuo con Óscar que se basa en dos pilares: Óscar le da jamón a escondidas y Fígaro no se sube a la mesa de corte. Un acuerdo diplomático digno de la ONU.

Y Óscar. Óscar Mendoza. El hombre que odiaba las cámaras.

Me ha diseñado un chaleco.

Un chaleco para la cámara. Con bolsillos para los objetivos, uno a cada lado, con cierre magnético para que no se caigan. Con un compartimento interior para las tarjetas de memoria. Con una tira ajustable en la espalda para que no pese. Con tela impermeable

porque, según Óscar, "llueve y tú sales con la cámara igualmente como si fueras a prueba de agua, que no lo eres".

Es negro, por supuesto. Todo lo que Óscar diseña tiende al negro como la aguja tiende al norte.

Es lo más feo que tengo. Y lo más bonito.

—Óscar.

—¿Qué?

Estamos sentados en la orilla del Guadalquivir, en ese trozo de ribera entre Triana y el puente de San Telmo donde la gente viene a ver el atardecer y donde los piragüistas pasan dejando estelas en el agua como pinceladas de un pintor perezoso. El sol de septiembre ya no aprieta como el de junio pero sigue calentando lo justo para que sentarse al lado del río sea uno de los mejores planes de Sevilla.

Óscar tiene un cuaderno de bocetos en las rodillas. Está dibujando algo que parece un abrigo pero que podría ser cualquier cosa,

porque los bocetos de Óscar en fase inicial son abstractos y caóticos y solo se entienden cuando él los explica, que es poco a menudo.

Yo tengo la cámara. Siempre tengo la cámara. Es una extensión de mi brazo, un órgano extra, la cosa que me define tanto como mis rizos indomables y mis zapatillas de lona.

—¿Qué? —repite, sin levantar la vista del boceto.

—Nada. Solo quería decir tu nombre.

—¿Para qué?

—Para comprobar que estás aquí.

Levanta la vista. Me mira. Esa mirada que al principio era de rechazo, luego de curiosidad, luego de deseo, luego de miedo, y ahora es de algo que no tiene una sola palabra porque es todas a la vez.

—Estoy aquí —dice.

—Lo sé. Pero me gusta comprobarlo.

Vuelve al boceto. Yo levanto la cámara. El Guadalquivir al atardecer, con los reflejos del sol convirtiendo el agua en cobre fundido. La Torre del Oro a lo lejos, dorada de verdad por primera vez en su

vida. Los remos de los piragüistas. Una pareja de ancianos caminando de la mano por el paseo. Una niña tirando migas de pan a los patos.

Y a mi lado, un hombre de negro con un cuaderno de bocetos que dibuja abrigos al lado del río.

Le hago una foto. Sin que lo sepa. De perfil, con el Guadalquivir de fondo, con el lápiz entre los dedos y el pelo cayendo sobre la frente.

El obturador hace clic. Óscar levanta la cabeza.

—No me mires así —dice.

—¿Así cómo?

—Como si fuera la mejor foto que has hecho nunca.

Sonrío. Porque es la misma frase. La que me dijo en el atelier la noche de la pasarela. La que está bordada en el forro de mi vestido. La que da título a la exposición. La que nos define mejor que cualquier etiqueta de "novios" o "pareja" o "relación".

—Es que lo eres —digo.

Y le hago otra foto. Esta vez mirándome. Con esa expresión que no necesita subtítulos. Con el río detrás y el sol cayendo y Sevilla entera

como decorado de algo que es más grande que una pasarela y más importante que una exposición.

Óscar deja el cuaderno. Me quita la cámara de las manos con cuidado, como quien coge un instrumento musical ajeno.

—¿Qué haces? —pregunto.

—Sacarte una foto.

—Tú no sabes sacar fotos.

—Sé apretar un botón. Lo demás es talento, y ese lo pones tú cuando la miras después.

Levanta la cámara. Mira por el visor. Me apunta. Yo pongo cara de payasa porque es lo que hago cuando me apuntan con una cámara,

porque estar al otro lado del objetivo me produce una incomodidad que ninguna fotógrafa debería confesar.

—Para —dice.

—¿Qué pare qué?

—Para de poner caras. Mírame. Como me miras siempre. Como si estuvieras a punto de hacerme una foto aunque no tengas la cámara.

Le miro. Y dejo de poner caras. Y le miro como le miro siempre: con curiosidad, con deseo, con cariño, con esa necesidad absurda de capturar cada segundo porque la vida es corta y los momentos buenos más.

Clic.

—Ya está —dice, devolviéndome la cámara.

Miro la foto. Estoy sentada en la orilla del Guadalquivir, con las zapatillas de lona manchadas de barro, el pelo hecho un desastre, los ojos abiertos y algo en la cara que no reconozco del todo. Algo

luminoso. Algo que se parece mucho a la felicidad cuando deja de ser una meta y se convierte en un lugar donde ya vives.

—No está mal —digo.

—¿No está mal? Es una obra de arte.

—Eso suena a algo que yo diría.

—Aprendo de la mejor.

Se ríe. Me río. El Guadalquivir sigue pasando a nuestro lado, indiferente a nuestras risas y a nuestras fotos y a nuestra historia de amor que empezó con un "no quiero fotógrafa" y que ahora es esto: dos personas sentadas al lado de un río, compartiendo una cámara y

un cuaderno de bocetos y una vida que todavía tiene más capítulos por escribir.

Mi móvil suena. Un mensaje de Rocío: "¿Venís a cenar esta noche? Inma ha hecho reserva en el nuevo japonés de la Alameda. Dice que los astros favorecen el atún."

Otro de Inma: "Los astros NO favorecen el atún. Favorecen las relaciones estables. El atún lo favorezco yo porque me encanta."

Le enseño los mensajes a Óscar. Sonríe. Esa sonrisa que ya no es rara, que ya no es escasa, que cada día sale un poco más fácil.

—¿Vamos? —pregunto.

—Vamos.

Nos levantamos. Él coge su cuaderno. Yo cojo mi cámara. Caminamos hacia la Alameda de Hércules, donde Rocío e Inma esperan con hambre y opiniones, como siempre. Y donde la vida sigue siendo lo que siempre ha sido: imperfecta, ruidosa, llena de

amigos que dicen tía cada tres palabras y de madres que llaman los domingos y de gatos que te juzgan desde la alfombra.

Pero bonita. Más bonita de lo que pensaba que podía ser.

Óscar me coge la mano mientras cruzamos el puente. El Guadalquivir brilla debajo de nosotros como una foto sobreexpuesta. Sevilla huele a jazmín y a final de verano. Y yo pienso que la vida es como la fotografía: no se trata de buscar la perfección, sino de encontrar la belleza en lo que hay.

En lo que es.

En lo que somos.

Una fotógrafa que dejó las bodas. Un diseñador que dejó de esconderse. Un gato que se ha adaptado. Un chaleco horrible con bolsillos para objetivos. Unas zapatillas de lona. Unas camisetas

negras. Un vestido con azahar bordado y una frase secreta en el forro.

No me mires así.

Así cómo.

Así.

Como si fuera la mejor foto que has hecho nunca.

Es que lo eres.